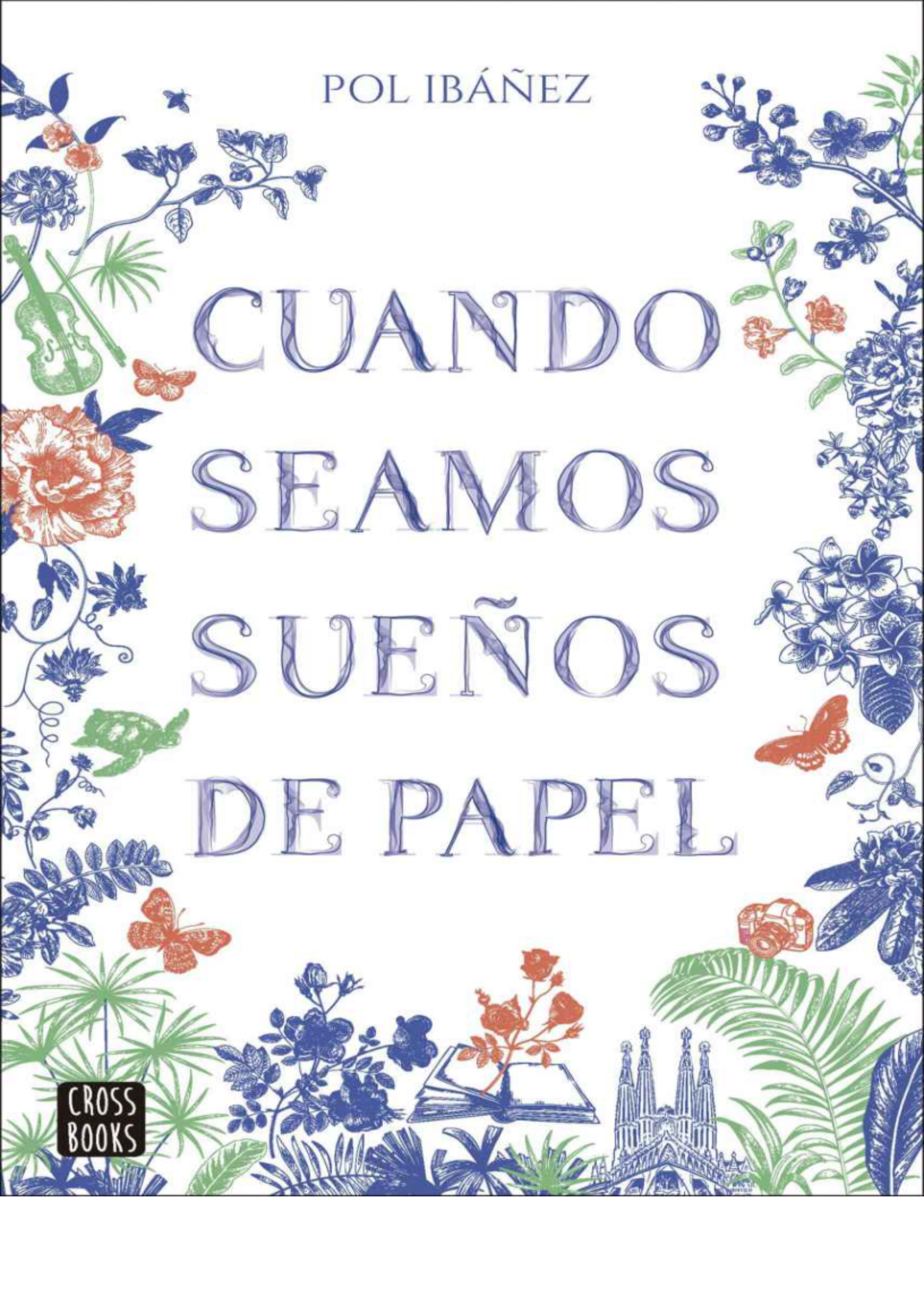
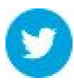

POL IBÁÑEZ
CUANDO SEAMOS SUEÑOS DE PAPEL
CROSS BOOKS

Índice


You
Tube

in

Sinopsis

¿Y si el amor de tu vida está más cerca de lo que crees?

Kei está desesperado. Se ha comprometido a trabajar en una parada de Sant Jordi con su madre. Odia los libros; para él solo son un montón de hojas de papel sin ningún sentido.

Aidé sigue creyendo en aquellos sueños de papel de los que le habló su abuela. Le encanta perderse entre los puestos repletos de libros en un día tan especial para Barcelona, pero lo último que espera es encontrarse con un italiano engreído que vuelve a despertarle sentimientos enterrados en su piel.

Kei y Aidé no están dispuestos a entenderse, pero el destino hará de las suyas y convertirá su historia en la más bonita de Sant Jordi.

Cuando seamos sueños de papel

Pol Ibáñez



Para aquella rosa
que nació entre espinas
y siguió como una auténtica guerrera.

Para ti,
porque tú también mereces vivir
una historia de amor como la de los libros.

ella.

Toda historia de amor empieza como en un cuento: de forma inesperada y entre mundos idílicos y perfectos. La historia de cómo la conocí a ella nace de la sangre de un dragón junto a la espada del caballero de brillante armadura. Y en una famosa calle céntrica de Barcelona. Rodeados de rojo, páginas con olor a mundos paralelos, besos camuflados y leyendas como la de Sant Jordi.

La leyenda tiene lugar en un pequeño lugar llamado Montblanc, donde un dragón verde y tenebroso acechaba. Los habitantes, cansados, le entregaban cada día una persona para mantenerlo a raya. Lo malo fue cuando llegó el turno de la princesa. Ella se mostraba valiente, sabiendo que se sacrificaría por el pueblo. Antes de que cerrara los ojos, un caballero con su brillante armadura llegó montado en un caballo blanco y le clavó su poderosa y temible lanza al dragón. Luego, de la sangre del monstruo, nació una única y deslumbrante rosa.

Mi caballera apareció así, de la nada, paseándose por Las Ramblas hasta toparse con mi puesto lleno de libros. Yo fui su dragón. Un monstruo que estaba cansado del amor, sin esperanzas y que quemaba todo lo que lo tocaba porque creía que así nadie lo destrozaría. No esperaba que ella lograra terminar con mi odio y transformarlo en una bonita rosa. Con sus espinas, porque todos las tenemos, pero con un color intenso que jamás habría imaginado ver en mí.

[I]
cuando las rosas sean de papel

Is this the place that I've been dreaming of?

Orgullo y prejuicio

Kei

El amor es una puta mierda. Enamorarse es de pringados. Es mucho mejor una noche de sexo y a tomar por culo. Una experiencia sin ataduras, sin compromiso, que evite las mil formas de acabar con el corazón roto. Puede que todavía no haya encontrado a la famosa persona que revolucionará mi vida, pero tengo una lista negra con el nombre de las que, por mí, pueden irse al infierno.

Los libros también son una puta mierda. Leer es para aquellos que quieren evadirse porque su vida es una mierda. Les falta sangre para hacerles frente a los problemas en vez de leer letritas negras en páginas ruinosas. No he cogido un libro en mi vida, para eso mejor me pongo a ver películas.

Eso sí, al destino le gusta guardarse ases bajo la manga siempre que puede. Debe de haberle encantado darme una patada en los huevos y meterme como vendedor de libros clásicos en pleno centro de Barcelona durante Sant Jordi. La mayoría son románticos.

¡Qué alegría para un chico aficionado al *motocross*!

Hoy en día se prefiere el prototipo de tío extrovertido, pianista o guitarrista, lector y bien vestido. Pues yo soy todo lo contrario. Demasiado tranquilo e introvertido, y odio leer. Me gusta más ser el chico amargado de la esquina que se queja de la vida y se pasa el día durmiendo.

Cosa que estaba haciendo hasta que mi madre ha decidido darme con un abanico en la cara. Con lo bien que estaba viajando en mis sueños por las infinitas carreteras de América con mi vehículo verde de dos ruedas...

Ahora tengo que volver a soportar el calor insufrible. Por no hablar de los clientes interesados en los libros, las rosas que hay por todos lados, la cantidad exagerada de gente que paseará por estas

calles desde Gran de Gràcia hasta la plaça Reial, disfrutando del aclamado día en el que de la sangre nació una rosa.

—Un perezoso trabaja más que tú, ¡pedazo de vago! —chista mi madre mientras saca unos cuantos libros de una caja entre risas—. ¡Venga! ¡Ponte a atender clientes!

—Mamá, no tengo ni puta idea de libros.

Me lanza una mirada asesina y, antes de que se ponga a chillarme los cuatro dioses del cielo, me levanto de la silla plegable para asomarme un poco a donde está la gente hojeando páginas amarillas. Se me olvida que hay una pata de madera en el centro de la mesa y me doy un buen golpe contra ella en el dedo pequeño del pie. Maldigo mi nombre por ser tan despistado e ir tan adormilado y dejo que mi cuerpo reciba la bocanada de calor. Parece que haya caído todo el fuego del mundo justo aquí.

Algo bueno son las chicas que subirán y bajarán por Las Ramblas. Llegan a ser tan guapas que dañan la vista. Tampoco voy a mentir, hay algún que otro chico que me hace replantearme mi sexualidad. No obstante, estos se los dejo a mi compañero de piso y mejor amigo: Arnau. Nunca nos pelearemos por este tema. Mierda, no. He podido oír su vocecita retumbar en mi cabeza repitiéndomelo otra vez:

«Yo no escogí enamorarme de chicos. De poder escoger, elegiría mil veces las chicas. Pero soy gay y moriré gay.»

Ah, y qué no falte el detalle suyo de:

«Arriba Beyoncé, ¡joder!»

La historia de cómo nos conocimos Arnau y yo es bastante peculiar. Se podría resumir en que salí de fiesta, se acercó a mí, me tiró ficha, lo vacilé un poco —gracias a las cinco copas que llevaba encima— y luego nos pusimos a hablar de la vida en la terraza de la discoteca. Si mal no recuerdo, llegamos a preguntarnos hasta por qué los guisantes se llaman guisantes.

Acabé diciéndole que lo sentía mucho, pero que sus sentimientos nunca serían correspondidos para otra cosa que no fuera amistad y, como resultaba que él buscaba piso en pleno centro de Barcelona y a mí me apetecía independizarme, nos dimos el número de teléfono. Ahora vivimos juntos, llevamos dos años soportándonos bajo el mismo techo. Quién diría que el chico del collar de perlas acabaría siendo mi mejor amigo. Dos adultos —poco responsables— de veinte años viviendo la supuesta vida maravillosa.

Suelen decirme que soy atractivo. Aun así, después de la última mujer a la que le abrí mi corazón, no pienso hacerlo nunca más. Corazón de hielo. Imbécil para todas. Así se vive mejor.

A la mierda el amor, bienvenido sea el puterío.

—¡Kei! —Cierro los ojos ante el chillido agudo de mi madre—. ¡Atiende a la gente!

—¡Que ya voy, mamá! —refunfuño.

Veo que hay una señora trasteando alguno de los libros que hay colocados en el mostrador. Obviamente está mirando los que están de oferta.

¿Quién coño pagaría tanto dinero por páginas manchadas de negro? Hay que estar loco de la cabeza. Con eso puedes pagar la cuota mensual que piden para apreciar la magia de MotoGP.

Entonces aparece un señor mayor y le da un beso en la mejilla a la clienta de cabello blanco y ondulado. Reconozco que la mayoría de las veces que veo muestras de afecto entre dos abuelitos me dan ganas de tener lo mismo. Luego recuerdo que en esta generación enamorarse significa matarse. Y eso, mejor que nadie, lo sabe mi queridísimo amigo Arnau.

Con la cantidad de hombres con los que ha salido podría escribir un libro sobre cómo saber que un chico te va a abandonar. Yo les daría un par de collejas a la gran mayoría de los tíos que han estado con él.

¿Qué os pasa a algunos? ¿No sabéis lo que es el respeto y la lealtad?

La verdad es que el amor y Arnau no se llevan muy bien. Por eso somos tan buenos amigos... ¡porque ya somos dos! Eso sí, él es un chico muy romántico —demasiado, para mi gusto—. Yo soy un poquitín desapegado, lo reconozco.

—¿Le interesa alguno? —pregunto a la clienta, sacando la sonrisa más encantadora posible.

Si lo hago es porque noto que mi madre me mira desde la otra punta, con los ojos entrecerrados y quitando con fuerza el polvo de los libros. ¿Por qué no me podría haber tocado una familia fanática de las motos? Así podría hablar durante horas sobre todo lo que sé de ellas. Sin embargo, aquí estoy: fingiendo.

—De este me han hablado mucho, ¿es bueno?

—A ver, señora —carraspeo—. Si ellos lo dicen, ¿quién soy yo

para contradecirles?

—¿Tú lo has leído? Tiene pinta de que sí, ¿de qué va?

¿Que tengo pinta de haber leído qué?

Sí, quizá en un universo paralelo.

Abro los ojos como platos y me paro a leer el título del libro. *Orgullo y prejuicio*. Irá de que alguien ha perdido el orgullo. O de que se juzga mucho en el libro. Lo agarro y lo giro un momento para ver qué pone en el resumen. No tiene. Genial.

—¿Y bien? —se impacienta—. ¿Crees que es tan bueno como la película?

—¡No, no! —Niego con la cabeza mil veces y aplico la frase que siempre me ha dicho mi madre—. Los libros son mejores que las películas.

—En eso tienes razón, jovencito —ríe—. Creo que me lo voy a llevar.

—¡Claro que sí! —Lo arranco de sus manos y voy directo a cobrárselo—. ¡No se arrepentirá!

—Pero...

—¿Quiere bolsa? ¡Por supuesto! No querrá que se le estropee por el camino —río forzadamente.

Ella asiente, un poco confundida. Saco de la parte baja del mostrador una bolsa de papel y meto el libro en él. Tecleo el precio en la dichosa máquina y sonrío al ver que he conseguido otra venta.

—Pues serán doce euros. ¿Efectivo o tarjeta?

Saca el monedero del bolso y deja el dinero en la palma de mi mano.

—Gracias por todo...

Doy por terminada la frase hasta que oigo el famoso «mh-mh» de mi madre. Siempre sirve de alarma de que me dejo algo. Pongo los ojos en blanco y apoyo los brazos un poquito para no perder la paciencia.

—¡Tenga un fabuloso día de Sant Jordi... —mi madre repite la frase conmigo— y que le regalen muchas rosas y libros!

La señora empieza a subir calle arriba y sigo su recorrido con la mirada. En cuanto desaparece, quito la sonrisa de un golpe y me acerco adonde se encuentra la propietaria de la tienda, mi jefa y mi madre. Todo en uno.

—Prefiero no tener dinero, dimito.

—¡Ajá! —me señala, recordándome la conversación que tuvimos sobre si llegaría a aguantar el trabajo.

Todo surgió porque estábamos cenando tranquilamente y ella se quejó de lo intenso que iba a ser el día de Sant Jordi. Le contesté que no sería para tanto. No pude ni terminar la sopa antes de que me amenazara con que la acompañara, si tan fácil lo veía. Y como no me gusta perder, acepté. «El dinero nunca viene mal.»

—Me da igual, mamá. No lo soporto.

—¡Una lástimaaaa! —alarga la última letra con ese tonillo tan característico de ella.

Entrecierro los ojos y me la quedo mirando. Solo lo usa cuando esconde algo o quiere chantajearme. Obviamente, se tratará de lo segundo. Estoy dispuesto a oír con qué me pretende convencer.

—Adelante, te escucho. —Me cruzo de brazos y espero. Ella suelta el libro que estaba limpiando y pone los ojos en blanco.

—Si eres capaz de aguantar el día entero…

—¡Ni de puta coña voy a vender más libros ñoños!

—¿Me dejas terminar?

Me muerdo la lengua y hago un gesto con la mano para que continúe.

—Si lo haces, sin más quejas… —hace una pausa—, podrás hacer ese viaje que tanto deseas.

Me quedo quieto un momento. No me puedo creer que me esté ofreciendo eso. Alzo una ceja y me pellizco para comprobar que esto está sucediendo de verdad.

—A ver si lo he entendido… —Me paso la mano por la barbilla, pensativo—. Si me quedo, ¿me dejarás irme unos días a Ibiza?

—Así es.

—¿Solo hoy?

—Exacto —confirma tranquila.

Como he tenido la suerte de formar parte de una familia con suficiente estabilidad económica, nunca me he visto en la obligación de tener que trabajar. Mientras estudiara con ganas, aprobara todo y controlara los gastos, me iban aportando dinero para disfrutar unos años más fuera del mundo laboral. Pero claro, no tengo la suficiente cantidad como para marcharme de viaje con mis compañeros.

—Así también te despejas un poco, y quizá, entre playas y paraíso, pienses en lo que te gustaría hacer el año que viene.

A medida que empecé el segundo curso y las materias de la Ingeniería Mecánica se hacían más densas y menos generales, me di cuenta de que eso no era lo que quería y lo dejé. Ahora llevo un mes en una especie de año sabático y sigo sin saber qué coño hacer con mi vida. Sobre todo porque desde que tengo uso de memoria he tratado de entrar en dicha carrera y luego la he acabado detestando.

Desde que comenté esta decisión a mis madres, se han mostrado bastante neutras. Al principio les costó que fuese a dejar algo a lo que había dedicado dos años de mi vida; les parecía una pena. Me lo tomé a bien, ya que ellas siempre han querido lo mejor para mí.

—Pero ¿lo estás diciendo en serio? —pregunto dudoso—. Lo del viaje, digo.

—Claro—sonríe—, así te podrás gastar el dinero que tienes ahorrado para comprarte un coche de segunda mano.

Asiento. Preferiría una moto, pero eso ya llegará. Ahora hay que pensar en lo más práctico.

—¿Me voy? —repito—. ¿Cien por cien?

—Que sí, Kei —bufa exasperada—. Pero ¡no quiero oír ni una sola queja más! —advierte.

—Trato hecho, mamá. Seré el mejor vendedor de libros que hayas visto en tu vida.

Doy unos pasos y me lanzo a abrazarla. Ella se ríe mientras me devuelve el abrazo, y le regalo un beso en la mejilla antes de prepararme para atender a otro cliente. Lleva el pelo rubio castaño bastante largo y apenas tiene canas. Aunque no sea mi madre biológica, suelen decirnos que tenemos la misma nariz. Larga y un poco redondita al final. La única diferencia es que ella tiene los ojos azules, y mi hermano pequeño y yo, marrones, como nuestro padre.

Él y nuestra madre murieron en un accidente de tren en el sur de Italia.

—No sabes lo que acabas de aceptar —murmura.

—No será para tanto —le resto importancia—. ¿Cuántas horas quedan?

—Unas nueve.

—¡¿UNAS QUÉ?! —chillo tan fuerte que los clientes alzan la mirada para mirarme—. Pero ¿qué locura es esta?

—Bienvenido al mundo laboral.

—Dime que al menos llevamos dos horas ya…

—Cariño —reprime una risa y me enseña el reloj que lleva en la muñeca—, solo llevamos cuarenta minutos.

Me cago en todos los libros creados en este mundo.

Voy a morir entre tantas páginas viejas.

El que et diré quan et torni a veure

Aidé

Toda la vida está conectada por sueños de papel. Trozos blancos que vas arrancando de tu libreta para marcarlos, rayarlos y decorarlos a tu manera. Cuando se nos acaban las hojas y no tenemos más deseos, los recopilamos, cerramos los ojos, decimos adiós y contamos cuántos se han hecho realidad.

Ahora mismo podría sonreír porque sé que he cumplido la mayoría, solo me falta uno que lleva años dentro de mi cabeza. Uno que no hay manera de borrar, eliminar o dejar que se pierda en la memoria. El que está floreciendo con más ganas.

—¡Tía! —Mi mejor amiga me empuja con el codo—. ¡Mira qué guapo está Pau!

Me enseña una foto del chico por el que está pillada desde la primera vez que lo vio y suelto una pequeña risa. Medio año babeando por ese tío musculoso y de cabello cortado al cero que se sienta siempre en primera fila en clase.

—¿Eso es un tatuaje nuevo? —pregunto, señalándolo en la pantalla.

—Joder, se ha hecho demasiados… —comenta sorprendida—. Uno así, por favor, universo.

Nosotras nos conocimos el primer día de universidad. Yo estaba sentada en una silla al fondo de la clase y ella se acercó para preguntarme qué signo zodiacal era. Le contesté que Aries y no dudó ni un segundo en colocar su chaqueta de cuero en el respaldo de la silla que había a mi derecha. Empezamos a hablar y terminamos siendo mejores amigas. Ambas tenemos diecinueve años y cursamos Educación Primaria en la UB. Tenemos planeado mudarnos a un pisito juntas, pero nos falta alguna compañera más para que el alquiler no nos salga tan caro.

—A ver cuándo te atreves a hablarle —digo con picardía.

—¡Nada de eso! —Chasquea la lengua—. Pero ¡seguro que folla de puta madre y quiero comprobarlo!

Somos muy distintas. Ella ha pasado toda su vida en Sarrià, en un ambiente bastante pijo, mientras que yo he crecido en el barrio más pueblerino posible: Sant Andreu. Aun así, a pesar de que ella sea una abeja y yo una mariposa, nos complementamos como si hubiésemos sido separadas al nacer. Y a pesar de que ella vista con ropa de marca y que yo vaya encantada de la vida con prendas de segunda mano, no cambiaría a mi mejor amiga por nada, la amo con todo mi corazón. Además, toda chica introvertida, reservada, metida en sus asuntos y estudiosa necesita una amiga extrovertida, loca, viajera, a la que le encanta beber y que no tiene miedo a lo que piensen de ella.

—¿Tú sigues sin ningún chico?

—Ya sabes que no.

—¡Tía! —suspira—. ¿Y qué me dices de Toni?

La miro de tal manera que suelta una carcajada. Lo ha dicho para hacerme rabiar. No existe tío más pesado, asqueroso y tocanarices que ese.

—Seguro que pronto encuentras a tu tan deseado amor.

—Cada vez lo dudo más, Amaia.

—Pues te tocará hacerte bisexual, reina. ¡Más opciones!

Niego con la cabeza y me lamo los labios. Ella siempre ha sido bastante abierta con su sexualidad. Tanto que el mismo día que nos conocimos me lo soltó, junto con todos los dramas bolleros que ha vivido. La amo tanto...

—Las tías son mucho mejores, te lo digo yo —afirma, mientras saca de su bolso un bálsamo labial con sabor a fresa que la tiene obsesionada.

—Pero bien que sigues colgada de ese que tiene cara de mandarte a terapia, ¿eh? —la vacilo.

—Buf. —Deja caer las manos, exasperada—. Cómo se le marcan las venas de los brazos...

Me la quedo mirando un segundo y recorro con la vista su sombra de ojos perfecta. Me encantaría saber maquillarme tan bien como ella. Es muy guapa y tiene la cara tan perfecta que me da hasta ganas de llorar. Además, le queda genial el cabello ondulado y esas pecas tan bonitas que tiene por las mejillas.

—Aidé, hazme un hijo. Te lo suplico.

—¿Cómo? —Parpadeo repetidas veces ante ese comentario.

—¡Tus ojos! —Me agarra de las mejillas para mirarlos de cerca—. ¡Sigo quedándome loca cada vez que los veo!

No creo que sea para tanto. Tengo un iris de color marrón claro y otro azul. La magia de la heterocromía. En realidad, me hace sentir bastante insegura. Como no es muy común, le prestan más atención a esa *rareza* que a ti. No parecen ver más allá.

Me alegra tener algo diferente a los demás, pero muchas veces me gustaría pasar desapercibida. Ser la chica de ojos simples.

Reviso un poco el ambiente que se respira en el vagón de metro de la línea verde —que es mi favorita de todas las que hay en Barcelona— y veo rosas, libros, besos, parejas, niños. Se nota que es Sant Jordi y que, por un día, la gente vuelve a disfrutar de la vida. Me coloco mejor la bolsa de color marrón claro que llevo al hombro y aprovecho para apreciar las tres mariposas de color marrón que hay dibujadas en el centro de la tela; está hecha de materiales sostenibles.

Como no hay nadie sentado delante de mí, me miro en el cristal. Hoy me veo bastante bien. Quizá sea por el flequillo que me hice ayer para cambiar de aspecto. Fue una decisión bastante atrevida y que ni Amaia se esperaba. Ladeo un poco la cabeza, sonrío sin razón alguna y me fijo en mi cabello liso con las puntadas abiertas, con mechones rubios mezclados con el color negro. Pongo los labios hacia un lado y me paso la mano por la cara para tocar algunas marcas. Sé que no suelen estar bien vistas, pero me encantan, porque todas cuentan una historia.

Cuando el paisaje oscuro del túnel cambia al de un andén de color verde, me fijo rápidamente en la parte superior de los vagones, que es donde está el recorrido que hace el metro. Veo que parpadea una luz roja justo donde pone «LICEU» y me levanto para prepararme para bajar. Con el calor que hace hoy, he decidido llevar una falda negra y una camiseta blanca con una camisa de cuadros de color marrón. Noto una mirada extraña de un señor trajeado y me pongo un poco incómoda. Menos mal que esta es nuestra parada.

—¡Eh! —grita Amaia—. ¡Deja de mirar el trasero de mi amiga, asqueroso de mierda!

—Amaia...

—Ya está bien, ¿no? —Se asoma hacia donde está el señor, que

hace como que no va con él la cosa—. ¡No te escondas!

—¡Yo no he hecho nada!

Mi amiga le pone cara de asco y me rodea con el brazo. Siempre me he sentido a salvo con ella, cosa que encuentro muy importante a la hora de escoger tus amistades.

Pulso el botón para que se abran las puertas en cuanto se ilumina de color verde. He estado miles de veces en esta parada, pero nunca me canso de observarla. Sé que para muchas chicas de mi edad no significará nada, pero me he pasado media vida viajando en metro y me da la sensación de que cada andén guarda un recuerdo mío.

Cuando veo la salida que me corresponde, voy hacia donde indica la flecha y Amaia me sigue. Yo me oriento bastante bien, y luego está ella, que puede perderse hasta en un camino recto. Observo de reojo la maravilla de parada en la que estoy. Las paredes (y una pequeña parte del techo) están cubiertas de pantallas verticales protegidas por un cristal donde se aprecian miles de hojas de árboles apelotonadas. Las hay de color rojo, verde oscuro, verde claro, amarillo y naranja. Es como adentrarte en un pequeño bosque subterráneo.

Antes de subir las escaleras hacia el ruido proveniente del túnel veo que aparece el tren que va en la dirección opuesta. Intento poner un pie en el peldaño, pero mis ojos se clavan en la magia de la relatividad. Dentro del vagón el mundo va a velocidad normal, mientras que yo lo veo pasar a cámara rápida.

Esto es un claro ejemplo de la vida. Viajamos en un vagón de metro hacia un destino llamado muerte; por dentro pensamos que el tiempo va lento y, en cambio, por fuera, los años pasan veloces hasta llegar a la estación. Luego, nos bajamos y nos percatamos de lo rápido que pasa el tiempo.

La vida es un viaje. Un recorrido en el que inventarte paradas, bajar en algunas, ignorar otras o simplemente quedarte sentado esperando a que llegue a su fin.

El otro metro se va después de pitar y me fijo en que en el otro andén hay una chica que chilla ilusionada con una rosa entre las manos. Su pareja le da un beso en la frente y terminan por regalarse un abrazo.

Eso es lo que quiero.

Cosas simples. Un amor con sus tropiezos, pero con sus

momentos únicos.

Suspiro y me decanto por subir los escalones.

—Me encanta que todavía creas en el amor —susurra Amaia.

—Alguien habrá que crea en él tanto como yo.

—El amor está muerto —sentencia.

En cuanto salgo, me envuelve mi fiesta favorita de todo el año: Sant Jordi. Desde bien pequeña conozco la famosa leyenda que dio origen a este día, y nunca me he perdido ninguno. Empecé yendo de las manos de mis padres con tan solo un añito; ahora sigo sintiendo la misma ilusión. Me adentro en Las Ramblas, llenas de vida.

Amaia me tira del brazo como si fuera una cría al ver un puesto de rosas teñidas de azul. Siempre que puede, lleva una cosa de ese color. Es su favorito. Hoy, por ejemplo, sus pendientes son de zafiro. Le pregunta a la señora cuánto cuestan. Algo que he aprendido de ella es que tienes que darte tus propios caprichos cuando quieras.

—¡Mira qué bonita es, *collonsss*! —Parece una niña pequeña—. ¡Me encanta! ¡Adoro! ¡Qué puta pasadaaa! ¡Este será el mejor día de mi vida! —Me vuelve a agarrar del brazo como si fuera un peluche y me arrastra hacia la multitud—. ¡Nuestro gran día!

—Estás muy emocionada —comento entre risas.

—¡Tía! —Pone los ojos en blanco—. ¡Un poco más de ganas! ¡Vida loca!

—Acuérdate de que somos polos opuestos. Vivimos las cosas de forma distinta —río.

—Pues déjate de tonterías y empieza a hacer que te importe una mierda todo.

Observo a cada persona que pasa a mi lado y me paro a pensar en cómo serán sus vidas. Sus inseguridades, sus problemas, sus lágrimas, sus sonrisas.

—¡Buenorro a las tres!

Sigo las indicaciones con los ojos y me encuentro con un chico alto.

—No está nada mal, pero no me convence como viste.

—¡Quizá sea rico! —Abre los ojos de par en par ante esa fantasía —. ¡Buaaa! ¡Podré tener una casa lujosa y coches caros!

—Eso te lo puedes permitir tú misma…

Suelta una carcajada. Amaia es un auténtico caso, y sin hacer el mínimo esfuerzo trae cierta vidilla a este mundo. A mi mundo. Hay

gente que regala sonrisas a los que las necesitan. Ella. Para mí, una de las personas más bonitas. Sé que será una buena profesora por cómo se mueve por este planeta y cómo afronta las cosas que no le hacen ninguna gracia. Yo espero serlo también, quizá solo me falta tiempo.

—Estás pensando en Àlex, ¿verdad?

Su tono de voz cambia de ilusionado a preocupado.

—No sé, lo echo de menos.

—Te ha hecho la vida imposible, Aidé.

—Pero ¿quién me borra los recuerdos? —Me paso la mano por el cabello y empiezo a juguetear con las puntas—. No me malinterpretes, lo odio con toda mi alma.

—¿Entonces?

—El principio fue bonito…

Me sonríe decaída y me da un abrazo de lado para que me recomponga. Sabe lo mucho que he llorado por él, un chico que jamás me mereció, pero que no era capaz de dejar ir.

Àlex y yo nos conocimos a principios de bachillerato. Empezamos siendo lo que toda chica desearía: citas, abrazos, besos tiernos, gestos bonitos. Acabó siendo algo que ninguna escogería: cuernos, comentarios despectivos, amenazas. Tardé tanto en abrir los ojos que todavía tengo miedo a mostrar mi verdadero yo. Me está costando recuperarlo.

Una vez sigues besando unos labios que sabes que besan a otros, te das cuenta de que estás perdiéndote por culpa de alguien que jamás daría nada por ti. Era consciente de lo que sucedía, pero no quería verlo. Muchas veces no queremos creer la verdad y la camuflamos hasta que no podemos más.

—¡Lucía! —El chillido agudo de Amaia me devuelve a la realidad —. Ahora vengo, ¿vale? Quédate aquí mirando estos libros, que voy a saludar a una amiga.

—Vale.

La veo marcharse y después miro hacia la paradita de libros que me ha indicado con la mano. Me muevo como puedo entre la cantidad exagerada de gente que hay hasta llegar a la mesa de madera donde hay una perfecta línea de tomos. Me aparto un mechón que me molesta con la mano y recorro con la mirada cada portada que tengo delante.

Los venden a doce euros; no está nada mal.

No es que sea una auténtica fanática de la lectura. Ese premio lo gana mi padre, que lleva desde que tenía unos nueve años metiendo la nariz dentro de las páginas. Todo lo que sé sobre literatura es gracias a él. Además, tiene una librería gigantesca en su pequeño estudio. Muchas veces me da por mirar sus libros y es increíble que guarde ejemplares incluso del siglo pasado.

Algo que me gusta mucho de los libros es que te transportan a otros mundos estés donde estés. Por no hablar de que, dentro de la cabeza de cada uno, la historia toma una paleta de colores diferente. Son mucho mejores que las películas.

En el cine ves algo imaginado por alguien, mientras que en la literatura ves una historia escrita por alguien, pero tú puedes imaginártela como quieras.

—¿Hay alguno que te interese? —pregunta la señora que está a cargo de la paradita.

—Pues... —Reviso un libro que me ha llamado la atención y que creo que le podría gustar a mi padre—. ¿Este está bien?

—*El que et diré quan et torni a veure?* ¡Y tanto que sí! —sonríe—. ¡Es una historia maravillosa!

—¿Sí? —pregunto indecisa.

—Hazme caso, cielo.

Decidida, lo compro.

—¿Has comprado un libro? —pregunta Amaia nada más reencontrarnos.

—Para mi padre, creo que le gustará bastante.

—Seguro que sí. ¿Quieres que busquemos su puesto?

Siempre se pone a la altura del Mercat de la Boqueria para hacer sitio en su biblioteca. Dice que siempre hay algunos ejemplares de los que le gustaría deshacerse. Acepto la propuesta de Amaia y nos dirigimos hacia la parte alta de Las Ramblas.

—La tal Lucía...

Escucho el cotilleo sin importancia que me cuenta mi amiga mientras andamos a paso lento. Cuando nos paramos en un semáforo, mis ojos se fijan en una carpa de color blanco. En ella hay un chico con una camiseta de manga corta negra y gafas de Valentino Rossi vendiendo libros. Algo se despierta dentro de mí.

No puedo apartar la mirada de él.

Kei, «Si fuera para siempre»

Sigue con la mirada fija en el mar; parece que lo haya dicho más para ella misma que para mí. Me recoloco un poco mejor en su regazo y ella me hace suaves caricias en el cabello mientras la miro desde abajo. Siempre me ha gustado cómo lo enreda entre sus dedos y forma pequeños remolinos.

Desvía la mirada para clavar sus pupilas en las mías. El sol le da por la espalda y el contraluz hace que sea difícil verla. Su sonrisa, sin embargo, brilla entre las sombras.

—*Il mio piccolo Kei*... —susurra—. Nunca dejes que te quiten esa preciosa luz que tienes.

—Mientras estés conmigo, mamá, nunca la perderé.

—Siempre estaré aquí, tesoro.

Sonrío, aliviado. Las promesas de mi mamá siempre se cumplen. Giro la cabeza hacia las olas. Me concentro en la calma que me transmite su sonido y cierro los ojos mientras ella juega con mi cabello.

Si me dieran a escoger entre mil lugares, siempre elegiría estar con mi mamá. Ella siempre ha confiado en mí. Es la persona que ha estado ahí cuando he caído, llorado, chillado, cuando me he enfadado...; podría haber dejado de hablarme, pero se ha quedado a mi lado para no hacerme sentir solo.

—¡En nada me verás correr y ganar! —le chillo con los ojos cerrados, imaginándomelo.

—Claro que sí, yo estaré ahí.

Reprimo una sonrisa ante la fantástica idea que entra en mi cabeza. Yo con mi moto, compitiendo entre los mejores pilotos del mundo. Alzaré la vista y la veré, detrás de la valla de seguridad, apoyándome. Sin ella, este sueño no tiene sentido.

—Pronto, mamá, pronto...

Y me duermo.

Pensando que las personas viven para siempre.

Giovanni's Room

Kei

No puedo más, que alguien me pegue un tiro.

¿Qué aburrimiento es este? No tenía tantas ganas de que las horas se pudrieran desde que se cayó el internet en casa y no pude jugar a la videoconsola durante todo el día.

He llegado al punto de intentar entretenerme con un abanico.

Me lo quedo mirando un instante, aprecio los dibujitos de la ciudad de Barcelona que tiene y luego lo dejo tirado entre las cajas. Si esto es trabajar, prefiero morirme. Creo que solo llevamos tres horas y me parece estar viviendo la peor película de la historia.

—¿Cansado? —pregunta mi madre, tratando de picarme.

—¡No! —Me animo rápidamente—. ¡Solo estaba tomando el aire!

El aire que no existe, ya que encima tenemos una puta ola de calor encima. Todo sea por poder disfrutar de un viaje con el tonto de turno.

—Me encanta ver cómo tratas de vender libros de los que no tienes ni idea.

—¿Te parece gracioso ver a tu hijo sufrir de esta manera?

—Calla y sigue trabajando —dice, mientras sale a tirar una caja de cartón al contenedor—. ¡Solo te quedan seis horas más!

Playa. Chicas. Amigos. Locuras. Alcohol. Noches. Solo es cuestión de recordar por qué estoy vendiendo libros como si me fuera la vida en ello. Fácil. Pan comido.

—¡Eh, italiano!

Nada más oír esa frase me quedo quieto, suelto la caja y me echo a reír. El mismísimo Arnau. Me giro sobre los talones y me encuentro al chico del collar de perlas apoyado en el tronco del árbol que tenemos al lado. Me dirijo hacia la parte trasera del puesto, donde está la carretera, y salgo para poder ir a saludarlo.

—¡Hombre! —Se lanza sobre mí—. *Com estàs, imbècil?*

—Bien, ya lo ves. —Señalo el puesto y él se inclina un poco para observarlo—. Hecho un vendedor de libros profesional.

—La verdad es que no te pega nada.

Me cruzo de brazos y me río por cómo ha pronunciado esa frase. El muy cabrón me conoce demasiado como para saber que, si me deja un libro en la mano, me quedo dormido nada más leer el título.

—*Què hi fas aquí?* —pregunto—. *No hauries d'estar estudiant allò d'animació?*

—*Quin puto pal, t'ho juro…*

Cierra los ojos como si le hubieran clavado una puñalada y se estuviera muriendo poco a poco. Arnau es un personaje de teatro en persona. Todo lo vive de una forma muy dramática, es algo que me gusta mucho de su personalidad. Es transparente y siempre pone la verdad por delante, y no lo que me gustaría oír.

Posa su mano en mi hombro. Odio el contacto físico, pero con él hago una excepción. Es tan buen tío que, si te muestras un pelín frío en algún momento, se preocupa y te pregunta.

Somos polos opuestos, no hace falta ser un experto para darse cuenta de que no pegamos ni con cola. A él le encanta ir con pantalones anchos —estilo *vintage*—, llevar pendientes de aro y ese maldito collar de perlas que no se quita nunca. A su lado, yo parezco el matón del barrio que le pasa la droga. No cambiaría por nada nuestra amistad, eso seguro.

—¿Sabes a quién me he encontrado? —Mueve la cabeza. Se muere de ganas de contármelo—. ¡A Xavi!

—No jodas, tío… —Suelto un bufido—. ¿Qué te ha dicho esta vez?

—Que quería follar.

Abro los ojos como platos y pongo cara de confusión.

Él echa la cabeza hacia atrás y clava su mirada en el cielo para suspirar.

—Qué asco de tío. —Pongo los ojos en blanco—. Después de haberte dejado de lado durante tanto tiempo, ¿viene y te lo dice así, tan pancho?

—¡Te lo prometo! —Me da un golpe en el pecho con la mano, indignado—. Hombres, no hay quién los entienda.

Reprimo una sonrisa. A decir verdad, yo tampoco nos entiendo.

Somos demasiado complicados. Intento atraerlo hacia mi pecho, para que sienta que no está solo en esto del amor, y él me abraza con cariño. Aún no sé cómo reaccionar ante este tipo de muestras de afecto, pero Arnau ya está acostumbrado a abrazar a un palo de metal. Me da mucha rabia que tenga que pasarlo así de mal siempre. Se está haciendo el duro, pero sé lo mucho que le gustaba ese chico. Recuerdo todas las noches que pasamos jugando a la videoconsola mientras me hablaba de lo enamorado que estaba y me basta para saber que no se lo merece.

Pobre del tío que le haga volver a sentirse avergonzado de su sexualidad. Lo pasó fatal y no pienso dejar que le suceda de nuevo. A ese le hago una visita y lo envío a la tumba.

Odio que aún se trate la homosexualidad como una enfermedad de la que huir en pleno siglo XXI. Hay gente que te hace el vacío por tu orientación sexual. Ellos se lo pierden, el amor que me ha llegado a dar mi amigo gay no me lo darán nunca esos cavernícolas.

—¿Qué te iba a decir… ? —susurra mientras se aparta de mí—. ¡Ah, sí! *Aquesta nit vols que marxem de discoteca?*

—Me apetece más bien terraceo y hablar de la vida.

—*Molt millor.* —Se mira las uñas, pintadas de azul claro, y se fija en la que tiene más desconchada—. Tío, te he echado de menos.

—Arnau, cabrón. —Suelto una carcajada—. Solo llevo unas horitas fuera de casa. Deja de ser tan dramático.

—Pero ¡los domingos siempre estamos juntos! ¡Hoy tocaba que me dejaras maquillarte!

—Ni de coña va a pasar eso.

—Perdiste la apuesta, te jodes.

Lo miro de reojo y murmuro un «Está bien». Arnau sonríe con orgullo por su victoria y se acerca al puesto para cotillear. Él sí que sabe bastante de literatura, no como yo.

—*¡¿Giovanni's room?!* —pregunta asombrado—. ¿Lo tenéis?

—¡Al fin alguien que conoce este clásico! —suspira aliviada mi madre.

—Señora Ferrer. —La saluda con la mano.

—Te he dicho mil veces que me llames Aina —le pide—. ¿Cómo estás, cielo?

Dejo que hablen tranquilos y me dirijo a la parte trasera de la parada para poder entrar en la zona interior de la gigante «U» que

forma. Me giro un poco hacia la izquierda y veo que hay un señor mayor con un bastón esperando a que lo atienda. Le sonrío lo más sinceramente que puedo y me quito las gafas de sol para que me vea los ojos.

—¿En qué puedo ayudarle?

De reojo, veo que Arnau me observa, con los ojos entrecerrados y reprimiendo la risa. Cuando el señor baja un poco la cabeza para mirar los libros, le susurro un «imbécil» a mi amigo.

—Estoy buscando un libro titulado *Orgullo y prejuicio*.

—¿Ese sobre prejuicios y orgullos?

El señor, confundido, asiente. ¿Por qué les habrá dado a todos por leer ese maldito libro? No sé, será que hay mucho drama.

—Espere aquí, voy a ver si nos queda algún ejemplar.

Rebusco entre las cajas cuando se me acerca mi madre.

—¿Qué pasa, hijo?

—¿Problemas como vendedor experto? —me vacila mi mejor amigo.

Niego con la cabeza mientras me río y aprovecho para preguntarle a mi madre si hay más existencias de esa novela. Ella me contesta que los «repetidos» están en la caja amarilla que hay en la esquina de la otra entrada. Ella no suele poner en el mostrador más de un ejemplar de cada libro para que los demás tengan más oportunidades. En cuanto agarro la caja de plástico, rebusco en ella con toda la calma del mundo. He tenido que sacar diez libros para acabar dando con un ejemplar. Suspiro de alivio para mis adentros y vuelvo a donde estaba el señor del bastón.

—Aquí tiene, ha tenido suerte —comento—. Parecía ser el último que nos quedaba.

—¡Qué maravilla! —sonríe agradecido.

Le digo el precio del libro y me pide pagar con tarjeta. Muchos siguen usando dinero en efectivo, pero yo agradezco que usen tarjeta. Es mucho más fácil. Aun así, me parece muy curioso ver la calderilla en mis manos.

—¡Que lo disfrute mucho!

—No es para mí, es para mi nieta.

—¿Su nieta? —pregunto.

No hay nadie a su lado. Quizá me he vuelto tan loco por el calor que hago desaparecer a la gente. O también puede que sea un regalo,

claro. Yo ya estaba suponiendo que se refería a que venía acompañado.

—¡Abu! ¿Qué haces aquí? —se oye de fondo una voz dulce.

Entonces aparece una chica de más o menos mi edad, con una prenda de vestir cara, una cantidad bonita de pecas alrededor de los ojos y unos pendientes de zafiro. Es guapa, pero no de mi tipo.

—¿Y este libro? —pregunta entusiasmada.

—¡Es un regalo para ti!

—¡Jope! —Hace un puchero.

Me llevo la mano a la boca por lo falsa que ha sido la reacción. Está claro que ella no ha tocado un libro en su vida. La delata la forma de cogerlo.

—El chico ha dicho que era el último que les quedaba.

—¡Qué encantador! ¡Joder, qué pedazo de bra...!

—¡Amaia!

Una chica de cabello liso con una camisa a cuadros marrones viene con prisas e interrumpe en escena, dándole un codazo a la otra. Parece que son mejores amigas, por cómo se lanzan miraditas. Le sonrío por cordialidad y ella se me queda mirando.

—Tíratelo, tía.

—Estás loca.

Sé que se piensan que no he escuchado nada de lo que se han dicho entre susurros y manos tapadas, pero tengo el oído bastante agudo. Sonrío de lado y hago un repaso rápido a la chica nueva. Es un poco bajita, le debo de sacar una cabeza. También me gusta cómo viste, y...

Un momento, ¿tiene los ojos de distintito color?

Joder, creo que me he vuelto loco de golpe.

—¿Nos das tu número, guapo? —pregunta la primera.

—Depende —vacilo.

No tengo ni la menor intención de darle el teléfono a Amaia, pero a la que está calladita a su lado tal vez sí. Tiene algo que hace que no pueda dejar de mirarla. Y sí, tiene un iris de cada color. Al dar un paso indeciso hacia delante, los rayos de luz le han dado en la cara y he visto cómo cada ojo cuenta una historia diferente.

La chica que me ha pedido el número se aparta un momento para despedirse de su abuelo y la otra se acerca a mí. Me llama mucho la atención que, a pesar de parecer tímida, transmite una energía fuerte

y segura.

No puedo parar de mirar esas mechas que tiene en el cabello y sus gruesos labios. Tiene un aire misterioso.

—Disculpa a mi amiga.

Le hago un gesto con la mano para restarle importancia, pero me quedo sin saber qué decir nada más ver esa sonrisa. Mi corazón no estaba preparado para eso. Qué guapa es la tía. Necesito saber su nombre.

—¿Cómo te llamas?

—¿Sabes de qué va *Orgullo y prejuicio*?

Aprieto el ceño y me la quedo mirando un tanto extrañado.

—Claro.

—Cuando lo descubras, te diré mi nombre.

—¿Y este secretismo? —río, un poco molesto.

Entonces se marcha de la parada para coger del brazo a su amiga, dejándome con la palabra en la boca. Veo cómo cuchichean entre risas y la chica de *Orgullo y prejuicio* me dedica una última mirada. Dejo los labios firmes, como si me hubieran tirado un cubo de agua fría, y hago como si nada.

Pero me ha dolido.

—Creo que al chico frío le han dado su merecido —comenta Arnau.

—Cállate, bobo. Me da igual.

—Otra vez no… —se queja, pasándose la mano por la frente—. ¿Vas a pasar esta etapa de nuevo?

—¿De qué coño hablas?

—Pues que te pondrás en plan hijo de puta cuando en realidad eres un romántico de pies a cabeza. ¿Crees que volverás a verla?

—Me da igual, Arnau.

—He visto tus ojos, has sentido algo.

—Ganas de follármela.

Chasquea la lengua y suspira. Ambos sabemos que eso no es lo primero que he pensado al verla.

—Está bien, chico de hielo —bromea—. Me tengo que ir. Esta noche nos vemos.

—Perfecto —asiento—. Por cierto, tío. —Arnau se ajusta el collar de perlas con la mano y espera a que le diga algo—. Cómemela.

—Más quisieras, guapo —responde.

—Que te follen.

—Yo también te quiero. —Le lanzo un beso.

Él me saca el dedo.

Espero a que desaparezca y aprovecho que no hay nadie esperando a ser atendido para tirar una caja de cartón vacía que llevaba rato estorbando.

Vuelvo al puesto y me quedo mirando a la nada un momento mientras la gente va y viene por Las Ramblas. Por primera vez en todo el día me dedico a observar la pequeña paradita que tiene mi madre. Doy unos pasos atrás y la contemplo desde el interior. Son tres mesas en U. En cada una hay nada más y nada menos que seis filas de veinte libros, bien colocados, aunque algunos están superpuestos. Nos cubre una gran carpa de color blanco con un pequeño farolillo en el centro, que ahora mismo está apagado. Las plantas de plástico que cuelgan del techo es un detalle que me hace sentirme más cómodo. Justo antes de que el bordillo dé paso a la carretera, hay dos sillas de color marrón y una pequeña mesa donde están mi móvil, el de mi madre y una tortuga de papiroflexia. En el suelo, debajo de las mesas, están esparcidas las cajas de libros, además de la amarilla, en el rincón.

—Atiende a aquellos dos —susurra mi madre detrás de mí—. ¡Va!

Me coloco mejor las gafas de sol —me empieza a molestar la claridad— y, antes de ponerme manos a la obra, recojo con las dos manos la tortuga de papiroflexia.

—Qué callada estás —le digo—. Prometo cuidarte, ¿de acuerdo? Aunque ya no estés aquí con nosotros.

Le acaricio la cabeza de papel y sonrío de forma decaída. Luego repaso con el dedo índice las formas de *panot* que tiene el animal en su caparazón y me la pongo encima de mi hombro.

Los clientes me mirarán extrañados, pero me da igual.

Solo la tortuga de papel y yo sabemos la historia que hay detrás.

Mujercitas

Aidé

Algo que he aprendido a lo largo de mi vida es que nunca hay que mostrarse desde el principio. Puedes dar matices, detalles, pistas..., pero jamás todo de ti cuando estés conociendo a alguien que no sabes cómo es. De pequeña, pensaba que la mejor forma de presentarte era como si conocieras a la otra persona de toda la vida, luego lo usaron en mi contra y aprendí.

Está más normalizado vivir entre pantallas que cara a cara. Si ahora mismo desaparecieran todas las redes sociales, más de uno se daría cuenta de la poca vida que tiene. Somos una generación atada a algo que no es real. Y ese es el gran peligro: saber que nos estamos perdiendo poco a poco.

Hace un par de meses decidí quitarme todo. No paraba de compararme con los estereotipos que se esparcen por ahí. También me quedaba hasta las tantas de la madrugada viendo vídeos solo por matar el tiempo. Entonces me di cuenta de hacia dónde estaba llevando mi vida. Yo siempre había sido una chica deportista, a la que le gustaba salir de excursión, componer música. Luego llegaron los móviles y lo dejé todo, porque «¿Para qué voy a salir, si estoy cómoda en la cama viendo contenido?».

Una madrugada, me miré al espejo, llorando por lo insuficiente que me sentía al lado de todas esas chicas tan guapas que aparecían en las redes sociales, y agarré el móvil. Entonces, con el corazón a mil por hora, borré todas las aplicaciones que tenía —que eran unas cuantas— y dejé solo la de mensajería.

Ahora soy la chica rara que vive en el siglo pasado. No me preocupa. Me he apuntado al gimnasio, he retomado el violín, me he centrado más en mi salud y he vuelto a apreciar los detalles de la vida, como ver las hojas bailar hacia el suelo desde la parte alta de los

árboles, las olas romper contra las piedras, los pájaros volar alrededor de un parque, una simple gota de lluvia pintar un cristal. Necesitaba abrir los ojos para entender por qué me estaba ahogando.

A veces, el problema está donde menos te lo esperas.

—¡Tía! —Amaia me sacude como si fuera un saco de patatas—. ¡Ese chico estaba bueníííísimo!

Suelto una risilla por cómo cierra los ojos y se muerde el labio. Digamos que los chicos italianos son su perdición. Y aún más los que tienen acento. El de *Orgullo y prejuicio* tenía un poco.

Sigo hojeando un libro de la paradita de todo a un euro.

—De este han hecho película, ¿verdad?

Leo el título, *Mujercitas*, y le digo que sí a mi amiga. Sonrío al ver la portada y recuerdo lo mucho que me gustó leerlo.

—Pues la veré, entonces —concluye—. ¡Sigo sin quitarme a ese italiano de la cabeza!

Pongo los ojos en blanco, me alejo del puesto y me siento en un banco que he encontrado vacío de milagro. Esto de estar de pie mirando libros, oliendo rosas y recorriendo la avenida me está matando. Amaia se coloca a mi lado y se sienta con las piernas cruzadas, con los pies encima del banco. Suspiro porque sé lo que se viene.

—Esos brazos, esas manos, esos músculos, esa camiseta negra, esas gafas, esa forma de mirar, ese acento italiano... —Parece su admiradora secreta—. ¡Aaaaaagh! —Me da unos golpecitos—. ¡Lo que daría por tener un chico así en mi vida!

—Ahí lo tienes —me río—. A mí me ha parecido un poco subido de ego.

—¿De esos que te envían a terapia? —Asiento—. Sí, tiene toda la pinta. Pero que me envíe a donde quiera, que no me quejo.

Por delante de mí pasa una niña agarrada de la mano de su abuela. Echo tanto de menos a la mía que me imagino por un instante que yo soy esa personita con una gran cola de caballo mientras mi *iaia* me cuenta sus experiencias de viajera por el mundo. Anhelando un recuerdo más próximo, busco con la yema de los dedos la pulsera de color rojo que siempre llevo puesta en la muñeca. Sigo sonriendo, hasta que me doy cuenta de que no noto la pulsera. Bajo la mirada, confusa, y casi me da un paro cardíaco al ver que no está.

—¿Estás bien? —pregunta Amaia asustada—. Parece que hayas

visto una rata muerta bañada en chocolate.

—¡La pulsera! —suelto, en un grito ahogado.

—¡¿La de tu abuela?! —Ella sabe lo mucho que me importa—. ¡Noooooo!

En esta vida hay dos tipos de personas: las que cuando pierden algo salen corriendo y son capaces incluso de cachear a alguien y las que se quedan esperando quietas y asustadas con la esperanza de que sea un sueño. Mientras Amaia busca por todo el suelo de Las Ramblas como si hubiera un tesoro escondido, mi cuerpo permanece inmóvil.

—¡Eh, tú! —Veo cómo mi mejor amiga se acerca a un crío que está jugando con pompas de jabón—. ¡¿Has robado la pulsera de mi amiga?!

—¿Yo...? —pregunta, casi entre lágrimas, el pequeño.

—¡Venga ya! —Amaia entrecierra los ojos—. ¡No me vengas con esas, que seguro que has birlado chuches del quiosco!

Pasan dos minutos y decidimos rehacer una gran parte de camino. No paro de rozar la zona donde siempre la he llevado. Amaia no deja de intentar consolarme mientras yo sigo deseando que solo sea una pesadilla. Justo cuando estoy a punto de darme por vencida, mis ojos ven una pequeña pulsera roja tirada al lado de un platanero. Le doy un codazo a mi amiga y corro a por ella. Empujo a un montón de gente como si estuviera a punto de desactivar una bomba que puede matar a miles de personas y... sucede lo peor para una chica que odia las situaciones vergonzosas: me caigo.

—¡Tíaaa! —Amaia viene, asustada, a recogerme del suelo—. ¡Ha sonado fatal!

—Soy una torpe —gimo de dolor.

—Peores caídas has tenido... —se mofa.

La miro, lanzándole mil demonios por los ojos, y ella sonríe para calmarme. Lo único bueno de esta caída es que tengo la pulsera de mi abuela. Me la coloco con cariño y la ato bien fuerte para que no se vuelva a separar de mí. Me encanta el detalle que tiene en el centro: un pequeño trenecito.

Cuando dejo de prestarle atención, me encuentro a Amaia muriéndose de la risa. Me mosquea un poco, pero yo también rompo a reír. Me tiende la mano para levantarme del suelo y, una vez de pie, me limpio un poco la parte trasera de la falda.

Me parece ver al italiano reprimiendo una sonrisa a lo lejos. Lo

miró con enfado y él niega con la cabeza, para después seguir a lo suyo, con una caja entre las manos. Me permito una ojeada de más y me doy cuenta de lo bien que le quedan esos pantalones.

Tiene una vibra un tanto misteriosa. Como si tratara de mostrarse frío, pero en el fondo tuviera un gran corazón. Posiblemente solo sea una tontería que se me ha pasado por la cabeza, seguro que es uno más. Le gusta presumir de lo guapo que es y de lo bien que folla. Lo aparto de mi mente. Podrá ser atractivo, pero cada vez me cae un poquitín peor.

No debería haber presenciado mi caída, y mucho menos reírse.

—¿Quieres que vayamos a tomar un café o algo? —propone Amaia, al ver un bar al otro lado de la calle—. Así descansamos un poco de este ambiente, que empieza a ser agobiante.

Acepto sin pensármelo dos veces.

* * *

—Cómo amo el café, qué auténtica maravilla —comenta Amaia.

Tomo un sorbo y dejo que el sabor amargo pase por mi garganta. Cada mañana hacemos lo mismo: nos sentamos en el bar de la universidad con nuestros cafés y hablamos de la vida.

—¿Tú crees que seré una buena profesora? —pregunto dudosa.

—¡Claro que sí! —asiente mi amiga—. Aidé, tienes talento, lo sé.

—Pero mis notas...

—A las notas que las follen. Ya recuperarás.

Me estoy esforzando muchísimo, pero me ha quedado Sociología de la Educación y no sé si podré remontarla. Lo que más me preocupa es que hace nada, cuando estaba en bachillerato, mis notas eran altísimas, y ahora no pasan del siete. Sé que es lo normal, pero siento incertidumbre dentro de mí.

—Ya te ayudaré en lo que necesites —ofrece mientras posa sus manos sobre las mías—. Eres mi amiga y sin ti esta carrera sería una puta mierda.

—La verdad es que sí —río en voz baja.

—Mañana ya tendremos tiempo de preocuparnos por la carrera, ¿okis? Hoy vamos a hablar de otras cosas, como... —se para a pensar mientras remueve el café— ¡los sunamis!

—¿Perdón? —Abro los ojos como platos.

—Yo creo que si cogemos un avión y sobrevolamos un sunami, podríamos sobrevivir perfectamente, ¡es lógico!

Reprimo una sonrisa; siempre trata de animarme cuando me preocupo por los estudios. No obstante, técnicamente no podríamos sobrevolar un sunami y sobrevivir. Lo aprendí en uno de esos programas en los que hablan sobre el planeta y las catástrofes naturales.

Desconecto en cuanto empieza a hablarme de su hermano y me fijo en que en una esquina del bar hay un mapa de Barcelona. No puedo evitar imaginarme las líneas de metro que pasan por debajo de todas esas calles. Me fascina todo lo que tenga que ver con los trenes. Entonces, siento la necesidad repentina de recorrerme todas y cada una de las líneas con alguien a quien quiera mucho. Siento que sería abrirle las puertas de mi corazón de par en par.

Por muy absurdo que suene, esos vagones esconden recuerdos. Mi abuela era conductora de metro y yo me pasaba todas las tardes metida en los vagones aprendiendo a tocar el violín. Empecé con las partituras en la línea roja y terminé tocando por pura afición en la línea azul oscuro. Entre medio estuvieron la verde, la amarilla y la lila. Gran parte de mis momentos con ella los pasé bajo las calles de Barcelona. He viajado bajo la ciudad muchas veces, descubriendo cada rincón y cada parada. Fijándome en cada detalle.

Desde que mi abuela murió de un paro cardíaco hace dos años, he dejado de hacerlo. Solo cojo la línea verde para desplazarme.

—... ¡y no sé qué hacer!

Vuelvo a prestarle atención a Amaia sobre el tema de su hermano y la novia tóxica que se ha echado. Hago que la escucho con atención, pero no puedo dejar de imaginarme lo que sería recorrer todas las paradas de metro que existen bajo la ciudad de Barcelona con un chico especial.

Pierdo la ilusión cuando me viene la pregunta que siempre me hago:

«¿De verdad existe el amor hoy en día?»

Aidé, La caja de sueños de papel

«Solo los que tenemos miedo sabemos lo que es soñar sin vivir.»

Nunca había entendido lo que me quería decir con eso. Solía escribirme la frase en un trozo de papel que dejaba en el bolsillo de mi chaqueta cuando veía —según sus ojos— que me sentía desesperada.

Ahora, meses después de su partida, lo he entendido. Porque me da miedo seguir en esta vida sin ella. Mis sueños están olvidándose de hacerse realidad. Es tan difícil seguir andando sin esa mano que me levantaba cuando me caía...

Saco la caja de madera que lleva tiempo encima del armario y paso la mano por encima del tacto viejuno, hasta rugoso. En el medio de la tapa se lee un título que ella misma escribió antes de morir: «Sueños de papel». Suspiro hondo y cierro los ojos. Siento tan lejos y tan cerca todos los recuerdos que construimos...

No seré capaz de olvidar aquellos rizos, aquellos ojos marrones intensos, aquellos lunares esparcidos por su cara y aquella sonrisa llena de vida. Nadie nos avisa de lo cruel que es tener que dejar ir algo que nunca viste venir. Cierro los ojos con fuerza, su risa retumba en mi cabeza.

Qué miedo me da que llegue el día en el que no recuerde nada.

Empecé con sus abrazos..., luego con sus caricias.

Cada día que pasa queda un día menos para olvidar su voz.

«En la vida querremos hacer mil cosas, pero no seremos capaces de conseguir ni la mitad. Por eso es importante guardar todos los sueños y escoger cuáles cumplir antes de que sea demasiado tarde.»

Me contó un poco en qué consistía. Guardabas una serie de cosas que te gustaría vivir y, cuando las lograbas, las ibas quitando.

Una vez logro desbloquear el pequeño candado de plata, la abro despacio. Las lágrimas bailan por mis ojos en cuanto me encuentro con una cantidad infinita de trozos de papel arrugados. Sueños que nunca llegaron a cumplirse. Voy uno por uno.

«Ver a mi muñequita de papel casarse.»

«Llevarla a ver el pueblo donde crecí.»

«Estar presente el día de su graduación.»

«Conocer a la persona que la hará feliz el resto de su vida.»

«Poder tener a sus hijitos entre mis brazos.»

Suelto un grito ahogado y me llevo la mano a la boca. La mitad de todos los sueños que mi abuela tenía guardados en esta caja son sobre mí. Siento como si me acabaran de soltar delante de un precipicio.

No los ha podido cumplir.

Recojo el que hay al fondo de todo. En cuanto lo leo, me tengo que sentar en su vieja cama para no caerme al suelo. Encojo mi cuerpo hasta sentirme lo más cerca de ella posible y arrugo el trozo de papel blanco con esa frase contra mi pecho.

«Verla tocar su primer solo de violín en una orquesta.»

Cómo me gustaría cumplir todos sus sueños. Cómo me gustaría poder verla otra vez. Cómo me gustaría traerla de vuelta.

Es increíble lo rotos que estamos todos a causa de los sueños que no hemos podido llegar a cumplir.

Me enjugo las lágrimas y voy a por un trozo de papel y un rotulador. Ella me pidió que hiciera mi propia caja de sueños cuando ella no pudiera seguir. No pensaba que ese momento fuera a llegar tan pronto.

Agrupo todos sus trozos de papel y los guardo en un pequeño sobre para llevármelos y atesorarlos para siempre. Cojo el rotulador negro y pongo mi primer sueño:

«Convertirme en la mejor profesora.»

Espero que mi vida no acabe llena solo de sueños de papel.

Diez negritos

Kei

¿Cuál es el verdadero sentido de vivir? No soy mucho de pensar preguntas de este estilo, pero últimamente —y quizá tenga algo que ver con haber dejado la carrera— me estoy empezando a dar cuenta de que muchos seguimos adelante porque es «lo normal» y no porque realmente queramos.

El problema, sin embargo, se plantea cuando no podemos cumplir nuestros sueños y tenemos que inventarnos otros por no quedarnos parados en un sitio sin salida.

Desde pequeño siempre he fantaseado con poder correr en los mismos circuitos que Valentino Rossi. Tenía dos años (según palabras de mis padres) y ya estaba pidiendo una moto de juguete en la que poder derrapar. Simulé hasta un pequeño mundo de competición en mi pueblo con mis amigos. Todos quedaron asombrados ante mis técnicas, a pesar de ser un renacuajo.

Tenía todas las ganas para volar hacia mi sueño, pero no fueron suficientes.

Ahora recuerdo aquellas tardes en las que me caía por ir demasiado rápido y simulaba en mi mente que había perdido la gran oportunidad de quedar campeón del mundo. Corría por caminos poco asfaltados, casi rozando el nivel del mar, como si fueran las mismísimas pistas negras que tanto veía en la televisión.

Cuando se hacía de noche y ya había apreciado la milésima puesta de sol, volvía a casa con las rodillas llenas de sangre, una sonrisa imborrable y un nuevo recuerdo que almacenar para siempre. Mi madre me recibía quejándose de que debía tener más cuidado. Mi respuesta era siempre la misma: «Mamá, estoy aprendiendo a volar para luego hacerlo de verdad».

Y ella respondía con esta frase: *Mio piccolo Valentino, so che lo*

farai.

A pesar de estar rodeado de unas increíbles calles catalanas que esconden miles de rincones inolvidables, sigo echando de menos mi pequeño pueblo, Portofino. No es fácil abandonar el lugar donde creciste, viviste y que sigue pintado a base de recuerdos en tu memoria. Mi hogar, a pesar de estar rodeado de un mundo paradisiaco, se convirtió en un funeral de corazones rotos después del accidente de tren.

No he sido capaz de volver a pisar ese pequeño lugar donde soñaba con ser el mejor piloto de la historia. Demasiados sueños destrozados y hogares vacíos. Demasiado ruido después de dos muertes que nunca olvidaré, igual que siempre llevaré conmigo las calles de Barcelona o mi pueblo italiano.

Pero ya está. Estoy bien. Me gusta la vida que tengo aquí.

Solo que, de vez en cuando, me imagino a mi yo pequeño corriendo con su bicicleta tratando de simular que lo que tenía en sus manos era un ciclomotor de color verde como los que veía en las pantallas.

—¿Kei? —Mi madre me da un toque con la mano—. ¿Estás bien? Te veo perdido…

—No es nada, mamá —bufo mientras me remuevo en la silla de madera—. Solo pensaba en el sentido de esta vida de mierda.

—«Caminante, no hay camino, se hace camino al andar.»

Aprieto el ceño y me la quedo mirando, tratando de entender qué quiere decirme con eso. Ella suspira y agarra la otra silla para ponerse a mi lado. Me da una palmada en la pierna antes de volver a hablar.

—Es de Antonio Machado —explica con una sonrisa—. Uno de mis poetas favoritos. No está escrito dónde andarás ni lo que conseguirás, solo existe el camino que tú mismo crearás.

Trago saliva. No me gusta sentirme así de perdido.

—Creía que te gustaban los libros, no los poemarios —murmuro, tratando de esquivar el tema.

Ella se da cuenta, pero decide dejarlo correr. Me conoce lo suficiente como para saber cuándo no quiero indagar en mis sentimientos, que es casi siempre. Sonríe y niega con la cabeza.

—Los lectores no vamos en busca de algo en concreto. Solo tratamos de encontrar historias y frases que nos hagan sentir escuchados.

Una señora de unos treinta años con chaqueta, gafas azules y unos pantalones de campana aparece en mi campo de visión. Parece estar interesada en un libro en concreto. Sin miedo a nada, me acerco. Se me olvida el pequeño detalle de que no tengo ni idea de literatura.

—¿Puedo ayudarla en algo? —pregunto, con las manos metidas en los bolsillos.

—Este de Agatha Christie… —me lo enseña y contengo una sonrisa al leer el título—, ¿de verdad vale la pena?

Lo agarro con un poco de violencia y repito el curioso título en mi cabeza. *Diez negritos*. Decido leer el resumen para hacerme media idea de qué puede ir. A decir verdad, me ha picado la curiosidad. Abro los ojos como platos en cuanto termino la última frase. No tenía ni pajolera idea de que existieran este tipo de libros. Pensaba que solo había románticos, eróticos y fantásticos.

De reojo veo que la mujer me está juzgando por su forma de apretar los labios. Se lo tiendo de nuevo y digo lo primero que se me pasa por la cabeza:

—Yo, si fuera usted, me compraría dos.

—¿D-dos? —responde confusa—. ¿Tan bueno es?

La clienta me mira asombrada mientras se coloca las gafas con la punta del dedo índice. Por favor, que de verdad sea tan bueno como me acabo de inventar.

—Hecho —dice, sacudiendo la cabeza como si estuviera cometiendo una locura.

Sonrío de oreja a oreja y me doy una palmadita en la espalda por haber sabido abordar la situación como un auténtico rey.

—¿Efectivo o tarjeta?

Cuando el reloj marca ya la mitad de las horas trabajadas, mi madre me avisa para darme un pequeñito descanso. Sin discutirle ni una sola palabra, agarro el móvil, cojo mis cascos de cable y me meto la cartera en el bolsillo. Tengo muchas ganas de irme a un sitio donde vendan bebidas energéticas, comprarme esa de color blanco que tanto me gusta y sentarme en uno de mis lugares favoritos del casco viejo. Mi madre me ha dicho que solo dispongo de media hora para despejarme un rato y estar en mi mundo, así que no tengo tiempo que perder.

Cinco minutos más tarde, lata en mano, me meto por la calle Portaferrissa hasta llegar a la plaça Nova. Conecto los auriculares al

puerto de mi móvil y dejo que suene Linkin Park, mi grupo favorito. Voy canturreando la canción con cara seria hasta llegar a las escaleras que hay justo en la puerta de entrada de la catedral de estilo gótico. Me fijo en que hasta a esta plaza han llegado las festividades del día de Sant Jordi: veo a cientos de personas vendiendo rosas de un color rojo intenso.

Me siento en el tercer escalón y estiro los pies en los restantes para acabar apoyando la cabeza contra la piedra. Me encanta este lugar porque nadie de mi círculo sabe de él. Es mío y solo mío. Es mi pequeño rincón, donde puedo venir a pensar cuando siento que todo está yendo demasiado deprisa.

—¡Niñata!

Un grito me hace abrir los ojos de golpe, y los rayos del sol me deslumbran. Saco el móvil del bolsillo y me río: me he quedado dormido. Soy un peligro si cierro los ojos. Leo por encima los mensajes de cabreo que me ha enviado mi madre durante esta media hora y le respondo con un simple y sencillo «Voy».

Me incorporo, tiro la bebida energética en la primera papelera que encuentro y veo, en la distancia, a la chica de la camisa de cuadros. La de *Orgullo y prejuicio*. Me quito los cascos, los guardo en el bolsillo y me doy cuenta de que está dándose a la fuga con su amiga hacia las calles que llevan al ayuntamiento. Detrás va la policía.

—Vaya con la chica de un ojo de cada color… —murmuro asombrado.

Me pongo las gafas de Valentino Rossi con el deseo de que me proporcionen más velocidad al andar, porque estoy a punto de ser asesinado por llegar tarde. Justo cuando paso por delante del mostrador de una tienda, me fijo en lo mucho que se me marcan las venas del brazo. Niego con la cabeza y reflexiono sobre qué sentido tiene ir rápido si voy a morir de todas formas.

Las mil y una noches

Aidé

En esta vida hay que cometer locuras. Cosas que jamás imaginarías que serías capaz de hacer ni en el mejor de tus días. Sorprenderte a ti mismo y encontrarte con una versión renovada de la que estás acostumbrada a ver. Las locuras son eternamente necesarias para aprender, y más aún cuando la vida se vuelve un auténtico infierno. Locuras que nos permitan volar y ser capaces de tocar cielos que nunca pensamos que llegaríamos a tener al alcance de nuestra mano. Experiencias en las que cierres los ojos y acabes viajando a un mundo donde solo abunda la felicidad.

Cada uno entiende el concepto «locura» de una forma distinta. Para mí, ir a la estación de Sants y coger el primer tren que salga hacia donde sea lo es. Amaia cree que es mucho mejor robar una rosa y salir corriendo como si fuéramos crías de diez años.

Supongo que todos estamos hechos de locuras y de sueños de papel. Ambas cosas nos condicionan a la hora de vivir. Muchas veces tenemos miedo a dejarnos llevar, ya que la rutina nos impide escapar. Yo creo que va siendo hora de improvisar.

—Amaia, ¿qué haces? —Le pellizco la chaqueta fina—. Si la quieres, págala.

—¿Alguna vez has robado?

—Claro que no. Y no pienso hacerlo nunca.

Siempre me ha causado rechazo no pagar algo a lo que alguien le ha dedicado tiempo. Sobre todo, los libros. Hoy en día están carísimos, pero, aun así, no dejan de llevar horas de trabajo ante una pantalla. La mayoría de personas que se dedican a esto quieren vivir de ello, por eso hay que apoyarlos. El arte está muriéndose, cuando es lo que enciende una luz en la oscuridad.

Todos los libros que tengo en mi estantería están pagados, y con

ilusión. Eso sí, siempre los dejo con el lomo hacia la pared. Me gusta basarme en las páginas donde se esconde la historia y no en la portada que la engloba.

«La portada de un libro es la primera cosa que todo lector debería olvidar. Solo nos condiciona a juzgar un mundo donde no hemos entrado», palabras de mi padre.

—¿Me estás diciendo que has pagado todos y cada uno de tus libros? —Asiento con los ojos bien abiertos para que vea que es lo lógico. Amaia me mira pasmada y con cierta admiración—. No, no, está bien. Yo, por ejemplo, no puedo salir de una tienda sin robar una pulserita o un par de pendientes.

—Créeme —río—, lo sé.

—Pero jamás me has visto en el acto…

No me gusta hacia dónde está yendo esto. Le doy una patada en el tobillo y ella me hace un gesto con los ojos para que espere a que me dé una señal. Veo que se acercan dos policías nacionales.

—¡Eh! —grita el dependiente—. ¡Me cago en todo! ¡Volved aquí!

Nos liamos a empujar a la gente, que se pregunta a qué se debe tanta prisa. Amaia se detiene un segundo y busca algún lugar donde desaparecer de los ojos de los policías. Trato de recuperar el aliento y ella me agarra del brazo como si fuera de papel. Suelto un grito de sorpresa al notar que me empuja hacia el interior de un pequeño local. Una vez dentro, cierra la puerta con fuerza. Decidida, me acerco a la cristalera y me asomo un poco para ver la situación. Los policías se han detenido y están preguntando a la gente si nos han visto.

—Por los pelos.

Nada más oigo ese comentario le doy una serie de puñetazos en el vientre.

—Vale —admite—, me lo merezco.

—¡Eres una…!

—¿Loca? ¿Guapa? ¿Divertida?

—¡Mala puta!

—¡Oh! —Se lleva una mano al pecho—. Un momento…, ¿esa frase no es de *Merlí*?

Le suelto una mala mirada de reojo. Claro que es de esa serie, pero le pegaba tanto el insulto que no he podido evitarlo.

—¿Qué necesidad había de robar esas tres rosas?

—Las rosas me importan una mierda.

En ese momento las tira a una papelera. La rabia me invade todo el cuerpo; me dan ganas de estrangularla.

—¡Relaja, loca! —avisa, antes de que le tire de los pelos—. La idea era hacerte olvidar.

—¿Olvidar el qué? ¡¿Mi vida antes de la cárcel?!

—Qué dramática llegas a ser —bufa. Ve que me cabreo aún más y me agarra de los hombros—. Tía, no me puedes negar que no te sientes eufórica.

—Lo que me siento es con ganas de enterrarte bajo el agua.

—¿Me vas a decir que no has olvidado todo por un segundo?

Abro la boca para contestarle de mala manera, pero mis pensamientos me callan. Ahora que lo pienso…, sí que he olvidado todo. Solo corría con el objetivo de que no me pillasen. Solo éramos dos chicas huyendo después de haber hecho una trastada. Me paso la mano por el cabello y suelto una risilla. Siempre he preferido hacer todo correcto, pensar mil veces antes de actuar, nunca equivocarme y, por supuesto, jamás copiar en un examen.

Y esto… ha sido una locura.

Pero una locura que no sabía que necesitaba.

—¿Amaia? —Una voz suena detrás de nosotras—. ¿Se te ha ido la pinza?

—¡Laia! —chilla mi amiga, y le da un fuerte abrazo.

—¿Qué has hecho esta vez?

Ella le cuenta la genial idea que ha tenido, y tras haber pasado ya varios minutos dentro de este local, me paro a ver de qué es. Estoy en una peluquería. Rodeada de peines, tintes, máquinas, rodillos. La dueña es Laia, la hermanastra de Amaia.

—Tú siempre metiendo a otros en problemas… —musita.

—¡No seas así! —Amaia pone los ojos en blanco—. ¡Esta vida está para hacer tonterías!

—Preferiría cometer la locura de ver series de romance mientras me como un helado —susurro con un peine raro entre las manos.

—Concuerdo con ella. —Laia me señala mientras asiente—. ¿Cómo te llamas?

—Aidé.

—Un placer.

* * *

Una hora después, por suerte, estamos llegando ya al puesto de mi padre. Por un momento he pensado que se haría de noche y me perdería el momento que más le gusta a él. Pasamos el último cruce antes de llegar a plaça Catalunya y me encuentro esa pequeñita y tierna paradita suya, con el cartel donde pone «Libros a un euro» y un dibujo de una carita sonriente. A mi padre no se lo merece nadie, siempre ha sido un amor de persona en este mundo cruel y despiadado.

—¡Aidy!

Le encanta llamarme así porque le recuerda a un nombre de un libro de fantasía que leyó de niño. Solo dejo que lo haga él.

—¡Papá!

Se acerca y me da un fuerte abrazo. Me encanta que sea tan afectuoso y que nunca se cierre en banda en cuanto a sus sentimientos.

—Qué alegría que hayas venido… —dice feliz.

—Ya sabes que no me lo perdería por nada del mundo. —Echo una ojeada alrededor—. Hay mucha gente.

—¡Sí! —sonríe—. ¡Me encanta que se interesen en estos libros tan viejos!

—Es por ti, papá; por cómo haces que uno se sumerja en la historia. Eres un experto.

—Eres la mejor, hija.

Mi padre me ha contado millones de veces la ilusión que le habría hecho abrir una pequeña librería en el centro de Barcelona, solo que en su familia el dinero no abundaba y se vio obligado a trabajar en la empresa de mi abuelo. Siempre me cuenta que él es feliz con su empleo, que disfruta haciéndolo, pero sus ojos brillan aquí.

A saber cuántos sueños no ha llegado a cumplir. No obstante, es verdaderamente feliz.

—Sigo pensando que estás a tiempo de abrir tu propia librería —comento.

—Cariño… —Niega con la cabeza—. Estoy contento con la vida que me ha tocado. Te tengo a ti, a tu madre… No necesito más.

—Pero siempre ha sido tu sueño. Me lo has contado.

—Hay sueños que nunca se cumplirán, y eso está bien porque nacerán otros que nunca habrías imaginado.

Lo observo un poco indecisa. Sé que solo intenta que no me preocupe, pero ya no soy una niña pequeña. Ya tengo diecinueve años y sé distinguir una sonrisa de una *sonrisa*.

—No te preocupes por este viejo —le resta importancia, y me tiende un libro—. Te he reservado este.

Lo miro con detalle. Se titula *Las mil y una noches*. La portada es una auténtica preciosidad. Al instante recuerdo el regalo que le he comprado. Agarro la bolsa marrón que cuelga de mi brazo, meto la mano y saco el libro de Albert Espinosa. Sus ojos brillan al verlo.

—Mi querido Albert... —susurra, tocando suavemente la portada —. Qué bien me conoces, pequeña.

Mi padre tiene una larga melena negra con algunas canas persistentes, una bonita peca debajo del ojo, la cara llena de arrugas de cansancio y una característica sonrisa hacia abajo. Muchos han dicho que tenemos la misma sonrisa, y creo que es el mejor cumplido que he recibido desde que tengo uso de razón.

Amaia saluda a mi padre y él le pregunta cómo le va en la universidad. Por mi cabeza pasa la conversación que tuvimos antes de que decidiera empezar Magisterio.

—Cuando cierras los ojos, ¿cómo te ves?

—Siendo profesora y...

—No, eso no —me detiene—. ¿Ves un sueño cumplido?

—Diría que sí, papá.

—Eso, entonces, es lo único que importa. La vida es demasiado corta para dejar sueños atrás. Yo sé que vales para esto y para más, pero solo quería asegurarme de que es lo que de verdad ansías.

—¿Cómo se puede saber si algo es un sueño?

—Porque cuando lo cumplimos, sentimos que una parte de nosotros se llena.

Vuelvo a la realidad y me doy cuenta de su increíble manera de hacerme ver las cosas desde mi punto de vista. Siempre ha sido partidario de dejarme tomar mis propias decisiones, a pesar de saber que la mayoría iban a ser malas.

Doy media vuelta para observar el ambiente tan fabuloso que se respira todavía, a pesar de que son ya las cinco de la tarde. Pierdo la sonrisa en cuanto veo al chico de camiseta negra. Ya van cuatro veces en un mismo día.

Se percata de mi presencia y me guiña el ojo con una caja entre

las manos. Pongo los ojos en blanco y no le devuelvo el gesto.

No lo conozco y ya me está agotando.

¿Por qué no paramos de encontrarnos?

—Aidé, ¿me oyes?

Sacudo la cabeza y me centro en la mirada de mi mejor amiga. Me está señalando el libro que le ha regalado su abuelo.

—Ese italiano dichoso... —su tono de enfado disminuye—, guapo, musculoso, perfecto...

—Al grano, enamorada.

Me lanza una sonrisa falsa y abre el libro.

—¡Me ha vendido un puto libro defectuoso!

—¿Qué?

Confusa, lo agarro y lo compruebo por mí misma. Efectivamente, está lleno de páginas en blanco, manchas negras y frases raras o mal traducidas.

Si hay algo que me cabree, es que alguien venda algo en mal estado.

—Conozco esa mirada, ¿qué tramas?

—El italiano va a saber lo que es una catalana enfadada.

I

Todos somos una flor con espinas. Somos una rosa, desde la parte más resistente hasta la más sensible. Las espinas son los miedos que tenemos, transformados en cuchillos para clavarlos a quienes no nos merezcan. Los pétalos son los cariños que no damos, transformados en suaves abrazos que anhelamos dar a quienes los necesiten. Todos haremos daño, y todos seremos dañados. Somos rosas, siempre lo seremos. La diferencia está en aprender que nuestros miedos también son bonitos, que nos hacen más bellos de lo que creemos. Más vulnerables, más humanos.

Más únicos.

1984

Kei

Solo me queda una hora para ser libre de exigencias y torturas laborales. Que alguien me transporte a la época en la que mi única preocupación era ir a jugar a la pelota en el parque. Esta broma de hacerse mayor empieza a ser un gran coñazo.

—¡Dos burros! ¡Cinco cerdos! ¡Siete patos...! —canturreo.

—¿Se puede saber qué haces?

Mi madre deja en el suelo la última caja del día y se me queda observando; yo sigo sentado en la silla plegable de madera. Alzo las manos como si me hubiera confundido y salto para evitar la muerte.

—Como te vuelva a ver sentado...

—¡Es que no hay nadie! —me excuso.

—Pues atrae a gente.

—Con guiñar un ojo lo consigo, pero no para comprar libros que podrían quemarse con la mínima chispa. —Pongo los ojos en blanco —. Ya nadie lee, mamá. Solo mantienes esta paradita para la gente que cree que es mejor inventarse una vida que vivirla.

—El día que leas un libro lo comprenderás, hijo.

—Antes me intoxico con guisantes.

Los odio a muerte. Los libros y los guisantes. Imagínate un libro sobre guisantes. Dios mío.

—¿Sabes que en realidad no hay tantas diferencias entre los libros y los videojuegos?

—Yo creo que sí, fanática —la vacilo—. En uno solo ves letras, y en el otro ves de todo.

—Pero ¿no sabes que la gracia de los libros es imaginar?

—Pues yo solo imagino letras. Y para imaginar prefiero otra cosita.

Ella pone una mueca de asco y me da un golpe en el brazo

mientras me río.

—Estos comentarios guárdatelos para tus amiguitos. Ya me bastó con pillarte una noche con las manos en la masa.

Pongo los labios rectos y me paso la mano por el cuello, incómodo. La verdad es que aquello no fue nada agradable. En mi defensa diré que no llamó a la puerta. Menos mal que se me ocurrió taparme con las sábanas.

—Al menos yo no chillo en la cama... —murmuro.

—¡Oye! ¡Eso no es verdad!

—Mamá, la casa no está insonorizada.

Veo que se sonroja un poco y suelto una carcajada. A mí estas cosas me dan igual. Está bien tener una vida sexual activa. Aunque prefiero estar lo bastante lejos para no oír nada. Y más si se trata de tus propias madres. Por suerte, con ella puedo hablar de todo. De hecho, no hay persona que conozca mis relaciones amorosas mejor que ella.

Empieza a aparecer gente que se detiene a mirar los libros que hay expuestos. Mi madre sonríe. También la veo juguetear con el bolígrafo; suele hacerlo cuando está nerviosa. Yo me muestro indiferente. De momento, me he salvado de que nadie me dirija la palabra.

Entonces, veo que alguien no deja de mirarme. Se trata de un hombre vestido de traje y que lleva una mochila al hombro. Tiene pinta de ser el típico oficinista.

—¿Puedo ayudarle?

Me he acercado porque me aburría. Sé en el lío en el que me acabo de meter.

—Eh... —masculla—. ¡Claro! ¿Me podrías contar de qué va este libro?

Mierda.

Por eso debería haberme quedado en mi sitio y haberlo ignorado. Miro el libro que me señala y leo el título. *1984*. Una maldita fecha. El autor derrochaba originalidad, ¿no? Suspiro y lo giro para leer lo que pone en la sinopsis.

(Palabra nueva. Me la ha enseñado mi madre hace un instante. Resulta que no se lo llama resumen.)

Leo un poco, pero no soy capaz ni de terminarlo. Sinceramente, suena a auténtico rollazo. Y por si fuera poco, tiene cero de romance.

—¿Te lo has leído o no tienes ni idea? —pregunta, dudoso, el hombre.

—¡Claro que lo he leído!

Yo mismo me pongo una trampa y caigo en ella. Trato de inventármelo lo mejor posible. *1984*. Según he leído, va sobre policías y gobiernos. Fácil. Seguro que aquí hay algo de corrupción.

—Trata sobre política y corrupción. Y sobre el futuro, sí.

Asiento mil veces para tratar de convencerme, aunque esto último me lo acabo de inventar por la cara. Tras dos segundos de puro silencio entre nosotros, lo agarra y me sonríe; creo que he sido bastante convincente. El hombre me lo tiende y me dice que se lo lleva. Me giro y me hago un gesto de felicitación a mí mismo por haber salido de esta sin daños colaterales. Una vez se va con el libro ya pagado y en la mano, me concedo un pequeño descanso para mirar el móvil y beber agua. Digo «pequeño» porque en dos minutos oigo los silbidos de mi madre.

—¡Me cago en todo! —me quejo—. ¿Quién coño quiere comprar ahora un libr...?

Me ha bastado asomarme a las mesas para quedarme callado. Es la chica que no me ha querido decir su nombre. Me cruzo de brazos al verla y entrecierro los ojos. Ella tiene una cara de querer mandarme al cielo.

—¿Puedo ayudarte? —pregunto.

—¿Sabías que mentir sobre libros está mal?

Vale, viene dispuesta a quemar el mundo. Inspiro hondo y niego con la cabeza. No estoy para esto hoy.

—¿Perdón?

Ella se ríe, a mí no me hace ni puñetera gracia. Odio que se mofen de mí. La chica me pide disculpas y yo la miro con detenimiento. Luego me paso el dedo por el collar de plata que llevo. Siempre me ha gustado.

—Pasaba para devolverte el libro que le has vendido al abuelo de mi amiga.

—¿Cómo? —me extraño—. ¿Y por qué has venido tú? ¿Es que querías verme otra vez?

—Porque me quedaba de camino para coger el metro —explica indignada, aunque se nota que es mentira—. Y el libro está defectuoso.

—¿Defectuoso? —me río—. ¿Qué coño te inventas? ¿Esta es tu forma de ligar?

Pone cara de asco y trago saliva. Creo que me he pasado un poco. Aun así, me mantengo firme. Saca de su bolsa el libro que he vendido hace poco al señor de bigote blanco y me lo abre, furiosa, por la página ciento setenta y cinco. Cuando veo que está en blanco, se me escapa una risa.

—Pedazo de hipócrita —masculla.

—Chica —mi risa se apaga de golpe y porrazo—, ¿hay algo que quieras decirme? Porque el nombre todavía no.

—Ni te lo diré —sonríe de manera forzada—. Me parece muy ridículo que no tengas ni idea de lo que estás vendiendo. Y, además, están defectuosos.

—Perdona, nena, pero...

—Llámame otra vez así y te corto los huevos.

—Joder, qué violencia, ¿no? —río.

Esperaba una pequeña risa de su parte, pero recibo una cara muerta. El posible ligero atractivo que podría encontrarle se ha esfumado como polvo. Eso sí, la pelea va a estar graciosa. No pienso devolverle el dinero.

—Lo siento, la política de devoluciones no lo acepta.

—¿Y dónde está eso escrito?

—En mi mente. —Le devuelvo la sonrisa falsa—. Disfruta del libro y no me entretengas más.

Me doy la vuelta y me pongo a atender a otra persona. Ella, con todos sus ovarios, se coloca delante de mí y me tiende el libro.

—Te he dicho que quiero devolverlo.

Entrecierro los ojos y chasqueo la lengua. Aquí las cosas no funcionan así.

—No seas pesada, ya te he dicho que no pienso aceptar devoluciones.

—Quiero hablar con la persona que está al cargo, que ya veo que tú solo das por culo.

—Oye, relájate —le advierto—. No empecemos con tonterí...

—¿Se puede saber qué pasa aquí?

Aparece mi madre. Doy un paso atrás y dejo que hable ella. Sé perfectamente la bronca que me va a caer.

—Dios me salve de esta —susurro mientras bajo la cabeza.

Rehago los pasos y las miro a las dos. Cómo no, la chica está sonriendo. Qué ganas de tirarle el libro a la cara. Lástima que la jefa no tolere este tipo de regalos con sorpresa.

—Haz el favor de devolverle el dinero —exige mi madre.

—OK.

Lo cojo con rabia y me voy a la caja. Doy un golpe fuerte y seco para que se abra y busco durante unos largos segundos el dinero.

—¡Vaya! —Junto las manos fingiendo decepción—. ¡Parece que estamos en bancarrota!

Me río, pero solo hasta que noto los ojos de mi madre clavados en mí. Murmuro un par de palabras sin sentido y le doy los doce euros.

—Gracias.

Mira que he oído agradecimientos falsos, pero el que me acaba de dar se lleva la palma.

—¿Satisfecha con su devolución? —pregunto medio vacilón.

Ella alza las cejas y me pone cara de asco. Lo que me faltaba. Inspiro hondo y meto las manos en los bolsillos para tranquilizarme. Me pone de muy mal de humor este tipo de gente.

—¡Ay! Una última cosa…

No se va a ir, ¡qué va! Alzo la cabeza de nuevo y la miro. Sigue con esa dichosa sonrisa. Debe de estar disfrutando, seguro.

—¿Sí?

—*Orgullo y prejuicio* no va sobre «prejuicios y orgullos». —Gesticula las comillas con los dedos.

Aprieto los dientes. Sé que no tengo ni puta idea de libros, pero me jode igual. Por mucho que me estén dando ganas de responderle de todo, saco mi otra cara: la falsa.

—Que tengas un buen día.

—Lo tendré.

Sin decir nada más, me giro hacia el otro lado de la parada y me pongo a recoger. Sin sentido. Aprovecho para mirarla de reojo en cuanto veo que se marcha decidida y sin remordimientos. Tenía algo la jodida, pero lo acaba de perder todo. Y pobre de ella si vuelve a venir para tocarme más los cojones. Aunque puede que la haya molestado yo…

Esa no es la cuestión.

La cuestión es que estoy harto de vender libros, de tener que vivir

esta vida de una forma que no es la mía y de chicas con ojos de dos colores.

Alicia en el País de las Maravillas

Aidé

Los hombres son imbéciles. Los miras y se piensan que ya quieres irte a la cama con ellos, cuando la mayoría de las veces los enviaría de una patada al cementerio. Por chicos como el italiano este, por momentos, dejo de creer en el amor. No sé por qué todo se centra en el sexo, pero quiero volver a la época en la que bailar en mitad de una plaza servía para enamorarse.

Estoy cabreada por la actitud de gilipollas integral que ha mostrado. Es un auténtico cretino que se ha intentado hacer el gracioso. Solo pedía que me devolvieran el dinero, y parece que he tenido que suplicarles a los cuatro dioses.

Qué rabia me da este tipo de gente, que se piensa que todo gira en torno a ellos.

Me muerdo el labio, furiosa, y me detengo en el cruce para no morir atropellada. Estoy molesta. Cierro los ojos un momento para respirar con tranquilidad, luego suelto todo el aire retenido. Creo que se me ha ido el enfado.

Qué gilipollas de mierda.

Suelto un bufido, el semáforo se pone en verde, pero sigo quieta. Me viene una necesidad repentina de revisar el cambio. Saco la cartera y la abro. Solo tengo diez euros. El libro costaba doce.

—No me lo puedo creer… —Aprieto el puño con el dinero—. Lo ha hecho adrede, me cago en el italiano de los… —Suspiro—. Odio a los tíos.

Doy media vuelta y veo la dichosa carpa de color blanco; el chico de cabello oscuro sonríe como si no me acabara de estafar. Si quería acabar con mi paciencia, lo está consiguiendo. Lo peor será que estará pensando: «A ver si vuelve y se da cuenta de que no se puede resistir a mí». No hace falta que le lea la mente, es lo típico.

Me atuso la ropa y el pelo y voy directa al puestecillo que acabará con mis ganas de vivir. No sé qué me pasa, pero tengo ganas de quemarlo. Incluso de atracarlo. De camino, me topo con unos cuantos turistas y les pongo mala cara. Cuando me cabreo, mi enfado se nota de aquí a mil años luz.

Cuando el chico se percata de mi presencia, me dedica una sonrisa burlona. Qué ganas de arrancársela y tirarla al suelo para pisotearla. Puede que mi mejor amiga piense que está buenísimo, pero para mí ha perdido todo su posible atractivo.

Deja de hablar con un cliente y apoya sus brazos musculosos encima de los libros. Está disfrutando demasiado.

—¿Otra vez por aquí?

Cuando ve que no entro al trapo, se tensa un poco y pierde la sonrisa. Abro la palma de la mano y le suelto los diez euros encima de un libro. Pocos segundos después me doy cuenta de que se trata de *Alicia en el país de las maravillas*. Me entra la risa por dentro porque ahora mismo me siento en el país de las torturas.

—Me has estafado.

—Ya empezamos con las acusaciones de nuevo... —Pone los ojos en blanco, desesperado.

—¡Eran doce euros! —le grito, señalándole las monedas.

—¿Y cuánto te he dado? ¿Diez? Vaya... —ríe.

—¿Se puede saber qué te hace gracia?

—Nada, nada. —Reprime una sonrisa mientras me echa una ojeada—. Te pareces bastante a Elizabeth, la de *Orgullo y prejuicio*.

—¿Esa es tu patética forma de ligar? —Entrecierro los ojos—. Ni siquiera sabías de qué iba el libro.

—Puede que me hiciera el tonto. —Se cruza de brazos, luego mira cómo se le marcan los bíceps—. Te sorprendería lo mucho que sé.

—Yo solo sé que no sirves ni para contar.

Chasquea la lengua de forma burlona y se detiene a observar mis ojos. Primero el derecho y luego el izquierdo. No sé qué coño está haciendo, pero más le vale parar ya con la tontería. Solo quiero que me devuelva el dinero y no volver a verlo en la vida. Cuando nota que me impaciento, alza los brazos en señal de rendición y va hacia la caja. Aprovecho este momento para volver a mirar el libro en el que estaba el dinero. Nunca me ha dado por ver la película ni por

leérmelo.

Me impaciento al ver que no vuelve, así que me asomo para ver qué está haciendo. Esperaba encontrarme de todo menos un tatuaje de una tortuga justo debajo de su codo.

—Aquí tienes, mariposa de pan.

Cojo las monedas y me quedo extrañada.

—¿Qué me has llamado?

—Pensaba que eras más culta que yo...

Hago el intento de recriminarle, pero se me adelanta tendiéndome un libro. Observo la portada y miro el lugar donde estaba colocado. Es *Alicia en el país de las maravillas*, el mismo donde había dejado las monedas.

—Acéptalo como un gesto de disculpa.

—Eres raro.

—Me lo tomaré como un cumplido —sonríe orgulloso—. ¿Sigues sin saber por qué te he llamado así?

—La verdad es que tampoco me importa.

—Está bien.

Se encoge de hombros y se marcha hacia la otra esquina del puesto para atender a una señora mayor. Trato de entender a qué viene ese cambio de forma de ser tan repentino, no le encuentro el sentido. Miro el libro que tengo en las manos y me lo guardo en la bolsa, confundida.

Luego regreso a la realidad. He dejado a Amaia a la espera. Quería acompañarme por si acaso, pero le he dicho que se quedara con mi padre, que no iba a tardar. Me olvido de todo lo que ha dicho el chico para recuperar el odio que le tengo. A pesar de ese último momento, ha sido un auténtico capullo.

Justo cuando me empiezo a alejar, alza la cabeza para mirarme y me dedica una media sonrisa junto a un guiño. Pongo los ojos en blanco, no le respondo. No sé ni su nombre y ya lo detesto. Seguirá siendo así, porque no volveré a verlo en la vida. Que nos hayamos encontrado varias veces hoy solo ha sido por su actitud de niñato.

De camino hacia el puesto de mi padre, me da por sobreanalizar. Todo está conectado por unos finos hilos. La vida puede dar mil vueltas y no puedes saber qué te deparará el futuro. Dejo vagar los ojos por el cielo azul apagado, ya que está empezando a oscurecer. Me encanta perder la consciencia de lo que hay a mi alrededor y

concentrarme en el firmamento. Encuentro que es una auténtica preciosidad, en especial cuando no hay ni una sola nube.

Creo que el día es lo mejor de esta ciudad. Todo es siempre tan colorido, acogedor, romántico. Estoy enamorada de Barcelona. Jamás me cansaré de decir lo increíble que es y que cada rincón esconde una esencia escondida en un detalle.

La gente suele decir que Las Ramblas son lo más bonito, lo justifican con que es lo que divide el casco antiguo de la ciudad y que antes se usaba como calle principal. Lo que hace de Barcelona un lugar único no es ningún sitio en concreto, sino todo en general, y eso solo se puede apreciar desde un avión o desde el Tibidabo.

El urbanismo es maravilloso. Calles verticales y horizontales que forman pequeños cuadrados a lo largo de gran parte del centro. Este proyecto comenzó sobre el año 1860 de la mano de Ildefons Cerdà, y se ha convertido en algo icónico.

—¡Tíaaa! —Amaia se levanta del banco y corre hacia mí—. ¡Cuéntamelo todo! ¡Ya de ya! —insiste—. ¿Os habéis besado? ¡Dime que sí!

—Es un gilipollas.

—¿Qué? —Se le abre la boca de par en par—. ¡Estoy flipando! Pues yo le daba, y no precisamente las gracias...

Nos sentamos. Escondo la bolsa entre las piernas, echo una mirada calle abajo como si pudiera ver su cara otra vez. Mi mejor amiga me sacude como un saco de patatas y yo me río. Es una auténtica loca del chisme. Si la dejas sin cuando sabe que hay, te puede bloquear para siempre. Hasta de la vida.

—¡Cuéntameee!

Cinco minutos después abre aún más la boca y niega con la cabeza repetidas veces. Se tira contra el respaldo marrón del banco y baja los brazos. Parece que haya corrido una maratón, cuando solo ha descubierto que su amor italiano ha resultado ser como todos.

—Adiós boda, hijos, viajes... —musita.

—¡Pero si ni siquiera te hacía caso! —la vacilo.

—¡Ya estábamos casados! —Alzo las cejas ante ese comentario—. Aunque puede que él no lo supiera...

—Amaia, tienes que dejar de enamorarte de italianos solo porque son italianos.

—¡No puedo! Son tan... ¡aaagh! —Se tapa los ojos, frustrada—.

¿Sabes qué? Me da igual si solo quiere follar una noche, ¡acepto!

—Por Dios… —Suelto una carcajada—. Estás loca.

—¡Loca por esos ojazos!

Después se pone a hablar con alguien por mensajes. Observo a la gente que sube y baja por la calle. Pocos saben hacerlo sin un teléfono en la mano. Solo los niños siguen disfrutando de lo que el mundo les está enseñando. Uno de unos tres años se percata de que lo estoy mirando y me enseña sus pequeños dientes de leche. Aprieto la nariz mientras saco la lengua de lado y él se ríe de forma tierna. Adoro a los niños, siempre he querido tener uno. Siento que es lo único bonito que queda en este mundo. Daría lo que fuera para que nunca perdieran esa felicidad y esa ilusión que sienten al ver películas de princesas y príncipes.

Sin embargo, todo lo bueno se acaba. Así funciona la vida.

Apoyo la cabeza en el respaldo del banco y me quedo observando cómo las hojas se mueven con el viento. Algunos rayos de luz se filtran entre ellas y vislumbro diferentes tonos de verde. Se empieza a notar el verano, y estoy más que preparada para que llegue.

Me viene a la cabeza algo raro que he visto en el chico italiano. Una especie de marcas marrones en el cuello y en los brazos que parecían tener pequeños puntos blancos dentro.

—¡Que sea ya agosto, por favooor! —grita mi amiga.

—Ya te digo… —bufo exasperada.

—Saldremos de fiesta, ¿no? —Asiento—. ¡Puta fantasía, tía!

Suelto una risotada y apoyo mi cabeza en su hombro mientras ella guarda el móvil en el bolso. Qué bonito es sentirte a salvo con una persona.

Es uno de aquellos destellos que llegan a tu vida para revolucionarte.

Ya era hora, después de haber pasado gran parte de la adolescencia rodeada de gente que creía que iba a estar ahí hasta cuando el mundo no girara, pero que luego defendieron a mi ex cuando este me puso los cuernos. Jamás olvidaré esas frases de sus bocas.

«Solo estás buscando una excusa para cortar.»

«Él jamás haría algo así.»

«Seguramente te lo hayas inventado porque no sabías cómo decirle que ya no sentías nada por él.»

«Qué penosa eres.»

Y más. Y mucho más.

Por eso me cuesta confiar en la gente y Amaia no sabe casi nada de mi vida. Necesito tiempo, y ella me está dando el espacio suficiente para que, cuando esté preparada, le cuente más sobre mí.

—Tendría que haberme quedado una rosa, para no sentirme tan sola y amargada como siempre.

Abro los ojos con una sonrisa de malicia y me incorporo rápidamente para mirarla de reojo. Ella hace el mismo gesto que yo. Sonríe cuando ve que estoy tramando algo y mueve las manos rápidamente para que se lo cuente.

—Vamos a hacerle una bromita al italiano.

—Oh... —Se lleva la mano a la boca—. ¡Me encanta esta versión tuya!

—¿Te apuntas?

—No sé qué coño quieres hacer, tía —sacude la cabeza, ansiosa—, pero ¡vamos!

Aidé, la primera vez

Es la primera vez que estoy en un andén de metro. Siempre he ido al instituto andando y no he tenido necesidad de cogerlo. Mi abuela me aprieta un poco la mano para que la mire, me susurra «No pasará nada» y yo asiento. Lleva puesto el uniforme que tanto la he visto llevar: un suéter de color oscuro con el logo en la parte derecha. Lleva más de veinte años trabajando bajo estos túneles y llevando a miles de pasajeros al día para que puedan seguir sus vidas. Siempre me ha contado que su trabajo es crucial para una ciudad como esta. Y también que está mal pagado.

Inspiro fuerte cuando empiezo a oír ruido del túnel izquierdo. Eso significa que está cerca, seguro. Una luz blanca comienza a filtrarse entre las paredes oscuras y doy unos pasos, curiosa. Mi abuela me rodea el vientre con un brazo y me señala la línea amarilla del suelo. Por nada del mundo debo cruzarla si el metro está viniendo. A mi espalda llevo el violín que me compraron mis padres hace poco, después de que nuestro vecino de barba densa me dijera que yo había nacido para hacer música. Cuando lo cogí por primera vez, sentí que mi vida se había completado.

El metro aparece a una velocidad bastante considerable y me escondo un poco entre los brazos de mi abuela. Lo bonito es que ella siempre procura que no me atrapen. Sobre todo, uno que siempre repite: «El peligro de acumular sueños de papel».

—¿Preparada? —pregunta mientras se agacha un poco—. La primera vez que monté no sabía ni cómo reaccionar.

Asiento solo porque sé que ella está a mi lado y, si pasara cualquier cosa, lo daría todo por ayudarme. Es la magia de los abuelos: te protegen del mundo para que solo veas las cosas bonitas.

Nos dirigimos hacia el final —o el principio— del metro y ella espera a que salga alguien. Supongo que un compañero. Pocos segundos después baja los pequeños escalones un señor de mediana estatura que le da un abrazo, y luego nos adentramos en la cabina.

Cierra la puerta detrás de mí con firmeza y yo me quedo asombrada ante la infinita cantidad de botones que hay.

—Increíble, ¿verdad? —pregunta mi abuela—. Tengo el control absoluto de este trenecito.

—Abuela... —musito—. ¿Y no te da miedo equivocarte?

—Ay, cielo —ríe cariñosamente—. Me he equivocado infinitas veces, por eso soy quien soy hoy en día.

No he entendido muy bien lo que ha querido decirme; sin embargo, me he apartado con una sonrisa para ver cómo se prepara. Repaso las coletas que me he hecho esta mañana para que me duren más.

Pasan cinco minutos y mi abuela me coge de la mano para dejarme delante de un botón. Mueve la cabeza repetidas veces, indicándome que lo toque, y empiezan a sonar unos fuertes pitidos. Abro los ojos. Los había escuchado en el autobús, pero nunca los había provocado yo. Mi abuela tiene el poder aquí abajo.

Es una superheroína.

—Tengo que empezar mi turno, cariño —comenta desilusionada—. ¿Te abro la puerta y te pones a practicar el violín en el vagón de al lado?

—Pero...

—Mira —señala unas pantallas donde se ven los asientos de color azul, las barandillas y unas personas entrando—, te estaré vigilando. Todo el rato. Y siempre podrás volver; quédate junto a la puerta.

—Vale, *iaia*.

Un minuto después me encuentro pegada a la pared de cristal transparente para poder entrever a mi abuela tocando botones. Poco después, el metro se pone en marcha y veo de reojo que se ilumina una luz roja en el panel donde están todas las paradas. Me quedan diecisiete para llegar a donde mis padres me estarán esperando. Saco de la funda el violín y unas partituras que me ha dado el amigo de mi padre, que es profesor de música. Dijo que, si empezaba por aquí, poco a poco, acabaría en un auditorio.

Me lo coloco como me enseñaron y cierro los ojos para contar hasta tres.

Repito la frase que siempre me dice mi abuela.

«Cierra los ojos y viaja a donde todo esté hecho de estrellas.»

La ladrona de libros

Kei

—¡Despierta, atontado!

Alguien me da con el abanico. Salto de golpe de la silla: es mi madre. Suelto un gemido. Decido abrir los ojos y me doy cuenta de que la he cagado. Muchísimo. Miro el reloj y se me cae el alma a los pies.

Media hora. Media hora de pura siesta. Eh, pero qué maravilla de siesta...

Da igual. Soy hombre muerto.

—No pasa nada, mamá. Nadie...

Miro a la lejanía, donde suelen estar todos los libros bien colocados, y me doy cuenta de que faltan unos cuantos. Parece ser que a la gente le gusta robar. Sonrío forzadamente y me alejo despacio de mi madre. Está a punto de cometer un asesinato, lo sé por cómo aprieta los dedos alrededor del abanico.

—Mamá, no es lo que parece...

—¡Pues a mí me parece que nos han robado veintidós libros! —chilla—. ¡Y todo porque te has quedado dormido!

Está cabreada. Mucho.

Es curioso que antes haya leído el título de *La ladrona de libros* y que justo ese también haya desaparecido. Parece ser que el destino me había mandado una señal y yo la he ignorado.

Adiós viaje a Ibiza. Y adiós a mi vida.

—¡Como te pille...! —Parece que se contiene un poco—. ¡Ay! ¡Ojalá te robaran a ti todas tus construcciones de Lego!

Sí, creo que soy de los pocos que mantiene la tradición de montarlos. Tengo una pequeña habitación en la que guardo una ciudad de Lego. La llevo construyendo desde que tenía diez años y he ido añadiendo cositas poco a poco. Empecé con un coche de policía y

lo último que he montado es una especie de restaurante de los años ochenta.

—¡Eh! —alzo la voz. Sé por dónde van los tiros—. Ni se te ocurra venderlos.

—¡Ponte la etiqueta de precio, que te vendo a ti mismo!

—Muy graciosa, mamá.

Salgo al mostrador. Genial. Dejo caer las manos y suspiro mientras me agarro la cadera. Faltan la mitad de los libros que hay en la letra P, en la M, en la L... Bueno, faltan casi todos. Solo se han dejado *Don Quijote*. Normal. Vaya tostón. El único libro que me tuve que leer por obligación y me tuvo que tocar ese.

—Olvídate del viaje —sentencia mi madre a mi espalda.

—¡No me puedes hacer esto! —espeto—. ¡No es justo!

—Nada es justo. Si hubieras estado despierto, ya casi estarías oliendo esa playita y esos cócteles. Ahora tendrás que trabajar más días para ganártelo.

Aplaudo sarcásticamente. Enhorabuena. Has logrado ser un auténtico gilipollas, Kei. Adiós, isla. Hola, buscar libros hasta que mi madre se canse. Y para que ella se canse de mirar lomos viejunos y recolectarlos en cajas, tiene que venir una tercera guerra mundial. Además, no se trata de ir tienda por tienda y mirar los desechos. Ojalá fuera eso. Hay que ir a una librería de libros clásicos abandonada. La dueña, Liesel, se enamoró de un chico argentino y hace un mes se mudó a su ciudad natal. Como ella y mi madre eran viejas amigas, decidió cederle su encantadora librería. Recuerdo que le pregunté por qué no se había quedado con el local y me dijo lo siguiente:

—Ya hay demasiadas librerías, pero pocos puestos en lugares turísticos donde recordar que existe la magia de leer.

Su amiga sigue pagando los pocos gastos de luz y agua, y cuando termine de vaciar las existencias, cerrará el local. A mi madre siempre le había fascinado la idea de abrir una librería-cafetería, pero no dispone del dinero suficiente. Según ella, disfruta de vender libros clásicos en Las Ramblas. Además, es muy querida, y ha conseguido clientes fieles en poco tiempo. Es lo que tiene mostrar pasión por tu trabajo.

En esa librería puedes encontrarte desde libritos de animales y estrellitas hasta tomos sobre la segunda guerra mundial. Además, mi madre tiene que considerar si pueden tener salida. Ella lo que busca es

que la gente no olvide los clásicos, y eso está muy bien, pero a mí que me deje al margen, por favor.

—Supongo que el domingo que viene me tocará madrugar... —murmuro.

—Supones bien, hijo —dice molesta—. Solo me tranquiliza el hecho de que la persona que los ha robado se los va a leer.

Al fijarme en la expresión de mi madre, veo que está agobiada. Me acerco y le pongo los brazos sobre los hombros.

—Mamá, lo siento.

Clava su mirada en mis ojos y después de apretar la mandíbula con fuerza termina por hacer un gesto con la mano, haciéndome entender que lo deje pasar.

—No sé por qué me he puesto así —suspira mientras se sienta en la silla plegable de madera.

—Pero... —me siento a su lado— no tenemos problemas, ¿verdad?

—Hijo, ya sabes que soy autónoma y...

—Mamá aún tiene su trabajo como abogada.

—Ya, ya. —Se encoge de hombros—. Sin embargo, está costándonos llegar a fin de mes.

Por desgracia, entiendo cómo estamos. Mi madre perdió su empleo poco después de Navidad a causa de una mala racha que sufrió tras la muerte de su mejor amiga, Miriam. A consecuencia de eso, se pasó más de dos meses sin ir a trabajar. No tenía fuerzas para estar en el lugar donde compartió gran parte de su vida con ella.

Cuando por fin recuperó el ánimo, salió con las manos llenas de trastos de su vieja oficina. Lleva meses buscando un trabajo de lo suyo, pero no encuentra ninguno en el que no le pidan empezar de cero, y no está dispuesta a echar por tierra toda la experiencia que tiene acumulada.

Hemos podido salir adelante gracias al sueldo de mi otra madre. El problema ha sido la cara operación a la que se ha sometido mi hermano.

—Con doce euros por libro se hace bastante, aunque no lo creas. Estaba ahorrando para poder pagarte ese viaje que tanta ilusión te hace.

Joder, no me la merezco.

—¿Sabes que eres la puta ama? —Le saco una sonrisa, aunque no

me cree—. ¡Es verdad!

—¿Me estás engatusando?

Chasqueo la lengua y pongo los ojos en blanco.

—Te admiro mucho, mamá. A pesar de todo lo que has vivido últimamente, estás aquí. Yo estaría encerrado en mi habitación. En cambio tú sigues adelante y cuidas de mí y de Lorenzo como si no hubiera pasado nada. Tienes un superpoder precioso, joder.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi Kei?

Suelto una carcajada.

—Lo bueno de no decir normalmente cosas bonitas es la sorpresa que ves en la cara de la otra persona cuando las oye.

La observo en la silla de madera, triste por cómo está su vida ahora mismo, y no puedo evitar sentirme mal. Me muerdo el labio, dudoso.

—No te preocupes, mamá. Si no puedo ir al viaje, no pasa nada.

—No es eso, cariño —responde mientras se hace una coleta con una goma—. Me apetece que vayas, y lamento no poder pagártelo.

—Iré a por más libros y nos hincharemos a vender —la animo.

Eso parece reconfortarla y acaba apoyando su cabeza en mi hombro. Yo le doy un beso en la frente y me río. A pesar de que muchas veces me saque de mis casillas, la amo con todo mi corazón. No me puedo quejar de ella. Y nunca lo haré.

En la lejanía me parece ver a ese renacuajo de ojos marrones acercándose, al lado de mi otra madre. Como siempre, va con la camiseta llena de mierda de revolcarse en el campo de fútbol. Le encanta ese deporte. Creo que muy en el fondo sigue deseando convertirse en un gran jugador. El cardiólogo le dijo que no aspirara a mucho. Aun así, sigue dándole más fuerte que nunca. Hace unos dos años lo fichó el Fútbol Club Barcelona. Yo no habré conseguido mi sueño de ser piloto, pero apoyaré a mi hermano hasta cuando no tenga confianza en él mismo. Quiero que sea el mejor jugador del mundo.

—Mira quién viene por ahí.

Mamá alza la cabeza con curiosidad. En cuanto los ve, le brillan los ojos. Nos quiere tanto como si nos hubiera parido. Muchas veces me paro a pensar en lo que habría sido de nosotros si ellas no nos hubieran adoptado. Estuvimos cerca de un año en un centro de acogida. Nuestros abuelos no podían cuidarnos, bastantes problemas

tenían ya, y nuestros tíos no tenían suficiente dinero para cuidarnos además de a sus tres hijos. Hace seis años una pareja de dos chicas, agarradas de la mano, decidieron conocernos. Les debo la vida. Yo tenía catorce años, y mi hermano, diez.

—Hola, pequeñajo. —Mi madre corre a abrazarlo.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que dejes de llamarme así? —bufa él—. Ya tengo pelos en los huevos.

Suelto una carcajada. Somos como dos réplicas. Mismos ojos, color de pelo, labios, nariz redonda…

—¡Tú, qué! —me chilla al verme sentado en la silla—. ¿No piensas decirme nada?

—Pues claro que no —río.

Al ver cómo se cruza de brazos, acabo levantándome para rodear el puesto y darle un abrazo. Él me lo devuelve.

—¿No les vas a contar lo que te han dicho hoy? —pregunta, impaciente, mi otra madre.

—Ya lo estás soltando —comento.

—Pues… ¡me han ofrecido subir de nivel!

—¡No jodas! —exclamo, apartándome y extendiendo los brazos para celebrar una victoria con los puños—. ¡Ese es mi hermano! ¡Puto amo!

—Bueno, tío, no he dicho que…

—¡Me la suda! —lo corto—. ¡Te dije que te ibas a comer el mundo, y lo harás! Porque eres el mejor, Lorenzo.

Cuando dejo de sonreír a causa de la buena noticia me fijo en que me mira con desconfianza. Hasta tiene la ceja alzada.

—¿Qué le pasa? —pregunta a nuestras madres—. Está más cariñoso…

—¿No puedo alegrarme por ti, imbécil?

Como nos queda una hora para terminar esta insufrible jornada laboral, mi madre decide ir a comprarle a mi hermano un par de camisetas de deporte, pues las que tiene están bastante destrozadas. Luego yo me iré a mi pisito, donde me espera Arnau para llevar a cabo nuestra tradición. Atiendo a unos cuantos clientes más, esta vez con la atención centrada en ellos para no cagarla más. Mientras tanto, voy maldiciendo a la persona que haya tenido los cojones suficientes de robarme.

Ojalá supiera que la odio.

Pasan diez minutos y entre dos libros veo una especie de nota sobresaliendo. Estiro el brazo para leerla. Es una hoja partida por la mitad. Se nota que la han cortado a mano por la pelusilla que le sale cuando la doblas varias veces sobre sí misma.

Despliego la nota.

LAS CARTAS SOLDADO SE HAN LLEVADO TUS LIBROS.

MARIPOSA DE PAN

¿Las cartas soldado...? Paso unos segundos tratando de entender a qué se refiere la persona que haya escrito eso. En cuanto me doy cuenta de que habla de *Alicia en el país de las maravillas*, me quedo boquiabierto. Cabreado, rompo la hoja en dos y la maldigo.

Apoyo los brazos en la mesa y bajo la cabeza en un intento de no chillarle mil insultos. Qué cabrona, me ha robado los putos libros. Empiezo a moverme, inquieto. Paro cuando recuerdo que, al pasar por plaça Catalunya, la he visto en un puesto que parecía ser de un familiar, por cómo lo abrazaba. Seguramente aún esté allí.

Me pongo recto, cojo la cartera y el móvil y le digo a mi madre que voy al bar a por una botella de agua. Subo calle arriba.

¿No quería verme más?, pues ahora me verá hasta en la sopa.

¿Quiere jugar? Jugaremos, entonces.

El diario de Ana Frank

Aidé

Querido diario:

Hoy he cometido una locura. Una de la que no me arrepiento, pero que puede que acabe con una denuncia. Nunca habría imaginado que algún día diría esto, pero he robado veintidós libros. Tengo una caja llena a mi lado. Por el camino se nos han caído unos cuantos, hemos tenido que hacer malabares para seguir. No nos ha visto nadie. Hemos sido unas auténticas ladronas de película.

Me siento eufórica, como si hubiera ganado una maratón. Obviamente, no tenía pensado quedarme los libros para siempre, por ende, le he escrito una nota. Sé que sabe dónde está la parada de mi padre, así que aquí estoy, esperando en un banco con el botín y con ganas de que venga para ver su cara de que le han jodido la vida. Qué ganas de verlo llegar con los puños apretados y poder decirle: «Ahora ya sabes lo que se siente cuando un gilipollas te hace perder el tiempo».

No sé cómo he acabado escondida detrás de un árbol como si estuviera persiguiéndome una persona armada. Amaia me da unos toquecitos con la mano para que le explique qué vamos a hacer; yo me pongo el dedo delante de los labios para indicarle que mantenga el silencio. En realidad, el ruido que hay en la calle es lo bastante alto como para que nadie nos pueda escuchar.

Suspiro y pienso; esto me pasa por actuar a impulsos sin tener un plan. El único objetivo es hacerle una putada. Puede que ahora parezcamos dos crías tratando de vengarse, pero no me arrepiento de nada. Amaia se impacienta y apoya la cabeza en el tronco del platanero. Pasan unos minutos en los que ninguna de las dos dice ni una palabra, hasta que ella me empieza a golpear en la barriga como

una loca.

—¿Qué? —pregunto molesta.

—Mira, tía.

Veo que está asomada, a la vista. Si la estuviese buscando un mafioso, estaría más que muerta. Me indica que mire hacia el puesto del italiano y le hago caso. Entrecierro los ojos con miedo de que me vea, inclino mi cuerpo hacia la derecha del árbol y me asomo. Está dormido. Me entra la risa al ver lo poco responsable que es. No esperaba menos.

Desvío los ojos hacia los libros, que han quedado sin ningún tipo de vigilancia. Tampoco parece que esté la mujer, que parecía su madre. Lo ha dejado al cargo del puesto y él va y se duerme. Niego con la cabeza y luego suelto un bufido. No solo se comporta como un cretino, sino que no es capaz ni de mantenerse despierto para que nadie le robe.

Repito ese último pensamiento y se me ilumina una bombilla. No sé qué me está pasando, pero de pronto mi personalidad y mi forma de ser desaparecen y me convierto en una persona totalmente diferente. Me vuelvo a esconder tras el árbol y Amaia y yo nos miramos de reojo.

—Ya sé qué haremos.

—Ah... —asiente orgullosa—. Dime que es lo que creo que es.

—Amaia, vamos a ser unas ladronas de libros.

—¡Toma ya! —celebra, aplaudiéndome—. Me encanta esta versión tuya de vengadora.

Chasqueo la lengua para restarle importancia. Me hago una coleta rápida. Si vamos a robar, hagámoslo como auténticas cabronas. Mi mejor amiga me sigue el rollo y me presta unas gafas de sol. Sonrío al ponérmelas.

—¿Preparada? —pregunto.

—Tía, nací para esto.

Chocamos los puños y damos paso a la función. En nada estamos en frente del puestecillo, que, por cierto, sigue sin tener ni un mínimo de vigilancia. El chico sigue roque en la silla. No voy a mentir, se lo ve bastante tierno. Tiene las piernas extendidas y cruzadas, los brazos sobre su pecho musculoso y la gorra bien bajada para taparse los ojos.

Me distraigo un poco más cuando me doy cuenta de dos cosas. 1) Esa especie de recorrido de manchas marrones lo hace atractivo, y 2)

Hay una tortuga de papiroflexia encima de una caja, junto a flores de papel. Tengo la sensación de que este chico va de duro por la vida y solo es un romántico escondido.

—Vale —suspira mi amiga—. ¿Cómo lo hacemos?

—¿Cuántos robamos?

—¿Unos treinta?

—¿Estás loca? —Abro los ojos como platos.

—Si nos llevamos solo cinco, ni se darán cuenta.

Yo creo que sí. Sobre todo la encargada; se le ve de lejos que es una auténtica fanática del orden y de la lectura. De todas formas, cuantos más robemos, más joderé al italiano. A veces, se infravalora de lo que somos capaces las chicas. ¿Voy a hacer esto por un mal cambio, una actitud de cretino y un libro defectuoso? Efectivamente.

Sé que disfrutaré muchísimo cuando descubra que he sido yo y venga a buscarme con intención de estrangularme. Además, así tengo una anécdota que contar a mis futuros hijos. Que, por supuesto, no serán suyos. Ni en mis peores sueños.

—¿Sabes qué? —La miro, me mira—. Nos vamos a llevar todos los que podamos.

—Dios mío, tía... Te amo.

Suelto una carcajada y nos ponemos manos a la obra. He tenido la idea de coger una caja que he visto tirada en un rincón para que parezca que trabajamos allí, y que nos servirá para llevarnos una gran cantidad.

—*¿Don Quijote?* —Amaia pone cara de asco—. Este mejor lo dejamos.

—Ya lo tengo, por culpa del instituto.

Al ver la caja llena hasta arriba me entra la risa. Hace un momento me he quejado de lo mal que está robar y ahora lo estoy haciendo. Es un poco hipócrita de mi parte, pero que todo sea por la aventura.

—Esto lo vamos a llamar «tomar prestado» —le advierto.

—Claro, claro, tía. No somos unas ladronas.

Reprimimos una sonrisa hasta que explotamos a reír. Me pongo a contar los libros, por simple curiosidad. Veintidós. Ni tan mal.

Cuando tenemos todo listo, saco un trozo de papel de mi bolsa marrón y un bolígrafo de color negro. Obviamente, solo es una broma. No voy a arruinar el puesto, que ni siquiera es del chico. Seguramente

él haya venido obligado. Nadie se pasaría horas vendiendo cosas sobre las que no tiene ni idea.

—¿Cómo le hago saber que he sido yo de forma secreta? —pregunto al aire.

—¿No te ha dicho algo de mariposa de pan?

—Ya, pero eso...

—Tía, ¿no has visto *Alicia en el país de las maravillas*? —¿Ahí existen las mariposas de pan...? —Ve mi cara y suspira decepcionada—. Tú hazme caso y pon lo que te voy a decir.

Sigo sin entender qué pasa con esta dichosa historia que todo el mundo conoce menos yo. Simplemente le hago caso, lo escribo y dejo el papel escondido entre dos libros. La nota se ve un poco si te fijas. Espero que la descubra antes de que acabe el día, si no, tendré un grave problema.

Luego nos vamos con calma. Si queremos que la gente no sospeche, tenemos que fingir que es algo normal. No obstante, no somos capaces de aguantarnos la risa. Mucha gente que pasa a nuestro lado nos mira y seguro que piensan «¿Qué les pasa a estas dos locas?».

—El italiano va a alucinar.

—¿No te acuerdas de su nombre?

—Claro que no, ¿qué más me da? —Alza las cejas y ríe—. ¿Tú sí?

—Claro que no. Ni siquiera lo dijo.

Querido diario:

Ha pasado media hora y sigue sin aparecer. Empiezo a creer que se me ha ido de las manos y acabaré entre rejas. La euforia ya no está en mi interior, mi mejor amiga es capaz de notarlo.

Mira, aunque termine muerta entre rejas, sé que ha valido la pena esta idiotez. Supongo que a veces tenemos que dejarnos llevar para luego darnos una colleja por haberlo hecho. Solo espero que termine bien, claro.

Dejo de escribir y suspiro de alivio al ver que viene un chico hacia nosotras. Le doy un codazo a Amaia para que deje el móvil y se prepare para el momento. Como está a contraluz, solo puedo apreciar una silueta un poco distorsionada y oscura. Seguramente sea el italiano, llevaba una camiseta negra y apostaría bastante dinero a que su repertorio es todo de ese tono.

Me incorporo mejor cuando ya queda poco para que llegue; estoy un pelín nerviosa. No me suelo meter en movidas, soy más de pasar desapercibida. Miro al frente, pues quiero que parezca que me importa cero. Mi corazón da un vuelco cuando me doy cuenta de quién es. El miedo me invade.

¿Qué hace aquí? ¿No le había dejado claro que no quería hablar? ¿O es que quiere restregarme algo más?

Mi mejor amiga se da cuenta de que no es el chico del puesto de libros y se asoma un poco más para tratar de descifrar mi cara. Ella no lo conoce, pero sabe perfectamente quién es en cuanto suelto el nombre.

—Es Àlex.

—¡¿Àlex?! —pregunta asustada—. ¿El gilipollas ese que te puso los cuernos?

—Sí, mi ex.

—Se va a enterar ese hijo de la gran puta.

Veo que se levanta de un golpe y la retengo poniendo una mano en su vientre. Le hago un gesto con la cara de que lo tengo todo bajo control y que no hace falta que intervenga. Me mira dudosa durante unos segundos, pero luego se rinde, aunque está medio molesta por no poder decirle nada. Le tiene un odio increíble, más que yo.

Cierro los ojos para reclamar paciencia a cada rincón de este planeta. Poco sorprendida, veo que Àlex se queda a una distancia prudencial de nosotras, con las manos en los bolsillos, a la espera de que vaya y hablemos. Le digo a Amaia que vigile la caja de libros. El corazón me late bastante fuerte. Hacía mucho tiempo que no lo veía. Concretamente desde que me enteré de que me puso los cuernos con mi ex mejor amiga y me alejé de ambos para siempre.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, frotándome el brazo con la mano.

—Nena...

—No me vuelvas a llamar así en tu vida, ¿vale? —aviso seria—. Ya no somos pareja.

Se queda serio, le ha dolido que le haya hablado con ese tono frío y sin sentimientos. Ya ha pasado casi un año y no quiero volver a remover nada de eso.

—Solo pasaba por aquí.

—Ve al grano y terminemos ya, Àlex.



Suspira y se acerca un poco. Al instante, me alejo.

—Aidé, ya no estoy con ella.

—Una pena —contesto seria—. ¿Puedo irme?

—Joder —aprieta los dientes—, ¡fue un error! ¡Lo admito! Pero, nena, no puedes negar que aún sientes algo por mí.

—Lo que siento por ti es puro asco. —Lo miro a los ojos—. ¿Cómo cojones te atreviste a besar a otra? Delante de mí, encima.

—¡Me provocaste! ¡Es tu culpa!

—¡¿Mi cul...?! —Me aprieto el puente de la nariz. Esto no va a llevar a ningún lugar—. Vete de aquí y déjame en paz.

Àlex me agarra del brazo. Trato de zafarme, pero no puedo. Le repito que quiero irme. No sirve de nada. De lejos suena un fuerte silbido y ambos paramos de forcejear. Es Kei. Lleva la gorra puesta, y está apoyado de brazos cruzados en el tronco del árbol siguiente.

—¿Estás sordo? —pregunta. Acto seguido, se baja las gafas—. ¿No la has oído? Déjala en paz.

—¿Y tú quién coño eres? ¡Vete a buscarte a otra, ella es mía!

—Soy su novio.

Abro los ojos nada más oír eso y me quedo sin palabras. Ni siquiera conozco a este tonto, y le acabo de robar veintidós libros. ¿Se está quedando conmigo? Entonces veo que Àlex me suelta y se aparta de mí. Parece que eso ha funcionado. Kei se pone a mi lado; yo lo miro de reojo. Se le ve muy seguro.

—¿Tienes novio? ¿Tú? —lo pregunta de tal forma que suena despectivo.

Como si yo no pudiera estar con un chico como ese.

—¿Algún problema, imbécil? —Kei se cruza de brazos—. Porque he sido muy paciente, pero he visto perfectamente cómo la estabas empezando a acosar. Eso no me hace ni puta gracia.

—Pero ¿qué coño dices? —Se pone nervioso—. Solo estábamos hablando.

—Si estabais hablando... ¿por qué la cogías del brazo? —No hay respuesta—. Mira, campeón..., te aseguro que, como no te pires ahora mismo, me voy a cabrear muchísimo.

Àlex se lo queda mirando, luego centra sus ojos en mí para terminar mirándolo de nuevo. De forma inesperada, le escupe en toda la cara.

—Pero ¡¿tú estás mal de la cabeza?! —Lo golpeo en el pecho—.

¡Vete de aquí! ¡Ya!

Mi ex me mira aturdido ante mi reacción y se aparta rápidamente, dejando caer los brazos. Dice algo, que no soy capaz de entender, y desaparece. Cierro los ojos con fuerza, en mis hombros noto unas manos. Cuando me giro, medio asustada, me doy cuenta de que Amaia ha estado escuchando la conversación. Una risa fría se cuela en mis huesos; es de Kei.

—Se-será hijo de puta… —balbucea, limpiándose sus babas de la cara.

—Lo-lo siento, no sé ni por qué…

El chico pone los ojos en blanco y aprovecha para quitarse la gorra, dejando ver su cabello. Le da por girar un poco la cabeza para mirar hacia dónde está yendo Àlex y aprecio un tatuaje de la nota fa en su cuello. Aprieto el ceño por la frialdad de su respuesta y espero a que me diga algo. Amaia, cómo no, está babeando. Tampoco es para tanto. El italiano alza una ceja y suelta una risilla sin razón alguna.

Su actitud me pone de los nervios.

—¿Sabes? —Aprieta la mandíbula—. Por muchas ganas que tuviese de insultarte, tengo valores suficientes para ayudar a alguien en esta situación. Aunque ahora mismo seas mi mayor enemiga.

—En el fondo lo has hecho para que te diga que eres mi salvador.

Suelta una carcajada y masculla algo en italiano. Admito que tiene una forma muy bonita de hablarlo.

—Una cosita, *princesa*. —Se agacha un poco para ponerse a mi altura—. Creo que robar libros no es nada romántico.

—¿Y ser un cretino como antes con esa voz de mierda sí??

—¿No te gusta mi voz? —Abre los ojos, vacilón—. Porque la tuya me encanta.

—Aclárate, chico. —Suelto un bufido—. ¿Me odias o no?

—Depende. —Se aparta para ponerse recto y sonríe de medio lado—. ¿Crees que debería odiarte por haberme robado libros?

—Yo te habría hecho la vida imposible, sí.

—Entonces ya sé qué debo hacer.

Me lo quedo mirando, confundida. Lo hace todo con una tranquilidad impasible, es agotador. Noto cierto odio en sus ojos, pero no deja de mirarme a los labios. Que siga soñando. Kei se adelanta y cuando veo que se dirige al puesto de mi padre, mi cuerpo se queda helado. Mierda. Si se entera de esto, me mata.

Agarro de la mano a mi mejor amiga para evitar que me delate. Cuando llego ya es demasiado tarde.

—¿Eso ha hecho? —Mi padre clava los ojos en mí, sorprendido—. ¿Estás seguro?

—Claro. —Kei me mira de reojo y reprime una sonrisa—. De hecho, creo que los tiene ahí, en esa caja.

No, no, no. Me interpongo entre mi padre y él. Al instante, me doy cuenta de lo alto que es y de lo bajita que soy yo. Creo que me he sonrojado un poco. Oigo un carraspeo detrás de mí y me paso la mano por la frente.

—Papá, no lo creas. Este chico está mintiendo.

Kei me agarra de los hombros de forma cariñosa y me usa como apoyo para ponerse a mi altura.

—Yo creo que no, ¿eh? —Niega con la cabeza, frunciendo el ceño.

Trago saliva. Estoy muerta. Lo confirmo en cuanto veo que se acerca a la caja de libros. Me maldigo por dentro. Como mi padre se entere de que he hecho esto por pura venganza, me atará y me crucificará.

Kei se agacha para coger la caja con los veintidós libros y la mira. Está disfrutando. En cuanto vuelve al puesto de mi padre, deja la caja de cartón en el suelo y saca un libro para enseñarle el precio, escrito a lápiz en la primera página. Mi padre odia poner los precios dentro y siempre los señala con carteles para no marcar los libros.

Agacho un poco la cabeza, me siento avergonzada. Amaia me pasa la mano por la espalda, un gesto que solo hace cuando está incómoda y no sabe muy bien qué hacer. Oigo un suspiro de mi padre.

—Verás, a mi madre no le ha hecho ninguna gracia —explica Kei —. Como castigo, tendré que ir a buscar más libros a una librería vieja y…

—Mi hija te acompañará.

Me quedo parada ante la respuesta de mi padre. Esperaba de todo menos eso. Exagero un parpadeo y me aprieto el puente de la nariz. Luego me peino el cabello hacia un lado. Mi día acaba de amargarse en cuestión de instantes. El italiano ladea la cabeza hacia mí y sonríe, orgulloso. Qué bien sabe devolverlas.

—Ni de broma voy con este.

—¡Au! —Kei se lleva la mano al pecho—. Yo también te quiero,

guapa.

—Métete los piropos por donde te quepan, fraude.

—¿Te recuerdo quién me ha robado los libros?

—De verdad, supéralo.

Desvío la mirada y me pongo a observar el árbol que tengo delante. Al instante me doy cuenta de que mi mejor amiga está reprimiendo una risa. Le doy un codazo y ella me hace un gesto con la mano para pedirme perdón. A mí no me hace ninguna gracia.

Noto una cierta amenaza en la mirada de mi padre, pero me niego a aceptar. Hago un gesto con la cabeza para que entienda que no lo soporto; sin embargo, él se mantiene firme. Ojalá pudiera dar marcha atrás en el tiempo...

—Está bien —me rindo.

—Perfecto.

Kei responde de una forma tan indiferente que hasta me sorprende. Intento decirle algo, pero él me corta.

—El domingo que viene a las siete en... —Se detiene con la caja de libros en las manos y me señala con ella—. ¿Dónde vives?

—No te lo diré, quedemos en la parada de metro Rocafort.

—Pues a las siete de la tarde allí. En el andén. Ni un minuto menos, ni uno más.

II

—¿Y yo qué soy, mamá? Tengo la sensación de que ya no valgo nada. De que perdí mi valor y que ese niño que vivía en mí ha sido olvidado.

—Tú eres una persona cascabel. En esta vida hay gente que esplende (qué palabra tan bonita y perfecta, siempre ha sido mi favorita). Las personas cascabel son aquellas que de lejos puedes sentir cómo son, de las que notas que vienen a hacerte sonreír hasta que olvides lo que hace que te destruyas. Es todo aquel que emite una luz enorme y que, además, te engloba en un mundo donde todo brilla, te hace sentir único. Esas son las personas cascabel. Y son las mismas que te hacen reír como si solo tú importaras en una vida llena de miles. Eso sí, solo aparecen una o dos en la vida, y hay que procurar no dejarlas marchar.

El Principito

Kei

La tortura se ha terminado, al fin. El cielo se ha vuelto oscuro y la gente ha empezado a desaparecer de las calles. Feliz, recojo mis cosas. También ayudo a meter los libros que no se han vendido en las cajas, para que mi madre las guarde en la furgoneta. En cuanto veo que todo está listo, alzo la cabeza hacia el cielo y suelto un largo y profundo suspiro.

Reviso que tengo todo en los bolsillos y luego emprendo la marcha calle arriba. Camino un pequeño trozo del Passeig de Gràcia hasta encontrarme con la Gran Via de les Corts Catalanes, y avanzo hacia la famosa torre de vidrios azules. Mi paso se reduce a medida que los pensamientos ganan territorio en mi cabeza. Sabía que pasaría si me daba por pasear, y más sin música.

Las voces chillan para recordarme que he dejado la carrera. Que estoy en paro. Que no tengo futuro. Me paso la mano por el codo y toco con suavidad el tatuaje de la tortuga. Solo puedo dejar que chillen, ya estoy acostumbrado.

Doblo la última esquina para subir por mi calle, pero aprovecho para observar el negro del cielo. Normalmente paso como un robot automático.

Saco las manos de los bolsillos para abrir la puerta, y con ese gesto cae el trozo de papel que me he encontrado entre los libros. Lo releo, suelto una pequeña risa. Es una auténtica cabrona, pero algo me hace querer seguir conociéndola. Sé que el camino la ha puesto ahí por algo.

Subo hasta el piso y abro la puerta.

—¡Hombre! —aplaude Arnau desde el sofá—. ¡Ya era hora!

—Que sí, que sé que te morías de ganas de pasar tiempo conmigo.

—Tengo más ganas de otras cosas. —Me guiña un ojo y yo suelto una carcajada—. ¿Qué tal, librero? —me vacila en cuanto me siento en el sofá y me quito los zapatos.

—Bueno…

Coge el mando para apagar el televisor, pone los pies bajo el regazo y entrecierra los ojos: me está analizando. Asiente cuando saca su propia conclusión.

—Tú estás mal, cuéntame qué te pasa.

—¿Por qué iba a estar mal?

Pongo los ojos en blanco y me estiro más en el sofá. Puede que tenga razón, no lo sé.

—Arnau.

—Dime.

—¿Tú alguna vez te has sentido el último de una carrera a pesar de ir el primero?

—¿A qué te refieres?

Trago saliva y apoyo la cabeza en el respaldo del sofá.

—¿Nunca has ganado una carrera y te ha parecido que has perdido? Como si todo lo que te has esforzado no hubiera servido de nada. Después de tanto tiempo queriendo ganar, solo has… perdido.

Ladea la cabeza, no me entiende. Tampoco me sorprende, ni yo mismo me comprendo. Algún día lograré poner orden en mi mente para tratar de entender qué es lo que se siente fuera de lugar.

—Déjalo. Vámonos arriba.

Me pongo las zapatillas, que siempre dejo en este mismo rincón, luego me levanto sin dejarle opción de discutir. Cuando espero a Arnau en la puerta para subir a la terraza con dos sillas de madera en la mano, me río al verlo llegar con esa camiseta en la que pone: «El mejor amigo del italiano amargado». Se la regalé yo como broma las pasadas Navidades.

Dos minutos después, arrastro una caja de cartón que siempre dejamos en la azotea, limpio la parte cerrada para quitar el polvo, coloco mi cacaolat y su cerveza y nos sentamos a la vez en las sillas plegables.

A veces, solo necesito esto. Estar con él en la terraza. Sin decirnos nada, haciéndonos compañía y apreciando las sombras que se ven en los tejados de Barcelona. Momentos así en los que el silencio se convierte en palabras.

—Allá, en el espacio, también había alguien igual de perdido que tú.

Inclino la cabeza hacia Arnau, confundido. Él sigue con los ojos clavados en el cielo nocturno.

—Se llamaba Principito. No entendía lo que lo rodeaba, pero no tenía miedo de tocarlo. —Pasa el dedo por su collar de perlas y gira la cabeza para mirarme—. Kei, no tengas miedo a descubrir lo desconocido. Tampoco a perder, porque eso no quiere decir que hayas llegado al final.

—Supongo que es bonito perderse, entonces.

—Perderse es lo único que hará que te encuentres.

Le dedico una sonrisa honesta y tiendo mi bebida para hacer un brindis por seguir estando juntos a pesar de todo. Bebemos un trago y vuelvo a mirar hacia el cielo oscuro.

—Creo que está a punto de empezar un nuevo capítulo de mi vida —confieso.

—¿Y le tienes miedo?

—Solo si tú no estás en él.

—*Jo sempre hi estaré, cap de suro.*

Asiento y bebo un trago más. Sé que siempre me lo dirá, pero ella también me lo decía. Y ahora me separan de su sonrisa miles de kilómetros y de años. Yo sigo, ella ya no.

Solo me queda imaginar que sigue aquí.

Y continuar.

Hasta que la vida se termine y podamos reencontrarnos.

[II]
cuando el querer sea de papel

Haces que mi cielo vuelva a tener ese azul.

Kei, Playa de hermanos

No sabría qué hacer en pleno verano si no tuviera la playa a dos metros de mi casa. Me asomo al balcón de mi habitación y observo las casas de color amarillo y naranja que rodean la *piazzetta* de arena, la veintena de pequeños veleros quietos donde el turquesa gana terreno y alguno que otro preparándose para adentrarse en el Mediterráneo.

Poso los brazos en el balcón y me quito las gafas de sol de Valentino Rossi que me regaló mi padre hace poco. Al cerrar los ojos, la suave brisa italiana me roza con calma la piel, trayéndome un olor a pasta recién hecha del restaurante que hay en el edificio. Cada vez tengo más claro que por nada del mundo abandonaría este lugar donde solo se escucha paz. No hay odio por las calles, solo bicicletas que van desde arriba de Calata Marconi hasta llegar a donde el azul tiñe la mezcla de colores cálidos.

—*Andiamo, Kei!* —me chilla mi hermano desde la calle.

—*Sto arrivando, Lorenzo!*

Me aparto rápidamente de la barandilla, entro en la habitación, dejo que la cortina baile por la corriente y agarro la toalla que tenía tirada en la cama. Bajo los escalones de dos en dos mientras mi madre chilla desde el sofá que tengamos cuidado y salgo a la calle. Lorenzo está esperándome montado en su bicicleta y sujetando el manillar de la mía. Le revuelvo el pelo como hago siempre y él pone los ojos en blanco, gruñéndome molesto. Sin decirnos nada, le damos al pedal y nos metemos por una de las tantas callejuelas del pueblo. Bajamos las escaleras con rapidez (él va delante) y dejamos atrás el puente en forma de arco que conecta dos edificios. Cuando estamos al pie de la calle principal, el color cálido se difumina para dar paso al blanco de los barcos, contrarrestando el verde de la montaña.

Cinco minutos después tiramos las bicicletas cerca de unas pequeñas barcas para meternos en una de nuestras playas favoritas, que linda con la montaña que tiene un castillo en su cima. Lorenzo se quita la camiseta y yo me deshago de la mía, blanca y de tirantes. Me

encanta este color; a pesar de ser la ausencia de todos, atrae todos los que se conocen hoy en día.

—*Che figo!*

—*Com'è fredda l'acqua!* —grita mi hermano.

Pongo los ojos en blanco por lo quejica que es el renacuajo de nueve años este y me acerco a él para forcejear bajo el agua. Lo quiero tanto que lo daría todo para verlo siempre feliz. Le entregaría hasta mis sueños o mi alegría para que nunca conociera la oscuridad. Sale de debajo del agua, se frota los ojos para deshacerse del molesto picor que produce la sal y me salpica.

Las horas pasan y terminamos ambos tumbados en un barco pequeño que hay en la orilla, mirando el cielo y apreciando las nubes blancas y brillantes que se ven hoy. Cierro los ojos para recordar cada detalle a la vez que Lorenzo me habla sobre una «persona especial» del instituto. Al instante, pienso en la mía: Aurora. Una chica de cabello rubio como el oro, ojos marrones y un mogollón de pecas alrededor de la nariz. Sonrío a la nada, hace poco que la besé.

Aún lo recuerdo. Estábamos en un restaurante de la *piazzetta*, con el cielo a punto de apagarse, rodeados de macetas colgantes y sentados a una mesa blanca con sillas de rejilla. Ella había pedido pasta a la carbonara, y yo, *alla puttanesca*. El beso llegó cuando se hizo de noche y la acompañé a su casa. Fue tímido, pues me daba miedo no hacerlo bien. Tengo trece años, fue mi primera vez.

Tímido..., pero perfecto.

Como mañana mis padres se van en tren hacia el sur de Italia para reencontrarse con unos viejos amigos, he aprovechado para invitarla a casa. Espero que podamos disfrutar del mejor verano de nuestras vidas.

Una vez delante del portal de nuestra casa, me paro a pensar en lo bonita que ha sido mi vida. Sin ningún bache ni problemas que hayan molestado a nuestra familia. ¿Qué podría salir mal?

—*Non sali, figliuolo?*

Alzo la cabeza y veo a mi madre asomada al balcón, decorado con rosas de un rojo intenso que deslumbra desde la lejanía. Le hago un gesto para que entienda que ahora voy y desaparece con una sonrisa. Suelto la bicicleta al lado de la puerta y me acerco un momento al muro de la calle. Observo el paisaje casi oscuro, dándome cuenta de lo bonito que se ve todo desde aquí. Luego pienso en las

promesas y palabras de amor jamás dichas por los que existieron antes de mí.

Aparece, entonces, esa frase que tanto dice mi madre:

Tra il dire e il fare c'è di mezzo il mare.

«Entre el decir y el hacer, hay un mar.»

L1, Rocafort

Kei

—Menos mal que existen los autobuses, porque esto del metro me está pareciendo una experiencia de terror —murmuro.

¿Ahora qué hago? Busco la parada en la que me ha dicho mi madre que tenía que bajarme: Arc de Triomf. Pasan treinta segundos y creo que alguien me ha gastado una broma de mal gusto. Vuelvo a revisar el cartel donde salen todas las paradas, una por una. Nada, no existe. Justo cuando voy a sacar el móvil para pedir ayuda a mi madre, me doy cuenta de que a mi derecha hay otro cartel con nombres distintos. No me lo puedo creer. Suelto una carcajada y me dirijo hacia donde indica la flecha. Creo que soy demasiado corto de mente.

Habría sido más fácil que fuéramos en coche como las otras veces, pero mi madre ha tenido la magnífica idea de hacerme coger el metro, para torturarme por haber sido un despistado. Tampoco es que vaya mal encaminada.

Los escalones se terminan y avanzo por el andén. Qué feo todo, por Dios. Un techo de color blanco de no sé qué material, unas paredes bajas con líneas verticales y unos pilares circulares de vez en cuando. Cuando creo haber encontrado un sitio limpio, me siento. Ahora tocará esperar a la chica que me hará esto aún más insufrible, y todo porque ha decidido odiarme cuando ni siquiera me conoce. Suspiro al ver que son las seis y cincuenta y nueve. Llegará tarde, lo tengo más que claro. Meto las manos en los bolsillos de mis vaqueros negros (estos me gustan bastante porque son anchos y no aprietan, como los que estaba acostumbrado a llevar). Me recuesto un poco y quito alguna pelusa blanca de mi camiseta negra de manga corta. No sé cómo tendré el cabello, pero teniendo en cuenta que no me he mirado en el espejo al salir, supongo que será una catástrofe. Podría ir

mejor, pero guapo voy siempre. Asiento para reafirmarme ese último pensamiento, luego me doy cuenta de que ya son las siete en punto y ella no está.

En dos minutos pasa el siguiente metro. Me da igual, no la pienso esperar. Tengo planes para esta noche y, calculando que estaré unas dos horas rebuscando entre libros viejos…, ya voy justo de tiempo. No puedo alargarlo más.

Un fuerte ruido suena a mi izquierda. Abro los ojos con el ceño apretado y me doy cuenta de que es el metro que va en dirección contraria. Se detiene, lo miro. Los vagones son de color blanco, todos tienen en la parte baja un círculo de color rojo con las siglas «TMB». La luz del interior es de color frío, un curioso contraste de colores. Suena el molesto pitido que ya conozco más o menos gracias a los autobuses, y el tren arranca de nuevo hacia el otro túnel.

Observo a la gente que hay en el otro andén y me encuentro con una chica de cabello moreno. ¿Es ella? Me levanto con las manos metidas en los bolsillos y entrecierro los ojos para enfocar. Saco una mano para saludar. Ella me devuelve el gesto, de forma más seca. Pues sí que lo es. Aprieto la mandíbula, solo me queda soportar que piense que soy el peor ser humano. Me lo merezco, pero ella tampoco es una santa.

Lleva un top de color rojo, con líneas de diferentes colores de estilo moderno y *vintage* a la vez. Encima, una chaqueta fina de color marrón, un collar de perlas como el de Arnau y un pantalón de cuero negro, bien ancho.

Joder, me flipa.

Sigue teniendo esa vibra que me dio cuando la vi en Sant Jordi. Una especie de aura cálida que te envuelve y transmite paz. De reojo veo que está bajando por las escaleras de mi andén. Sigo en el mismo lugar y con las manos en los bolsillos. Es mejor hacer como si nada. El metro aparece antes de lo esperado, a una velocidad bastante considerable. Después, sucede algo que hacía mucho tiempo que no me pasaba: la cámara lenta. Una sensación de que puedes apreciar cada detalle de lo que sucede a tu alrededor. Juraría que hasta el tiempo se expande.

En el mismo instante en el que el metro pasa por el bordillo del andén, ella se detiene a mi lado. Ambos miramos hacia el vagón. Giro un poco la cabeza hacia la derecha. Ella hace lo propio hacia la

izquierda. Nos miramos. El metro se para, mi corazón también.

No sé cómo lo hace, pero podría pasarme horas mirándola. Rompe el contacto visual para abrir la puerta y entra. Pasa un segundo hasta que reacciono. Ella se ha colocado al otro lado, apoyada en las puertas que dan a las vías. Yo prefiero quedarme junto a una barandilla que hay justo al lado de la entrada. Cruzo una pierna por encima de la otra y saco las manos de los bolsillos. Quiero decirle algo, pero no sé el qué. El metro vuelve a ponerse en marcha, ella tiene la mirada centrada en el otro vagón. Trago saliva y miro cuántas paradas son. Cinco. Perfecto.

Cinco paradas repletas de silencio.

—Nunca me ha gustado Rocafort.

Su voz dulce me envuelve de forma inesperada. Parpadeo y me cruzo de brazos. Sé que no espera que le diga nada, pero yo tengo la necesidad de saber por qué odia esa parada en concreto, así que alzo las cejas a la espera de una respuesta.

—Cada persona que se quedaba a vigilar la estación por la noche acababa suicidándose. Además de que se llegaron a ver figuras por las vías del tren a través de las cámaras de videovigilancia, fue un refugio durante la guerra civil. Por eso ahora nadie se atreve a pasar de noche por aquí.

Abro los ojos ante la inesperada explicación que me acaba de dar. Me recoloco y me pongo más recto. Da cierto mal rollo lo que ha contado, sí. Sin embargo, no puedo evitar sonreír de lado porque ha terminado hablándome. Me va a gustar jugar a esto, al final. Puede que tampoco esté tan mal pasar las siguientes horas a su lado. Carraspeo y desvío la mirada hacia otro lado para que piense que me da igual lo que me acaba de contar.

—Así que eres una friki del metro de Barcelona… —la vacilo.

—¿Y qué pasa? —responde.

Le hago un gesto con la mano para que lo deje estar y me pongo a pensar en lo mío. Había albergado la ligera esperanza de poder conocerla un poco más, pero ya veo que no. Me viene a la mente el recuerdo de que me robó como veinte libros y la vuelvo a odiar. Se lo merece. Estoy aquí por su culpa.

Van pasando las paradas poco a poco. He ido mirándola de vez en cuando para ver si seguía a mi lado, aunque tampoco habría estado tan mal que se hubiera dado a la fuga. Parece que no puedo ni respirar

el aire que compartimos. La chica —que todavía no me ha dicho su nombre— se centra un momento en una niña pequeña que va con su abuela, al fondo. Curioso ante la sonrisa que les regala, miro hacia allá. No veo nada fuera de lo normal, por lo que me pregunto si tiene que ver algo con su propia abuela. ¿Estará enferma? En cuanto me doy cuenta de que llevo demasiado tiempo observándola para tratar de ver a qué venía esa mirada de ojos brillosos, aparto la vista rápidamente. No sirve de gran cosa.

—¿Qué te pasa? —pregunta.

—¿A mí? —Frunzo el ceño—. Nada, ¿por?

—Llevas un rato mirándome.

—Perdona que te lo diga, pero tampoco eres tan guapa.

Me entra curiosidad sobre una cosa. Tiene un nombre, eso seguro, solo que no me acuerdo. Además, me parece demasiado bonito como para no preguntárselo.

—Tus ojos... —Carraspeo—. ¿Qué es? Me parece brutal cómo...

Me detengo cuando veo que hace una mueca, como si estuviera cansada de que le pregunten siempre lo mismo. Por el altavoz anuncian la penúltima parada antes de nuestro destino y pasa demasiado tiempo como para esperar una respuesta. Me muerdo el labio y me miro el brazo, donde tengo el tatuaje de la tortuga de arena. Mis ojos se desvían poco después hacia las manchas marrones que tanto he llegado a odiar. Entonces, la comprendo. Todas esas veces que solo se han acercado a mí para saber qué es lo que tengo en la piel, todos esos instantes en los que pensaba que querían preguntarme algo sobre mí y han acabado por interesarse solo por si eso tiene nombre. Inspiro profundamente y decido abrirme un poquito.

—Lo mío se llama vitíligo —digo, con un tono de voz que podría ser un susurro—. Es un trastorno de la piel, que a medida que pasa el tiempo va perdiendo su tono natural.

Cuando me callo, veo que me está prestando atención. Trago saliva y le dedico una sonrisa y un guiño. Ella pone los ojos en blanco. Me cuesta abrirme. Espero que lo valore.

Cuando el metro se detiene en la cuarta parada, decide hablar.

—Tengo heterocromía completa. Existe parcial también, cuando tienes la mitad de un iris de un color y la otra mitad de otro.

—Mola, me gusta.

—Sin más —le resta importancia—. Muchas veces me gustaría tener los ojos de un solo color, para que la gente vea algo más en mí que una rareza.

Permanezco callado, a pesar de que ella haya acabado de hablar. Asiento para que vea que la he escuchado y, entonces, el metro se vuelve a poner en marcha y el altavoz avisa de que se acerca nuestra parada. Como ella no sabe dónde está la tienda, se lo digo.

—En esta bajamos, ¿vale?

—Está bien.

Sigo notando un cierto recelo en su mirada, pero creo que después de esta pequeña —casi inexistente— conversación, ha disminuido. Eso me alegra. La quiero conocer, ya que sigo pensando lo mismo que cuando la vi por primera vez: tiene algo que las demás no. Quiero descubrir qué hay más allá de esas paredes que se ha construido.

Las flechas que señalan la salida más próxima a nosotros se iluminan de rojo. En cuanto noto que el vehículo empieza a disminuir la velocidad, me despego de la barandilla para ponerme frente a las puertas. Unos ingleses que estaban a mi lado se han levantado de su asiento, cosa que me hace preguntarme qué habrá alrededor de esta parada de metro. Conozco muy poco la ciudad, por no decir nada. No he tenido la oportunidad de pateármela con calma.

La oscuridad da paso al andén, que está mucho más lleno de lo que me imaginaba. A pesar de que me ponga nervioso estar rodeado de gente, me mantengo firme. Un señor de edad avanzada se pone justo delante de mí con todos sus cojones. Aunque me gustaría decirle algo, termino por morderme la lengua. Odio que determinadas personas se sientan con tanta superioridad como para creerse que este mundo está hecho solo para ellos y para nadie más.

A mi izquierda noto una risilla en tono burlón, y no me sorprendo cuando veo que es de la chica de *Orgullo y prejuicio*. Aprieto la mandíbula y me golpeo el muslo, un poco enrabiado. Suelo ser muy paciente; sin embargo, hoy me siento alterado. No me apetece para nada estar aquí, mucho menos pasarme horas perdido en una librería. Para un aficionado a las motos, hablar de libros es como hablar de barcos. Las dos cosas me dan igual. Y para un chico callado y reservado, es una tortura estar al lado de alguien que se nota de lejos que disfruta de comentar hasta el color del cielo.

Intento darle al botón de color verde para bajarnos, pero ella se me adelanta —e incluso al señor de antes— y le da con suavidad. Me choca esa necesidad de hacerlo con cariño: solo es un simple botón. Busco con la mirada hacia dónde está la salida que me ha comentado mi madre esta mañana. Hacia la derecha, perfecto. No tengo ni puñetera idea de cómo llegar, pero pienso mostrarme igual de seguro que siempre.

En las primeras escaleras mecánicas, decido ponerme un escalón más arriba. Podría mantener la vista fija hacia delante, solo que no puedo evitar mirarla por encima del hombro. Está observando —y no va en broma— cada detalle de la estación. Es increíblemente rara, ¿qué coño tiene de bonito este lugar? Solo hay paredes y estructuras básicas. Aprovechando que mi madre me ha enviado un mensaje para preguntarme qué tal voy, subo un poco el chat y amplío la captura que me ha enviado, en la que me detalla por qué calle ir con un color rojo por encima del mapa.

—¿Se te da mal la orientación? —Giro la cabeza y la veo sonriéndome de lado—. Pensaba que eras perfecto.

Dejo atrás las escaleras, paso por el torno de salida y me dirijo hacia el camino que indican las señales. Ralentizo un poco el paso cuando veo que ella se queda atrás.

—Es que soy perfecto —resoplo—. ¿No me has visto? —Me abro de brazos y le hago una reverencia para enseñarle lo que se pierde—. Guapo, alto, italiano...

—Qué penoso que tengas que añadir eso último para creerte interesante.

—Pues siempre funciona con las chicas.

—Dejas mucho que desear.

Me guiña un ojo, o al menos lo intenta, porque ha acabado cerrando los dos. Al percatarse de que no le ha salido como quería, niega con la cabeza y se ruboriza un poco. Ha resultado adorable.

—Hagamos como que no ha pasado nada.

—Por mí, perfecto —digo.

Esta vez dejo que se adelante para subir las escaleras; me llama mucho la atención ese tatuaje que tiene en la parte trasera del codo izquierdo. Es un violín pequeño. Sin querer, mis ojos bailan hacia su trasero y me quedo ojiplático. Joder, hay que estar muy ciego para no fijarse. Niego con la cabeza, arrepentido, y miro hacia otro lado. No

quiero hacerla sentir incómoda, para nada.

—¿Y bien? —pregunta, haciéndose visera con la mano.

—Ehm…

Miro sin tener ni pajolera idea de dónde estoy. Según las indicaciones de mi madre, tengo que ir hacia un arco. Sonrío aliviado al ver uno de color marrón al otro lado del cruce. La chica del violín me sigue sin decir nada. Confía en que sé dónde está la librería. Saco mi móvil cuando el semáforo se pone en rojo para los peatones. De reojo, veo que ella está observando cómo los coches pasan por la carretera. Entonces, me doy cuenta de que no ha sacado su teléfono en ningún momento. De hecho, no he visto ni que lo tocara por encima del pantalón para asegurarse de no haberlo perdido. Qué rara es. Bueno, más que rara…, peculiar. Sí, eso la define mejor.

Asiento para mí mismo al revisar rápidamente —medio a escondidas— que es por aquí y cruzo en cuanto se pone en verde. Ella está tan apartada de mí que cualquiera diría que tengo un virus letal.

—¿Tanto asco me tienes? —pregunto.

—La verdad es que preferiría hacer cualquier otra cosa que no fuera esto.

—¿Como tocar el violín?

Sé que he tocado un tema demasiado enterrado en la memoria justo cuando gira la cabeza y me fulmina con la mirada. Alzo los brazos para que no me asesine. Juraría que sus ojos se han humedecido un poco. No entiendo qué esconde ese tatuaje, pero creo que es un tema demasiado sentimental. Lo acepto y callo.

Pasamos por debajo del arco, que está justo en el inicio de un extenso y largo paseo de cemento. Estiro un poco el cuello para observar los detalles del monumento. Me ha fascinado que tenga pequeñas esculturas en la parte superior y que en cada esquina haya dos cúpulas que terminan en forma de corona.

—¿Nunca has estado por aquí? —inquiere ella.

—No conozco mucho Barcelona.

—¿Por qué no me sorprende? —se mofa.

Ya me está cansando su actitud. Demasiado. Acepto que no le caiga del todo bien y que le haya jodido la tarde, pero tampoco creo que me merezca este trato. Además, ella es la razón por la que estamos aquí.

—Chica, empiezas a ser cansina —le espeto.

—¿Perdón? ¿Cómo te atreves?

—Ponte como quieras, pero eres una auténtica muermo. Hasta con la pared me entretendría más.

Pasan cinco segundos hasta que me doy cuenta de que se ha detenido en seco y nos separa una pequeña distancia. Resoplo, desesperado. El cabreo me empieza a invadir el cuerpo y termino por apretar los puños y rechinar los dientes. Desando los pasos, ella sigue quieta.

—¿Se puede saber qué coño te pasa?

—Que no tienes derecho a hablarme así. —Se encoge de hombros de forma violenta. Está molesta, tócate los cojones—. Estoy siendo lo más maja posible.

—¡¿Eso es ser maja?! —Abro los ojos como platos y me doy unas palmadas en los pantalones—. ¡Me cago en la puta! Llevas todo el maldito trayecto haciéndome sentir el peor ser humano del mundo.

—Tú mismo te lo has buscado, con esa actitud de engreído y cretino.

—¿Lo dices por la mierda esa de que te di el cambio mal?

Se cruza de brazos sin mostrar ninguna expresión. Esto es increíble.

—¡Ni siquiera lo hice a propósito!

—Ya, claro.

—¿Sabes qué? Ódiame todo lo que te dé la puta gana, pero haz el puto favor de mover las piernas y seguir, que tengo planes esta noche.

—Me importa tan poco, cretino…

—¿Cre…? —Me paso la mano por la frente y me doy un suave masaje. Está consiguiendo convertirse en una de las personas que más odio—. Eres…

Enarca una ceja, a la espera de mi respuesta. Suelto un bufido y niego con la cabeza. No pienso perder más el tiempo con ella.

—Aquí te quedas.

Me doy la vuelta y sigo el camino solo.

III

Me siento solo en un mundo lleno de sonrisas.

Frágil, vacío, invisible.

Solo quiero volver a sentirme yo. Mirar al cielo y notar ese cosquilleo que ya no percibo en mi interior. Solo quiero aprender a volar sin miedo a caer. Perdí las alas con algo que no pedí, ¿por qué no puedo recuperarlas y seguir hacia donde el cielo ya no exista?

Todo gira bajo las agujas del reloj como si el tiempo se fuera a acabar, cuando el mío hace días que se detuvo.

Lo tenía todo. Familia. Amigos. Sueños. Sonrisas.

¿Cómo se vuelve a donde me sentía inquebrantable?

Mis pies se mojan por última vez en esta agua que me ha querido desde que era un niño con ganas de vivir. Estoy sentado encima de la arena donde han surgido vivencias que jamás olvidaré. Un lugar donde todo era cálido y ahora es simple oscuridad.

Nada se respira igual.

Los pájaros ya no cantan igual.

La vida no es igual.

Joder, ¿cómo puede todo dar este giro cuando antes iba genial?

Noto que se me humedecen los ojos y que todo lo que me rodea se vuelve borroso. En la lejanía, allí donde todo era de colores, estamos los cuatro. Cuatro puntos brillantes que tenían una larga historia que vivir. Ahora, aquí, solo siento el agua fría.

Supongo que ahora esta es mi vida; un mundo donde unas manos negras han manchado mi paisaje.

Dibujo una tortuga en la arena donde solía construir castillos. No es la misma que hacía ella. Una lágrima recorre mi mejilla cuando recuerdo que siempre colocaba un pequeño collar de piedras en el caparazón.

Solo quiero volver a aquellos momentos.

A cuando nuestras tortugas existían en la arena.

Sé que quedan muchas playas en las que dibujar, pero jamás

volverá a ser a su lado.

Trato de repasar el contorno del dibujo con cariño. El agua del mar llega y la borra. La tortuga ha acabado convirtiéndose en simples granos de arena.

Me froto los ojos con la otra mano y niego con la cabeza.

Solo nosotros dos sabremos que hemos visto tortugas de arena en este lugar, y nadie me creerá cuando lo cuente, porque tú ya no estarás para demostrarlo.

Y si tuviera que pedir un deseo…

Solo quiero volver a cuando existían sus tortugas de arena.

L1, Arc de Triomf

Kei

—¡Espera!

A pesar de oír su voz, sigo andando. Me he cansado de esforzarme. No pienso arrastrarme, ni mucho menos suplicar a alguien para que decida ver más allá. Un brazo me agarra del hombro, me detengo poco a poco. Alzo la cabeza, aprieto la mandíbula y espero a que diga algo mientras la miro por encima del hombro.

—Puede que me haya pasado un poquito, lo-lo siento —balbucea—. Empecé teniéndote cierto asco y creo que lo he llevado demasiado lejos.

Suena sincera, eso me gusta.

—No te lo tomes a pecho —suplica—. Un día te lo explicaré.

—No me tienes que explicar nada —contesto.

Asiente. Dejo que el silencio reine durante unos segundos entre nosotros. Después, caigo en que ella sigue quieta delante de mí. Clavo mis ojos en los suyos. Vacilo un poco sobre qué decisión tomar. Quiero confiar en que nos podemos llevar bien.

—Hemos empezado con muy mal pie. —Me paso el dedo por la sien.

—Puede que sí.

Suelto una risilla sin saber muy bien por qué y me fijo en cómo se recoloca la bolsa de color marrón en el hombro. Niego con la cabeza al pensar en la pequeña e inútil pelea que hemos tenido como dos pares de tontos, que demuestra que somos personas muy diferentes.

Sonrío de lado y le tiendo la mano.

—Kei.

—¿Ahora tengo que decirte mi nombre? —Me devuelve la sonrisa.

—Creo que funciona así, no he puesto yo las normas. —Me

encojo de hombros, pícaro.

—¿Y qué pasa si no lo hago? —Se cruza de brazos.

Le encanta hacerse la interesante. Acepto que tiene cierto encanto, aunque muchas veces me haga perder los estribos.

—Entonces te quedarás con el apodo Mariposa de Pan.

Pone los ojos en blanco, luego pasa a mi lado dándome un pequeño empujón con el hombro y echa a andar.

—¿Vamos?

Suelto una carcajada por cómo ha puesto las manos en la cintura para decírmelo. Sin rechistar, retomo la marcha y me coloco a una distancia prudente de ella. Me ha recordado a la película esa en la que los protagonistas no podían tocarse para no enfermar. Solo que a nosotros, en vez de un palo de billar, nos separa una tensión extraña.

—El Arc de Triomf fue construido para la Exposición Universal de Barcelona de 1888, para dar la bienvenida a los visitantes. Dice la leyenda que en este mismo lugar podría haber estado la torre Eiffel, solo que la rechazaron porque decían que no encajaba con el paisaje. Tienen razón, esa estructura de metal marrón no habría quedado bien en esta ciudad tan colorida —explica mientras andamos paseo abajo.

—¿Tú lo sabes todo? —Abro los ojos como platos.

—Es una lástima estar rodeados de arte y no querer entenderlo. —Esboza una mueca—. Supongo que así es nuestra generación: hacer fotos porque es bonito, pero jamás tratar de averiguar la historia que hay detrás. Lo mismo pasa con el amor, que solo nos basamos en el físico, cuando lo que hay dentro es lo que de verdad vale la pena.

Trago saliva. Me gusta cómo piensa.

—Me gusta ese leve acento italiano que tienes.

Me sorprendo ante el ataque de sinceridad que le ha dado. Me inclino para ver si lo ha dicho en serio. Parece que sí.

—Lástima que a mí no me agrade tu acento catalán —le guiño un ojo.

—Eres insufrible.

—Y tú una nuez podrida.

* * *

Cierro la puerta con cuidado y echo el pestillo para que no entre nadie. Esbozo una sonrisa nostálgica en cuanto leo el cartel de

«Bienvenidos al mundo donde los demás mundos existen». A mi derecha sigue estando el pequeño rincón donde antes me cobraban los libros sobre motos que me compraba. Ahora solo es un campo de polvo y telarañas. Doy dos pasos más y tengo que empezar a hacer malabares con los pies. Hay más de cien columnas de libros, sin exagerar. Ella empieza a pasar la mano por los ejemplares y suspira con la boca abierta. No pensaba que le fuera a gustar tanto este lugar.

Dejo que se entretenga mirando los libros de hojas marrón oscuro y me dirijo a donde instalamos unas pequeñas luces de Navidad de color blanco. Reprimo una sonrisilla al ver cómo ella se levanta y observa todo con admiración.

Yo fui quien colocó las luces colgantes entre las estanterías. La verdad es que sigo orgulloso de mi obra, pues le da un toque mágico y nostálgico al local.

—Esto… —Ella sigue asimilándolo, dando vueltas sobre sí misma —. Esto es una auténtica locura.

—Debe de haber más de mil libros.

Me acerco a una columna que me llega prácticamente a la cintura y empujo con el pie una parte en concreto para que quede lo más recta posible. Si se cae, posiblemente vayan todas detrás, formando una especie de dominó de libros.

—No es que sea una auténtica bibliófila, pero esto… —Se lleva las manos a la cabeza—. No tengo palabras para describirlo.

—¿Quieres que te explique cómo está «ordenado» para acabar antes? —pregunto.

Ella asiente.

La agarro por los hombros y la coloco en el supuesto centro de la librería para contarle qué hay en cada columna. En teoría, tenemos que salir de aquí con un centenar de libros.

—Pregunta rápida: ¿cómo nos los llevaremos?

—No te preocupes por eso, tú solo hazme la tarea más amena. —Me mira de reojo, yo le dedicó una sonrisa de lado mientras le suelto los hombros y me coloco junto a la primera columna—. Cada pila está numerada. Esta que tengo a mi lado es la número uno. Hay exactamente ciento dos.

—¿Qu-qué…? —balbucea.

—Ya hemos revisado las doce primeras —prosigo—, por lo cual tenemos que empezar por la número trece que es… —me giro un poco

para buscarla, y en cuanto la encuentro, me dirijo hacia ella con cierta seguridad— ¡esta de aquí!

Espero a que diga algo, pero permanece en silencio. Perfecto, así no tengo que ir cortando la explicación.

—Los números están justo delante de la columna —señalo con el pie—, por eso la he encontrado tan fácilmente. —Hace un gesto con la cara para darme a entender que lo ha comprendido y yo suelto una pequeña carcajada—. Según mi madre, en cada columna hay unos dieciséis libros, pero ya te digo yo que he llegado a ver algunas de treinta.

—Tu madre me cae mucho mejor que tú.

—Muy graciosa. —Arrugo la nariz con cara de asco—. La razón por la que se tarda tanto es porque hay una mezcla de todo. En una misma columna te puedes encontrar desde un libro sobre asesinos que meten gusanos en la cabeza de sus víctimas hasta otro de ricos mafiosos que follan con la chica tímida contra el cristal de la oficina.

—Esos me gustan. —La miro con cierta preocupación. Cuando veo que se ríe, me doy cuenta de que me está vacilando.

—A mí se me da bastante bien lo de follar en sitios prohibidos.

—Pero no eres un mafioso multimillonario.

—No se puede tener todo en esta vida. —Me encojo de hombros y sigo con la explicación—. Mi madre solo quiere vender literatura clásica, de ahí que en su puesto solo puedas encontrar portadas que parecen hechas en el año que nació Cristo.

—¿Te has dado cuenta de que eres un auténtico *hater* de los libros?

—Claro, nací para eso. —Pongo los ojos en blanco, menuda obviedad—. Si fuera por mí, abriría hasta un club de antilibros.

—La gente que lee me parece mucho más interesante —apostilla, con intención de picarme—. Muchísimo más.

—¿También los que leen a Hitler?

—Eres idiota —resopla.

Suelto una carcajada y cojo el libro que marca el final de la columna número trece para estampárselo contra el pecho. No sé cuál es, pero a juzgar por su portada, en la que sale un chico jugueteando con un sujetador, no parece un clásico.

* * *

Una hora después, terminamos de revisar las columnas que me había pedido mi madre. Todas las que están entre el número trece y el veintiséis (incluidos) han sido clasificadas. Hago un último recuento de los clásicos que hemos conseguido y sale un total de cuarenta. No está nada mal, eso le dará para varios días. Agarro la caja de color blanco, la que se usa para los que quiere poner a la venta, y traigo la azul para volver a apilar los que hemos descartado, que son unos cien.

Por suerte, no tenemos que cargar con estas pesadas cajas hasta Las Ramblas. Mi madre dijo que ya iría ella con la furgoneta a recogerlas.

Está observando las estanterías. Pasa el dedo por cada lomo que encuentra y se detiene justo en uno de color marrón oscuro. Lo coge por la parte superior con suavidad y lo pone en diagonal, sin sacarlo del todo. Creo que se trata de la Biblia. Desvío la mirada y me concentro en no hacer caer la nueva columna que estoy formando. Sería mucho más fácil acumular los libros en las cajas, pero mi madre siempre dice que hay que tratarlos como si fueran trofeos, y por eso prefiere no verlos espatarrados en una caja como si fueran polvo viejo.

—¿No te parece fascinante que la mayoría de las decisiones de la historia se hayan tomado con base en la religión?

Levanto la mirada y alzo las cejas ante su pregunta. Me encojo de hombros, y ese gesto le parece suficiente como para volver a girarse hacia la estantería, sacar el tocho de color marrón y echarle una ojeada.

—Eres muy simple.

—¿Cómo dices?

Sorprendido ante ese ataque, me levanto. Se cruza de brazos y yo me apoyo en el estante más alto para inclinar la cabeza. Juraría que ni se ha inmutado, no le intereso ni lo más mínimo, a pesar de estar tan cerca de sus labios. Suelto una risilla.

—A ver, define simple —la reto.

—Te basta con existir. No te haces preguntas sobre las cosas que te rodean.

—No veo necesidad de hacerlo, me parece mejor disfrutarlo.

—¿Y cómo se puede vivir así? —pregunta, apretando el ceño—. ¿No te planteas cosas como si existen las personas daltónicas o somos todos daltónicos? O qué habría pasado si Colón nunca se hubiera

topado con América. O qué hay más allá del espacio. O si los sueños son puertas a otra realidad. ¿Admites sin discusión que la muerte es el fin? ¿Todo…?

—Ya, ya, ya. —Alzo la mano para hacerla parar—. Mi pregunta es ¿de dónde sale toda esa curiosidad?

—¿A qué te refieres?

Suelto un largo suspiro y me recuesto de espaldas contra la estantería.

—Creo que tú eres incapaz de disfrutar de los pequeños detalles.

—¿Por qué piensas eso?

Giro la cabeza hacia la suya y ella hace lo mismo. Nos miramos, en silencio.

—¿Te has dado cuenta de que todas las columnas de libros forman una tortuga gigante?

Se queda callada y desvía sus ojos de los míos para comprobar si lo que digo es cierto. Extrañada, con cierta cara de sorpresa, se aleja de la estantería en la que estaba apoyada y da una vuelta alrededor. Inclina la cabeza de vez en cuando, tratando de descifrar la forma. Después, sus ojos se abren como dos melones gigantes, y yo sonrío de lado. Asombrada, se lleva la mano al pecho y coge una escalera para poder verlo desde arriba. Me pongo a dar vueltas por la librería.

—Te estás olvidando de sonreír ante lo que nadie quiere ver.

—¿Tú eres de los que busca lo bonito entre lo pisado por miles?

—Te sorprenderías de lo hermoso que puede llegar a ser lo simple… —suspiro, procurando que entienda que está relacionado con su comentario de antes.

—¿Qué tiene de bonito, por ejemplo, una pared blanca?

—Que es blanca. Que no es roja, amarilla, verde ni azul. Que tiene sus manchas. Que esconde mil historias. Todas las paredes cuentan vidas. Cuentan una historia. La mía.

Baja con lentitud de la escalera, luego se me queda mirando. Sin esperármelo, como si se hubieran alineado mil astros a mi favor, me dedica una sonrisa sincera. Hasta se le marcan unos pequeños hoyuelos. Siento un pequeño golpe en el corazón y me lamo los labios. Hacía mucho tiempo que no tenía tantas ganas de mirar una sonrisa. Sacudo un poco la cabeza para apartar de mi mente ese regalo que me acaba de dar y me dirijo a apagar las luces de la vieja librería. Ya hemos terminado, he tardado mucho menos gracias a su ayuda, me

alegro de que haya venido.

No se lo pienso decir, no dejaré que mi orgullo se doble tan fácilmente.

—Vámonos —digo, de la forma más seca posible—.Ya hemos terminado.

Echa un último vistazo a la librería, creo que le ha gustado mucho lo que ha visto. Incluso apostaría a que las luces han sido su detalle favorito. Agarro las llaves, que he dejado en la caja registradora, abro la puerta de cristal para que pase ella primero, y se detiene justo cuando agarro la puerta para cerrarla tras de mí. Alterna su mirada entre la puerta y mis ojos, hasta que se queda parada en estos. No aparta la mirada, se instala un ambiente extraño entre nosotros. Hace mucho calor.

—¿Pasa algo? —pregunto.

—Aidé.

—¿Eh? —río nervioso.

—Me llamo Aidé, por si querías saberlo.

L1, Urquinaona

Kei

Aidé parece más abierta a mí, puesto que ya no juguetea constantemente con los dedos. Sonrío al ver que al fin parece querer conocerme un poquitín más y me doy cuenta de lo bonitas que tiene las uñas. Si no me equivoco —no sé mucho del tema—, son acrílicas, pintadas de color marrón. Tampoco son demasiado largas. Lo que más descolocado me ha dejado es la línea discontinua que empieza en el meñique de la mano izquierda y sigue a lo largo de las demás, trazando un camino irregular hasta que se aprecia un avión de papel en el otro extremo.

Aparto la mirada cuando veo que me observa de reojo y aprieto la mandíbula. No sé qué me está pasando con ella, porque no suelo fijarme en esta mierda de detalles. Meto las manos en los bolsillos y miro de reojo la gigantesca entrada de un parque con dos estatuas a cada lado de la puerta de hierro de color negro que protegen un pequeño mundo verde con caminos de arena.

—¿Qué haces? —pregunto.

—Llevarte al parque de la Ciutadella.

—¿Qué? —Suelto una carcajada—. Paso de estas tonterías. Yo quiero irme.

Nota mis hombros tensados y centra sus ojos en los míos tratando de buscar una explicación para ese cambio tan brusco. No encuentra nada y suspira. Parece darse por vencida, aunque me bastan unos instantes más para que me vuelva a agarrar de la mano y tire de mí hacia el parque.

—Tienes que ver Barcelona, no puedes vivir aquí y...

—Me da igual la maldita ciudad.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

Por el tono en el que lo pregunta, me doy cuenta de que he

vuelto a ser el chico de ayer. Mucho mejor. No puedo dejarme llevar y encariñarme de alguien que acabará yéndose de mi vida cuando menos me lo espere.

—Lo mismo te digo.

—No te entiendo —confiesa—; antes dabas a entender que querías saber más de mí y ahora que te quiero enseñar algo que amo, te escondes como si fueras un niño herido.

—Creo que te has llevado una impresión equivocada.

—¿Sabes qué? —Tengo la sensación de que se ha enfadado de verdad—. Yo también tengo cosas que hacer, así que déjalo.

En otra ocasión, me habría dado igual su reacción. De hecho, pensaba que me iba a pasar eso, pero fue verla cruzarse de brazos y dejar la mirada perdida y darme cuenta de que no quiero ser así, al menos con ella. Tampoco pretendo ser el capullo al que solo le importa follar. No, me apetece que me conozca. De verdad.

No obstante, en el fondo me aterra. Estoy cagado ante lo que podría pasar si diera más de mí de lo que estrictamente había pautado para no herirme más. Y si con tan solo unas horas ha estado a nada de sacar al verdadero Kei, no quiero averiguar lo fuerte que podría llegar a ser la hostia si me conoce de verdad y luego desaparece.

Me costó años recuperarme de la muerte de mis padres Ha sido un duro camino volver a confiar por miedo a que un día desaparezcan y ya no pueda volver a verlas nunca más. Por eso ha pasado tanto tiempo desde que he tenido algo más que una simple noche de sexo: nada menos que siete años. Es más, nunca he podido llegar a saber lo que es el amor.

Siento que debo dejar atrás el miedo de conocer a gente nueva. No todo el mundo me hará daño o se irá como si nunca hubiera pasado nada.

Solo espero no equivocarme.

—Está bien —susurro.

Veo con el rabillo del ojo que se sorprende de que no haya decidido largarme y dejarla sola en mitad del paseo. Trago saliva y cierro los ojos un momento para relajarme. Aunque no lo parezca, mi corazón me martillea por dentro. Por primera vez, estoy tratando de curar ese miedo. Noto hasta cómo me destenso y bajo la guardia. Aidé, por favor, no me rompas.

—¿Al final quieres? —Alza una ceja, confusa.

Chasqueo la lengua y le sonrío de lado. Sé que se me ha escapado un pequeño guiño porque pone los ojos en blanco.

—Ya puede estar bien este lugar.

Pasamos por un amplio camino de arena marrón clara y delante de nosotros se abre una gigantesca plaza con una cascada espectacular y un ambiente imborrable. Abro los ojos como platos y ralentizo el paso. Cruzamos una glorieta con unos bancos hechos de mosaicos y un techo hecho de madera que le da un aire de pequeño templo bastante valioso. Unos niños chillan y desvío la mirada hacia ellos, sonrío de lado al toparme con un señor haciendo pompas de jabón gigantescas. Aidé sigue a mi lado, llevándome por donde ella quiere para que pueda apreciar todo mucho mejor. Me he quedado sin palabras.

Me detengo y me percato de que estoy rodeado de vida. De gente que disfruta de pequeños detalles como tratar de explotar las enormes pompas. Una pasa justo por encima de mi cabeza y me quedo observando las preciosas tonalidades de lila y verde que se ven en su superficie. Baja un poco y veo la cara de Aidé a través de ella, mirando a los niños. Pasan los segundos y sigo observándola. Reprimo una sonrisa al ver que se acerca a la pompa y la explota en cuanto toca su top rojo. Entonces, se dirige a la cascada. La sigo y nos detenemos junto al bordillo.

Nos quedamos quietos, y la veo admirar las tres esculturas que hay en medio del agua. Lo que ha captado mi atención son las escaleras que salen de las esquinas de la cascada y van subiendo mientras la rodean hasta chocar en una especie de arco como el de color marrón que hemos visto antes, solo que más pequeño y con un carruaje a escala con un hombre alzando el látigo hecho de oro puro. Brilla tanto que cualquiera se quedaría petrificado al verlo.

Cuando vuelvo a centrarme en Aidé, la veo arrodillada, tratando de llamar la atención de un pato del pequeño estanque que crea la fuente.

—Pareces una mendiga pidiendo limosna—comento, con mala baba.

—Tú antes parecías un crío de dos años mirando asombrado las pompas de jabón.

—¡Eh! Con las pompas de jabón no te metas —le advierto, en broma.

—Ya te compraré un frasco para que las hagas, pequeño.

—Gracias, mami.

Responde a mi último comentario con una mueca y rebusca en la bolsa de color marrón. Saca un frasco con zanahoria cortada y empieza a darles trozos a los patos. Entonces, todos se le acercan y esperan.

—Se te junta el ganado, cuidadora de animales.

—Tú de eso debes de saber mucho —dice, mirándome por encima del hombro y reprimiendo una sonrisa.

Esa ha sido buena, hay que admitirlo. Saco las manos de los bolsillos del pantalón y me agacho un poco para hablar con ella.

—Te gusta juzgarme, ¿eh?

—Solo digo que a los hombres os gusta tener miles de chicas para jugar con ellas.

—A mí me va más presumir de lo bueno que soy en la cama y luego demostrarlo —reprimo una risa traviesa.

—Dime de qué presumes y te diré de lo que careces...

—¿Estás segura? —suelto provocativo.

—No sé si serías capaz de aguantar con alguien como yo —me devuelve—. Demasiada mujer para ti, campeón.

Vuelve a ponerse en pie y se guarda el frasco vacío.

—Ay, Aidé... —Pongo los ojos en blanco.

—¿Qué pasa? —Ella juguetea con sus labios—. ¿Tienes miedo de que sea verdad? ¿Tanto te impone una mujer segura? —Se acerca más a mí y me pongo tenso de golpe—. ¿No será que... te pongo nervioso? —Trago saliva cuando me pone la mano en el pecho—. ¿Verdad? —Deja que pase un pequeño silencio y luego se ríe—. Era broma, Kei.

Joder. Mierda. Me cago en la puta. Lo que no es una broma son las ganas que tengo de besarla. Me paso la lengua por los dientes con una sonrisa pícara y le sigo el juego. Ignoro el hecho de que el corazón no para de golpearme el pecho.

—Quizá seas tú la que no podrías... —Me acerco más y dejo que nuestros cuerpos se rocen—. Tanto odiarme... ¿No será que en el fondo te gusto?

—No sueñes, fantasma.

—Fantasma... —me mofo mientras dejo que nuestros corazones choquen.

Ambos laten muy rápido.

De repente, el sol ilumina sus ojos. Me pierdo entre los dos

mundos de distintos colores y siento como si estuviera flotando. Cuando recupero la compostura, suelto una risa nerviosa y me aparto. Aquí no ha pasado nada.

—¿Tú qué harías si supieras que te queda un día de vida?

—¿Y esa pregunta?

—Tú responde —insiste, con calma—. Con este tipo de preguntas se descubre mucho de tu interlocutor.

—¿Quieres saber más de mí? —Inclino la cabeza. No voy a desmentir que me ha hecho un poco de ilusión.

—Puede.

—En este caso..., creo que una última paja no iría mal.

Lo digo tan serio que Aidé me mira asustada. Muevo un poco los hombros de forma juguetona para que vea que es broma, y entonces se peina el cabello hacia un lado y murmura algo ininteligible. Nos quedamos callados y me veo forzado a aclarárselo.

—No iba en serio. Si hoy fuera el último día de mi vida, creo que pasaría todo el tiempo posible con mi hermano.

—¿Tienes un hermano?

—Se llama Lorenzo, tiene dieciséis años y... —sonrío al pensar en su estúpida forma de ser— es el mejor. Siempre ha estado ahí, y viceversa. Es la única...

Me callo de forma abrupta, no quiero hablar de esto con ella. No tiene por qué saberlo, no la conozco de nada y es un tema demasiado personal como para contarlo a la ligera.

—¿La única...?

—Nada, nada. —Le hago un gesto con la mano para que lo deje estar—. ¿Tú tienes hermanos?

—Soy hija única.

—Y ¿qué harías? —pregunto—. Si solo te quedase un día de vida, vaya.

—Recorrerme todas las líneas de metro de Barcelona.

Frunzo el ceño, no era para nada lo que me esperaba. Intento descubrir si se está quedando conmigo, pero ni se inmuta.

—No pretendo que lo entiendas, y me da igual si piensas que es rar...

—No, no —la detengo, antes de que siga—. Simplemente, no me lo esperaba. ¿Es por alguna razón en concreto? —El silencio reina entre nosotros. La veo colocarse un poco mejor el top y me queda

claro que no quiere hablar de ello—. No hace falta que respondas, perdón.

—Tú también tienes sueños de papel, ¿no? Lo veo en tu mirada.

—¿Sueños...? —Arrugo la nariz, confuso—. ¿Cómo?

Sonríe despacio y niega con la cabeza, como si se hubiera dado cuenta de que yo no iba a entenderlo.

—Déjalo, tengo que irme.

—Joder, pero cuéntamelo.

—Hay cosas que no hace falta contar, solo las entenderás cuando las vivas.

Se recoloca la bolsa, se aparta un mechón de la cara y se pone a caminar hacia la salida.

—Y ahora... ¿a qué viene tanta prisa?

Si no le digo nada, posiblemente no la vuelva a ver. ¿Qué hago? Joder, quiero saber más de ella. No nos hemos dado ni siquiera las redes sociales. Me impaciento mientras la veo marchar y me paso la mano por el bolsillo, tratando de pensar con claridad. Entonces, me viene a la mente la frase que me dijo mi madre cuando no sabía si decirle lo que sentía a la chica que me gustaba cuando solo era un niño. Tenía los ojos marrones; no salió bien. Nada bien.

È meglio avere qualcosa da ricordare che qualcosa da rimpiangere.

«Es mejor tener algo que recordar que algo por lo que llorar.»

Grito su nombre y ella se detiene. Me acerco a pasos largos y me paso la mano por el cuello. Digo lo primero que se me pasa por la cabeza:

—El domingo que viene tengo que ir a otra librería para recopilar unos cuantos clásicos, me harías un gran favor si me ayudases. —Veo que no la convenzo—. Haré lo que me pidas a cambio, lo que sea para no tirarme tantas horas allí metido.

—¿Lo que sea?

—Lo que quieras.

—Te ayudaré si a cambio me dejas enseñarte la ciudad.

—¿Barcelona? ¿Por qué?

Se encoge de hombros.

—¿Aceptas o no?

—Claro —me sonríe—. El domingo que viene en Sagrada Familia.

—Allí estaré.

L2, Paral·lel

Aidé

En un descanso de veinte minutos que tengo entre clases, me dirijo al bar de la universidad. Allí tienen de todo y a muy buen precio. En la cola me entran ganas de pillarme un combo de café y croissant. Llega mi turno, pido el número dos, pago y espero un momento en la esquina hasta que una mujer de cabello canoso con una sonrisa siempre pintada en la cara me da mi pedido. Cada día tiene un chiste malo que contarme, y me encanta.

—¿Qué baile le gusta más al tomate? —pregunta, en cuanto deja la bandeja en la encimera. Me encojo de hombros con una pequeña risa y espero a que me lo diga—. ¡La salsa!

—Es malísimo...

Chasqueo la lengua mientras me muerdo el labio inferior y suelto una pequeña risa. Ella se ríe a carcajadas, como siempre.

—Ten un buen día, cielo.

—Gracias, Miriam.

Aún no ha repetido chiste. Es algo increíble, debe de tener un don, o mucho tiempo libre por las noches. Agarro la bandeja con firmeza para que no se derrame el café y me siento en la primera mesa que veo libre.

Pasan unos minutos y me aburro sin mi mejor amiga a mi lado. Ella siempre tiene algo que contar, hace la vida más amena, hasta en los días que hay exámenes que nos dejarán llorando por el suelo. Veo mi móvil en la esquina de la mesa y decido volver a escribirle, a ver si hay suerte. Intento llamarla, pero un fuerte estruendo me hace girarme de golpe. Me levanto de la silla como todos los demás para ver qué ha pasado y al instante me doy cuenta de que es la única e inigualable Amaia. Me meto el móvil en el bolsillo y me acerco a donde está chillándole a un chico de gafas. Parece ser que le ha tirado

la bebida energética en la camiseta sin querer.

—¡Claro! —exclama—. ¡Mucho jugar a ese juego que llevas en la camiseta, pero luego no tienes ni puta idea de mirar por dónde vas!

Abro los ojos como platos y desvío la vista hacia el chico. El pobre tiene las mejillas coloradas de la vergüenza que está pasando. No hace más que pedirle perdón, pero mi amiga sigue demasiado alterada como para escucharlo. Será mejor que la lleve a mi mesa. Le susurro su nombre con cariño y la sujeto del brazo para arrastrarla lo más lejos posible de ese pobre chico. Cuando se sienta en la silla, sigue maldiciendo su nombre. Tiene demasiado carácter, yo hasta le pediría perdón por haberle dejado sin bebida. Coge una servilleta de mi bandeja y se limpia con fuerza el pecho. Quiere decir algo más, pero la detengo con gestos exagerados con la mano al ver que un chico con un corte de pelo militar se acerca a nosotras.

—Amaia, mantén la calma —le advierto.

No está preparada para lo que viene.

—¿Por? ¿Qué pasa? —Le hago señas con los ojos, pero no sirven de nada—. Tía parece que estés estreñida, ¿necesitas algo?

Cierro los ojos y le digo que pare.

—¡Tía, no te avergüences por tener la regla! Yo también...

—Hola.

Amaia se queda muda al oír ese tono de voz suave y cariñoso tan característico, que no encaja nada con su aspecto. Me estiro un poco y reprimo una sonrisa al ver cómo la cara de mi mejor amiga se tiñe de rojo. Gira la cabeza y ve al chico que tanto le gusta a dos palmos de distancia; entonces vuelve a mirarme: tiene los ojos como platos. Está tan sorprendida que no sabe ni qué decir, cuando ella no suele tener problemas para ligar. Él, sin embargo, le provoca un efecto diferente.

—Eh... —Se peina el cabello con la mano, tímida—. Hola.

—He visto lo que te ha pasado, ese chico es un poco gilipollas.

Juraría que le acaba de dedicar una pequeña sonrisa a Amaia, pero ella está demasiado concentrada en cómo se le marcan los bíceps. Le doy una patada por debajo de la mesa, y ella me la devuelve. Se nota que él se esperaba un poquito más de conversación, pero ha aceptado que no va a suceder. Saca unos cascos del bolsillo derecho del pantalón y empieza a desenroscarlos.

—*Em dic Pau.*

La forma tan bonita como ha pronunciado el catalán ha dejado a

mi amiga tan embobada que se ha puesto a juguetear con el tirante del top negro que lleva.

—*Encantada, jo soc l'Amaia.*

Me ha hecho que actúe como si no lo hubiera estado observando desde el primer día que lo vio. Sabe su nombre completo, todas sus redes sociales, qué deporte practica, dónde vive y hasta el nombre de su perro. Supongo que las mujeres tenemos el poder de descubrir todo sin preguntar, aunque ese don no resulte efectivo cuando se trata de desvelar un engaño escondido.

Pau inspira hondo mientras conecta los cascos a su móvil y se los mete por debajo de la camiseta de manga corta. Deja que se entrevean sus abdominales bien marcados. Lo ha hecho tan a propósito que me ha parecido una ingeniosa forma de tener a Amaia más en el bote. Aunque tampoco le hacía falta: ya tiene suficientes ganas de pasar una noche alocada con él.

—Tengo que irme, chicas —explica tranquilo—. Vamos hablando, Am.

Le digo adiós por simple cordialidad y me quedo observando con gracia cómo mi amiga observa cada movimiento suyo hasta que desaparece entre la multitud. Dos segundos después, una chica trastornada me agarra de los brazos como si la estuvieran electrocutando.

—¡No me lo puedo creer! —chilla—. ¡Me va a dar un algo! ¡Dioosss míoooooo! —Se abanica con la mano para simular lo caliente que se ha puesto—. Pau, Pau, Pau..., ¡el amor de mi vida! ¡Ya veo nuestra boda! ¡Nuestros hijos!... —Se pone las dos manos en la barbilla para apoyarse en la mesa y me mira con una mirada de enamorada perdida—. Estoy pillada.

—Estás completamente loca —suelto una carcajada.

—¡Ya! ¡Loca por él!

Se muerde el labio mientras susurra las palabras que le ha dicho. Yo bebo un poco de café, luego me ataca con el dedo, señalándome.

—¡¿Y tú qué?!

—¿Qué pasa conmigo?

—Pues que te fuiste por ahí con el guapísimo italiano... —Pone los ojos en blanco—. ¡Cuéntamelo todo! ¡Toooooodooo!

Pone las manos en los reposabrazos de la silla y la levanta lo justo para arrastrarse hasta mi lado, expectante. Chasqueo la lengua,

es mejor empezar ya que esperar a que se enfade de verdad y escuchar sus «Nunca me cuentas nada de tu vida amorosa», a pesar de que no es cierto. Solo lo dice para hacerse la dramática.

Repaso todo lo que sucedió el pasado domingo. Fueron tantas cosas que no sé ni por dónde empezar, así que decido comenzar por la primera vez que lo vi, en el andén de Rocafort. Seguía con el mismo estilo de vestir y la misma personalidad. Oscuro, pero a la vez lleno de colores. Luego le cuento nuestra pequeña pelea, ella sonríe de forma pícara. Trato de explicarle lo que pareció su forma de ser.

—Tiene un aire de superioridad bastante notorio, también parece que le cuesta mucho abrirse y contar sus problemas. No obstante, me quedo con su bonita forma de percibir la vida, su manera de darse cuenta de los pequeños detalles; según él, son los que importan.

Me salto el momento incómodo que tuvimos al lado de la cascada del parque, para no tener que aguantar trescientos mil gritos más.

—Antes de que me fuera me pidió que le ayudara a ordenar otra librería.

—¿Irás? —pregunta emocionada—. Dime que sí, por favor.

—No sé… —musito—. En el momento acepté, pero no sé qué intenciones tiene.

—Pues follar, ¿qué va a querer?

—Tú ya sabes que yo no quiero eso.

—Si fuera tú, probaría a seguir conociéndolo; no pierdes nada por intentarlo —dice mientras saca de su bolso un bote de rímel—. Y si al final pasa algo y termina siendo un capullo como todos, estaré aquí para poner el hombro e insultarle.

Le dedico una sonrisa. En el fondo tiene razón, puedo mantener el compromiso y ver si Kei quiere algo más que una noche. Me resulta muy contradictorio. Tuve la sensación de que quería que nos besáramos cuando apenas nos conocíamos, pero también parecía querer algo más profundo. Si fuera otro chico, como Toni, que no me deja de mirar con obsesión en clase, no habría aceptado verlo nunca más. Pero el chico alto tiene algo.

Ahora solo importa una cosa, y es que hoy tengo mi primera audición como solista de violín. Cuando Kei mencionó mi tatuaje, me di cuenta de que no estaba cumpliendo mi sueño. Cuando me preguntó qué querría hacer si me quedase un solo día de vida, me habría gustado decirle «Tocar un solo», pero esa posibilidad no existe

sin intentarlo. En el metro, vi una oportunidad y me lancé de cabeza. Me registré en la audición y al llegar a casa le pregunté a mi madre dónde había guardado el instrumento. Sus ojos se iluminaron de tal forma al saber que quería perseguir mi sueño de papel…

En cuanto me coloqué la barbada, sentí una explosión de sensaciones perdidas. Se me removió el cuerpo de forma brusca y se me puso la piel de gallina. Fue cerrar los ojos y viajar a aquellas tardes en las que el tiempo volaba mientras mis dedos bailaban entre la música.

La melodía que me enseñó mi abuela empezó a sonar por los rincones de la casa después de mucho tiempo, y una vez hube terminado, me alejé de aquel recuerdo en el que hacía una reverencia a la gente del metro para darme de bruces contra la mirada de mis padres. Una mirada de orgullo por haber vuelto a lo que realmente me hace feliz. Cuando solté el violín, corrieron a abrazarme. Porque aquel instrumento era lo que me unía a mi abuela. Y ella regresó a mí cuando volví a hacer sonar su canción.

Me sentí más llena que nunca.

Ojalá los abuelos fueran eternos.

* * *

Salgo de la parada de metro Paral·lel de la línea lila y recorro toda la calle hasta que me encuentro con el teatro del Liceu.

Todo está volviendo a mí. Las ganas, la ilusión, la magia. Me detengo justo delante de una puerta que da paso a un sueño que dejé apartado durante demasiado tiempo. Inspiro fuertemente, luego me tranquilizo diciéndome que solo tengo que tocar y que eso bastará para convencerlos de que me merezco esta oportunidad. Abro las puertas y empiezo a reescribir mi historia.

Paso mi mano con suavidad por el terciopelo rojo de las butacas de la platea y me imagino a cientos de personas ocupando este espacio para verme tocar en una orquesta. Trago saliva ante lo asombroso que es este espacio, con esos ocho óculos en el techo y con la obra de Perejaume encima del arco de proscenio, en cuyo centro hay una gigantesca y preciosa lámpara hecha con cristales brillantes. Persigo con los ojos el primer nivel de gradas hasta terminar en el nivel siete, que está casi tocando el techo.

Me siento tan pequeña aquí… Es tan luminoso y brillante, y goza de un ambiente tan pintoresco, que te teletransporta a cincuenta años atrás, cuando solo la gente rica podía disfrutar de esto y llenaban la estancia de ropa voluminosa, llamativa y elegante.

Tres personas de mayor edad, con cara de saber los secretos de la música, me saludan al verme llegar. Una chica joven, la ayudante, me acompaña hasta el escenario por un camino oscuro, y siento que los nervios empiezan a nacer por todos lados. Doy unos pasos indecisos hacia el centro del grandioso escenario. Trago saliva al contemplar las vistas. Es todo tan rojo, brillante y dorado…

—Preséntate, por favor.

El señor que está sentado en el centro saca un folio y se cruza de brazos a la espera de que me pronuncie. No lo conozco de nada, pero me transmite la suficiente confianza como para ser capaz de hablar entre todos mis miedos.

—Me llamo Aidé Gil, tengo diecinueve años, estudio Magisterio y… haré un solo de violín.

—Genial —sonríe una señora de cabello rizado—. ¿Tienes a mano la partitura?

—Sí.

—Adelante, tómate el tiempo que necesites —me anima la otra mujer, que tiene el cabello más largo y fino que había visto en mi vida.

Me agacho un momento para apoyar la funda del violín y cojo el papel donde está el camino hacia mi oportunidad escrito en notas musicales; luego agarro el instrumento por el mástil para volver a incorporarme. Dejo la partitura con suavidad en el atril de color negro que tengo delante y cierro los ojos un momento para poder concentrarme lo máximo posible. Los tres me están mirando con demasiada atención, tanta que parece que quieran estudiar todos mis gestos. Normal, estoy tratando de entrar en uno de los conservatorios más reconocidos de Barcelona.

Apoyo la barbilla en la barbada y extiendo el brazo justo como me había enseñado mi abuela. Echo una mirada a la partitura, después al violín, y así dos veces más. Estoy nerviosa, muy asustada. Recuerdo la frase de mi abuela y dejo que la música hable en mi nombre. Las notas comienzan a sonar al rozar las cuerdas con el arco y el mundo se transforma en una nube brillante de color rojo que me hace volar. Por

un momento veo a cuatro personas en vez de a tres, y no me hace falta saber que es ella, acompañándome, tal como me prometió.

«Vuela, pequeñina. Hazlo hasta que demuestres lo bonitas que son tus alas.»

L2, Sagrada Família

Aidé

Echo la cabeza hacia atrás y dejo que el vagón me lleve hacia mi destino. No tengo fuerzas para casi nada, tampoco para pasar tiempo con Kei. Los del conservatorio no me han llamado todavía, y mi cabeza se está convirtiendo en un cúmulo de pensamientos negativos. Cierro los ojos un segundo, quizá eso me sirva para recibir suficiente buena suerte como para ser elegida. He dormido fatal por culpa de la regla y de las migrañas que sufro cuando me baja. Las pastillas para el dolor deben de ser de mentira, porque no me han hecho ni un mínimo efecto. Podría haberme quedado en casa, pero no soy del tipo de persona que se compromete y luego no aparece.

Por los altavoces se escucha «Sagrada Família» y me levanto, tratando de hacerme lugar entre los miles de turistas que hay. Está todo abarrotado. Disfruto viendo que tanto la gente de fuera como la de aquí aprecia el monumento tan bonito que hay al salir de la parada de metro. Más cuando ni siquiera está terminado.

Una persona con cabello pelirrojo le da al botón para abrir las puertas y siento un empujón brusco a mi espalda. Salgo disparada del vagón como si fuera una pelota. Todo habría salido bien si no fuera tan torpe, pero me he tropezado en el hueco que hay entre andén y vagón y me he caído de morros al suelo.

—Au… —gimo de dolor mientras me llevo la mano a la cabeza.

—¡Joder! —Una voz familiar suena de fondo—. ¡Aparta, imbécil!, ¿no ves que la estás pisando?

Se oye una disputa a mis espaldas. Trato de incorporarme, se me hace difícil con tanta gente a mi alrededor, así que sigo con las manos apoyadas en el suelo y pongo cara de asco al ver que a pocos centímetros de mí hay un chicle recién tirado y que parte de él se me ha pegado al pelo. Luego una mano aparece en mi campo de visión y

me aferro a ella.

—¿Estás bien? —La mano pasa por delante de mis ojos—. Pareces un poco mareada. Ven, vamos a sentarnos.

Le hago caso. Una vez sentada, me paro a descubrir quién es el chico que ha decidido tener un mínimo de moral y sacarme de aquel matadero. Es él. Pongo una mueca de fastidio y me encojo como una niña pequeña mientras me tapo con las manos. De todas las personas en el mundo que podrían haberme echado un cable tenía que ser justo él. Noto que mi enfado sube por todos los rincones de mi cuerpo. Puede que sea un conjunto de la rabia de haberme caído, del dolor que siento en la cabeza —y ahora también en la pierna—, de que no me hayan llamado todavía...

—Vaya caída, ¿no? —Oigo una risilla a mi lado—. Sé que te hacía ilusión verme, pero tampoco era cuestión de lanzarte...

El último comentario basta para encender la última chispa. Dejo caer las manos sobre el muslo y, por la forma en que su sonrisa se le borra de golpe, sé que mi cara refleja los siete infiernos. Kei traga saliva y rehúsa mi mirada para centrar su atención en cualquier cosa que no sea yo.

—Eres un imbécil —suelto cabreada.

—Tampoco te pases, solo era una broma.

—Pues a ver si te parece gracioso que te tire a las vías.

—Joder... —Pone los ojos en blanco—. Si lo sé no te ayudo.

Se levanta del banco, se acerca a la línea amarilla y me mira por encima del hombro. En sus ojos veo cierta decepción, como si esperara que fuera a recibirlo de otra forma.

—Tendría que haberme quedado en casa —murmuro arrepentida.

—¿Por qué sigues odiándome? —Pone los brazos en jarras.

—Odiar es una palabra muy fuerte, pero... no es que te soporte mucho.

—Sigo sin entender muy bien por qué. —Abro los ojos como platos y él suelta una carcajada—. Puedo hacerme una idea, está bien. De todas formas, pensaba que estábamos en paz. No sé, quiero conocerte.

—¿Por qué?

Vuelve a acercarse a mí, que aún no he podido levantarme. No se me ha roto nada, pero seguro que me sale un moratón. Intenta tocarme. Me aparto al instante. Cada vez que alguien quiere

mostrarme afecto, siento cierto rechazo. Antes era muy cariñosa, ahora siento que me van a hacer daño. Desde que me enteré de que Àlex me engañó, sospecho que nunca me querrán de verdad.

Kei me mira confundido.

—Solo iba a quitarte el chicle que tienes pegado al pelo.

—Ah... —suspiro—. Inténtalo, a ver si lo consigues.

—Yo consigo todo lo que quiero.

Guiña un ojo como de costumbre y sonríe de lado. Lo hace todo por picarme, se nota a mil kilómetros. Se desliza un poco en el banco de piedra con cierta brusquedad y trata de quitarme el pegote asqueroso con las dos manos.

Me llega el potente olor de su colonia. Sé cuál es, pero lo que más me llama la atención es que se mezcla con el olor a coco de su champú. Entonces me doy cuenta de que no lo he mirado más de dos segundos en ningún momento. Lleva el cabello húmedo, recién lavado. En contraste con el cuello de su camiseta negra —empiezo a pensar que es su color favorito—, se le ven las manchas de color marrón que tanto me gustan. Me fascina que todo su cuerpo parezca estar repleto de caminos invisibles. Tengo la necesidad de descubrir dónde lleva cada uno.

Poco a poco me destenso. Kei hace que todo parezca más suave y cómodo. El aura que transmite es de color negro puro, pero cuando está cerca de mí se destiñe en un color más cálido y agradable.

—¿Algo que decir? Ya que me miras tanto...

—Te tengo delante —le respondo con el ceño fruncido.

—Si-si te gustan mis ojos... —balbucea—, puedes decírmelo.

—No te lo tengas tan creído, Kei.

Esboza una pequeña sonrisa traviesa y, después de darme un fuerte tirón, logra que todo el empaste pegajoso que se había formado en mi cabello desaparezca.

—Me gusta cómo suena mi nombre cuando lo dices tú.

—No me has respondido a la pregunta de antes.

Suelta un bufido.

—¿Sabes esos momentos en los que te das cuenta de que en el futuro mirarás atrás y los recordarás con una sonrisa en la cara? —Inspira profundamente—. Esos que, aunque no hayan acabado, los sientes como un recuerdo interminable.

—Sí.

—Creo que tú eres uno de esos momentos.

Me quedo anonadada. Antes de que pueda suavizar la cara y responderle, me agarra del brazo con cariño y me lleva hacia la salida del andén. En las escaleras mecánicas, él está delante y yo tengo la mirada clavada en ese tatuaje en forma de tortuga que tiene en la piel. He sentido hasta unas leves ganas de llorar porque hacía tiempo que nadie me decía algo tan simple y bonito. También estaba confusa, porque desde que lo vi pensé que acabaría enganchándome en sus redes y terminaríamos siendo la historia de romance en la que yo me enamoraba y acababa despechada porque solo fui un placer de una noche. Quizá Kei no sea ese tipo de chico, aunque tampoco quiero bajar la guardia tan inminentemente.

—¿Esta es la famosa basílica inacabada?

Alzo la cabeza y me encuentro con un cielo azulado precioso interrumpido por una estructura gótica de lo más extravagante y peculiar: la Sagrada Familia. La he visto de cerca un montón de veces y sigo sin asimilar lo que tengo ante mis ojos. Una construcción que lleva ciento cuarenta años en marcha y que esconde millones de historias. Estamos justo delante de la fachada del *naixement*, en cuyo centro está la torre de Jesucristo. En la esquina derecha se aprecia una de las dos sacristías, y, justo en frente, el ábside. Si tuviera que describir este famoso monumento en pocas palabras lo definiría como una explosión de colores marrones mezclado con pequeños destellos blancos y creado a partir de formas petrificadas.

—Por lo que veo, te gusta mucho.

Seguramente esté con la boca abierta y los ojos me brillen como si estuviera viendo un atardecer por primera vez.

—Es una de mis obras favoritas de Gaudí.

—La gente suele preferir la casa esa.

—La Casa Batlló —corrijo—. Entendible, solo que este lugar es mágico. A pesar de que esté en construcción, lo miras y te pierdes en mil mundos.

—No te consideraba tan fanática de Barcelona.

—Lo que duele es ver que tú no sientas fascinación por ella.

—Más lugar para las frikis como tú.

Le pongo cara de asco y él suelta una carcajada. Cruzamos el paso de cebra y nos detenemos a dos palmos de la estructura. Repaso cada detalle que puedo apreciar desde aquí. Kei simplemente tiene las

manos en los bolsillos y trata de fingir que entiende algo de lo que ve. Suelto un suspiro ante su ignorancia por el arte y le propongo que vayamos a la librería para terminar con esto de una vez.

Diez minutos después, nos detenemos justo delante de un local, solo que... está abierto. Lo miro de lado para ver si se ha equivocado de dirección, pero él da un paso seguro y abre la puerta de cristal para entrar. El sonido que ha hecho la campanilla de oro sigue repitiéndose en mi cabeza a pesar de haberme alejado bastante. Veo que la dependienta lo saluda con gran amabilidad, a mí simplemente me mira con los ojos entrecerrados; parece que esté valorando si soy lo suficientemente buena como para estar ahí dentro. Trato de no tomármelo a pecho y me dirijo a lo que parece ser la trastienda. No hay puerta, solo unas cortinas de tiras de bambú con rayas rojas y blancas. Kei pasa sin ni siquiera sujetarlas, por lo que me dan en toda la cara. Me ha cabreado lo suficiente como para decirle un par de cosas.

—Tú eres gili... —me detengo en seco—. ¿Qué es esto?

Ante mis ojos encuentro un mundo hecho de piezas de Lego. Me acerco curiosa con la boca abierta y empiezo a darme cuenta de lo detallada que es. Empieza con una montaña llena de árboles alpinos con un estanque del que nace un riachuelo que forma una cascada y llega a donde están las primeras casas, para terminar circulando por el pueblecito con sus edificios de estilo italiano, su pequeño puerto, su parque de atracciones al fondo, una estación de bomberos, playas y una pista de carreras de *motocross* en la otra punta.

Doy la vuelta a la mesa y me encuentro con un tren que hace su recorrido por unas vías. Me aparto, tratando de entender lo que están viendo mis ojos, y me doy cuenta de que no solo la mesa está llena de Lego. Las cuatro estanterías también tienen infinidad de construcciones, sobre todo de motos. La pared está abarrotada de pósteres de pilotos junto a miles de fotografías de un niño pequeño con su bicicleta. Aunque son en blanco y negro, se aprecian unas pequeñas manchas en el abdomen.

Y entonces lo entiendo. Todo esto es de Kei.

Lo miro asombrada. Él me dedica la sonrisa más amplia que he visto en su cara mientras se cruza de brazos en la otra punta de la estancia.

—Tú me querías enseñar tu ciudad y yo he querido enseñarte la

mía.

—Pero... —Sigo sin saber qué decir—. ¿Todo esto es tuyo?

—Cada rincón es sobre mí, sí. La llamo la habitación de los sueños.

—¿Y qué hacemos aquí? No entiendo...

—Aidé, no busques una explicación a todo. Solo me apetecía enseñarte mi mundo, por si quieres entrar alguna vez.

—No nos conocemos de nada.

—Por algo se empieza.

—Me estás vacilando.

—¿Tan mal estaría que te quisiera enseñar una parte de mí tan pronto? —pregunta, arqueando una ceja—. No te estoy pidiendo matrimonio.

No reacciona. Sigue igual de quieto. Me cruzo de brazos, a la espera de que deje de hacer el tonto. Se pasa la mano por el cuello y mira de reojo.

—¿No dijiste que querías enseñarme la ciudad?

—¿Perdón?

—Ese es el trato que hicimos —sonríe de lado—. Me ayudabas en la librería y yo me dejaba enseñar Barcelona.

—Ya... —carraspeo—. Todavía falta el primer paso, ¿no?

Empiezo a entender un poco lo que ha hecho.

—No tenías pensado organizar más libros, ¿verdad?

—Chica lista.

—¿Qué tramas? —pregunto a la defensiva—. Porque si pretendes follar, mejor vete a por otra.

—Follar... —Niega con la cabeza, suspirando—. Nunca iría mal un polvo.

—Me voy. Búscate a otra chica a la que decirle cuatro cosas bonitas para luego usarla como si fuera un objeto.

—Joder, Aidé, que carácter tienes.

—¿Perdón? Mejor dejémoslo estar y hagamos como si nunca nos hubiéramos conocido.

—Claro, como es tan fácil...

Da unos pasos largos hasta llegar a mi lado y se pasa la mano por la frente. Luego se apoya, con las piernas cruzadas, contra la mesa donde está la construcción de Lego.

—No te voy a mentir, tienes una follada tremenda.

—Eres un imbécil.

Su sonrisa de vacilón desaparece y da paso a la cara más seria que le he visto.

—Pero no es eso lo que busco de ti.

—Ah, ¿no? —Suelto una carcajada—. Y ¿qué quieres? ¿Una amiga con la que echar un polvo siempre que te apetezca?

—Una chica a la que..., no sé. —Aprieta la mandíbula—. Alguien a quien mostrarle lo que soy capaz de querer.

—Déjate de tonterías.

Pongo los ojos en blanco y hago ademán de irme. Él me sujeta del brazo con delicadeza.

—¿Por qué no me tomas en serio por un mísero segundo? No quiero que seas una chica de una noche.

—¿Y cómo pretendes que me crea eso, Kei?

—Porque nunca le he enseñado a nadie este lugar. Te he mostrado mi otra vida, la que jamás he podido cumplir. Porque siento... que tú me querrías a pesar de todas las heridas que tengo.

—Pero...

—Aidé, desde que me mudé a Barcelona he sido un auténtico hijo de puta. He desconfiado mucho de la gente, hasta de aquellas personas que parecían querer estar a mi lado. Nadie me mostraba una luz que reflejara paz. Cuando te vi, pensé que no estaría mal pasar una noche juntos...

—No lo estás arreglando.

—Luego te conocí y apareció la luz que tanto buscaba, aunque la he intentado ignorar.

Recorro con los ojos su mirada inocente. Se ve cierto miedo en sus iris color café. Parece estar hablando desde el corazón, como si no quisiera mentir. Empiezo a destensarme y termino por apartarme. Quiero creerlo, pero después de mi última pareja, no puedo.

—Me encantaría recorrer Barcelona contigo. Llámalas citas si quieres, pero hagámoslo. No me importaría crear recuerdos juntos. Si lo prefieres, podemos ser amigos que solo quieren vivir nuevas experiencias. Pasar tiempo disfrutando de la vida y dejando huella en cada rincón.

—Kei...

—Sí, es cierto que no nos conocemos. Que lo único que sabemos el uno del otro es que a mí me encanta guiñar los ojos, y a ti,

Barcelona. Que siempre digo tonterías y que tú eres muy reservada. Pero sé que, si nos damos minutos, convertiremos horas en buenos momentos. Mi madre siempre decía que a las personas cascabel no hay que dejarlas ir. Si al final no funcionamos, seguro que acabaría siendo el error más bonito que he cometido en mi vida.

Intento decirle algo, pero veo que se cierra en banda y se da la vuelta. Creo que le ha resultado muy difícil mostrar sus sentimientos, aunque sean un indicio de lo que podría llegar a dar.

La dependienta se asoma por la cortina de bambú y le pide a Kei que la acompañe. Él le hace caso. Termino quedándome sola en una habitación llena de sueños. Cierro los ojos un momento y apoyo los brazos en la mesa. Gimo al clavarme una pieza de Lego en el dedo pulgar. Es parte del tejado de una casa en la zona más alta de la montaña. Me fijo y veo a dos muñequitos juntos en el balcón, observando las vistas al mar.

¿Y si esta es mi vida? ¿Tan mal estaría terminar en un balcón en la bella Italia al lado de una persona como Kei?

Kei, Quiero volar

Repaso con la mano el tacto de mi pequeña moto hecha con mis propias manos y piezas reutilizadas. Papá está a mi lado, limpiándose las manos de pintura azul clara, con una sonrisa de orgullo. Desde hace un tiempo, en este pueblo se organiza un concurso en el que cada uno construye su moto con unas características fijas, y ahora que tengo la edad mínima —diez años, por motivos de seguridad—, estoy a punto de participar en mi primera carrera. He descubierto que la afición que tengo por las motos va más allá, que podría considerarse una pasión. Lo sé por cómo late mi corazón, con una fuerza abrumadora. Pero no de aquella forma dolorosa, como cuando mi madre me regaña por haberme ido a dormir más tarde de lo pactado, sino algo parecido a cuando llego a casa después del colegio y se me ilumina la sonrisa nada más veo que hay mi plato de pasta preferido.

Es una sensación que no sé definir. Mi padre se ha ido dando cuenta y he ido oyendo alguna que otra conversación sobre que empiece lo más pronto posible a aprender. Según palabras de papá:

—He visto cómo toca las motos, cómo las observa con admiración y cómo cuando se sienta a la nuestra se le iluminan los ojos. Creo que tiene futuro si le ayudamos desde ya. En este mundillo, si no empiezas desde renacuajo, no puedes triunfar.

Doy un salto atrás y me paso la mano llena de pintura por la frente. Me despisto un momento al ver en el espejo que hay en el garaje que han aparecido unas manchas marrones cerca de mi cuello. Alzo las cejas y las recorro con la yema de los dedos. Ya tengo algunas en el torso, pero estas son nuevas. Suspiro y me encojo de hombros.

Este vehículo que hemos fabricado, que mi padre ha bautizado como bicimoto, es precioso. A mí me encantaría conducir la vespa que tiene él, solo que dice que no tengo la edad suficiente. Al parecer, las motos de verdad son muy peligrosas. Sin embargo, no les tengo miedo. Les tengo más respeto a las arañas. Además, ya he dado alguna vuelta por las calles rectas del pueblo con mi padre detrás,

sujetándome las manos. No tenía el control, pero me sentía el rey de mi corazón.

Papá me da una palmada en la espalda y me susurra «Estoy muy orgulloso de lo que has fabricado», y yo le dedico una sonrisa. A decir verdad, solo he pintado la bicicleta y le he colocado un pequeño motor para que pueda ir más rápido, pero estoy satisfecho con mi trabajo. Tengo ganas de que llegue mañana para correr por el circuito que montan los habitantes del pueblo en honor a las fiestas de verano.

Mamá nos chilla a ambos desde el piso de arriba que es la hora de cenar y yo me quedo un momento más para retocar la pintura y repasar con permanente la tortuga que ha dibujado Lorenzo con sus pequeñas manitas en el soporte del manillar. De lejos oigo unos petardos y giro la cara hacia la puerta del garaje. Me levanto lo más rápido posible, le doy al botón para que se abra y salgo. Los petardos iluminan el cielo negruzco y suelto un chillido: me encantan. Me apoyo en el bordillo del camino y alzo la cabeza. Abajo, en la *piazzetta*, hay un grupo enorme de personas bailando delante de un pequeño escenario. Están tocando canciones típicas del norte de Italia.

—¿Quieres que bajemos después?

Mi madre me rodea por el pecho con sus suaves brazos; sin pensármelo dos veces, asiento repetidamente. Hace ademán de decir algo, que supongo que es que la cena se enfriará, pero se calla cuando vuelve a iluminarse el cielo de color rojo. Abro la boca y siento como si mi vida se hubiera completado. El gigantesco petardo, que parece haber marcado el fin del espectáculo de pirotecnia, se refleja en los ojos de mi madre mientras ella me mira con cariño. No sé qué haría sin ella, siempre ha estado ahí para mí.

Me da un toquecito con la mano en el hombro y un beso en la mejilla, luego subimos a la terraza principal, donde están mi padre y mi hermano metiéndose todo tipo de aperitivos en la boca, mis dos abuelos y los amigos de la familia que viven en el sur del país. Me encanta el ambiente que se respira, con esa corriente cálida veraniega, las lucecitas de las barcas que flotan en la costa, el verde bajo la negra noche y todas las banderolas que hay en la *piazzetta*. Me encanta el verano. Me encanta mi vida.

Dos horas más tarde estamos todos disfrutando de la fiesta y bailando de alegría delante del escenario. Mis padres se dan un beso cuando piensan que nadie los ve y pongo una mueca de asco: qué

horrible debe de ser notar las babas. Mi hermano me tira de la camiseta y yo lo agarro de la cintura para bailar como un par de tontos. Después nos movemos como nos da la gana y la gente de nuestro alrededor, incluida mi familia, nos hace un círculo de aplausos, animándonos. No puedo parar de sonreír, de reír. Qué bonita es la vida. Qué bonito es todo. No cambiaría nada de lo que he vivido y viviré. Alzo la cabeza, cansado, y me fijo en que las banderolas son de los colores nacionales. Rojo, blanco y verde.

En cuanto mi madre considera que es demasiado tarde para nosotros, volvemos a casa. Dejo la ventana abierta de par en par para escuchar la balada romántica que está sonando. *Ti amo*, de Umberto Tozzi.

Un momento después, sueño que soy el mejor piloto del mundo, gracias a que mi padre, un día, confió en mí.

L2, Passeig de Gràcia

Aidé

Kei no es consciente de lo importante que es para mí todo lo que tiene que ver con el metro de Barcelona. Lo ve como una rareza sin sentido, como si quisiera llegar a ser maquinista. En cambio, es un raro efecto mariposa, pues me pregunto lo mucho que habría cambiado mi vida si nunca me hubiese subido en un vagón de metro o si mi abuela nunca se hubiera ido.

Paso la mano por las tres mariposas que hay dibujadas en mi bolsa marrón. Conocí la teoría del efecto mariposa gracias a mi abuela, que me la explicó después de regalarme esta bolsa, el único objeto que me queda de ella.

«Aquí hay tres mariposas monarcas. Estas están en el mismo mundo, aleteando y volando juntas como si fueran una familia en un estanque precioso. Un día, una ve una flor preciosa y se dirige hacia el lado izquierdo del estanque. A la segunda le llama la atención un grupo de mariposas morpho y se va hacia el lado derecho del estanque. La última permanece volando en círculos en el medio. Diez años después, se encuentran de nuevo y ninguna de las tres es igual. Están en el mismo lugar, son las mismas mariposas, pero cada una tiene una vida distinta. Y las tres se preguntan qué habría pasado si se hubieran quedado en su lugar o se hubieran ido a otro. Estas tres mariposas te representan a ti, que durante tu vida vivirás millones de efectos mariposa. Pero nunca, por mucho que lo desees, podrás rehacer el camino. Así que toma bien tus decisiones, pequeña.»

Ahora mismo recuerdo aquella tarde en la que mi abuela perdió el conocimiento conduciendo el metro, lo que provocó que un mundo que iba de camino a la felicidad absoluta terminara en penumbras.

El tren se detiene con un golpe seco y casi salgo disparada del asiento hasta terminar encima de Kei. Cuando alzo la cabeza, me

encuentro sus ojos a un centímetro de mis labios, mirándolos fijamente. Esto me saca de mis pensamientos, pero aún más su voz al decirme:

—Tienes unos labios preciosos.

Carraspeo, un poco avergonzada por mi torpeza. No pretendía salir volando como una pelota de goma, pero siempre termino dando la nota y el cante. El vagón está prácticamente quieto, algo habrá pasado. Trago saliva, empiezo a sentirme un poco agobiada. He amado cada vez que he viajado por los túneles de Barcelona; sin embargo, mi cabeza ha escogido un mal recuerdo y solo veo la imagen de mi abuela inconsciente. Una mano se posa encima de mi pierna para hacerme suaves caricias. Cuando distingo esos ríos de color marrón en su piel me doy cuenta de quién es. Lo curioso ha sido que me ha ayudado a destensarme un poco.

Por la megafonía avisan de que, por problemas técnicos, estaremos unos diez minutos sin movernos. Se oyen quejas, chillidos de gente cabreada y con ganas de romper cosas. En nuestro vagón no hay nadie más que Kei y yo.

—Parece que te vayas a desmayar…

Le quito la mano de mi pierna de forma brusca; ha sido un gesto casi inconsciente. Kei alza los brazos a modo de disculpa por si ha hecho algo mal y decido levantarme para pasar las manos por la barandilla del medio y asomarme por el cristal de la puerta del vagón.

De todos los planes que tenía para hoy, ninguno era terminar en mitad de un túnel perdiendo el tiempo. Más que nada porque quería aprovechar para estudiar la asignatura que más floja tenía. Mi cabeza, además, seguía dándole vueltas a las mismas frases de siempre: «No eres tan buena violinista» o «Hay muchas personas con más talento que tú».

—Te noto un poco tensa —dice, en tono burlesco.

—Me harías un favor si te callaras un rato.

—Estamos encerrados los dos solos en un vagón en mitad de un túnel y sin cobertura, ¿pretendes pasar los próximos diez minutos así?

—Para ti esto es un gran triunfo, ¿verdad?

—Muchos me envidiarían, sí.

—¿No te cansas?

—¿De qué? ¿De gustarte? —ríe—. Es broma.

—Qué inmaduro.

Suelto una gran bocanada de aire al dejarme caer en la fila de asientos que hay delante de Kei. Lo que menos me apetece es tener que soportar sus sonrisitas de lado y empujoncitos para llamar la atención. Estiro la cabeza, la apoyo en la barandilla de la esquina y recuesto los pies en el resto de los asientos. Cierro los ojos, aquí no hay nadie más que yo.

Pasan dos minutos pacíficos hasta que me golpean en la cara con un trozo de papel.

—Pero ¡¿tú eres imbécil?! —grito cabreada.

—Relaja, fiera. —Pone los ojos en blanco—. Tú lee lo que pone.

—Antes prefiero intoxicarme.

—Veo que sigues siendo una dramática. Ambos sabemos que te mueres de curiosidad.

Me está sacando de quicio. No sé qué mosca le ha picado, pero está más insoportable que nunca. Si tenía algún punto positivo, lo acaba de perder. De todas formas, algo sí es cierto: siento curiosidad por saber qué ha escrito. Estiro la mano para recoger la bola de papel y la abro.

—«Si tú fueras de chocolate, yo sería Willy Wonka.»

—¿Has visto? —sonríe orgulloso—. Técnicas para ligar supremas.

—Kei, ¿cuántos tornillos te faltan?

—Bla, bla... En el fondo te ha gustado. Pero si prefieres seguir odiándome, hazlo.

—Créeme, cada vez te soporto menos.

Cansada, le lanzo la bola de papel para que me deje en paz. Como si fuera un crío pequeño, empieza a exagerar. Se retuerce en la fila de asientos hasta terminar en el suelo «convulsionando», y dos segundos después finge su muerte. No sé dónde me he metido, así que decido ignorarlo durante los siguientes diez minutos.

—Aidé.

Y la calma desaparece. El silencio que ha habido durante un pequeño espacio de tiempo se esfuma en cuestión de un soplido.

—Aidé —repite.

—¿Qué quieres?

—¿Crees que los sueños se pueden cumplir después de convertirse en imposibles?

Frunzo el ceño ante esa pregunta tan sincera. Dejo de estar de espaldas a él y me incorporo en el asiento para responderle con cierto

interés. Me lo encuentro en el suelo, tumbado, mirando al techo con las manos entrelazadas encima del vientre. No está tan sonriente como antes. Cada vez veo más que existen dos extremos en su forma de ser. Como si escondiera un lado que verdaderamente es suyo y el otro fuera simple fachada.

—¿A qué te refieres?

—Estoy tumbado en el suelo de un vagón de metro y no puedo parar de pensar en que la vida sigue y yo llevo años atascado, como si no pudiera arreglar mi propio fallo técnico. —Traga saliva y mueve la cabeza hacia donde estoy sentada. Tiene la mirada apagada—. Necesito creer que nunca es demasiado tarde para cumplir los sueños, si no, creo que jamás avanzaré.

—Mi abuela decía que los sueños solo se apagan cuando los ojos se cierran para siempre.

—¿Y qué hago si quiero cerrarlos para no sentirme un fracasado?

—Nadie es un fracaso.

—Ya.

Asiente, se impulsa con las manos para levantarse del suelo y se sienta en la fila de asientos que hay delante de mí. Apoya los codos en las piernas y se pone las manos en la barbilla. Noto una especie de vibra rara a mi alrededor, no es la misma que siempre he sentido a su lado.

—Desde pequeño he querido ser piloto profesional de *motocross*. Luego pasó lo que pasó y... aquí estoy: sin estudios, sin trabajo y sin nada.

—¿Por qué no sigues intentándolo?

Suelta una risa cruel y niega con la cabeza mientras se aprieta los ojos con los dedos. Termina riéndose, como si le hubiera dicho la broma más pesada posible.

—Olvídalo, no lo entenderás.

—Explícamelo.

—Prefiero seguir guiñándote el ojo.

Por cómo cambia la expresión, me doy cuenta de que ya he perdido la oportunidad de saber algo más de su vida. Se ha cerrado otra vez, lo sé por cómo se abre de piernas, apoya su brazo en el respaldo del asiento y suspira como si no me hubiera contado nada. No sabía que deseaba ser piloto de *motocross*. Era consciente de que tenía una gran afición, pero me siento un poco tonta por no haberme

dado cuenta de que iba más allá. ¿Podría ser esa ciudad de Lego una representación de cómo le habría gustado que fuera su vida? ¿Esas dos personitas han llegado a existir? Siento que no conozco ni una pizca de Kei y me causa curiosidad (aunque también miedo) llegar a saber lo que esconde.

Mi mirada se desvía de repente hacia el tatuaje en forma de tortuga que lleva debajo del codo. Él se da cuenta y se lo tapa con la mano.

—Es muy bonito.

—Eso no es lo que piensas —espeta—. Creo que querías decir: «¿No es demasiado infantil?».

—Siento curiosidad, más bien. Me parece original.

—Ah, ¿sí?

A veces, las palabras no son suficientes para decir todo lo que alguien quiere contar. En sus ojos he podido ver un ejemplo. Ese brillo y esa sonrisa a medio mostrar transmitían millones de sentimientos encerrados durante años. Como si hiciera mucho tiempo que alguien no se interesaba de verdad por su persona en lugar de su sexo.

Sigue pareciéndome extraño que lo que aparenta ser es una diminuta parte de lo que podría llegar a dar.

—Cuéntame —insisto—, soy toda oídos.

Inspira con bastante fuerza y se masajea las piernas con las manos. Espero, hay tiempo de sobra. Cuando asiente dos veces, le presto toda mi atención.

—Es una tortuga dibujada en la arena. —Recorre con la yema de los dedos la silueta del dibujo y sonríe—. Cuando era pequeño, mi madre y yo íbamos a la playa casi cada día. Daba igual si era invierno, verano o podía parecer que venía el peor temporal de la historia; siempre estábamos ahí, tumbados en la arena y dibujando en ella. La tortuga es la que más repetía, ya que según ella era el único dibujo que le salía bien. Siempre tenía la misma estructura, y desde arriba podía parecer que estaba tumbada con las cuatro patitas bien estiradas y luciendo todo su caparazón.

Baja la mirada un instante y parece estar intentado decidir si contarme algo más o no. Decido intervenir para que esté lo más cómodo posible.

—¿Es cosa mía o has aprovechado las manchas de distinto tono que hay en tu piel para hacer el caparazón?

—Pensaba que no te fijabas en los pequeños detalles.

—Algunos merecen la pena.

Deja mostrar una sincera sonrisa y clava su mirada en el tatuaje.

—¿Puedo preguntarte sobre los demás?

—Depende. —Se encoje de hombros—. Inténtalo.

—Eso del dedo es un círculo, ¿no? ¿También tiene una historia?

—Claro, me emborraché.

Ambos soltamos una carcajada. En este momento me he dado cuenta de que esta faceta suya, que aparece en contadas ocasiones, me llama muchísimo la atención. La otra me hace perder la paciencia, pero... la mezcla de colores que transmite me hace querer quedarme. No obstante, siento que tiene que abrir muchísimo más su corazón para que realmente empiece a gustarme, pero tengo la sensación de que al fin he conocido a un chico que puede valer la pena. Es insoportable la mayor parte del tiempo, pero es un insoportable encantador.

—Tres mariposas —murmura.

Tardo en entender que se refiere a las que hay dibujadas en la bolsa de tela.

—Tres mariposas —repito.

—¿Quieres conocer un dato sobre ellas?

—¿Tengo alternativa?

—Puedes romper un cristal e irte andando por el túnel.

—Deja que lo piense...

Pone los ojos en blanco de una forma tan tierna que me recuerda a un niño pequeño cuando le mencionan una trastada que ha hecho.

—Te lo voy a decir igual, a ver si así te cansas antes de mí. Esto lo sabe poca gente: las mariposas beben lágrimas de tortuga.

¿Que las mariposas... qué? Está inventándoselo, seguro. Como estoy esperando a que me diga que es broma, el silencio acaba reinando en el ambiente. Entonces se baja un poco el pantalón vaquero y me enseña un tatuaje de una mariposa que lleva sobre la cintura. Esto sí que no me lo esperaba. Sonríe satisfecho al darse cuenta de que me ha callado la boca y apoya los brazos detrás de la cabeza.

—Cuando me enteré sentí la necesidad de tatuarme una en la cintura. Nunca me ha gustado hacer saber a los demás lo que siento. Así fue como crecí. Tuve que aprender a sobrellevar las cosas solo, y

nadie me dijo que no era bueno contener las lágrimas. Por eso pensé que este era el mejor lugar para la mariposa: donde las lágrimas se esconden y solo pueden verlas las que logren llegar a ellas.

—¿Y me las has enseñado a mí?

Se encoge de hombros.

—Lo he hecho para callarte y para que veas que no odio el mundo tanto como piensas.

En ese instante, el vagón del metro vuelve a ponerse en marcha. Debería alegrarme, pero no es eso lo que noto en mi interior. Parece... decepción. Como si en el fondo deseara que la espera se alargara y pudiera pasar más tiempo aquí con él, descubriendo más pedacitos de lo que esconde. Ahora que parece que los minutos vuelven a correr a contrarreloj, caigo en la cuenta de que me había olvidado de lo bonito que es olvidarse de todo durante un tiempo.

Cuando dejas de contar los segundos que faltan por llegar y empiezas a apreciar los que se te van.

La luz del andén nos ilumina a ambos de golpe y veo escrito en el panel de color lila la palabra «UNIVERSITAT», la parada en la que Kei me ha dicho que se iba a bajar.

—Bueno, pues...

—Nos vemos el próximo domingo a las seis de la tarde en Rocafort.

—¿Qué?

—Quiero que me enseñes tu ciudad y yo la mía. Quiero conocerte, Aidé. Y construir nuestra pequeña ciudad.

IV

Imagina tenerlo todo y sentir que por dentro no hay nada. Saber que deberías sonreír por lo que has conseguido y solo sufrir por lo que no has logrado.

Es curioso porque respiro, me levanto de la cama y sigo la vida al son del tiempo. Aun así, siento que tengo los ojos vendados y que ni siquiera soy consciente de mis pasos.

Estoy arruinado. Destrozado. No soy nadie. No soy lo que era. No me queda nada más que el recuerdo de mi pasado.

Solo emito sonrisas pintadas entre lágrimas.

Y este es mi día a día.

Una y otra vez. Sin parar.

Respiro, parpadeo, duermo..., pero no siento nada. La vida dejó de tener sentido cuando me perdí a mí mismo.

¿Qué sentido tiene vivir si no percibes los colores? ¿Qué sentido tiene enamorarse si no eres correspondido? ¿Qué sentido tiene la vida en sí?

¿Quién soy y por qué mi cabeza lleva los mandos sin tener yo el control? ¿Quién me enseñó a fingir y por qué se me da tan bien?

¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a ser? ¿Qué queda de mí? Porque tengo la sensación de que he dejado de existir...

Sigo con mi vida. Sigo respirando. Sigo luchando.

Pero no sabría decir si por obligación o porque realmente quiero hacerlo.

Tocará seguir escuchando a los pájaros, mirar atardeceres y disfrutar de la música. A pesar de que ya nada me haga ilusión.

Porque todo está roto. Yo estoy roto.

Y no quedan suficientes intentos para seguir.

Me he cansado.

De respirar. De vivir.

Solo quiero volver a ser feliz.

Lorenzo, Es (o no) posible

Más fuerte, más rápido. Lo que sea para olvidar que me gusta un chico. Más intensidad, más chutes. El entrenador me está felicitando por cómo estoy dando todo de mí en este entreno. Ojalá supiera que es mi mecanismo para afrontar las cosas. El fútbol siempre ha sido una puerta a un lugar de paz, donde me he sentido a salvo siempre que todo se derrumbaba. Empecé justo después de la muerte de mis padres. Chuté un balón y sentí que ese vacío se llenaba poco a poco. Da miedo saber que lo que cura todas mis heridas puede estar convirtiéndose en los mismos trozos de cristal que se clavaron hace tiempo en mi corazón.

Todo por culpa de ese chico con cabello ondulado y largo. De esos ojos verdosos que son imposibles de ignorar, de esos brazos y piernas tan fuertes que tiene. Lluc es la razón por la que no puedo hacer nada más que meterle intensidad al entrenamiento de hoy. Empecé sintiendo ciertas pulsaciones bruscas que apenas había vivido a lo largo de mi vida hasta transformarse en infinitas ganas de besarlo.

El entrenador nos divide en dos grupos de siete para jugar un partido. A mí me toca con los que no llevan peto de color naranja fluorescente. Lluc está en el equipo contrario. Me coloco en el centro para empezar una jugada y mis compañeros se posicionan como nos han enseñado.

Más veloz, más fuerte. Necesito quitármelo de la cabeza, no puede quedarse en ella. Más trucos con la pelota, más defensas. Haga lo que haga, mi mente siempre acaba por imaginarse un futuro con él.

Pasan diez minutos. Vamos dos a dos y yo tengo el balón. Hago un pase largo al que está más adelantado y engaño a mi defensa haciéndole creer que voy hacia la izquierda para correr como nunca y pedir el balón de nuevo. Grito el nombre de mi compañero, él me ve y hace una semiparada para chutármelo. Levanto un poco el pie, recibo el tiro con un golpe seco y conduzco la pelota con velocidad hacia la portería. Justo delante se me coloca Lluc. Intento esquivarlo, pero no

hay forma. El resto del equipo pide que devuelva el balón. No pienso hacerlo. Cuando siento que voy a perder el control, me aparto dos pasos, alzo la cabeza hacia la portería y chuto. El balón sale.

—¡Tío, pásala!

Hecho una furia, empujo a Lluc.

—Pero ¿a ti qué coño te pasa?

—¡¿Por qué cojones no te apartabas?! —grito.

—No me toques los cojones, Lorenzo.

Le suelto un puñetazo en la cara y de su nariz empieza a salir un gran chorro de sangre. Se pasa la mano por el líquido rojo y me devuelve el golpe. El entrenador aparece dos segundos más tarde para separarnos.

—¡Los dos! ¡Al vestuario!

Le hacemos caso sin rechistar. Paso un momento por las gradas para coger la botella de agua y la sudadera. Luego doy un portazo, voy directo hacia mi mochila y la aparto con mala baba para sentarme. El pecho me sube y baja con rapidez. Lluc entra después, con un trozo de papel metido en el agujero de la nariz, acompañado del entrenador.

Durante la bronca me invento una excusa para que me deje en paz cuanto antes. Como no le ha hecho ninguna gracia nuestro comportamiento, nos envía a los dos a casa antes de la hora. Tengo ganas de llorar. Muchísimas, pero no puedo. El nudo de la garganta me está ahogando. Y Lluc no tiene ni idea de que estoy así por él.

—Lorenzo, ¿est...?

—Tú y yo ya no somos amigos.

—¿Cómo? —Suelta un suspiro—. ¿De verdad te vas a poner así?

—Creo que no lo has entendido —repito, con la mandíbula apretada—. No me hables nunca más.

—¿Qué coño dices? Somos mejores amigos, tío. Llevamos desde que entraste al equipo sin separarnos.

Ignoro su comentario y empiezo a desvestirme. Primero la camiseta, después los pantalones cortos. Intenta ponerme la mano en la espalda y yo me aparto bruscamente, cerrando los ojos.

—No entiendo nada, te estás comportando como un auténtico gilipollas.

—No quiero que entiendas nada, solo que desaparezcas de mi vida.

Tiene la intención de decirme algo más, así que le doy la espalda y me dirijo al espejo para comprobar que la cinta kinesiológica que llevo en el hombro esté bien colocada. Lluc aparece detrás, serio.

—Haz lo que te dé la puta gana.

—Lo haré.

—Vale.

—Vale.

Me muerdo el labio para que no se note que me está temblando y miro de reojo cómo se desviste y se enrosca la toalla en la cintura. Él me atrapa la mirada, pero, para mi sorpresa, no la aparto.

Es asombroso lo que se puede leer en tan solo un segundo. Decepción, ira, molestia. Niega con la cabeza y rompe el contacto conmigo para dirigirse a la ducha. Él desaparece, el agua suena.

Entonces, me doy cuenta de lo que acabo de hacer.

He dejado que gane el miedo.

L3, Lesseps

Kei

Muy pocas veces en la vida —por no decir ninguna— he hecho un plan tan sencillo como ir a tomar algo a un bar de l'Esquerra de l'Eixample con una chica. Esto es tan nuevo para mí que estoy, en cierto modo, nervioso. Aidé ha escogido un local con sofás y está esperándome con cierta tranquilidad; parece estar mirando con fascinación el cuadro que hay en la pared, que muestra a una chica tocando el violín. Pido un café con leche, un zumo de naranja y dos croissants. Uno de chocolate negro y otro blanco. Pago y me dirijo hacia donde está ella.

—No creía que fueses de ese tipo de personas —comento, sentándome a su lado—. Ya sabes, a las que les gusta el chocolate que no sabe a nada.

—Imagino que lo del zumo también te ha sorprendido.

—No me esperaba que pidieras un ron-cola, pero… sí.

—¿Y qué te imaginabas de una chica como yo?

Ah, no. Conozco ese tipo de trucos. Ojos entrecerrados, sonrisa de lado, piernas cruzadas… Un paso en falso y te puedes despedir de tu propia vida. Trago saliva. De golpe siento miedo, cosa rara en mí.

—Esto… ¿Más nor…? ¿Más pec…? —La estoy liando parda—. ¡Más de tés! Sí, eso.

—¿De tés? —Abre los ojos como platos—. ¿Te parezco británica?

—No, joder…

Chasqueo la lengua y apoyo la espalda en el respaldo, estresado. Me basta con girar la cabeza para ver que está disfrutando cómo me estoy torturando para no decir una burrada. Le doy un empujón suave. Es una auténtica bruja.

—Qué mono te has puesto.

—Cállate, por favor.

—Tenías la cara roja y todo…

Me tapo con la mano. Ella se mofa.

—Aidé, no sigas. Qué vergüenza.

Acerca un poco su cuerpo a la mesa, luego se pasa con una mano el cabello hacia un lado. Nuestras miradas se cruzan con una intensidad un tanto rara, complicada de identificar. Sonrío. Me odio porque nunca me he sentido tan perdido. Sin saber qué hacer. Normalmente habría soltado alguna indirecta o habría colocado la mano en su muslo para hacerle suaves caricias…

Pero es que con ella todo es diferente. Es la primera chica a la que pretendo desnudar poco a poco y no solo en una noche. Tengo miedo de decir algo y asustarla, cuando en otras ocasiones me habría dado igual. Es por la forma como habla, o más bien como *me* habla. Y sus increíbles ojos.

Inspiro hondo. Por suerte, avisan de que nuestro pedido ya está listo y aprovecho para salir disparado. Doy las gracias y cojo la bandeja. Le dejo su bebida y su bollo delante. En un parpadeo, se ha ventilado el zumo. Joder, sí que tenía sed. Ni siquiera he podido probar el café de lo caliente que está. Se me hace imposible no sonreír al ver cómo está disfrutando del croissant.

—¿De verdad está tan bueno? —pregunto, con mala baba.

—Prueba un trozo.

—No, gracias, prefiero seguir con vida.

—Eres un maldito dramático. Eso es porque no hay coj…

Odio que me reten, y ella seguramente lo intuía. Le doy un mordisco tratando de contener las arcadas. Mastico y… descubro una maravilla perdida. ¿Cómo puede estar tan buena esta mierda? No pienso confesar que me ha gustado. Pongo cara de asco y lo dejo en la bandeja, junto a la servilleta.

—Definitivamente, está asqueroso.

—Pues parece que lo estés mirando con ojitos de querer más…

—Tonterías. —Pasan unos segundos—. Vale, sí. Tú ganas. Está buenísimo. ¿Puedo comer un poco más?

—Adelante.

Pongo los ojos en blanco de placer cuando el dulzor del relleno se mezcla con la masa crujiente. Ella me mira, satisfecha por llevar la razón.

Normalmente, cuando se terminan las cosas que has pedido para

comer, te sueles ir. Sin embargo, media hora después, aquí estamos. Hablando de la vida. Conversando sobre tonterías que llegan a parecer imprescindibles. Preguntándonos comidas favoritas, colores, películas, series, estaciones del año... Haciéndonos un cuestionario.

Antes, estos temas me aburrían. Siempre que empezaba esta dinámica, se me hacía pesado. Estaba harto de tener que empezar la cadena una y otra vez. El enamorarse para luego perderse. Encontrarse, preguntar sobre lo que nos gusta, ilusionarse, desaparecer. Y así un bucle infinito.

Pero aquí estoy, contándole mi vida a esta chica de ojos de distinto color. Podría coger las cosas e irme, porque ya no hay una razón para seguir en este bar. Sin embargo, ella se ha convertido en la razón para quedarme.

Ahora, o para siempre.

—¿De verdad te quedaste atrapado en un columpio? —Suelta una carcajada.

—¡Te lo prometo! —Golpeo la mesa, casi llorando—. ¡No podía sacar mi puto culo de ahí! ¡Tuvieron que venir los bomberos!

Nos reímos tanto que hasta nuestras carcajadas se fusionan. Poco a poco van disminuyendo esas risas y nos quedamos mirándonos. Con una paz, un... ¿deseo? Aunque sospecho que solo por mi parte. Trago saliva y ella suspira con aire melancólico, casi fantasioso.

—Si pudieras cambiar una cosa del pasado, ¿cuál sería?

—Ya tardabas en salir con tus preguntas filosóficas...

—Tendrás que acostumbrarte, señorito que se fija en los detalles.

Pongo los ojos en blanco y suspiro. Es mi momento de sincerarme, de contarle un poquito más sobre mi pasado. Tengo miedo, porque pocas personas lo saben. Un secreto por un secreto, ¿no? O más bien un recuerdo roto por un recuerdo roto.

—Creo que sería la forma como la abracé por última vez.

—¿A quién

—A... —No puedo. Es demasiado rápido—. A la persona que se quedaba cuando todo se caía.

—¿Qué pasó?

El ambiente se vuelve denso. Juraría que hasta el color de las lámparas ha adquirido un color azulado. Las sonrisas ya no existen, estamos entrando en lugares prohibidos. Lugares en los que solo una o dos personas pueden entrar. Froto con los dedos el tatuaje de la

tortuga y ella me observa, tratando de analizar qué está pasando por mi cabeza.

—Murió.

Suelta un suspiro ahogado. De inmediato, coloca su mano sobre la mía. La miro con atención. Suave, casi de porcelana. Uñas pintadas de color marrón y un anillo plateado en el dedo corazón. Retiro mi mano suavemente mientras le sonrío para hacerle entender que no pasa nada, que ya es parte del pasado.

—Duele saber que se fue demasiado pronto.

—Todos tenemos a alguien que se marchó antes de lo que quisiéramos...

—¿Y quién es tu alguien?

Parece dudar un momento si decírmelo o no.

—Mi abuela.

Suspiro lentamente y aprovecho para hacerle una caricia en la mano, para transmitirle que entiendo cómo se siente. Niega con la cabeza y me regala una sonrisa; luego sigue:

—Ahora solo nos queda recorrer todos esos rincones que transitamos juntas alguna vez y soñar con que siguen agarrándonos de la mano o respirando a nuestro lado.

—El metro tiene que ver con ella, ¿verdad? —Se frota el brazo y me rehúye—. Siento si he dicho cosas que pudieran afectarte, no fue a propósito.

—Tranquilo. Ella era maquinista y yo pasaba la mayoría de las tardes a su lado. Me enseñaba cómo funcionaba, me dejaba tocar algunos botones... —Se detiene—. De todas formas, eso es lo bonito, ¿no? —Sonríe—. Tener lugares que significan algo para ti, cuyo secreto solo tú conoces. Donde los sueños por cumplir quedaron estancados. Donde nacen los sueños de papel.

—¿Sueños de papel?

—Esos que tendrían que haberse cumplido y que, cuando no queden más días, se quemarán en el olvido.

—Creo que tengo un sueño de papel.

Por mi cabeza pasa la imagen de mi yo de once años corriendo por las calles italianas. Con un objetivo, con una vida clara. Entre ruedas, carreteras y sueños. Con ese sol brillante, el olor a mar y a comida y el rugir del motor. Cuando todo consistía en soñar. Lástima que luego llegó el golpe.

—Yo también —asiente despacio, como si tratara de consolarse—. ¿Cuál es el tuyo?

—Ya lo descubriste el otro día. Desde pequeño quise ser piloto de *motocross*.

—Nadie dice que no pueda seguir siendo tu sueño…

—No todos destacaremos en esta vida. Eso le ha tocado a mi hermano, no a mí.

—No digas eso, Kei.

—¿El tuyo cuál es?

Se da cuenta de que evito el tema. Pone cara de decepción, pero lo acepta.

—Ser violinista.

—Pues serás la mejor.

—Lo dudo… Por eso estoy haciendo Magisterio. Dicen que siempre viene bien tener una salida de emergencia.

—Eso deja de tener sentido si puedes cumplir lo primero. Aidé, lucha por tu sueño. Tú tienes tiempo, yo ya no. Todavía no es un sueño de papel.

—Ni siquiera sabes cómo toco…

—Solo con mirarte ya sé que tienes el don de transformar la música en historias. ¿Crees que no me he dado cuenta de los repiques de dedos en la barandilla del vagón, de los silbidos suaves, de la forma como miras los instrumentos? Lo llevas en la sangre.

—No sabía que te habías fijado en todo eso…

—Cuando estás llena de pequeños detalles, los vas juntado y terminan formando una chica increíble.

Sus ojos parecen soltar un pequeño destello. Le sonrío de lado y remato con un guiño para que vea que me siento cómodo diciéndole estas cosas.

—¿Sabes? —Jugueteo con la cuchara—. A ella le habría gustado conocer Barcelona. Era su sueño.

—¿Y por qué no lo cumples tú en su lugar? —propone—. Puede que no tengas ningún sitio al que acudir para recordarla, pero nadie dice que no puedas crearlos.

—Entonces ya va siendo hora de pasar a la segunda parte del plan.

Me levanto de golpe, cojo la bandeja para dejarla en la barra y así ahorrar faena al camarero. Aidé sigue sentada en el sofá, así que

me acerco para obligarla a levantarse.

—Tu línea favorita era la tres, ¿no?

* * *

Media hora más tarde bajamos del vagón de la línea verde en la parada llamada Lesseps. Me ha parecido curioso que las paredes estén decoradas con placas amarillentas que parecen una cortina que cae desde arriba. Aunque si no me lo hubiese contado la experta del metro de Barcelona, no me habría enterado.

Al salir, nos hemos encontrado de golpe con un atardecer precioso, con colores anaranjados, rosas y lilas. Está saliendo todo justo como lo tenía planeado. Me detengo en seco, saco el móvil para hacer una foto. Ella me cuenta que no entiende eso de hacer fotografías a todo, que lo que realmente ha valido la pena se queda en el recuerdo. Aun así, saco unas diez y subo una a mis redes sociales.

—¿Cuál es tu usuario?

—No tengo.

—¿Cómo no vas a tener? —me mofo—. ¿Es una técnica para que no te siga?

—No tengo aplicaciones. Solo la de mensajería.

—Me cuesta creerlo.

—¿Por?

—No sé…, hoy en día todos tenemos, al menos, una red social.

—Quizá ese sea el gran problema.

Pues perfecto. Inspiro y me guardo el móvil en el bolsillo. Ella se pierde entre los edificios arquitectónicos que se ven nada más salir de la parada de metro. Como dice ella: «El arte de la ciudad se percibe por todos lados». Me fijo de nuevo en el cielo y veo que los colores se están transformando en un suave y débil azul negruzco. Por eso mismo, la obligo a acelerar el paso.

Sus ojos se abren al toparse con esa famosa entrada hecha de mosaicos de colores. A mi derecha se extiende una especie de casa con tejado irregular roto en mil pedazos en colores blancos y rojos. A mi izquierda, otra igual, pero con una torre azul y blanca. Arriba hay una cruz. Parecen estar hechas de galleta de jengibre.

Aidé me mira de reojo y yo le sonrío de lado. No he estado nunca aquí, pero sé que tengo la mejor compañera para que me lo explique.

Hago ademán de dar un paso para entrar, pero ella sigue prendada de lo que tiene delante. Es increíble cómo se refleja la pasión y el cariño que siente por su ciudad. Se fija en cada detalle. Los últimos rayos de luz se lanzan sobre sus ojos y aprecio una vez más los dos mundos de distinto color. Uno marrón y uno azul.

—Quedarte mirando a la gente es de mala educación.

Sacudo la cabeza y pongo los ojos en blanco.

—Estaba comprobando si tenías una pelusa.

—Claro, en la boca.

Mi mirada se desvía, otra vez, hacia sus gruesos labios. Trago saliva. Es difícil contenerse con una chica tan guapa como ella.

—¿Ya me estás analizando? —me burlo.

—Aún no, compañero.

—Lo suponía —refunfuño, cruzándome de brazos—. Espero que algún día me mires con esa intensidad.

—No corras, Kei. Disfruta del ahora.

—Ya lo hago, pero ¿qué tiene de malo soñar despierto sobre lo que te gustaría que pasara?

—Que, entonces, se pierde el momento. —Clava sus ojos en los míos y sonríe—. Tú mismo lo dijiste.

Subimos las escaleras del Parc Güell y nos sentamos en el último escalón antes de que se bifurquen para poder apreciar las vistas. Aidé apoya la cabeza contra la escultura de la salamandra de colores. Desde donde estamos se puede ver la perfecta organización de la ciudad, con esas rectas perpendiculares. Al fondo del todo está el mar y poco antes las curiosas dos altas torres que se construyeron durante las Olimpiadas.

—Tampoco has estado aquí.

—¿Se me nota mucho? —Suelto una carcajada.

—Llevas un buen rato mirando la salamandra. Los turistas solo se fijan en eso.

—¿En qué debería fijarme? Lo que más me llama la atención es ese bicho hecho de mosaico.

—En los colores. Si te das cuenta, la ciudad está repleta de marrones, naranjas oscuros y algunos rojos. No hay nada de blanco, azul, verde o amarillo. Es una representación del lujo, que es lo que estaba destinado a ser al principio: un barrio lujoso. Por cierto, no es mosaico. Es *trencadís*. La diferencia reside en que los fragmentos de

cerámica son irregulares.

—Es fascinante que sepas tanto.

—Cada uno sabe de lo que le gusta.

—¿De *motocross* tienes idea?

—No.

—Ha llegado mi momento.

Por primera vez en mucho tiempo, me he sentido escuchado. Mientras hablaba, Aidé no me quitaba ojo. Ha sido como poner una tirita en mi niño interior. Antes mi madre era la que se sentaba a mi lado y dejaba que la empapara con el mundo con el que siempre he fantaseado. Después, preferí callarme esta pasión, ya que pensaba que nadie lo entendería. Aidé me ha demostrado que depende de la persona. Que donde no te escuchen, no es lugar para quedarse.

Le tengo miedo. Cada segundo que se pierde entre ella y yo se está transformando en infinitos minutos sobre el futuro que quiero vivir a su lado. Apenas la conozco, pero siento que es la persona que he estado buscando toda mi vida. Ese pedacito que me fue arrancado cuando nací, como decía la teoría de mi madre.

Ella me explicaba que todo empezaba con el primer llanto de un recién nacido, que era motivado por haber perdido al amor de su vida, que había sido arrancado de su corazón. Creía que ese era el gran sentido de nuestra existencia: buscar la mitad que te quitaron. Usaba a mi padre como justificación: «En cuanto lo vi en aquel bar pidiéndose una cerveza, supe que no podía salir de allí sin hablarle. Fue como si lo conociera de toda la vida. En otras circunstancias, con lo tímida que soy, no me habría atrevido a abordarle. Pero supe que era *él*».

Quizá Aidé sea mi *ella*.

Yo también sentí que no podía dejarla ir.

Paso más de media hora hablando atropelladamente. Si me dejas vía libre, no hay vuelta atrás. Me detengo al notar la vibración de mi móvil en el bolsillo. Es Arnau. Pido disculpas a Aidé y me dirijo a un rincón.

—¿Qué pasa?

—Yo... Yo... —Está hiperventilando—. Joder...

—¿Estás bien? ¿Estás herido?

—Me ha dado plantón, Kei.

—¿Qué? —Pongo una mueca. Siempre le hacen lo mismo.

Escucho un sollozo al otro lado de la línea. Esta vez le ha

afectado. Normal, es horrible ilusionarse para que luego te traten como si no valieras nada.

—¿Es ese chico que tanto te gustaba?

—Sí.

—Me lo voy a cargar.

—No, no… —me suplica—. Solo… ven a buscarme. Por favor.

—¿Dónde estás?

—En plaça Catalunya.

—No te muevas de ahí y píllate un *frapuccino* de esos que tanto te gustan. Ahora te paso dinero, que sé que estos días vas un poco justillo.

—Vale. Gracias, Kei.

—Para eso están los mejores amigos, tonto —sonrío. Sé que no puede verme, pero espero que se me note en la voz lo mucho que lo quiero—. Ah, y vales mucho. ¿De acuerdo? Ese maricón no sabe lo que se pierde.

—Yo también soy maricón.

—Pero tú tienes buen corazón.

Escucho una risa triste al otro lado. Me conformo con saber que le he alegrado un poco. Solo quiero abrazarlo.

—*T'estimo.*

Y cuelgo.

Me quedo unos instantes mirando las vistas y me paso la mano por la frente, negando con la cabeza. Es la quinta vez que se lo hacen. Las otras, me dijo que no había sido para tanto. Que le solía pasar por ser demasiado «intenso». Ahora estaba colgado del chico ese, tanto que creía que era el definitivo. Como me lo encuentre por la calle, le pienso romper la polla. Así de claro.

Doy unos golpecitos en la parte baja del móvil con la palma de la mano. Tengo que irme ya, lo estará pasando fatal. Vuelvo junto a Aidé y permanezco en silencio. No quiero irme.

—Te necesita, ve.

—¿Has escuchado algo?

—Lo he intuido por la forma como mirabas decepcionado hacia el cielo.

Asiento. A veces soy demasiado expresivo.

—Pues…

—El próximo domingo, a las cinco, en nuestra parada de metro

—dice.

Levemente, empieza a dibujarse una sonrisa en mi rostro. Una de las buenas. Le ha gustado la cita. Sabía que era buena idea traerla aquí.

Se levanta y la miro desde abajo. Ella me devuelve la mirada. Por un momento, me imagino que ella podría ser la mujer con la que me casaría. Es perfecta.

Termino por borrar esos pensamientos. No quiero ir tan deprisa. Mejor ir momento a momento, hasta que formemos miles de ellos y queramos enmarcarlos. Por ahora, me conformo con ser solo un conocido. Tampoco es bueno enamorarse tan rápido de alguien a quien acabas de conocer. Lo bueno se hace esperar, dicen.

—Al final no te has podido resistir al encanto del italiano más guapo del mundo.

Pone los ojos en blanco.

—Aún estoy a tiempo de cambiar de idea.

—De eso nada —río, levantándome al fin—. De mí ya no te escapas, mariposa de pan.

Bufa, con aire gracioso.

—¿No te cansas de ser tan...?

—¿Perfecto?

—Tonto.

—Ah.

—¿Por qué parece que te hayan clavado una espada? —pregunta.

—Pensaba que te me ibas a declarar.

Ella me saca el dedo corazón.

—Me tengo que ir.

Doy un paso más para acercarme todo lo posible a sus labios. Le coloco detrás de la oreja un mechón que le tapaba el ojo de color azul y le acaricio el cuello con el pulgar. Su pulso se ha empezado a acelerar. El mío también. De hecho, me estoy calentando y ni siquiera me ha tocado. Carraspeo. La tensión es fuerte. Parece mentira que hace nada nos odiábamos.

¿Qué ha cambiado?

¿Todo o nada?

Tal vez no fuera odio.

—Te tienes que ir...

—Así es...

Pero mis ojos no pueden dejar de mirarla. Y mi boca no puede dejar de desear probar esos labios. Doy un paso más y dejo que nuestras frentes choquen mientras bajo las manos por su espalda hasta agarrarle la cintura. Ella no se mueve.

¿Y lo bonito que sería quedarse así hasta que muramos?

¿Qué merece la pena en el mundo más que esto?

Recorro con los ojos cada parte de su rostro. Una pequeña cicatriz encima de la ceja, una diminuta peca al lado del párpado, esa fina capa de maquillaje que tan bien le queda, esos granos que me importan tan poco… No hay parte de ella que no me guste.

—*Sei la farfalla più bella che abbia mai visto.*

—¿Qué significa eso? —pregunta con un hilo de voz suave.

—Eres la mariposa más bonita que he visto.

Sus ojos brillan y yo me marcho. Aún no puedo besarla y lo sé porque en mi estómago se ha instalado una sensación que jamás había sentido. Y por eso quiero que sea especial.

Ella es única, ahora lo sé, y deseo que nosotros, nuestro beso y nuestra historia también lo sean.

L3, Plaça Catalunya

Kei

No sé cómo llegar a ese lugar que tanto le gusta a mi mejor amigo, así que tiraré de viejos recuerdos para tratar de encontrar el camino. Podría usar la aplicación del móvil, solo que me pierdo todavía más con esa cosa endemoniada. Nada más veo el logo de color verde con la sirena blanca en medio suelto todo el aire que contenía. Empujo la puerta con fuerza y busco a un chico de cabello rizado con un collar de perlas por todos lados. Ahí está, sentado mirando por el ventanal. Joder, qué mala cara tiene.

—Arnau...

Antes de que pueda decirle nada más, salta del asiento como si le quemara y me estruja con todas sus fuerzas. Tardo en reaccionar, pero termino por devolverle el abrazo. Juraría que está conteniendo las lágrimas.

—¿No te has pedido nada? —pregunto.

—No tengo sed.

Eso es muy raro en él. Muchísimo. Nunca le dice que no a un café con nata y hielo. Vuelve a su lugar y me siento enfrente. Tengo muchísimas ganas de hablarle de Aidé, pero sé que no es el momento. Ahora importa él.

—¿Cómo estás?

—Pues ¿quieres la verdad o la mentira? —Trata de fingir una sonrisa—. Estoy cansado. Mira que lo intento, busco la forma de creer que habrá un chico especial que no me querrá solo para follar... y siempre termino igual.

—No te mereces esto.

—¿Qué hago mal? Dímelo, por favor —suplica, con la voz rota—. ¿De qué me sirve tener un buen corazón?

Después de intentar hacerse el fuerte, las lágrimas caen sin cesar.

Lo han roto demasiado. Estiro la mano para posarla sobre la suya y le doy un apretón.

—Escúchame bien. Sé que pensarás que tu forma de querer no vale nada, pero en este mundo faltan personas que se conformen con besos y abrazos. El mundo necesita chicos como tú, que viven para las ñoñadas y fantasías románticas. Gente igual de obsesionada con *Mamma Mia* o *High School Musical*.

Suelta una risita y le sonrío.

—No vuelvas a dejar que te hagan sentir que nunca te querrán, porque no es así. Has tenido una mala racha de tíos imbéciles que solo te deseaban para una noche. Te prometo que, algún día, llegará alguien que se enamorará de tu forma de querer.

—¿Incluso lo insoportable que soy con los musicales?

—Eso y más —río—. Arnau, eres el tío más noble y cariñoso que he conocido. De ti he aprendido un montón, de verdad.

Me susurra un «gracias» y se seca las lágrimas restantes con la manga de la sudadera.

—Bueno, ya está bien de tanto sentimiento —espeta—. ¿Cuándo se sale de fiesta?

—¡Ese es mi cabrón! —celebro mientras me estiro para darle un abrazo acompañado de una palmada en la espalda.

Al final nos da por pedirnos algo para matar el tiempo y hablar de nuestras vidas. Es cierto que pasamos muchas horas juntos, pero últimamente no he podido estar mucho a su lado. Aprovecha para contarme que ama cada vez más la carrera en la que se ha metido y que no se arrepiente de haber apostado a ciegas. También me explica que sus padres han terminado por divorciarse después de un largo tiempo de peleas. No puedo evitar no sentirme feliz de que se hayan dado cuenta de que siguiendo juntos hacían daño a su hijo. Llega mi turno y le hablo un poquitín sobre Aidé.

—Vaya, vaya… —Remueve el contenido del vaso con la pajita—. Así que vais en serio.

—No es eso…

—Y tanto que sí, tú estás cayendo como un pato.

—No.

—Por favor —pone los ojos en blanco—, dime de cuántas me has hablado con tanta ilusión.

Intento responderle con seguridad que se está equivocando, pero

me callo. Tiene razón, nunca le he hablado de ninguna chica. Es la primera.

—Bah, eso no tiene importancia.

—¿Sabes qué creo? —Alza las cejas, divertido—. Que en el fondo tú eres el verdadero ñoño romántico.

—Dame ese café, se te está subiendo a la cabeza.

—Joder, Kei —ríe—. Te gusta Aidé, acéptalo.

—Me atrae.

—Tú sigue haciéndote el duro, que seguro que hasta has imaginado vuestra boda y cuántos hijos tendréis. —No respondo. Él sonríe, orgulloso—. No, si tendré razón. Y pensar que siempre me has acusado de ser un ilusionado de la vida...

—Solo me atrae.

—Y yo soy heterosexual.

Pongo los ojos en blanco y suelto una carcajada. Arnau decide no insistir; sin embargo, tanto él como yo sabemos que no «*Solo* me atrae». Es imposible que sea eso cuando han pasado semanas y sigo pensando en ella. Cuando estoy aquí sentando con mi mejor amigo y pensando qué estará haciendo ella. No estoy obsesionado, tampoco enamorado..., pero empiezan a florecer cosas dentro de mí que cada vez me hacen menos gracia.

Se nos ocurre la maravillosa idea de hacer una de nuestras prácticas favoritas: sentarnos en un banco e inventarnos la vida amorosa de cada uno de los que pasen por delante de nuestros ojos. Para eso, nos metemos en plena plaça Catalunya y escogemos un asiento para poder pasar los pocos —y necesarios— momentos de aire frío.

—Ese tiene cara de que lo han dejado plantado.

—Pues iré a hablarle, que seguro que es mi alma gemela.

Me muerdo el labio y niego con la cabeza.

—No seas tan cruel contigo mismo.

—Antes que llorar las desgracias, mejor reírse de ellas.

Me da un codazo y nos reímos durante un buen rato. Si nuestras conversaciones salieran a la luz, la gente se pensaría que nos faltan dos tornillos. Por eso mantenemos la amistad inquebrantable, porque nadie, aparte de nosotros mismos, nos soportaría.

—¿Te puedo decir algo?

—Espera que saque el arma.

—No seas imbécil, no es nada malo.

—Como vuelvas a decir que Meryl Streep no sabe actuar, prometo tirarte al calabozo —amenaza con el dedo—. ¿Entendido?

Refunfuño para mis adentros y me estiro hasta cruzarme de piernas. Se queda pensativo un momento, mirando a la gente. Luego bufa y se centra en mí de nuevo.

—¿Qué me ibas a decir?

Chasqueo la lengua y suspiro.

—No es nada relevante. —Me encojo de hombros—. Estaba pensando en aquella noche en la discoteca y en cómo ha cambiado todo.

—Ah…, qué tiempos aquellos cuando llevabas el cabello teñido de blanco.

—Lo dice el que tenía un piercing en el puente de la nariz.

—Empate —carraspea, dando por finalizada la competición de quién daba más vergüenza ajena—. No saquemos más pasados oscuros a relucir.

—En fin, a lo que iba: creo que mi vida no habría sido igual si no te hubiera conocido…

—Jope, qué bonito te ha quedado eso.

—… porque habría sido mejor.

Silencio sepulcral. La cara que acaba de poner está tan muerta que toda la risa que me estaba aguantando ha salido disparada.

—¡¿Alguien quiere un amargado?! —chilla, señalándome—. ¡Lo regalo!

Una pareja se gira. Mi mejor amigo insiste en que soy un buen partido y que por eso quiere deshacerse de mí. Yo les pido perdón con la mirada. En cuanto se le pasa la tontería, lo miro molesto. Odio que me meta en situaciones incómodas. Me da igual lo que piense la gente, pero no me gusta ser el tema de conversación de nadie.

—Por cierto, ¿has pensado qué hacer con tu futuro?

—Tío, te dije que ese tema era tabú.

—Como siempre.

Algo de razón tiene. Debería empezar a sentar la cabeza y buscar algo que hacer para cuando llegue septiembre. El tiempo corre demasiado deprisa y sigo igual que cuando dejé la carrera: perdido. Ese es mi problema, que siento que no encajo en ninguna parte. Hace unos días intenté mirar por encima el gran catálogo de futuros que se

me ofrece con ayuda de mis madres. Dos horas después, terminé decaído al ver que nada me llamaba. Siento que mi carrera todavía no está hecha. Que no existe.

—Empezaste Mecánica, ¿no?

—Olvídate de eso. No es lo mío.

—Pero hay algo que no entiendo... ¿No era tu pasión convertirte en piloto?

—Lo era y lo es.

—Eso es pura automoción.

Ladeo la cabeza ante la frustración que me provoca la incertidumbre y repaso con la yema de los dedos el tatuaje de la tortuga. ¿Qué falla en mí? ¿Por qué no soy capaz de saber qué hacer con mi vida?

—¿Medicina?

Niego.

—¿Ingeniería?

Vuelvo a negar.

—¿Empresa?

—Nada de nada.

—Kei, algo tiene que haber que te haga sonreír igual que cuando pinto. Tú piensa en qué harías si te dijeran que solo puedes hacer una cosa el resto de tu vida. Yo escogería las artes sin pensármelo dos veces.

—Lo mío es un camino sin salida.

—Que no, joder —bufa cansado—. ¡¿Qué me dices de la papiroflexia?! Te apasiona.

—¿Me estás vacilando? Eso no es un trabajo. Es una afición.

—Pero podría estar relacionado con algo. ¿Arquitectura?

—No... —Reflexiono un momento—. Nunca me lo he planteado.

—Creo que se te daría bien. Eres creativo, te gusta construir cosas y... ¡claro! —se levanta de pronto, como si se le hubiera encendido una bombilla—. ¡El Lego!

—¿Qué dices? Otra afición.

—No es solo eso. Te he visto construir sin manuales. Tienes un don del que no te has dado cuenta, tío.

Antes de ponerme a la defensiva y decirle que acaba de decir una tontería, me paro a pensar. Llevo desde los cinco años haciendo edificios, casas, motos... Me viene a la mente la ciudad escondida que

tengo en aquella librería. No he seguido el manual para ninguna de esas construcciones. Es todo mío. Es…

Ay, Dios.

¿Y si he estado ciego todo el rato? ¿Y si he tenido mi futuro delante de las narices? Puede que haya perdido mi primer sueño, pero quizá no sea demasiado tarde para vivir otros nuevos. Podría construir cosas de verdad.

Asiento con una sonrisa y me quedo mirando a Arnau.

—Arquitecto…

—¿Qué puedes perder intentándolo?

L4, Jaume I

Aidé

El parcial me ha ido fatal no, lo siguiente. Estoy decepcionada conmigo misma, frustrada porque no han valido para nada todas las horas que le he dedicado. Me dejo caer en el asiento y poso la bandeja con el café y la ensaimada sobre la mesa. Tengo ganas de llorar. Me he pasado los últimos días estudiando y en mitad de la prueba me he quedado en blanco. Siento que el nudo de la garganta parece querer asfixiarme, recordándome lo fracasada que soy. Quizá esto no sea lo mío, tal vez no debería haber entrado en la carrera de Magisterio. Me encanta la materia, deseo ser la mejor profesora posible, pero últimamente tengo la sensación de que jamás llegaré a conseguirlo.

Amaia llega un minuto después con su zumo de naranja recién exprimido y una magdalena de chocolate. Al contrario que yo, parece la chica más feliz del planeta. ¿Por qué va tan guapa y tan bien peinada? Esta mañana apenas he sido capaz de desenredarme el pelo y vestirme. Amaia, por su parte, sea la hora que sea, el lugar o instante que toque, siempre irá bien arreglada. Algún día le preguntaré cuál es su secreto.

Reprimo una sonrisa al imaginarme el aspecto que debemos de tener. Una chica con ganas de tirarse desde un quinto piso, con una coleta rápida, la primera camiseta que ha visto y un chándal para ir lo más cómoda posible. La otra con collar, pendientes, maquillaje, una chaqueta la mar de cara, vaqueros, una sonrisa y unas ganas de vivir que parece que esté a punto de tirar cohetes.

—¡Tíaaa! —Da unos cuantos golpes en la mesa—. ¡Te tengo que contar una de cosas…! ¡Uf, uf! ¡Agárrate, que vienen curvas!

Cojo la taza de café con las dos manos para tomarme una buena dosis y afrontar el gigantesco terremoto de cotilleo que vendrá en cuestión de segundos. Le hago un gesto con la cabeza para darle vía

libre. Amaia esboza una sonrisa, pone los brazos encima de la mesa y junta las manos en forma de pirámide. Pone mil caras antes de soltar la bomba. Siempre se repite en la cabeza lo increíble que es lo que va a contar. Al ver que pone los ojos en blanco de placer, me intereso aún más. Tiene que ver con el chico que le gusta, Pau.

—El otro día... ¡Buf! ¡Es que te quedarás muñeca! Pau...

—¿Qué pasa? —Me inclino porque parece que lo quiere decir en voz baja.

—Esto... ¡Me ha pedido una cita!

—¿Perdón? —Abro la boca de par en par—. Eso sí que no me lo veía venir.

—¡Yo tam...! Un momento —entrecierra los ojos—, ¿estás diciendo que es demasiado guapo para mí?

Me muerdo el labio. Ella es preciosa..., solo que muy muy intensa. Y el chico de corte de pelo militar, de pocas palabras, con aires de solitario y de no contar nada de su vida no parecía preferir ese estilo de chicas. Rectifico mi comentario antes de que se empiece a desesperar por no ser «suficientemente guapa».

—No, no —río—. Simplemente... ¡Dios mío! —Me llevo las manos a la boca—. ¡El mismísimo Pau!

—¡Lo sééééé! —Ahoga un grito—. ¡Modo fan activado!

—¡¿Y?! ¿Has aceptado?

—¡Pues claro, tonta! —Pone los ojos en blanco—. Dime qué clase de persona se negaría a ese bombón, que dan ganas de morderlo y lamerlo y...

—Amaia.

—Perdón, perdón. Es que lo pienso y... —Simula una especie de corriente eléctrica. Al instante sé lo que quiere decirme. Entre chicas nos entendemos.

Nos pasamos el resto del descanso hablando sobre que Amaia quiere tener un hijo con Pau. De lo bueno que está, de que le arrancaría la camiseta negra apretada que suele llevar, de que piensa que en el fondo es un romántico, de que seguramente lo llevará a ver una película... De todo sobre él.

También quedamos mañana para comprar ropa para la ocasión, que en palabras suyas es «inexplicablemente importante». Está un poco ilusionada, lo sé porque no paraba de mirar de reojo hacia el grupo de amigos de Pau. Siempre que recupera las ganas —o el

romance en su interior— decide rizarse las puntas del cabello. Es como una señal —que dudo que ella misma sepa— de que se está encaprichando de un chico.

Al volver a clase, me he dado cuenta de que mi ánimo ha subido un poco. Me encanta que Amaia, con su forma de ser y la alegría que transmite siempre, logre hacerme el día un poquitín mejor. El hecho de que no me haya preguntado si me pasaba algo —aunque sé que se ha dado cuenta por cómo me analizaba de vez en cuando— y, en cambio, me contara su vida amorosa me ha ayudado a despejarme y olvidarme de lo mal que me ha ido el examen.

Normalmente no suelo escuchar las conversaciones de los demás, pero ha sido oír el nombre de Valentino Rossi y dejar de prestar atención al profesor. Miro por encima del hombro. Hay dos chicos con los ojos clavados en un ordenador. Da la sensación de que están viendo una carrera.

Vuelvo a centrarme en la pizarra y en mi mente aparece Kei, explicándome con tanto énfasis todo lo que sabe de *motocross*. Se lo veía tan ilusionado, como un niño cuando le preguntas por su helado favorito, que perdí todo rencor u odio hacia él. También recuerdo observar sus ojos marrones, su cabello corto y despeinado, sus labios carnosos, sus brazos voluminosos y... sobre todo cada rincón de su piel de distinto color. Me parece fascinante lo bonito que es y siento que podría estar horas tratando de reseguir todos los posibles caminos.

Pero lo que de verdad me chocó el domingo pasado fue su forma de ser. Sus ganas de conocerme y de dejar que lo conociera. Mientras me hablaba y me escuchaba, tenía la sensación de que él quería estar ahí pasara lo que pasase. Y eso es lo que me hizo darme cuenta de que había tenido una mala impresión. No es como mi expareja o cualquiera de los chicos con los que había estado antes. No, Kei tiene algo distinto. Y ese algo me está ablandando cada vez más.

Es como si al fin alguien buscara ver más de lo que enseño. Me sentí escuchada, querida. A su lado, dejé de creerme invisible.

Saber que tus cosas pueden interesarle a alguien es lo que te llena, porque te sientes importante. Sabes que aunque quizá no seas la persona más perfecta del mundo, para *él* podrías llegar a serlo.

Quiero verlo. Cuento los días que quedan hasta el domingo. Hacía mucho tiempo que no tenía tantas ganas de arriesgarme por amor. De intentar que pase algo y que, si todo se cae, saber que me

dará igual porque habrá valido la pena.

* * *

Alzo la cabeza hacia la ventana de mi habitación; es de noche. Suspiro mientras organizo los apuntes que tengo que saberme para el examen final de la semana que viene. Llevo unas cuantas horas metida en la Psicología en la Educación Infantil y ya me despisto a la mínima. Cuando empiezo a releer la misma frase demasiadas veces me doy cuenta de que es hora de parar. Recojo el escritorio, me preparo un chocolate caliente y decido salir a la terraza para tomar un poco de aire fresco. Poso un brazo encima de la barandilla decorada con flores de plástico.

Desde aquí se ve la intersección donde se cruzan cuatro calles de la ciudad catalana, iluminada por una tenue y anaranjada luz que te envuelve en un mundo primaveral. Sonrío al ver que los árboles empiezan a tener flores de un verde intenso. Qué ganas de que sea verano. De poder bailar hasta que la noche se termine, de bañarme con la única preocupación de que se me note el bronceado, de hacer viajes largos con la familia...

Últimamente estoy más apagada de lo normal. A nadie le gusta pasar una temporada encerrada estudiando y basar su vida en aprobar para no sentirse como un fracaso.

Hacía mucho tiempo que no sentía la necesidad de parar, de cerrar los ojos y sentir paz. La vida va muy deprisa. Necesito un descanso de esos en los que sientes que nada malo va a pasar, el estrés se esfuma y puedes volar hacia donde quieras.

Quiero volver a ser libre. Como cuando era una niña y me pasaba el día buscando mariposas. Cuando el tiempo era invisible, y las sonrisas, persistentes.

Estoy cansada de pensar que ya ni siquiera existen las mariposas.

De inventármelas yo.

De no sentirlas en mi interior.

De ser una mariposa bonita para los demás, pero insuficiente para mí misma.

Quiero volver a ser aquella mariposa azul. La que volaba por la vida con ganas de descubrirla. No la que solo deja pasar los días.

Me quedo fuera unos minutos más y vuelvo a entrar. Mis padres

están en el sofá adormilados con el televisor encendido. Cojo el mando para apagarlo. La forma tan bonita como se quieren es lo que me hace creer que puedo tener algo así. Mi padre durmiendo en paz con la cabeza de mi madre apoyada en su hombro es el cuadro más bonito que he visto en mucho tiempo. Saco una manta de un cajón y la estiro con suavidad sobre ellos para que no cojan frío. Sonrío con los ojos brillantes. Siento pureza en mi interior al verlos así. Ternura. Cariño. Paz…

Todo esto deberíamos vivirlo al menos una vez en la vida. Un amor sincero y real. Uno lento, pero rápido entre corazones. Uno… luminiscente.

Vuelvo a mi habitación y me detengo para observar todo lo que hay. A mi derecha está el armario —decorado con dibujos de mariposas que he ido haciendo desde que era pequeña—, una estantería con algunos libros, vinilos de cantantes que me gustan y flores de plástico que he ido comprándome. En la pared del fondo está mi cama, con un cojín de Harry Potter. Por último, a la izquierda, el escritorio lleno de papeles, un espejo para maquillarme, unas rosas que me regaló mi madre hace unos días y la bolsa marrón que tiré cuando llegué a casa. Lo que más me gusta es 1) las plantas que cuelgan de la estantería que hay justo encima de la mesa y 2) las pequeñas luces que instalé hace mucho tiempo en el techo.

Nostálgica, las enciendo. Las puse cuando tenía doce años y me asustaba la oscuridad; así me tumbaba y creía que estaba rodeada de luciérnagas que me iluminarían si me pasaba algo.

De repente, me suena el móvil. Extrañada, miro quién es. Un número desconocido. Tengo la sensación de que debo cogerlo, así que descuelgo y susurro un pequeño «Hola» confuso.

—¿Aidé Gil?

—Sí, soy yo.

—Perfecto. Queríamos informarla de que nos gustó su audición y la esperamos el próximo viernes a las ocho de la tarde en el teatro Liceu para hacer la última prueba.

No respondo. Estoy petrificada. No esperaba esa llamada.

—¿Hola? ¿Me oye?

—¡Sí, sí! Ahí estaré, por supuestísimo.

—Genial. La pieza es de libre elección. Que tenga mucha suerte.

Dejo caer el móvil sobre la cama sin ser muy consciente de lo que

significa aquello. Tienen que pasar unos largos segundos hasta que me dé cuenta de la importancia de los hechos. Les he gustado. Yo. Suelto un chillido de ilusión y empiezo a bailotear por toda la habitación con la ilusión a flor de piel.

—¡Lo estoy logrando, abuela! —grito a la nada, orgullosa—. Por ti.

Mamá y papá abren la puerta con cara de asustados y me preguntan si todo va bien. Corro a abrazarlos con todas mis fuerzas.

Siguen sin entender nada. Corro a sacar el violín del armario y digo:

—¡Les he gustado! ¡Quieren que haga otra prueba!

—¿Quééé? —Papá abre los brazos con una ilusión abrumadora—. ¡Sabía que lo lograrías, cariño! Sabía que te comerías el mundo.

—B-bueno... —balbuceo—. Primero tengo que pasar la última prueba.

—Y lo harás —asegura mi madre.

—No he conocido a nadie con un talento como el tuyo —añade papá.

Arranco a llorar. No de tristeza, tampoco de impotencia, sino de ilusión por saber que todavía puedo cumplir aquel sueño de papel que había dado por imposible. La vida me ha concedido una oportunidad, y es hora de aprovecharla. Quién sabe si la futura yo vivirá de la música. Quién sabe si esto es el principio de la historia de mi vida.

Solo sé que tengo ganas de demostrar quién soy.

De dejar mi huella en el mundo.

A mi mente viene esa frase que me dijo mi abuela cuando le comenté que pensaba que iba a ser invisible toda la vida.

Has nascut per brillar en aquest món, petita papallona.

* * *

Esta vez, subo directamente al escenario mediante unas escaleras que hay en una esquina. Acerco un poco el atril, saco de la bolsa que mi abuela me cosió con sus propias manos la partitura y me preparo lo mejor posible para estar cómoda a la hora de tocar. En cuanto veo que está todo en su lugar, clavo la mirada en las tres personas que están esperando pacientemente. Dudo un momento, pero termino por presentarme de nuevo.

—Soy Aidé Gil. Tengo diecinueve años, estoy cursando la carrera de Magisterio y soy de Barcelona. Tocaré una pieza propia titulada llamada «Papallones», que compuse con mi abuela antes de que muriera.

Trago saliva. Eso parece causarles cierto interés.

—Espero que os guste —añado rápidamente.

Con una mano, el señor del medio me invita a que empiece.

Ha llegado el momento de la verdad. Alzo la cabeza y de golpe siento como si me estuviera abrazando un aire cálido. No podría llegar a explicarlo, pero me ha recordado a los abrazos que me daba mi abuela. Ahora mismo no quiero pensar, simplemente quiero que esté a mi lado. Porque ella es la razón de que esté aquí, la que confió en mí cuando ni siquiera yo lo hacía.

Me coloco la barbada y estiro el brazo como me enseñó ella. Es ahora o nunca.

Això va per a tu, iaia.

El arco empieza a bailar por las cuerdas y cierro los ojos para sentir la música lo más cerca posible de mi corazón. Y me muevo. Y bailo. Y siento las notas clavarse en mi interior, como si fueran palabras verdaderas. Y le doy intensidad. Y froto las cuerdas con una destreza admirable. Y dejo que fluya.

Y esta vez estoy volando de verdad.

V

—No lo entiendo, abuela.

Ella me recoge entre lágrimas y corazones rotos con un fuerte abrazo. También creía que aquel chico iba a quererme, no que terminaría siendo otro más que disfrutaría de partirme. Suelto un leve sollozo. Duele. Aun así, estar entre los brazos de mi abuela hace que duela menos. Me aparta para limpiarme las lágrimas, luego deposita un suave beso en mi frente y me acaricia las mejillas.

—Deja que duela.

—Lo quería mucho.

—Eso no es suficiente, también nos tienen que querer como deberían.

Asiento, con el labio temblando y la mente nublada. Ahora mismo solo quiero estar aferrada a sus caricias. Pensar que mi vida se basa en estar tumbada en el sofá con una manta que nos cubra a ambas del frío invierno. Creer que el amor no es tan cruel como muchos decían. Dejar que las heridas se mueran para dar paso a nuevos capítulos de mi vida. No me apetece hacer nada más. Simplemente llorar en los brazos de mi abuela.

—Solo quiero que me quieran como él a ti.

—¿Te refieres al abuelo?

Asiento.

—Ay, cariño… —suspira melancólica—. Nuestro amor también tuvo infinitos baches.

—Pero él jamás te engañó con otra.

—No, eso no —admite—. Pero muchas veces creímos que se terminaría. Ha habido peleas que parecían vaticinar el fin. Gritos que dolían en lo más profundo del alma. No todo era lo que tú veías. No siempre estuvieron esos cariños y besos que tanto echo de menos…

—Entonces ¿cómo vivisteis una historia tan larga?

—Debes entender una cosa, cielo, y es que amar va más allá de quererse. Amar es sacrificar, luchar y superar. No todo será siempre

un suave abrazo que te haga sentir bien. La gracia del «te quiero» no está solo en decirlo, sino también en demostrarlo.

—Él te quería mucho.

—Tu abuelo me quería tanto que pasó más de dos años soportando seis horas de tren para verme cada viernes. Y yo lo quise tanto que lo esperé todos los años que fue militar.

—¿Sigues echándolo de menos?

—Han pasado ya siete años desde que nos dijo adiós y no ha habido día que no haya pensado en él. Sé que nadie será capaz de igualar la historia que creamos, por eso seguiré sola hasta que me toque irme a mí también.

—Ojalá vivir lo que vivisteis… —susurro, con los ojos brillantes —. Un amor simple y bonito.

—Cariño, lo que vivimos tu abuelo y yo fue un amor… luminiscente. Y lo fue porque brillábamos cuando nos juntábamos, emitíamos una luz que hasta la oscuridad temía. A eso tienes que aspirar: a encontrar a alguien que te haga sentir que brillas cuando no hay luz.

—¿Y si no llega?

—Llegará cuando menos te lo esperes.

L4, Bogatell

Aidé

Estoy ilusionada. Ya no recordaba lo que era tener ganas de volver a ver a alguien. Me he cambiado de ropa unas cuatro veces, ninguna combinación me parecía perfecta. Al final he optado por un top de color marrón y unos vaqueros cortos. Me he cortado el cabello a la atura de los hombros y estoy nerviosa por saber qué le parecerá. Fue un impulso de aquellos que no sabes de dónde salen, pero que terminas lanzándote. Creo que tiene algo que ver con el hecho de que que me hayan aceptado en una de las mejores escuelas de música de toda Barcelona.

Estamos sentados en un vagón del metro de la línea roja, igual que hace una semana. Aun así, hay algo diferente. Puede que sea lo que pienso sobre él, o lo cómoda que me siento a su lado.

—Estás muy guapa, Aidé.

Sus ojos bailan entre los mechones de mi cabello y decide estirar la mano para observar el nuevo corte que me he hecho. Me muevo, inquieta, sin saber cómo reaccionar ante ese cumplido.

—Tampoco es para tanto. Solo es un pequeño cambio.

—Y, sin embargo, estás igual de preciosa que siempre.

Clavo los ojos en los suyos sin saber muy bien de dónde sale esta oleada de afecto repentino y… me pierdo en ellos. Un aura cálida me envuelve. Sigo sin saber descifrar en qué momento todo ha cambiado. Nada es igual entre nosotros. Las miradas son más intensas, los tactos, más cariñosos, las conversaciones, más profundas.

Los piropos, las caricias suaves, el empeño por entenderme, su silencio cuando hablo, el interés sobre mi vida, que se percate de cómo me brillan los ojos cuando hablo del violín, que me lleve a sitios nuevos para hacerlos nuestros… Esos pequeños detalles están marcando el inicio de nuestra historia.

—De verdad que estás muy guapa. Me gusta mucho el nuevo estilo.

Silencio. Uno bonito. Uno idílico.

—Te lo he repetido para que te lo creas. Muchas veces no nos valoramos lo suficiente. Da la sensación de que no te ves tal como eres.

Noto que empiezo a destensarme. Jamás me habían dicho algo así de bonito. No sé qué le pasa hoy, pero parece que quiera hacerme llorar. ¿De dónde saca esas cosas tan preciosas? ¿Realmente las piensa? ¿O solo son intentos de llevarme a la cama?

—¿Puedo decirte una locura? —pregunta.

—Depende.

Reprime una sonrisa con picardía. Al instante me doy cuenta de lo mal que puede haber llegado a sonar eso fuera de contexto. Rehúyo su mirada con cierta vergüenza. Kei retoma la conversación.

—Prométeme que no huirás si te lo digo.

—¿Qué pasa, Kei?

—Creo que me estoy pillando por ti.

Debería decir algo, pero solo me sale silencio.

—No digas nada. Me gusta el silencio si es tuyo.

—Kei...

—Disfruta del silencio antes de que se vaya —dice con una sonrisa triste—. Nunca se sabe cuándo lo echarás de menos.

Sin que pueda responderle, deja caer su cabeza sobre mi hombro. Observo la escena a través del reflejo que se ve en la ventanilla del vagón sin saber muy bien qué hacer. No sabía que estaba tan avanzado en ese aspecto. Esto cambia todo de golpe. No debería habérmelo dicho. Suspiro para mis adentros. Me gusta, pero no sé si tanto como para querer avanzar más.

Termino convenciéndome de que tiene razón. De que el silencio, a veces, es la mejor respuesta. Y pasamos los siguientes minutos sin decirnos nada. Tampoco me he movido. Ni él. No nos hemos mirado. No nos hemos dicho nada más después de eso. Antes de que lo avise de que tenemos que bajar para cambiar a la línea amarilla, Kei se aparta de golpe. Tiene un aspecto... raro. No sabría explicarlo. Trago saliva, dudosa. Tengo miedo de cómo seguirá esto. De que quizá hayamos escalado tan deprisa que nos hayamos caído antes de lo esperado. Sin embargo, me sonríe como si nada, y todo parece ir como

antes.

—¿Dónde me estás llevando? ¿A un lugar en el que asesinarme? —comenta divertido.

Insegura de cuál debería ser mi respuesta, observo hasta el más mínimo detalle de su rostro en busca de alguna señal que me diga si realmente está bien. Todo parece ir sobre ruedas. Como si le diera igual lo que sienta por él. No obstante, percibo inquietud en su mirada.

—Me das miedo, señorita. —Entrecierra los ojos—. Tienes cara de querer...

Cuando pongo los ojos en blanco y suelto una pequeña carcajada, parece relajarse por completo.

—Ahora lo verás.

—Uy, esto se pone interesante. —Restriega las manos. Es un auténtico caso.

—Espero que lleves ropa interior.

—¿Por qué?

Lo agarro del brazo para que nos bajemos antes de que las puertas del vagón se cierren. Da un respingo cuando avanzamos hacia el fondo del andén. Sigo sin contarle nada, me gusta que sea una sorpresa. Aunque cualquier persona con un poco de cultura sabría hacia dónde vamos. Me detengo ante el cartel para buscar hacia qué dirección hay que ir. De reojo, voy viendo cómo Kei me mira con extrañeza. Seguramente no sabía ni que existía esta línea de metro. Casi nadie la coge. Sin embargo, es una de las que más historia esconde.

Dos minutos después, me invade una sonrisa cuando aparece uno de los pocos metros de color blanco puro que quedan. Es raro subirse a uno de estos, ya que es diferente. Al entrar te envuelve la sensación de estar viajando en el tiempo.

—Este... —Kei empieza a mirar con desconfianza el interior del vagón—. Este da muy mal rollo. Parece... ¿viejo? Joder, no sé explicarlo. Es como si estuviéramos en una película de terror de los años noventa.

Suelto una carcajada. Todo el mundo piensa lo mismo. Los asientos son de plástico y de un color gris apagado. Las barandillas nacen en las esquinas de los respaldos y no tocan el suelo. Además, están colocados en fila de a dos y agrupados de cuatro en cuatro.

Divertida, aprovecho para sentarme delante de él: quiero que estemos cara a cara. El tatuaje de la tortuga que tiene debajo del codo sigue pareciéndome precioso, y ahora que conozco la historia que esconde, incluso más. Suspiro cuando me doy cuenta de que me he desviado hacia los caminos de distinto color que tiene en su piel. No son líneas rectas y seguidas. Tienen formas irregulares que se van difuminando en forma de puntitos. Es hipnotizador. Me entra la necesidad de descubrir todos los recorridos que hay en su cuerpo. Una oleada de nerviosismo me invade cuando levanto la mirada y me lo encuentro observándome fijamente. Alzo una ceja, sin saber muy bien qué hacer. Kei sonríe de lado y se remueve inquieto en el asiento. Creo que le gustan mis ojos.

Para paliar este momento incómodo, decido hablarle del único tema del que jamás me hartaría.

—La siguiente parada es Banco. —Sonrío de satisfacción cuando ladea la cabeza hacia las luces rojas y su cara pasa a ser de auténtico perdido—. No, no está.

—Pero... ¿cómo sabes su nombre?

—Porque existió durante un tiempo. La cerraron porque estaba demasiado cerca de las demás.

—Una estación fantasma.

—Una de ellas. Es curioso porque...

Me callo de golpe. Me entra pánico a aburrirlo. La inseguridad de cansar a la gente nunca me abandona, solo que ahora me ha golpeado más fuerte. Como Kei de verdad me interesa, me da más miedo asustarlo.

—¿Por qué paras? —pregunta confuso.

—No quiero aburrirte.

—Joder —rechista decepcionado—. Te he dicho mil veces que me encantará oír todo lo que sea sobre ti.

—¿Seguro?

Kei abre los ojos con curiosidad y se inclina hacia mí mientras apoya los codos en las piernas y las manos en la barbilla. Hace un gesto para que siga.

Mi niña interior tiene ganas de llorar. Llevaba demasiado tiempo queriendo contarle esto a alguien. Con una sonrisa de oreja a oreja, le cuento todo lo que sé sobre el metro de Barcelona. Ahora sé que, a pesar de lo que siempre había creído, el problema nunca he sido yo.

Solo era que no había encontrado a la persona que realmente quería escucharme. Que muestre interés hasta por la cosa más absurda posible. Mucha gente pensaría que mi corazón está exagerando por ablandarse en este momento, pero yo sé que mis pequeñeces importan.

Ahí reside la diferencia. Cuando alguien quiere saber más sobre lo que no cuentas a nadie. Cuando se enamora de tus pequeñeces. Cuando le importas, aunque le hables de tonterías. Y Kei está tratando de descubrir lo que nadie sabe.

—Hay siete estaciones fantasma de metro en Barcelona. Banco, Correus, Fernando, Travessera, Bordeta, Bordeta Cotxeres y Gaudí. Las dos primeras son de la línea cuatro, las dos siguientes, de la línea tres, la antepenúltima y penúltima, de la uno, y la última, de la cinco. Esta la decoran cada Navidad con carteles publicitarios, fuentes típicas de la ciudad y árboles iluminados. Según una leyenda urbana, si te asomas a mirar puedes llegar a ver las caras de la gente esperando un tren que nunca pasa.

—¿Y las otras?

—La de Travessera nunca llegó a ser construida, y la de Fernando dicen que, si te fijas mucho, puedes llegar a ver algunos restos de la estructura de la estación, como baldosas.

—Es fascinante —concluye, asintiendo.

—¿El qué?

—Todo. —Abre los brazos y señala alrededor—. Todo esto. Siempre pisamos estos lugares porque nos llevan a otros, pero jamás nos paramos a pensar en dónde estamos. Y, sobre todo, en los lugares que ya no existen y que durante un tiempo sí lo hicieron. No sé, te pones a pensarlo y…, joder —bufa—. Mucha gente usó alguna de estas estaciones fantasma y, si siguen vivos, es como si se hubiera borrado una parte de su vida. Como si tuvieran lagunas en su existencia.

—Mi abuela siempre me contaba que de pequeña utilizaba la parada de Correus para ir al colegio. Decía que cuando la cerraron fue como si solo ella conociera su historia, como si hubiera pasado a ser algo que se engulló el tiempo y nadie más fuera a saber.

—Es como cuando te enamoras de alguien y luego todo termina.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que nadie supo lo que tú sentías, era algo tuyo que no eres capaz de explicar ni de entender. Vivisteis una historia,

una vida y un recuerdo, y acabó siendo… nada. Conoces los lugares, pero ya no volverás a pisarlos de la misma forma. Serán recuerdos fantasma. Recuerdos que solo tú sabes que existieron.

Me quedo en silencio. Kei desvía su mirada hacia el cristal y recorre con los ojos el continuo paisaje del túnel. Me sorprendo al ver que detrás de su oreja tiene un pequeño tatuaje. Son dos mariposas pequeñas. ¿Cómo no me había dado cuenta? ¿Quizá sea nuevo?

—Me lo hice hace unos días.

—Voy a pensar que estás obsesionado conmigo.

Ríe, negando con la cabeza.

—Las mariposas también son importantes para mí.

De eso me había dado cuenta. Siempre me pedía que yo le contara mis cosas, que le relatara mi vida y que confiara en él. Pero Kei jamás hablaba sobre sí mismo. Parecía tener miedo a abrirse, como si hubiera algo que le impidiera hacerlo. Lo comprendo, porque a mí también me cuesta mucho. Solo que él no se atreve ni a contarme simplezas.

—Si no quieres hablarme sobre ti no pasa nada.

—No es eso, es que nadie me asegura que te vayas a quedar.

—Creía que te gustaba disfrutar del momento.

—Es diferente cuando tienes miedo de que la persona se vaya. Sientes que cada minuto que pasa es uno menos.

Duele. Sé de lo que me habla y no es nada agradable. Quisiera decirle que puede estar tranquilo, que no me iré, pero no tengo esa certeza. Lo estoy conociendo, aún queda mucho. Antes sentía rápido, pero con el tiempo aprendí a controlar mis emociones. Sobre todo, después de la ruptura. Creí que lo conocía lo suficiente y medio año después terminé enterándome de que me había estado engañando con otra chica todo el tiempo.

Es bonito sentir cosas por alguien, pero hay que saber ir paso a paso, asegurarse de que no es solo un flechazo, porque si no dolerá cuando te des cuenta de que no era la persona que creías. El querer nace de darse a conocer en lugar de enamorarse a ciegas de algo que no entiendes.

—¿Sabes qué? —Carraspea—. A la mierda todo, Aidé. No sé si te quedarás, pero creo que te irás si me escondo por miedo y me asusta más no volver a verte que abrir mi corazón. Joder, qué miedo da lo rápido que estás entrando en mi vida.

—El amor da miedo —murmuro.

—Se supone que es bonito, no lleno de inseguridades.

—El problema aparece cuando te enamoras del corazón equivocado.

Bajo un poco la mirada y me muerdo el labio mientras me viene a la mente el recuerdo fugaz de la historia de amor que viví hace tiempo. Parecía tan bonito... y duró tan poco. Dolió tantísimo saber que lo di todo por alguien que jamás habría movido el mundo si fuera necesario que por eso me cuesta creer que alguien podrá llegar a amarme. O que yo podré dejarme amar de nuevo.

Se levanta y se coloca justo a mi lado mientras apoya su cabeza en la barandilla y estira las piernas lo más cerca de mí posible. Inspira hondo. Creo que me contará un pedazo de él. Lo miro con detenimiento. Tiene los ojos brillantes. Me pongo seria de golpe. Quiero que confíe. Que me cuente. Que se abra a pesar de lo difícil que pueda llegar a ser para él.

Espero un momento.

Nada.

Pasamos el final del trayecto callados. Al principio era un silencio incómodo, luego acabó transformándose en uno necesario. Cada uno necesitaba pensar sobre sus cosas durante unos minutos. Reorganizarse la cabeza. No siempre hay que decir algo, la mayoría de las veces sirve saber que tienes a alguien a tu lado. La presencia importa.

Le doy un toque en la pierna cuando anuncian por los altavoces la parada de Bogatell. Es hora de disfrutar de la experiencia que he preparado para hoy. Sé que le gustará. Tiene cara de hacer cosas poco vistas. También de cometer locuras.

Salimos a la calle y una preciosa puesta de sol nos deslumbra. Justo a tiempo. Sonrío de lado mientras miro de reojo a Kei. Va con las manos metidas en los bolsillos de esos vaqueros de color azul claro que tan bien le quedan. Gira un poco la cabeza hacia mí y me sonríe de vuelta. Creo que los dos somos unos aficionados a los últimos instantes del día. Una de las cosas más bonitas que tenemos en común.

—¿De pequeño no te pasaba que no conectabas lugares?

—No te sigo.

—Da igual, es una tontería.

—Dime, idiota.

—Está bien. Cuando era niña y tocaba ir a visitar a alguien en coche, creía que viajábamos a otros mundos que jamás llegarían a unirse. Realmente pensaba que mágicamente llegábamos de un lugar a otro. Supongo que se nota bastante que no tenía ni idea de la vida.

—Tal parece, sí —ríe.

—Sin embargo, un día empecé a fijarme en los detalles. Con la ayuda de un mapa, seguí con el dedo el camino que recorríamos y... desperté. Abandoné la niñez y entré en la adolescencia. Sentí un vacío al descubrir la realidad. Casi me entraron ganas de llorar cuando vi que las carreteras se conectaban entre ellas. Como si la magia jamás hubiera existido. Fue un golpe muy... cruel. —Suspiro—. A partir de entonces me fui dando cuenta de que se podía llegar a cualquier sitio de mil formas diferentes. De que no existía un camino «mágico» para pasar a otro mundo. Echo de menos esos momentos en los que todo parecía ser un cuento. Añoro ser una niña.

Suelto un largo suspiro. Nos detenemos en un paso de cebra. Empiezo a oler el aroma a mar y a sentir la humedad en el ambiente. Ya queda poco.

—Crecer es el verdadero horror —dice, siguiendo con la conversación.

—Me encantaría volver a sentir eso. A creer que nada tiene lógica, que todo existe porque sí.

—Un momento... —Entrecierra los ojos, pensativo—. ¿Por eso ahora eres ultra observadora?

—Algo así.

—Cada día me fascina más cómo ves la vida, Aidé.

—No digas tonterías.

—En serio, lo ves todo con un sentido único. Lo haces todo tuyo, de una forma preciosa.

No puedo evitar sonrojarme un poco. No estoy muy acostumbrada a que me digan cosas así. Retomamos el paso cuando el semáforo se pone en verde. Dos calles más adelante nos encontramos con unas pistas de básquet. Luego bajamos por un camino inclinado. Kei suelta una pequeña risa que entiendo como un «lo sabía» cuando ve la playa a lo lejos. Sé que no es uno de los mejores lugares que hay en Barcelona, pero aquí he vivido mil recuerdos que jamás desearía borrar. Es uno de aquellos rincones que sabes que perdurará en ti durante mucho tiempo.

Pasamos un instante discutiendo qué zona escoger para instalarnos y reclamar como nuestro espacio privado. Al final gano yo y nos ponemos lejos del chiringuito para poder estar en paz. Además, por allí cerca hay un grupo de amigos montando mucho escándalo, y quiero que solo importemos él y yo.

Saco de la bolsa de las mariposas una toalla tapiz de color marrón y negro, unas botellas de agua y unas bolsas de patatas fritas. Kei me mira con curiosidad, como si no se esperara esto.

Me quito los zapatos y decido colocarme boca abajo, con los codos apoyados, para no estar estirada del todo. Él decide ponerse boca arriba. Seguramente para llevarme la contraria. Cosas de chicos. Suelto un pequeño bufido. Sin poder evitarlo, clavo la mirada en las vistas que tengo delante de mí. Unas olas pequeñas de un color azul puro rompen en la mojada arena y se mezclan con los últimos rayos de luz solar. En nada se hará de noche.

—¿Esto se podría considerar una cita?

Giro la cabeza hacia la derecha, abandonando el mundo azulado y concentrándome en el marrón de sus ojos. Él se coloca exactamente como yo.

—¿No te sirve con ser solo dos personas viendo el atardecer en una playa de Barcelona?

—¿Eso es lo que crees que quiero que seamos?

—¿Qué te gustaría que fuéramos?

—Un sueño de papel. Algo que solo nosotros podamos escribir y cumplir.

L4, Barceloneta

Aidé

¿Quién diría que terminaría un domingo por la noche bañándome en ropa interior en el mar como si nada me importara? ¿Quién se creería que la chica que jamás volvería a mostrar su corazón a nadie estaría riéndose con un chico bajo la luz de la luna? ¿Quién imaginaría que ella estaría, al fin, recibiendo el amor que merecía? ¿Quién habría adivinado que jugarían a tirarse sobre las olas y a forcejear como niños en el agua? ¿Quién pensaría que esto es real? Porque ni yo misma me lo creo.

Dos mariposas volando entre montañas saladas sin miedo a nada. Jugando a quererse, a dejarse ir y a no pensar en nada más que en ellas dos. Ansiando que el tiempo se detenga, aprovechando cada segundo que pasa. Deseando un acercamiento de más y mil pasos rápidos, sin arriesgar. Dos mariposas mirándose entre sí con esa intensidad tan pura y tierna. Sumergiéndose un poco en el agua para solo mostrar el brillo de los ojos. Dándose cuenta de lo que se ve va más allá del reflejo lunar. Risas y risas. Vida y vida.

El verano empieza a sentirse. La mejor época del año está llegando.

Cabello revuelto, sal hasta en los labios, suave frío que se te cuela en los huesos, ropa húmeda y pegada a la piel, un ligero aire cálido y relajante, luces en el chiringuito. Y nada importa. Nada duele. Nada molesta. Solo sonrío y dejo que fluya. Por primera vez en mucho tiempo, he conseguido dejar la mente en blanco y simplemente vivir el momento. ¿Por qué había dejado de hacerlo?

Regresamos a la toalla tapiz una hora más tarde, con una gran sonrisa. Mi corazón da vueltas. De las buenas. De aquellas que te indican que algo está cambiando. Pequeños pasos que importan y que algún día llegarán a ser gigantes.

Saco el par de toallas que llevaba para poder secarnos. Kei se la coloca alrededor de la cintura, metiendo una esquina en el interior de su calzoncillo. No soy capaz de dejar de temblar. Joder, cómo se nota que aún estamos a finales de mayo. Antes de que pueda enroscarme como una croqueta, se acerca a mí y me arranca la toalla. Al principio, me quedo un poco extrañada. Casi hasta me enfado. Pone los ojos en blanco y me tira la sudadera que llevaba puesta. La estiro y me la quedo mirando.

—Póntela.

—Pero se va a mojar…

—Me da igual. Póntela. No quiero que pases frío.

Se cruza de brazos cuando ve que no le hago caso. Sin ganas de discutir, me la introduzco por la cabeza. Me queda gigante. Murmuro un «gracias», que parece contentarlo. Coge una de las botellas de agua que hay tiradas en la arena, la limpia con la mano mojada y bebe un poco. Justo cuando hago ademán de moverme, me invade un potente aroma a colonia. Viene de la sudadera. Qué bien huele. Meto disimuladamente la nariz entre la tela. Es él. Tengo impregnado su olor en mi piel. Reprimo una sonrisa. Kei se da cuenta, pero hace como que no va con él la cosa.

Cuando se pone de espaldas para colocarse los pantalones, toda mi atención se centra en la infinidad de caminos, dibujos y formas que hay en su piel. Me acerco, asombrada, y poso la mano en ella. Kei da un respingo y me mira por encima del hombro.

—¿Qué haces?

—Eres… —No sé cómo decirlo—. Estás lleno de rosas.

—¿Eh?

Ahora lo veo mejor que nunca. Esas finas líneas simulan un tallo, y al final se junta en un cúmulo de puntitos que parecen pétalos. La enfermedad de su piel es un cuadro de rosas. Resigo con la yema de los dedos todas y cada una de ellas. Kei se tensa. Noto cierta rabia. Como si estuviera molesto conmigo. Como si tuviera miedo…

—Para. No estoy cómodo.

—Perdón.

Doy un salto para dejarle espacio. Quizá no debería haberlo tocado. Me ha podido la curiosidad de buscarle un sentido artístico a lo que padece. Da la sensación de que quiere esconderlo. Antes de que se coloque la camiseta de color negro lo más rápido que puede, lo

interrumpo.

—Espera, ¿me dejas hacerte una foto para enseñártelo?

—¿Enseñarme el qué?

—Lo que te he dicho. Que estás lleno de rosas.

—No digas idioteces. Ya sé perfectamente que lo que tengo en la piel es horrible.

Es la forma como lo dice. Ese doloroso hilo de voz hace que coja mi móvil rápidamente y le dé al botón de la cámara justo cuando tiene la camiseta sobre la cabeza. El brillo me delata.

—¡Aidé, joder! —Cabreado, se acerca a mí e intenta quitarme el móvil—. Bórrala, por favor.

—¡Un momento!

Me apresuro a hacer lo que tenía pensado desde que lo he visto.

—Que no me gusta, lo odio a muert...

—¡Rosas! —repito, ilusionada, mientras le pongo la pantalla delante de la cara—. ¡Tienes rosas!

Su ira empieza a difuminarse lentamente cuando se va fijando más en cómo he pintado de color rojo las líneas que el vitíligo ha creado en su piel. Insisto un poco más, Kei termina destensándose y agarra el móvil para fijarse con detenimiento en lo que he hecho.

—Esto... —susurra; se ha quedado sin palabras— es imposible. No tiene sentido.

—Claro que lo tiene. Desde que lo vi supe que era la cosa más bonita del mundo. Solo que no has sabido verla nunca.

Sus ojos brillan cuando amplía un poco más la parte alta de su espalda y ve dibujados los pétalos de una rosa.

—Perdona si...

Y me abraza. Con todas sus fuerzas. Percibo hasta cómo sus dedos se me clavan en la sudadera. Sonrío al saber que lo he ayudado a ver que lo suyo no es algo malo. Supongo que muchos niños le han hecho sentirse como un enfermo.

—Gracias —dice.

—No es nada, Kei.

Nos apartamos, pero nos quedamos cerca. Conozco esa mirada. Ojos ilusionados, con aire de sentirse curado. Sonrisas invisibles que se perciben en el aire. Cejas relajadas. Entonces me doy cuenta de que este pequeño detalle lo ha ayudado mucho más de lo que creía.

Hay un momento de duda. Caos en la forma como se mueve,

vacilando, sin saber muy bien qué hacer. Hunde los dedos en los mechones húmedos de mi cabello y juguetea con ellos mientras me observa. Inspira hondo y cuando veo el desastre que puede desencadenar ese beso, me sonríe de lado y me hace una caricia en la mejilla con el dedo pulgar. Luego se tumba en la toalla tapiz boca arriba, se coloca la camiseta y pone las manos debajo de la cabeza.

Me abrazo a mí misma y me tumbo a una distancia prudente. Sigue haciendo frío.

—Puedes acercarte.

—¿Adónde?

—A mí. Confío en ti. Un poquitín.

Deslizo mi cuerpo unos centímetros más cerca, insegura. Kei pone los ojos en blanco y suelta una risa cariñosa. Todo sucede muy deprisa. Su brazo pasa por detrás de mi cabeza y me atrae hasta que apoyo mi cabeza en su pecho. Pocos segundos más tarde empiezo a escuchar su respiración en mi oído. Relajante, calmada.

—Así mejor. Muchísimo mejor.

El cielo está lleno de estrellas. Debe de haber más, pero con la luz que emite la ciudad es difícil verlas todas. Sin embargo, pierdo el interés cuando recuerdo la espalda de Kei. Las verdaderas estrellas las tiene él escritas en la piel. Estrellas de rosas. Y, por un momento, me doy cuenta de que esas son las únicas que quiero ver de ahora en adelante, las que de verdad importan.

Me relajo. Confío en su corazón. En su forma de ser. Que pase lo que tenga que pasar. Quizá él sí que sepa amar de verdad.

—Creo que podría quedarme así toda la noche —murmura.

Sonrío. No me creo que vaya a decir lo siguiente:

—Yo también.

Miro hacia arriba y me encuentro con una preciosa sonrisa. No me había fijado hasta ahora, pero tiene los incisivos superiores un pelín separados. Le confieren un cierto atractivo. Suelta un suspiro y empieza a hacerme caricias en el cuello. Noto que su pulso se acelera.

Un pájaro aterriza en la arena, cerca de nosotros.

—La mariposa es en honor a mi madre.

—¿Como la tortuga? —pregunto.

—No..., la de la tortuga murió. La mariposa es para quien me salvó cuando no veía nada más que un mundo apagado.

Empieza a apretar tanto los puños que los nudillos se le ponen de

color blanco y balancea con cierta brusquedad el pie. Esto va más allá del dolor, cruza los límites de la impotencia. Sin saber si es un movimiento acertado, estiro la mano y la poso encima de una de las suyas. Kei la mira, desprevenido. Cierra los ojos un momento y abre la gran puerta que parecía llevar tiempo con la llave echada.

—Mis padres murieron en un accidente de tren junto a más de cien víctimas. Ellos solo querían ir a ver a sus amigos, que vivían en el sur de Italia. Nos dijeron a mi hermano y a mí que volverían al día siguiente. No lo hicieron. —Una fina capa de lágrimas inunda sus ojos. Para y se frota el párpado rápidamente con los dedos—. Joder, no quiero llorar.

—No sigas si no quieres, Kei. Entiendo que esto es muy privado.

Niega con la cabeza.

—Quiero hacerlo. Siento que eres la persona indicada.

—Te escucho.

Sin moverme, espero a que coja la suficiente fuerza para continuar. He preferido volver a centrar mi mirada en el cielo oscuro. Noto que entrelaza con mayor seguridad sus dedos con los míos y deja caer nuestras manos sobre mi vientre.

—Sucedió cuando tenía diez años. Estaba volviendo a casa de mi abuela después de dar una vuelta con la bicicleta por mi pueblo de Italia. Cuando la dejé tirada en el suelo al lado de la puerta y vi que todo estaba demasiado silencioso, empecé a sentir miedo. Subí los escalones con una mala sensación en el cuerpo. La abuela estaba en el suelo, de rodillas, llorando. Vi a mi hermano Lorenzo, de cinco años, encogido en una esquina. Pregunté qué pasaba, pero nadie decía nada. Fue la televisión quien me lo reveló. En pantalla aparecía la foto de mis padres junto al titular de «Fatal accidente de tren en el sur de Italia con más de veinte muertos». Recuerdo quedarme quieto, muy quieto. Ni siquiera fui capaz de llorar, solo... no me lo creía.

—Tenías diez años... —digo, con el corazón roto.

Él asiente. Recoloco un poco mejor las piernas, aparto la cabeza de su pecho y me pongo a su lado, sin soltarlo. Está muy serio. Demasiado. Le doy un suave apretón a su mano.

—Pasamos un año viviendo con mi abuela, como podíamos, ya que padecía alzhéimer. Al final, tuvieron que enviarnos a un centro de acogida. Allí estuvimos dos años. Caí en una fuerte depresión. No hablaba con nadie que no fuera Lorenzo. Tan solo comía, dormía y

estudiaba cuando tocaba. Lo que más me dolía era saber que mi sueño se había roto para siempre. Que, aunque consiguiera ser piloto profesional, no serviría de nada, porque mi madre no estaría conmigo.

Traga saliva y suelta un bufido tembloroso. No sé cómo está consiguiendo no llorar, yo ya siento el molesto nudo en la garganta. Es tan injusto…

—Un día de verano, decidí salir al patio a jugar al fútbol con mi hermanito. Estábamos los dos solos, y eso me gustaba. Vi cómo una mariposa de color naranja se posó en unas rosas al lado de la portería y traté de no hacerle daño. Di unos golpecitos a la planta para que volara. Solo conseguí que aleteara con fuerza y se dirigiera a mi hombro, muy cerca de mi oreja izquierda. Siempre me han gustado los animales y los he cuidado con cariño. —Esboza una sonrisa inocente —. Alguien me llamó en ese momento y la mariposa voló. Era la directora del centro de acogida, que venía junto con dos mujeres. Cuando las tuve delante les conté lo que acababa de vivir mientras mi hermano se escondía detrás de mi espalda. Un año y medio después, ya estaba en Barcelona. Nos habían adoptado.

Suelto un suspiro de alivio, con los ojos anegados de lágrimas. Kei ríe entristecido. Ladea un poco la cabeza hacia la derecha y deja a la vista el reciente tatuaje.

—Qué bonito homenaje —digo, frotándome los ojos—. Es precioso.

—Les debo la vida a mis dos mariposas salvadoras.

—¿Ellas ya lo han visto?

—Es el regalo para el cumple de mi madre Aina. El de Julia es dos meses más tarde, pero no podía esperar.

—¿Puedo tocarlo?

—Claro.

Inclina un poco la cabeza para que me sea más fácil. Con los dedos un poco húmedos, resigo la línea negra que conforma las alas de las dos mariposas.

—Kei, no sé qué decir. Es todo tan…

—No hace falta que digas nada. Que me hayas escuchado es la respuesta más bonita que podrías haberme dado.

—¿Nunca lo habías hablado con nadie?

—Solo con Arnau, mi mejor amigo, pero porque estaba borracho y no lo conocía de nada en aquel momento. La situación es distinta.

Me sonríe de lado y se tumba en la toalla. Lo imito, mirándolo con el rabillo del ojo. Este chico es distinto. Tiene buen corazón. De esos quedan pocos. Solo está algo roto, y a veces pincha. En nuestra rosa de la vida todos tenemos espinas que, si las tocas, sangras. La cuestión es mostrarse vulnerable con la persona correcta.

—Mamá siempre decía que algunas estrellas brillan más porque son personas que acaban de morir y quieren hacer saber a sus seres queridos que aún están ahí. Cuando ella falleció, había una que jamás dejaba de deslumbrar. —Estira el brazo y me señala la que está a la izquierda y hacia arriba—. Ahora ya no brilla, pero era esa.

—Mi abuela creía en la reencarnación. Ella seguramente te habría dicho que es porque ha empezado su otra vida.

Y me ablando. Después de tanto tiempo callándomelo, ha sido el momento de dejarlo ir. De soltar el dolor. Quizá me arrepienta en un futuro por haberle mostrado algo tan personal a alguien que conozco tan poco. Aun así, soy humana. Todos explotamos cuando no podemos escondernos más. Kei se asusta al escuchar sollozos y se incorpora para darme un abrazo: el que necesitaba desde que ella murió. Uno así. Sin palabras. Sin pésames. Con caricias en la espalda para hacerme creer que todo irá bien. Con el que pueda sentirme libre de llorar sin ser juzgada. Lo aparto un momento. Necesito soltarlo todo.

—Crecí con ella. Me enseñó a querer. A vivir. Trabajaba de conductora de metro y nos pasábamos las tardes juntas. También aprendí a tocar el violín gracias a ella. Han pasado dos años desde que se fue y todavía siento que no soy capaz de avanzar sin ella… Era quien siempre me hacía sonreír cuando venía llorando porque me sentía un bicho raro por tener un ojo de cada color.

Inspiro como puedo. Las manos me tiemblan. Me escondo en la sudadera prestada. Los ojos de Kei están caídos, a punto de llorar. Noto su empatía. Sé que me está escuchando. Estira la palma de la otra mano para limpiarme alguna lágrima y me frota el contorno del párpado.

—Tienes los ojos más bonitos de todo el universo.

Y le sigo hablando de ella. Y él me escucha. Con cariño y calma.

Después nos pasamos el rato hablando de recuerdos. De cuando éramos pequeños y de lo mucho que ha cambiado todo desde entonces. Kei aprovecha para contarme que decidió dejar la carrera porque no le gustaba y que ahora está pensando en meterse en

Arquitectura. También que está planteándose empezar a trabajar en el restaurante del padre de su mejor amigo para ganar algo de dinero y experiencia. Luego le hablo yo de que me han aceptado en una escuela de música. Orgulloso, se alegra por mí y me asegura que terminaré convirtiéndome en una de las mejores violinistas del país. Aprovecho para explicarle cómo funciona un poco todo: desde las partes del violín hasta lo mucho que me gusta tocar las sinfonías de Beethoven. No me las sé todas, pero sí las más famosas.

Hacia las diez y media de la noche decidimos tomar algo rápido en el chiringuito con las lucecillas de color amarillo que lleva rato alumbrando gran parte de la playa. No hay nadie más aparte de nosotros dos, de modo que no nos importa hablar alto ni reírnos escandalosamente. Aún no había visto la faceta de Kei bromista y que me gusta bastante. Supongo que la muestra cuando coge más confianza. Me pido un ron-cola y él un vodka con Puerto de Indias. Lo bebo despacio para que no me suba demasiado, no como él. Mañana a las siete tengo clase y me gustaría estar lo suficientemente atenta como para enterarme de lo que podría entrar en los exámenes finales.

—¿Sabes que ya ha pasado un mes desde que me robaste los libros? —comenta divertido.

—Veo que nunca te olvidarás de eso...

—¿Bromeas? Le pienso contar a mis hijos que usaste la técnica de robar para ligar.

—Eh, yo no estaba ligando, estaba enfadada contigo.

—Y yo. Me habías robado.

—Bueno, vale. —Pongo los ojos en blanco—. ¿Adónde quieres llegar con eso?

—A que no pensaba que me fueras a soportar tanto tiempo.

—Créeme, no sé ni cómo lo he hecho.

—Venga ya. —Bebe otro sorbo—. Admite de una vez que soy guapo.

—Tienes... un ligero atractivo.

Enarca una ceja, sin decir nada.

—Un ligero atractivo —repite.

—Sí. No eres feo..., pero tampoco muy guapo.

—Hay que joderse con lo orgullosas que llegáis a ser las chicas.

Molesta por ese comentario, le doy una patada por debajo de la mesa. Él suelta un gemido de dolor y se agacha para pasarse la mano

por donde le he dado. Dice que eso es jugar sucio. Si supiera de lo que soy capaz para no admitir algo… Hago el intento de guiñarle un ojo.

—¿Qué ha sido eso?

—Me ha salido fatal, ¿no? —me río, avergonzada.

—Parecía que te estuviera dando un ataque epiléptico.

—¡Exagerado!

Hacia medianoche decidimos que ya es hora de irse. Una de las razones es que el chiringuito va a cerrar. De hecho, la parte de la cocina ya tiene la rejilla echada. No han querido pedirnos que nos fuéramos, aunque he ido viendo que nos lanzaban varias miradas. Entiendo que quieren descansar. Cuando me levanto, me doy cuenta de que sigo con la sudadera de Kei puesta, mientras que él va en manga corta. Me ha dicho repetidas veces que le gusta pasar frío, que casi nunca se abriga de más, que suele llevar sudadera por comodidad. A decir verdad, es muy cómoda. Es de un grupo de música que se llama Linkin Park. Estiro un poco más la tela para leer las letras pequeñas que hay abajo del todo.

—Es una estrofa de mi canción favorita, *One more light.*

—¿Qué dice? No lo leo desde aquí.

Sin ni siquiera mirarlo, responde. Da la sensación de que es la típica que escuchas un millón de veces y nunca te cansas.

—*Who cares if one more light goes out? Well, I do.*

Primero me quedo anonadada por lo bonito que suena su acento italiano en inglés. Hace que todo parezca etéreo. Luego traduzco la letra en mi cabeza: «¿A quién le importa si se apaga otra luz? Pues a mí». Qué bonita. Creo que cuando llegue a casa escucharé esa canción.

—Te contaría por qué es mi favorita, pero si te lo digo ahora terminarás sabiendo todo sobre mí de golpe.

Asiento, con una pequeña sonrisa. Siempre me ha gustado la idea de ir conociendo trocitos de alguien, montando un mapa mental y encajando piezas cuando tengas suficientes hilos que atar. Así, conocer a alguien nunca será un puzle acabado. Siempre hay algo que no se ha contado. Una cara que no has visto. Esa es la magia de que, si es la persona indicada, jamás te acabarás aburriendo de ella. Porque ni con mil años terminaremos de saber todo sobre el otro.

Damos un paseo cerca de la fina línea que separa el agua de la arena. Kei tiene, como de costumbre, las manos metidas en los bolsillos. Esta vez, he aprovechado un momento de silencio para sacar

de la bolsa marrón unas pinzas y hacerme un moño rápido pero útil.

Todavía tengo el pelo humedecido. La suave brisa que va mezclándose entre mis mechones sigue siendo fría. Si tuviera que describir lo que es una buena noche de verano, me quedaría con la de hoy. Playa, chiringuito, paseo nocturno.

—¿Puedo darte la mano? —pregunta, con la mirada clavada en mis ojos.

Trago saliva. Pasan unos segundos antes de que coloque tímidamente la mano entre nosotros. Kei hace el mismo gesto. El corazón me va rápido. Nuestros dedos meñiques son los primeros en rozarse. Me mira. Lo miro. Nos sonreímos y... las manos encajan sin miedo. Una oleada cálida recorre mi sistema nervioso. Rehúyo sus ojos, no creo que sea capaz de mirarlos. Seguimos andando a la misma velocidad. Él me da un apretón suave, para llamar mi atención.

—Si no estás cómoda con...

—Lo estoy, Kei.

—¿Seguro?

—Nunca he estado tan segura de algo.

Noto que se me empiezan a calentar las mejillas. Debo de estar roja como un tomate. Siento debilidad por estos detalles: darse la mano, besos en la frente, caricias en la mejilla. Creo que le daré mi número de teléfono. Esto de solo poder hablar con él cada domingo empieza a ser más duro de lo que creía. No me veo capaz de pasar otra semana entera sin verlo. Hago ademán de abrir la boca, pero me detengo justo cuando veo un leve movimiento en el agua. Curiosa, suelto la mano de Kei y me agacho para observar. En cuanto veo sus pequeñas patas sé lo que es: una tortuga. A mi izquierda aparece otra a toda prisa. Se detiene cuando se encuentra con la primera y avanzan lentamente, con paz, casi agarradas de sus aletas, hacia el mar.

Entonces, llego a la conclusión de que es por este camino. Que no hace falta correr para saber lo que podríamos tener Kei y yo. Esta señal me reafirma que todo está yendo como debería. Lento. Despacio. Sin prisas.

Un minuto después, las tortugas desaparecen en el agua.

—De todas las posibilidades infinitas... ¿qué probabilidad había de encontrarnos con dos tortugas a la una de la mañana?

—Muy pocas —respondo, levantándome de nuevo.

—Me recuerdan un poco a nosotros dos.

—¿En qué sentido?

—En el que la probabilidad de que hubiéramos chocado en un mundo tan grande como este eran casi nulas. Creo que estamos predestinados, Aidé.

Aidé, Querida abuela

Todo empezó aquella tarde en la que estaba tocando el violín pegada a la puerta de cristal que daba a la cabina del conductor del metro. Todo parecía ir genial, yo estaba increíblemente feliz porque me había salido bien un examen muy importante para mí y porque había mejorado muchísimo con el instrumento. Recuerdo que estaba tocando la Novena Sinfonía de Beethoven cuando medio mundo mío se derrumbó. Pasó tan deprisa que todavía me resulta complicado de asimilar.

Cuando mi función estaba a punto de terminar y la gente se preparaba para aplaudir, el vagón se detuvo dando una violenta sacudida. Asustada, miré por las ranuras de la cristalera y vi a mi abuela tirada sobre el panel de control. Chillé tan fuerte el nombre de Pilar que noté cómo retumbó por todas las paredes del vehículo. Abrí la puerta con las llaves que llevaba siempre encima por si acaso y fui corriendo a darle unos toques. No se movía. Nada.

Esa fue la primera gota en el vaso de la muerte.

Sufrió un paro cardíaco de forma abrupta.

Tres meses después, los médicos no pueden hacer nada más que sedarla para que no sufra. Su corazón está tan dañado que apenas bombea lo suficiente, y la operación no le ayudaría porque tiene el cuerpo muy débil.

No tiene solución.

Va a morir.

Mi abuela está muriéndose.

Y solo podemos dejar que los médicos le inyecten un líquido —que no me he molestado ni en preguntar qué es— para que pueda morir en paz y sin dolor. Si no, lo hará en cuanto su corazón decida dejar de bombear y sentirá que se ahoga durante unos largos segundos.

El doctor todavía está en la esquina de la habitación, a la espera de que tomemos una decisión. Una vez se lo haya inoculado, podré

regalarle unas palabras más a mi abuela antes de que apague los ojos para siempre.

Le hago unas suaves caricias en el brazo. La siento tan fría y distante que me es imposible no llorar. No noto aquella vida que me transmitía, ahora pesa más la oscuridad que la luz que emitía con su sonrisa. Mamá está a mi espalda, sujetándome por el hombro mientras mi padre llora desconsoladamente por su madre.

L5, Verdaguer

Kei

Estoy muerto de frío. Congelado hasta las trancas. No siento ni siquiera los dedos. Trato de meter la llave en la cerradura de casa con cierto tembleque. Me hice el caballero dándole mi sudadera y haciéndole creer que no pasaba nada, pero maldito sea mi lado romántico que me ha hecho pasar toda la noche tiritando. Cierro la puerta lo más suave que puedo para no despertar a mi compañero de piso. Me dirijo a la ducha, abrazándome a mí mismo, para meterme bajo el agua caliente.

Para mi sorpresa, me encuentro con Arnau, sin camiseta y con un pantalón de deporte, bien despierto, viendo la televisión. Como no, *Mamma mia*. Eso puede significar dos cosas: se ha enamorado o le han roto el corazón otra vez, en tiempo récord. Se gira de golpe con la mano en el pecho. No era mi intención asustarlo, pero parece que le haya dado un parraque. Chasqueo la lengua, divertido, y termino por sentarme en el sofá junto a él.

—Maldito hijo de puta, casi me dejas sin vida —se queja—. ¡No puedo morirme sin encontrar antes al hombre ideal!

—Buena suerte. —Suelto una carcajada.

Arnau me da un codazo violento en toda la costilla.

—Un momento... —Se inclina un poco, entrecerrando los ojos. Parece que me esté analizando—. Tú estás más feliz de lo normal.

—¿Qué? —río nervioso.

—Sí, sí —asiente repetidas veces—. ¡Tú has follado!

—¿Cómo? ¿Con quién? Hoy no he podido ni hacerme una.

Pone una mueca de asco. Qué gracia que se haga el inocente en estos temas, cuando tanto él como yo sabemos quién está más desatado hormonalmente.

—No me mientas, Kei. Te conozco de sobra.

—Pero ¿por qué todo el mundo cree que solo voy con intenciones de tener sexo?

—Tú mismo te has creado esa reputación. Nunca me has presentado a una chica, solo sé que te has tirado a unas cuantas gracias a que me lo has ido contando. Alguna vez hasta con demasiados detalles que, sinceramente, no hacían falta. —Aprieta los labios—. Pero eres Kei, hay que quererte con tus defectos de hormonal.

—Pues, para tu información, no he follado.

—¿Seguro? Quizá haya sido tan mala experiencia que has querido olvidarlo...

—¡Arnau!

Alza los brazos a la defensiva, apartándose.

Desvío mi atención hacia la película. Me la he tragado tantas veces por culpa suya que he terminado —sin intención— aprendiéndome la mayoría de los diálogos. Tres amigas en Grecia que cantan, bailan y se enamoran del mismo chico. Al menos aquí se está calentito. Hago ademán de pasar la mano por la manga de la sudadera hasta que recuerdo que la tiene ella. No sé qué cable se me ha cruzado, porque nunca le he dejado ni un mísero calcetín a nadie. Solo la veía con tanto frío que... he cedido. Espero que no la impregne de su olor. O sí. No sé. Tengo la cabeza hecha un lío.

A mí me está empezando a gustar. Hasta le he hecho caso a Arnau y le he dejado las cosas claras. «Así seguro que no te envía a tomar por culo», me dijo. Percibo ciertos detalles como la forma en que me mira, el dejarse coger de la mano o sus miradas repentinas a mis labios que me hacen entender que puede estar sintiendo algo. Pero luego hay cosas que no encajan. ¿Por qué no me ha pedido el número de teléfono todavía? ¿Por qué no me propone quedar otros días? ¿Por qué no parece tener ganas de besarme? Porque yo sí que empiezo a tenerlas, y muchas. De todo.

Veo cómo mi mejor amigo estira el brazo para agarrar el mando y apagar el televisor. Me quedo sin palabras. En la vida ha dejado esa peli a medias.

—¿Acabas de pararla? —pregunto estupefacto—. ¿Quién eres y qué has hecho con Arnau?

Se para a pensarlo un momento con detenimiento y abre los ojos como platos, exageradamente.

—¡Ay, no! ¡Apártate, me estás contagiando con tu sangre de macho alfa! ¡Pronto me gustarán las motos y haré esos sonidos de gorila cuando se caiga mi corredor favorito!

—Muy gracioso.

Ríe. Le saco el dedo corazón y hago como que no existe. Nuestra amistad se basa en las bromas. Tampoco es que sea muy pesado con las motos. Sí que puedo estar horas hablándote de ello. E incluso me trago hasta los directos del viernes, que son solo calentamientos. También juego a videojuegos en los que simulo que soy piloto profesional. Alguna vez he apuntado los tiempos que tarda cada uno en completar una vuelta... Pero lo mío es sano. Arnau es quien tiene el verdadero problema, que se ve una vez a la semana esa película. Debe de saber hasta cuántas veces respiran en cada escena.

—Oye, ¿y tú por qué estás despierto tan tarde?

—Acabo de llegar a casa.

—Pero... —Me aplaudo al adivinarlo—. ¡Tú has quedado con un chico!

—No.

Un beneficio de su expresividad exagerada es que puedo saber cuándo me esconde algo. Siempre hace lo mismo: estira las manos sobre las piernas, se las frota, luego reprime una sonrisa, trata de evitar el contacto visual, pasa unos segundos con los ojos cerrados y termina por masajearse el cuello.

Cuando hace todo lo que he dicho, sonrío, negando con la cabeza. Lo quiero tanto...

—Dime su nombre —exijo—. ¿Lo conozco?

—No ha colado, ¿verdad? —suspira, cansado de que siempre logre sacarle información—. Se llama Roger. Lo he conocido hoy en la biblioteca de la universidad.

—Ay, no —murmuro—. Seguro que ha sido tan bonita la forma como habéis empezado esta historia de amor que ya te estarás montando una película en la mente y creerás que estáis destinados a estar juntos. Porque, como siempre dices, «Si todo empieza como en una película, terminará siendo como en una película» —me mofo.

—¡¿Y qué pasa si he fantaseado con tener hijos con él?!

—Ya has pensado los nombres, ¿verdad?

—Si es chica, Laura. Si es chico, Nil.

—Eres un caso, Arnau. No se te puede dejar solo.

—¡Es muy guapo! Mira.

Me enseña una foto de un chico alto, de ojos castaños, cabello rizado y con un pendiente en forma de arito en la oreja izquierda. No me gustan los tíos, pero sé cuándo alguien es atractivo. Le digo que no está nada mal y Arnau refunfuña un «Ya lo sé». Me hace gracia lo a pecho que se ha tomado que le haya comentado que se encariña rápido de la gente.

Me empieza a narrar cómo acabaron en un bar el mismo día que se conocieron. Solo me ha quedado claro que tiene una mirada muy profunda. En serio, no ha parado de repetirlo. Termino diciéndole que vaya con cuidado, que sé cómo suele acabar este tipo de historias. Lo hago más que nada porque cada chico que conoce cree que será el definitivo, y acaba siendo peor que el anterior. No quiero volver a verlo mal. Ni mucho menos tener que aguantar esa dichosa película otra vez.

Cuando se vuelve a instalar el silencio nocturno en la sala, Arnau enciende de nuevo el televisor y deja que la película continúe. Lo miro de reojo. Está tan metido en la historia —joder, sigo sin saber qué le ve— que seguramente ni se dé cuenta si me marcho. Me pongo de pie. Necesito ducharme y despejarme. En mi cabeza todo es Aidé y Aidé. Como no me relaje, terminaré hasta soñando con ella. Cosa que no me hace ninguna gracia. Todos sabemos que si aparece alguien en tus sueños es porque marcará algo importante en nuestra vida. Eso sí, sería divertido escucharla hablar en italiano. La mayoría de mis sueños son en mi lengua materna.

Antes de doblar la esquina, cae un cojín justo delante de mí, en el suelo. Suspiro, alzando la cabeza.

—No tan rápido, caballero.

—Arnau, quiero irme a la ducha.

—No sin antes contarme por qué estás tan feliz.

Sabiendo que sería inútil discutir, vuelvo al sofá. Me dejo caer con desgana. No ha parado la película, pero no la está mirando. Me ha quedado más que claro que no piensa dejarme ir hasta que desembuche. Me cago en todo.

—¿Y bien...? —insiste.

—¿Te acuerdas de esa chica de la que te hablé en Sant Jordi?

—La que te robó los libros, sí. Qué auténtica reina. —Alzo una ceja—. Digo..., qué auténtica hija de puta.

—La cuestión es que he seguido quedando con ella.

—¡¿Que tú qué?! —chilla.

Le doy un golpe para que baje la voz.

—Ay, Dios... —bufa—. Creo que me voy a desmayar. Sobrecarga de información inesperada. ¿Por qué no me lo habías dicho hasta ahora?

—Pues porque eres muy... cotilla.

—No lo soy —espeta.

—¿Seguro? —le vacilo—. ¿De verdad no quieres preguntarme qué siento por ella? ¿Ni si me gusta? ¿O si nos hemos besado? ¿Nada de eso?

—Bueno, si tantas ganas tienes de contármelo... —se encoje de hombros—, no seré yo quien se niegue a escucharlo.

—*Ets un imbècil.*

Le empiezo a contar todo lo que no le conté la otra vez. Lo insufrible que me parecía al principio. Lo mucho que le gusta tocar el violín y que se sabe toda la ciudad de memoria. También lo mucho que le gusta el metro de Barcelona, que le está costando sacarse la carrera de Magisterio y lo bonitos que son sus ojos, uno de cada color.

Arnau insiste en que siga, así que le hablo también de que la llevé a la librería para enseñarle mi rincón privado lleno de Lego. Se me escapa algún que otro detalle, como que alguna vez hemos tenido una tensión alta, de aquellas que parece que desencadenarán un beso. Le hablo hasta de los lugares que hemos visitado, de cuando nos quedamos parados en mitad de un túnel, de nuestras excursiones y, sobre todo, del día de hoy, que ha sido uno de mis favoritos desde hace mucho tiempo.

He estado tan desconectado de la vida durante la tarde que hemos vivido que quiero volver a sentirme así infinitas veces. Es el poder que tiene Aidé: hacerme creer que la vida se basa en conocer a alguien que te gusta. Que el amor puede llegar a ser fácil, a pesar de siempre parecer complicado. Lo que más me ha marcado ha sido cuando me ha intentado hacer ver que el vitíligo no era algo horrible, sino que tenía su belleza. Como rosas pintadas por toda mi espalda. Me ha recordado a ese niño que me dijo que mi superpoder era parecer un cuadro.

De hecho, no sé si seré capaz de esperar hasta el domingo. Esta vez he dicho de planear yo lo que haremos. ¿Suena muy exagerado

decir que lo he estado haciendo durante la vuelta a casa? Tengo pensado llevarla a uno de los lugares más mitológicos de toda la ciudad. Tiene algo que ver con su película favorita. También, según lo que ponía en internet, es uno de los más escondidos. El lugar está pensado, las ganas existen, solo falta esperar a que el tiempo pase.

—Me has dejado sin palabras.

—Ya te iré contando.

—Más te vale.

—Ahora, si no te importa, me voy a duchar. Por cierto, puedes decirle a tu padre que estoy interesado en trabajar. Sé que buscaba camarero.

—Eso está hecho.

—*Bona nit, Arnau.*

* * *

Estoy jodidamente cansado. Ayer fue mi primer día de trabajo y no sé ni cómo me mantengo de pie. Siempre me advirtieron de que la hostelería era un sector agotador, pero no me imaginé que fuera para tanto. Hay que soportar a los clientes y cerrar la boca cuando desearías chillarles algo cada dos por tres. Suerte que tengo paciencia, si no, me habrían echado en mi primer día. José, el padre de Arnau, al final de la jornada dijo que estaba muy contento con mi desempeño. También aceptó mis disculpas por preparar mal algunos cafés. Parece que no, pero necesitas cogerle el truco a la cafetera si no quieres que acabe contigo.

De ahora en adelante, trabajaré lunes, miércoles y viernes de siete de la mañana a cuatro de la tarde. No tengo mucha idea, pero a mí me suena justo. Sé que habría estado mucho mejor tomándome un año sabático, pero me conozco lo suficiente como para saber que no puedo estar tanto tiempo sin tener algo fijo. De hecho, ya sentía algunos de los efectos secundarios de no tener una rutina. Eso de irme a dormir hacia las dos de la mañana y levantarme a las doce tiene que ir acabándose.

Creo que volveré a hacer deporte. Hace dos meses que no piso un gimnasio y va siendo hora de retomar el ejercicio. Más que nada porque vuelvo a sentirme incómodo con mi físico y me gusta mirarme en el espejo, marcar bíceps y estar orgulloso.

Cruzo la calle y me encuentro con la entrada a la parada de Verdaguer. Mi madre me ha pedido que vaya a recoger a Lorenzo del entreno, ya que ella ha tenido que quedarse un rato más con un cliente para solucionar unos papeles de divorcio, y mi otra madre había quedado con sus amigas. A mí no me importa hacerlo, es mi hermano. Incluso he decidido salir un poco antes para verlo entrenar durante unos minutos.

Bajo las escaleras y me adentro en el pasillo que lleva hacia los tornos. Saco la billetera del bolsillo del pantalón y me detengo en seco. Hasta ahora mismo no me había dado cuenta de que me ha empezado a gustar el metro de Barcelona. Suelto una risilla, negando con la cabeza. Tenía razón Aidé: este lugar tiene su encanto. Además de que es muy útil. El pasado miércoles compré una tarjeta para jóvenes que dura tres meses. Aidé está empezando a influir un poco en mi vida.

Una vez en el andén, me fijo en que quedan tres minutos para que venga el siguiente metro en dirección hacia Cornellà Centre. Decido sentarme. Tengo alma de viejo cansado ahora mismo. Por mi cabeza pasa la imagen de cuando bajé por primera vez en Rocafort y la vi a ella en el andén de enfrente. Fue un instante... curioso. Tuve la sensación de que la conocía de hace tiempo, o de que en un futuro iba a recordar ese momento.

Queda un día para que sea domingo y poder perderme en esos ojos de dos colores. Hacía mucho tiempo que no tenía tantas ganas de ver a alguien. Ella está revolucionando mi mundo. Y ojalá lo haga para siempre.

* * *

Casi una hora después y varias paradas de tranvía, estoy dentro del estadio donde entrena Lorenzo. He venido otras veces con mis madres, pero sigue pareciéndome fascinante que aquí entrenen los equipos del Barça. Hay nueve campos en total. No sé en cuál está mi hermano, así que me tocará deambular un rato. Sonrío al oír que alguien chilla su nombre de forma victoriosa. Seguro que ha marcado un golazo. Al llegar, efectivamente, el entrenador está hablando con él. Lorenzo me ve por encima de su hombro y me saluda. Yo le devuelvo el gesto. Busco un asiento en la grada y observo con curiosidad. Lorenzo es

muy bueno. Demasiado para estar en Juvenil A. Me siento orgulloso de saber que conseguirá cumplir su sueño.

Cuando el entrenador utiliza el silbato, todos se dirigen a los vestuarios. Aprovecho para acercarme y hablar un momento con él.

—¡Kei! —grita ilusionado—. ¡Cuánto tiempo!

—Ya tocaba volver a pasarme por aquí, sí.

—Lorenzo es increíble… —dice, suspirando—. En nada lo verás jugar en el mundial.

—Pero ¿no es muy pequeño?

—Tiene dieciséis años. Dale dos más y todos los equipos se pelearán por él.

Qué orgullo saber que piensan eso de alguien a quien has acompañado toda su vida. Es una satisfacción tan pura y bonita… He pasado muchas noches en el campo de fútbol para que él practicara sus chutes, muchas tardes acompañándolo a jugar contra gente que no conocía para mejorar aún más. Se lo merece. Espero que lo sepa.

Poco tiempo después, nos interrumpe mi hermano con el cabello chorreando, la camiseta pegada a la piel y una bolsa de deporte colgando de su brazo. Meneo un poco su cabeza con cariño —siempre me divierto tratando de despeinarlo y ver su cara de cabreado— y lo abrazo de lado. Pierdo la sonrisa al ver que está muy serio. Le ha pasado algo. Nos despedimos del entrenador y, una vez fuera del recinto, intento averiguar qué ha sido.

—Ya te he dicho que estoy bien.

—Te conozco lo suficiente como para saber que tienes cara de amargado.

Suelta un bufido despectivo. Empiezo a preocuparme. No suele mostrar esta actitud. Sé que todos podemos tener días malos, pero esto es algo más. Siempre ha sido un chico alegre, hasta en el peor momento de todos. De hecho, no puede pasar mucho tiempo sin hacer alguna tontería o broma innecesaria. Me detengo y lo agarro del brazo con suavidad para pararnos en una esquina de la calle y poder hablar. Para mi sorpresa, él me empuja violentamente. Eso me hiere.

—Se acabó. —Subo el tono—. Déjate de tonterías y dime ahora mismo qué coño te pasa.

—Déjame en paz, gilipollas.

—¿Gilipollas? —pregunto, alzando las cejas—. ¿Quieres volver solo a casa?

—¡Pues vale! Nadie te ha pedido que vengas a buscarme.

Trago saliva. No puedo fingir que no me ha dolido.

—Te has pasado. No sé qué te sucede, pero no tienes derecho a tratarme así.

—Me da igual.

No insisto más. Retomo el camino hacia la parada de tranvía en silencio. No entiendo nada. Durante el entreno lo he visto feliz, hablando con sus compañeros, chutando con esa alegría que siempre deslumbra. Ha sido irse al vestuario para ducharse y salir completamente distinto. Lo miro de reojo, no muestra ningún sentimiento. Está bloqueado.

Tras un trayecto silencioso, al llegar a casa, hago un último intento de hablar, pero sale corriendo hacia su habitación sin decirme nada. Se escucha el portazo desde la lejanía. Cabreado por esta actitud, me dirijo hacia su habitación con toda la intención de abrir la puerta, pero, al acercarme, oigo sollozos. El mundo se me para. ¿Está llorando? Siento un nudo en la garganta. Aunque cuando Arnau está triste siempre suelo entrar a abrazarlo y decirle que todo irá bien, esto es diferente. Lo percibo en el ambiente. Necesita estar solo y desahogarse. Suelto el aire que estaba conteniendo y me despido.

—Me voy, Lorenzo. Te quiero.

Lorenzo, Arriesgarse rompe

Estoy cansado de fingir que estoy bien. Cansado de hacer creer a todos que mi sonrisa es real. Nada va bien. Por fuera parece que no debería quejarme, pero por dentro me siento vacío.

«Estás consiguiendo tu sueño de ser futbolista profesional, ¿qué más quieres?», dice la voz de mi cabeza.

Ojalá ella supiera lo que dice la de mi corazón.

No pedí que me gustaran los chicos. ¿Por qué no pueden gustarme las chicas? He pasado los últimos dos años de mi vida intentando convencerme de que solo son dudas. De que todas las veces que me he fijado en un tío ha sido por curiosidad. Haciéndome ver que si no me gusta ninguna chica es porque no he encontrado la ideal. Buscando mil razones por las que justificar que no soy gay.

«No tengo pluma, no me atrae la idea de que me bese un chico, no me veo teniendo una relación con alguien de mi mismo sexo…»

Sin embargo, no sirve de nada mentirme. Por más que me oculte, sé que es una tontería hacerlo. No puedo ir en contra de lo que siento. Ya es imposible. ¿Cómo voy a seguir engañándome cuando ni yo mismo me creo? Me atraen los chicos. Y siento impotencia. Sobre todo, por saber que en este mundo todavía no puedes ser del todo libre. Hay países en los que aún te matan por ello. No quiero tener que vivir con miedo el resto de mi vida. No me lo merezco. Solo quiero ser feliz.

En el país que nací es ilegal casarse con alguien de tu mismo sexo.

Aun así, sigo fingiendo que soy feliz. Besándome con chicas porque sí. Y es tan triste sentir este rechazo en mí… Es tan cruel tener miedo de que mis amigos se aparten cuando lo descubran, de que pueda perder el sueño de mi vida por ser gay…

Aunque ojalá solo fuera el miedo.

El problema de verdad es que el chico que me gusta no es gay.

El único por el que he llegado a sentir algo.

Y no sabes cuánto duele saber que nunca podré besarlo.

Que nunca sentirá nada por mí.

Será siempre una relación de uno.

Y hoy ha sido el golpe final.

Estaba teniendo el mejor entrenamiento. El míster no paraba de felicitarme por mi esfuerzo. Después de muchos días con la sonrisa apagada, notaba la mente despejada. No importaba nada más que la pelota que chutaba. Luego apareció Kei y me sentí más feliz al ver que había venido antes para verme jugar un poco.

En el vestuario se volvió a torcer todo. Lluc me pidió que saliéramos un momento al pasillo para hablar. No sé ni por qué acepté. Ojalá no lo hubiera hecho.

—¿Qué te pasa? —me preguntó—. Me estás preocupando. El otro día me dijiste que no te volviera a hablar y hoy ni siquiera me has dirigido la palabra.

—Lluc... —supliqué, rehuyendo su mirada—. No me lo pongas más difícil.

—¿El qué? Joder, tío, que soy tu mejor amigo.

—Por eso mismo. Si te lo digo, dejaremos de serlo.

—¿Qué es eso que tanto miedo tienes de decirme? —insistió.

«No me presiones más, por favor. Sé que me arrepentiré. Nuestra amistad se irá al traste.»

—Déjalo.

Me di media vuelta y me dirigí, con ganas de llorar, hacia el vestuario. No me hizo caso. Enfadado, me agarró del brazo con fuerza.

—¡Dilo, joder!

—Lluc, para.

—¡Ni que fueras a confesarme que te gusto, joder!

No tendría que haberme callado. Tendría que haberle respondido. Simplemente me lo quedé mirando, de la forma más seria posible. Silencio. Largo. Eterno.

—No... —rio nervioso—. Es broma, ¿verdad?

Negué con la cabeza. Pude haber dicho que sí. Todo se habría quedado ahí. Pero ¿cómo iba a mentirle a mi interior? ¿Cómo iba a negar algo que era verdad?

—No... Esto...

Y se fue alejando. Poco a poco. Estaba perdiéndolo con cada paso que daba.

«Ya está.»

—Di algo... —murmuré, dando un paso adelante. Él dio dos más atrás—. No me hagas esto, por favor. Te necesito. Tengo mucho miedo.

—Yo no tengo la culpa de que seas gay. No te vuelvas a acercar a mí.

—¡¿Y qué culpa tengo yo?! —chillé—. ¿Te crees que lo he deseado? ¿Que no he intentado dejar de lado mis sentimientos? No puedo, joder. No puedo.

—Tú y yo... —Ni siquiera me mira a la cara—. Cada uno por su camino.

—¿Y ya está? —Intento aguantarme las ganas de llorar—. ¿Te da igual nuestra amistad?

—Solo seremos compañeros de equipo. Te paso el balón y tú a mí. Nada más.

Ahí se acabó todo. Entró de nuevo en el vestuario. Me quedé solo. Solo de verdad. Tuve ganas de llorar. De gritar. De pegar. Pero no hice nada. No sentía nada. Simplemente me metí en la ducha en silencio.

Cuando salí, me lo encontré riéndose. Hablando con el resto del grupo como si nada. No le importaba. Le daba igual cómo me sintiera. Le daba igual todo.

Se me había roto el corazón y él hizo como si no existiera.

Con rabia, empujé la puerta azul y salí disparado hacia el campo de fútbol.

—¡Hombreee! —gritó, ilusionado, Kei—. ¿Qué tal, hermanito?

—Bien. Vámonos.

—Eh..., claro. —Se aclaró la garganta—. ¿Estás bien?

—Ya te he dicho que estoy bien.

—Te conozco lo suficiente como para saber que tienes cara de amargado.

Lo ignoré. Solo quería llegar a casa y encerrarme.

Hacer como si nada hubiera pasado.

Y tenía más claro que nunca una cosa: jamás podría ser feliz.

La voz de mi corazón será silenciada.

«El chico que me gusta no siente lo mismo por mí.»

L5, Horta

Kei

Por favor, que esté. Por favor. Necesito ver esa bolsa de color marrón con las tres mariposas. Necesito comprobar que no me ha abandonado. Si esto fuera una historia normal, tendría su número de teléfono y podría llamarla. Pero todavía no lo tengo. Simplemente confiamos en que estaremos ahí cada domingo.

Doy unos pasos apresurados e inseguros a lo largo del andén. En cuanto un señor se levanta del asiento, me encuentro con ese cabello corto que tan bien conozco. Suelto todo el aire que estaba conteniendo y miro hacia arriba, dándole las gracias a no sé quién. Sonrío como un auténtico gilipollas mientras me acerco a ella.

—Sé que estás enfadada. —Paro un momento para recuperar el aliento—. Se me ha hecho tarde. Lo prometo. No es porque no quisiera verte, solo que…

—Kei… —Se levanta, con calma.

—No, no. Déjame que te explique.

—Está bien. —Se encoge de hombros y se recoloca la bolsa.

—Después de comer, me entró un sueño tremendo, así que decidí echarme una siesta. Muy mala decisión, por cierto. —Ella sonríe, divertida—. Total, que cuando me he despertado me he dado cuenta de que la alarma no había sonado. Eran las cinco menos cuarto y estaba todo sudado. Podría haber salido disparado, pero no oliendo como una rata muerta. Joder, estoy hablando mucho. Bueno, es igual. Me he duchado, cosa que tampoco ha servido mucho, porque ahora tengo la camiseta pegada a la piel del calor que hace. Por cierto, el champú es de coco. Se lo he robado a mi compañero de piso. Espero que huela bien, si no, es culpa suya. Luego a Arnau le ha dado por hacerme un nuevo estilo de peinado y… —Ella suelta una carcajada y yo le sonrío de lado. Parece que se lo está tomando a bien—.

Conclusión, que he ido corriendo hasta la parada de metro y aun así he llegado veinte minutos tarde. Lo siento muchísimo. Perdóname. Haré…

—Kei, Kei, Kei. Para. —Me coge de la mano—. No pasa nada, yo también he llegado tarde.

—Qué cabrona. —Abro la boca de par en par—. ¿No podrías habérmelo dicho antes de que te contase mi vida? Estaba asustado.

—Lo siento —ríe mientras me da un abrazo. Luego se aparta y traga saliva—. Hueles bien.

—¿Y qué te parece mi nuevo estilo?

—Te favorece muchísimo. Estás muy guapo.

Repaso lo que lleva puesto. Un top de color amarillo con toques marrones, un pantalón de campana y un collar precioso con una mariposa. Va como una maldita diosa. Dan ganas de besarla a más no poder.

—Lo he pasado fatal.

—¿Por qué? ¿Por llegar tarde?

—Sí. Temía que te hubieras ido.

—No sabía que te importaba tanto verme.

—No voy a caer en tus trampas, Aidé. Sabes perfectamente lo que pienso.

—Dímelo, que no me acuerdo.

—Ahora me gustan muchísimo más las mariposas, solo porque a ti te encantan. Y porque sigues siendo la mariposa más bonita que he visto.

En sus ojos se pinta un pequeño brillo. Me parece muy bonito haber sido quien ha despertado ese fulgor. Avanzo un poco hacia ella. Puede que siempre parezca seguro de mí mismo —me sale natural fingir que no voy a meter la pata—, pero cada día que pasa, cada minuto que la veo, se me hace más difícil mostrarme sereno ante ella. Es su forma de ser. La atracción que siento. Sobre todo, el miedo a dar un paso en falso y perder lo que tenemos. Que, aunque no sea nada, quiero que algún día termine siéndolo todo. Aidé pasa la mano por su cabello para apartárselo a un lado, como de costumbre. Sonrío cuando el mechón rebelde de siempre cae delante de su ojo de color azul. Estiro la mano hacia él y se lo coloco detrás de la oreja. Sin darme cuenta, me quedo unos segundos en silencio, observándola. El ruido del metro me hace volver a la realidad. Es demasiado tentadora.

Demasiado.

—Espero que estés preparada para la mejor tarde de tu vida.

—Dejaste el listón muy alto después de lo del Parc Güell.

—Todavía puedo superarlo. Además, te voy a llevar a un sitio que esconde mucha historia. Lo vi y pensé que con eso me pedirías hasta matrimonio.

—Eres un caso.

Me encojo de hombros y le dedico una sonrisa de lado. Ella me la devuelve mientras se frota un hombro con la mano. No sé si está más nerviosa que yo, pero los dos somos un remolino de emociones. Mi cabeza solo piensa: «¿Cómo sabrán sus besos? ¿Cómo será agarrarla de la cintura y pegarla a mi cuerpo?». La curiosidad me está matando.

Una vez dentro del metro, le cuento que tenemos que bajar en diez paradas para hacer transbordo a la línea número cinco, la de color azul. Insiste en que le cuente algo más sobre lo que tengo pensado, pero si algo he aprendido en mi casa es a no soltar tan fácilmente las sorpresas. El momento en el que enseñas lo que tenías pensado para esa persona y observas su cara de ilusión es memorable.

De forma inesperada, apoya su cabeza en mi hombro. Y me viene la necesidad de preguntárselo. Aunque salga todo mal, necesito hacerlo.

—¿Tú sientes algo por mí?

Silencio. No se ha despegado de mi hombro. Me impaciento y niego con la cabeza, con la intención de retirarlo.

—No hagas cas...

—Sí.

Me quedo atónito. Ella misma parece levemente sorprendida por su respuesta. Aidé ladea la cabeza hacia mí y me sonríe. Le devuelvo el gesto, nervioso. No sé cómo actuar. Ni qué decir. Joder, no me lo esperaba. La otra vez me dejó a dos velas. Una oleada de ilusión me invade. Quizá, al final, haya merecido la pena empezar este camino. Aún un poco indeciso, saco otra vez el tema.

—¿De verdad?

—Sí, Kei. Pero no creo que esté del todo preparada para avanzar más.

—Eso no es ningún problema para mí, Aidé.

—Vayamos poco a poco. Sin forzar. Pasemos tiempo juntos, dejemos que las cosas fluyan.

—¿El tema besar lo aparcamos? —bromeo, guiñándole un ojo.

Ella me da un codazo y me fulmina con la mirada.

—Te odio.

—Yo más.

Salimos de la parada de metro llamada Horta y me encuentro en mitad de un barrio que no conozco de nada. Disimuladamente, saco el móvil para tratar de ver hacia dónde tenemos que ir. Abro los ojos como platos cuando me doy cuenta de que para llegar a ese lugar hay que caminar media hora. No deberíamos haber cogido la línea azul. Omito el problema y le digo que es hacia arriba. Ella confía demasiado en mí.

Se me hace imposible no fijarme en ella. No me cansaré de mirarla de reojo. Me ha pillado en el acto unas cuantas veces. No he apartado la mirada en ninguno de los casos. Sé que mucha gente me entendería, al ver lo guapa que es. Sin embargo, no es eso lo que me hace querer observar cada detalle que esconde. Es lo que la engloba: su manera de ser, esa pasión por la música, la energía que transmite... Es vida. Todo cuando tiene que ver con ella luce mejor.

Carraspeo y desvío la mirada lo más lejos posible de su cara. La jodida tiene algo que te hace querer caer en la tentación. Por suerte, me empieza a hablar sobre cómo le va con el violín. Se la ve muy feliz. Me gusta ver a la gente cumplir sus sueños, ya que no todos podemos llegar a hacerlo.

Luego me pregunta por mí. Le cuento que he empezado a trabajar en un restaurante para tener un poco de experiencia y matar el tiempo. Aun así, como se la ve tan contenta contándome cada detalle de su camino hacia el éxito, dejo de lado mi tema e insisto en que me siga hablando sobre su experiencia en el conservatorio.

—¡La gente tiene mogollón de talento! —dice emocionada—. ¡Madre mía! No me puedo creer que esté donde estoy.

—Estás donde debes estar.

De reojo, echo una ojeada al móvil para saber hacia dónde ir. Está tan concentrada en explicarme cada detalle que ni siquiera se ha dado cuenta de que hemos pasado por la gigantesca entrada que lleva al interior de un enorme parque. Busco con la mirada las señales hacia el destino que tengo pensado. Una oleada de satisfacción me invade cuando empiezo a ver los cipreses.

Me pongo de golpe delante de Aidé. Asustada, se para en seco.

Antes de que pueda rechistar, le cubro los ojos para que sea una sorpresa total.

—¿Tanto quieres que me guste?

—Estuve toda la noche buscando este lugar para ti.

—Dame una pista.

—Tiene que ver con una de tus películas favoritas.

Nervioso, la muevo hacia una de las entradas. Me detengo al pie de unas escaleras cuando me encuentro una vista espectacular de un laberinto. Reprimo una sonrisa. Sé que le gustará.

—¿Ya puedo?

—Sí.

Empiezo a destapar sus ojos poco a poco y me coloco a un lado para poder apreciar cada detalle de su expresión. Primero entrecierra los ojos, luego los abre como platos y termina por bajar las escaleras rápidamente. Suelto una carcajada mientras la sigo. Ha valido la pena desvelarme esa noche preparándolo todo para poder apreciar este momento. Y tanto que sí.

A mi mente viene la conversación que tuvimos hace un mes.

—¿Cuál es tu película favorita?

—Tengo más de una, pero... Las ventajas de ser un marginado. Love, Rosie *y...* El corredor del laberinto.

Se detiene ante una fuente. Feliz, me acerco por su espalda y la rodeo con los brazos por la cintura. Me ha salido tan natural que me sorprendo. Deshago el gesto y trago saliva. Aidé está extremadamente feliz. En su cara puedo apreciar a una niña contenta.

Ese detalle.

Ver a su niña interior sonriendo...

—¿Hacemos una carrera? —propongo.

—Venga —asiente, estirando el brazo para sellar el pacto.

—Te doy el poder de escoger entrada. Derecha o izquierda.

—Derecha.

Le guiño un ojo y me dirijo hacia la puerta de cipreses en forma de arco. Me pongo en posición de correr, ella hace lo mismo. Nos dedicamos una última mirada. Aidé me hace el gesto de señalar a sus ojos y luego a los míos, supongo que a modo de amenaza. Río y niego con la cabeza. Esta chica me va a volver loco.

—¡Tres! —grita.

—¡Dos!

La gente nos mira. Me da igual. Ahora solo me importa ella.

—¡Uno!

Recorro el pasillo rodeado de paredes verdes lo más rápido posible. En el primer cruce me decanto por seguir recto. No me importa nada. Mi mente solo está repleta de risas que retumban por todos lados. Sonrisas que hacía tiempo que no notaba que se expandieran tanto en mi interior. Corro y corro, con la sensación de estar flotando.

Cuando llego al centro del laberinto, me la encuentro aferrándose a sus rodillas mientras trata de recuperar el aliento. Suelto una larga bocanada de aire. Al acercarme, me señala, victoriosa, chillándome:

—Te he ganado, lento de mierda.

Veo que el mechón de siempre le tapa el ojo de color azul. Me sigue costando verla con el cabello corto, pero no significa que esté menos guapa. Sus ojos se desvían un momento a mi cabello y, antes de que pueda preguntarle si me queda horrible el peinado nuevo, estira la mano y me lo atusa.

—Así estás mucho mejor.

—Seguro que me has puesto más feo todavía.

—Tengo un miniespejo en la bolsa, por si...

—No. Me fio de ti —aclaro, con una sonrisa—. Solo me gusta vacilarte.

—Nunca dejarás de ser tú, por lo que veo.

—Vacilarte y guiñarte el ojo van de la mano.

Pone los ojos en blanco y me da un empujón. Termino por morderme la lengua para que no parezca demasiado obvio lo mucho que me muero de ganas de besarla.

Decidimos pasar unos minutos sentados en el suelo arenoso con la espalda apoyada en los cipreses mientras ella me habla de leyendas mitológicas. Cuando alzo cabeza hacia el cielo y me doy cuenta de que el sol está un pelín más bajo que cuando llegamos, me levanto.

—Vámonos —le digo desde arriba.

—¿Adónde?

—A la última parada de hoy.

—¿No podemos quedarnos un rato más?

—Hasta el atardecer.

Me siento a su lado. Entrelazo mi mano con la suya. Nos miramos. Estamos montando pedacitos de lo que será nuestro futuro.

L5, El Carmel

Kei

En cuanto salimos de la parada de metro El Carmel, nos damos cuenta de que son más de las ocho de la tarde. Habíamos bajado las escaleras con la luz del día y hemos salido de noche. Las estrellas no se aprecian por la contaminación lumínica, y la luna está escondida entre las nubes. Aidé, con esa ilusión de siempre, me empieza a hablar de que Barcelona por la noche tiene un toque único que las demás ciudades no poseen. Piensa que los colores anaranjados de las farolas combinan perfectamente con las fachadas de los edificios. Luego se desvía hacia el tema de que lo que acabamos de vivir le ha parecido una metáfora acerca de lo rápido que pasa el tiempo. Dice algo de la teoría de la relatividad que no llego a entender mucho; a pesar de eso, sigo prestándole atención. Porque cuando alguien te gusta, lo escucharás hasta cuando no hable.

Siete minutos después nos desviamos de la carretera para adentrarnos en un pequeño camino de tierra robusta que culmina en unas escaleras de madera un poco empinadas. Aidé se coloca delante de mí y reprimo una risa mientras aprieto la mandíbula cuando se detiene en seco y mi cara queda a centímetros de chocar con su trasero. El mundo no me lo está poniendo fácil. Me cuenta que ha visto un caracol y que necesita apartarlo del camino para que nadie lo pise. Sorprendido, me quedo mirando cómo lo coge y lo deja fuera del alcance de las pisadas que podría recibir. Sabía que les tenía aprecio a los animales, pero no tanto. Eso ha hecho que me guste un pelín más. También ha sido un detalle que me ha demostrado lo jodidamente diferentes que podemos llegar a ser.

En la lejanía se ve un puente con estructura de madera. Orgulloso de no haberme equivocado de camino, sonrío para mis adentros. Debíamos pasar por aquí sí o sí. En mitad del puente, Aidé gira su

cabeza hacia la derecha y abre los ojos como platos. Me la quedo mirando. Cómo le brillan los ojos, joder. Acerco mi cuerpo por su espalda y me quedo pegado a ella mientras estiro los brazos por sus costados y apoyo las manos en la barandilla. Suelto un suspiro cuando me viene esa fragancia a vainilla que tanto me gusta oler.

—¿Te gusta? —pregunto dudoso.

—Esto es tan bonito… —murmura, sin apartar los ojos de la ciudad iluminada.

—¿Recuerdas que te dije que mi canción favorita era *One More Light*?

Ella asiente. Nervioso, coloco mi mano encima de la suya.

—Todas las ciudades tienen miles de luces. Miles de vidas. Y muchas de ellas se preguntan de vez en cuando a quién le importaría si una de ellas se fuera —digo, en voz baja. Le hago una caricia en los dedos y clavo la mirada en la ciudad—. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—¿Que todos merecemos estar aquí?

—Que me importas tanto que me dolería que dejaras de iluminar mi vida.

Aidé se gira despacio y da la espalda a la ciudad para mirarme a los ojos. Una mirada siempre dice mil palabras, pero esta cuenta miles de chispas. Inclino un poco más mi cuerpo hacia ella, flexionando los brazos en la barandilla, y dejo que nuestros labios estén a punto de colisionar. Mi corazón va rápido. El suyo también. Hacía tiempo que no tenía tanto miedo de besar a alguien. ¿Cuándo se convirtió un paso tan sencillo en algo tan complicado? Trago saliva y decido dejar de agarrarme para poder hacerle una caricia en el cuello con la mano derecha.

—Eres jodidamente preciosa, Aidé.

En sus ojos se aprecia una fina capa cristalina a punto de salir a la luz. Hace el mismo gesto que yo y juguetea con mi barba de dos días. Es ella. Es la persona que he estado esperando toda mi vida. Y si tengo que contener las ganas de besarla, lo haré. Aunque no sé cuánto tiempo seré capaz de aguantar. Aparto mi cuerpo lentamente de ella y, sin soltarle la mano, seguimos nuestro camino.

Pasamos de largo una calle con unas casas de baja altura, subimos unas últimas escaleras y, después de toda una tarde de andar, terminamos en los búnkers de El Carmel. Un lugar que desconocía y

que supe que solo querría visitar con alguien que mereciera la pena. Aidé se aferra a mi brazo mientras nos detenemos para poder apreciar las vistas nocturnas de la ciudad. Desde aquí se ve todo. Absolutamente todo: el mar iluminado por la luna y la ciudad de ese color naranja que a Aidé tanto le gusta.

Veo de reojo a unas cuantas parejas, sentadas con las piernas colgando en lo que parece ser el borde, y decido llevarla allí. Se quita la bolsa antes de sentarse a mi lado y se frota los brazos a causa del suave aire fresco que corre. Le sonrío de lado y ella termina apoyando su cabeza en mi hombro. Le paso el brazo por la espalda y termino dándole un abrazo de koala.

A veces la vida debe consistir en esto. En la simpleza de estar, querer y vivir. En este mundo cada vez se valora más el dinero, y los pequeños detalles terminan cayendo en el olvido. Por eso siempre he sabido apreciar todo lo pequeño, ya que siempre viene bien recordar que lo sencillo es suficiente.

Puede que tan solo seamos una historia de amor irrelevante, pero para mí lo somos todo. No necesito nada más que estar abrazado a ella en un mirador y con un silencio bonito entre nosotros. Somos el mejor detalle que la vida me podría haber dado. Existimos. Por eso no la dejaré ir.

Y si lo hago, será por miedo a destruirle el corazón.

—Es increíble cómo la vida puede cambiar cuando menos te lo esperas.

—¿Por qué dices eso? —pregunto curioso.

—Porque mira dónde estamos —ríe—. Tú y yo, mirando la ciudad de Barcelona juntos, cuando parecía que nos íbamos a tirar los libros encima. Además, hace dos meses no pensaba que tuviese el valor de presentarme a una audición de violín. Es… No sé —se encoge de hombros—, ¿sorprendente? Cuando lo estás viviendo no eres consciente de lo que estás logrando.

—Algo parecido me está pasando a mí. Hace dos meses estaba perdido, viviendo por vivir. Ahora tengo trabajo, trataré de empezar una nueva carrera en septiembre y tengo la cabeza mucho más centrada.

—¿Tú te habrías imaginado todo esto? —Señala con las manos la ciudad—. Sentirnos como los reyes del mundo.

—Es que lo somos —respondo, riéndome.

—Y seguimos sin tener el control de lo que sentimos.

—Ah, sí… —Niego con la cabeza, exagerando—. Ojalá poder controlar cuándo se me pone dura.

—Eres un guarro, Kei.

Suelto una carcajada. Muchas veces me tomo las cosas con muy poca seriedad.

—En la cama también.

Separa la cabeza de mi hombro y entrecierra los ojos mientras me analiza. Le hago un guiño y me da un puñetazo en el hombro. Tiene fuerza, me ha dolido un poquitín. Mis ojos se desvían hacia una pareja de más o menos nuestra edad, que están sentados en la otra esquina dándose un beso suave. Eso es lo que quiero. Aidé dice algo, y como no le respondo, mira hacia donde tengo la vista clavada. Ella sonríe de lado al verlo. Sé que me he prometido no volver a sacar el tema para no ser insistente, pero es que me está matando no besarla.

Cuando Aidé vuelve la cabeza hacia mí, aprovecho para llevar mi mano a su barbilla y hacerle una caricia con el pulgar en su labio inferior. Los latidos de mi corazón están desbocados. No sé cómo no me tiembla la mano. No se inmuta. Ni para bien ni para mal. Simplemente me mira a los ojos y parece que quiera chillarme «Quiero, pero no debería». Lo entiendo, nos hemos conocido hace poco, pero mis sentimientos han crecido exponencialmente en cuestión de días.

Tengo clarísimo que no es imprescindible besarla, ni mucho menos tener sexo con ella. Aun así, siempre que la tengo cerca se me enciende la llama interior y entre lo jodidamente guapa que es, lo buena que está y lo mucho que me pone su forma de ser…, esto está siendo un poco mortífero.

—¿Sabes que tengo pensado hacerme un tatuaje? —dice de golpe.

Desde que la he conocido, me he dado cuenta de que mi versión anterior era pura basura. Me gusta saber que ella saca lo mejor de mí. Es lo más bonito que te puede pasar con alguien que te gusta.

Trago saliva para no tratar de pensar en besarla y me centro en interesarme sobre qué tatuaje quiere hacerse.

—¿Cuál? Y ¿dónde?

—Una mariposa en el antebrazo. —Agacha la cabeza y yo apoyo mis dedos ahí para imaginar su forma—. Me falta el diseño.

—Te lo puedo hacer yo.

—¿Tú? —Carraspea—. ¿Sabes dibujar?

—Mi madre siempre decía que he nacido para saber un poquito de todo. —Pongo los ojos en blanco—. ¿Cuándo es tu cumple?

—El veintiséis de agosto, ¿por?

—Perfecto. Ya tengo regalo.

Doy por zanjado el tema antes de que me recrimine nada. Susurra un «gracias» y yo asiento débilmente mientras concentro mi mirada en la ciudad. Está todavía más brillante que antes. Como si ahora que ha oscurecido del todo se pudieran apreciar más detalles. Por raro que me parezca, se forma un silencio incómodo entre nosotros dos. Aidé, como esperaba, trata de romper el hielo.

—Y tú… ¿tienes pensado hacerte otro?

—Un pájaro. En la mano.

—¿Por alguna razón?

—Mi padre. No suelo hablar mucho de él con nadie, pero siempre ha sido un gran pilar en mi vida. Fue quien me impulsó al mundo del *motocross*. También quien se pasaba las tardes conmigo tratando de enseñarme mecánica. Era un renacuajo y solo entendía de grasa y tornillos. Lo demás me sonaba a chino.

Aidé me ríe la gracia y yo miro mi mano izquierda, que es donde tengo pensando hacerme el tatuaje. Me encanta poder hablarle de este tema.

—El pájaro tiene que ver con cuando aprendí a montar en bicicleta. Yo quería directamente una moto, pero mi padre insistía en que primero debía saber llevar un manillar. Cuando conseguí no caerme, chilló ilusionado la siguiente frase: *Sei volato come un uccello!*

—¿Qué significa?

—¡Has volado como un pájaro!

Ella aprieta los labios y veo que sus ojos se apagan.

—No me mires así. Detesto cuando ponen esa cara de lástima.

—Kei, no es eso. —Coge mi mano y me hace una caricia—. Te miro así porque tienes el corazón demasiado puro para lo que has vivido.

—Todos tenemos nuestras cosas.

—No por ello las tuyas son menos importantes.

—¿Estaría mal robarte un beso?

La pilla tan desprevenida que parece atragantarse con sus propias

palabras. Por su expresión puedo ver que espera que esté de broma. Sin embargo, voy más en serio que nunca. Inclino la cabeza hacia ella. Los centímetros entre nosotros van desapareciendo y nuestras bocas van juntándose cada vez más. Ella sigue sin inmutarse. Tampoco se aparta. Dejo que pasen unos segundos y, cuando veo que realmente no le apetece, empiezo a apartarme. Lo habría dejado correr si no me hubiese agarrado de la mandíbula con una caricia. ¿Qué significa eso? ¿Es un sí? Inspiro profundamente. El corazón me vuelve a latir rápidamente.

Mi cuerpo empieza a arder. No me ha besado. No ha pasado nada y ya estoy encendiéndome. Si algún día terminamos en la cama, no voy a durar ni un minuto.

Dejo de lado mis pensamientos y me concentro en ella. En esos ojos de dos colores que enamorarían a cualquiera. En esos labios tan gruesos y finos a la vez. En cómo su cabello se mueve nervioso por su piel. Miro arriba, abajo. A todos lados donde haya un pedacito suyo. En mi cabeza monto un gigantesco mundo sobre cada rincón de Aidé para así memorizarla y nunca olvidarme de lo que es tener un monumento como ella delante de mí.

Desliza su mano de mi mandíbula hacia mi barbilla y yo la agarro del brazo con suavidad para que pare. Está jugando con fuego y terminaremos quemándonos antes de que queramos.

Después de lo que me parece una eternidad, habla.

—¿Solo uno?

—Un beso en un lugar increíble y con una chica increíble. Con uno me basta.

Acerco un poquitín más mi cuerpo hasta que quedamos pegados y la única distancia que nos separa es un fino hilo de vida entre nuestros labios. Nuestros latidos se juntan. Miro sus labios, luego a ella. Así tres veces seguidas. Necesito besarla. Quiero besarla. Bajo mis dos manos por su cintura y la sujeto con suavidad.

—Jamás pensé que diría esto —murmuro, a un centímetro de su boca—, pero si no te beso ahora mismo, no me lo perdonaré nunca.

Y eso es suficiente para lanzarme. Cierro los ojos cuando pruebo esos labios tan suaves y empiezo a notar que mi estómago salta. Dejo atrás todos los miedos que nos acechaban y decido arriesgarme a romper mundos que podrían haber existido si hubiera esperado más. Ha sido un beso torpe, pero intenso. De aquellos que no han

terminado de encajar del todo. Nos separamos con tranquilidad y sonrío.

—Ha es… —trato de decir.

—Calla y bésame otra vez.

Me agarra con fuerza de la camiseta y tira de mí hasta que nuestros labios colisionan. La intensidad sube por momentos y mis manos terminan aferrándose con fuerza a sus piernas. Esta vez siento como si estuviéramos flotando. Ella desliza una mano por la parte trasera de mi cabello y enreda sus dedos entre los mechones. Hago un movimiento rápido y la atraigo hacia a mí para que se me siente encima. Nuestras lenguas se fusionan con brusquedad y todo se esfuma en cuestión de segundos. Decido abrir los ojos un momento y me doy cuenta de que estamos besándonos sobre la ciudad iluminada. En el borde del monte Carmel. A una altura considerable. Sonrío pícaramente, es el mejor beso de mi vida, y vuelvo a cerrar los ojos.

Noto que la tela de los pantalones empieza a apretarme y la atraigo más hacia mi pecho para que estemos lo más cerca posible. Se me escapa una mordedura en sus labios y ella se aparta, soltando un gemido. Pido perdón y nos reímos. A veces se me va de las manos y parezco el jefe de una secta de cincuenta sombras. Aidé se baja de mis piernas y yo trago saliva cuando veo el pedazo bulto que se ve en mi pantalón. Joder. Miro a los lados deseando que no sea muy obvio. Vaya dolor de huevos voy a tener en cuestión de segundos.

Ella trata de peinarse con las manos. Ahora sí que va a ser más difícil no repetirlo. Se supone que debíamos ir lento, pero no he sido capaz de aguantar. Un premio para el impaciente de turno. Aun así, cero remordimientos. Este momento va a ser inolvidable.

—Suerte que era solo un beso —murmuro, mofándome.

—Por eso mismo sigo odiándote.

—Cualquiera lo diría.

—Te odio mil años, Kei.

Pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza, divertido.

—Y yo te deseo mil años más, Aidé.

Terminamos tumbándonos en el frío suelo de piedra para poder apreciar el cielo oscuro. Nos vamos mirando de vez en cuando, sonriéndonos como dos tontos enamorados. Había olvidado el poder de un beso deseado. Pasé tanto tiempo besando por despejarme y no por amor que había borrado la sensación que te dejaba probar los

labios de la persona que tanto te gusta.

—¿Sabías que este lugar se usó durante la guerra civil?

—Creo que va siendo hora de que entiendas que al chico italiano que tienes delante no le gusta la historia... —la vacilo—. Pero sí sé que aquí se rodó la película esa en la que sale Mario Casas.

—¿A eso aspiras? *¿A tres metros sobre el cielo?*

—No —carraspeo—. Más bien a tener una moto y poder llevar a mi novia a todos lados.

Tengo pensado sacarme el carnet de coche este verano. Luego, me encantaría sacarme el A2, que sirve para conducir motos de 125 cc, pero no me alcanza el dinero. Aidé me cuenta que de momento no siente necesidad de sacárselo, ya que puede ir a la universidad tranquilamente en el metro y sin tráfico. A mí lo que me atrae es poder viajar por España. O para darme una vuelta por Collserola si tengo un mal día, o conducir a ciento veinte quilómetros por hora en una autopista con el mar rozando las ruedas del coche. Eso me parece relajante. Y el ruido del motor, desestresante.

Aidé ladea la cabeza y me sonríe.

—Gracias por esta tarde.

—No hay de qué, mariposa de pan.

—Hacía mucho tiempo que no me sentía así...

Pongo mi mano sobre la suya y le hago una suave caricia. Me gusta mucho. Y también le tengo mucho miedo.

—No sé qué camino cogerá lo nuestro, Aidé.

—Eso es lo bonito del amor, ¿no? Saber que no hay nada escrito.

—Me dolería que solo fuéramos un punto y aparte.

Aidé suspira y niega con la cabeza.

—*No importa quant duri, sinó tot el que us arribeu a estimar.* Esa frase me la decía mi abuela siempre que hablaba de que no quería arriesgarme en el amor con alguien a quien no conocía. Quizá eso sea el amor, Kei. Regalar tu tiempo para que termine siendo agujas llenas de veneno, enamorarse de gente que puede romperte, llorar de impotencia al sentir que a quien tú quieres jamás te querrá, vivir años de historia y terminar enterrados en un pasado. Quizá solo terminemos siendo sueños de papel, o seamos todos los sueños que nos gustaría cumplir. —Clava sus ojos en los míos y sonríe de lado, nostálgica—. Ahora podríamos creer que tenemos claro nuestro futuro y mañana darnos cuenta de que no estamos hechos el uno para el otro.

Dar lo mejor de nosotros y terminar siendo una herida. Creer que eres mi persona ideal y descubrir que solo lo soñé. Me gustas. Y yo a ti. Pero ¿será suficiente? Eso nadie lo sabe. Podríamos decir que nos amaremos hasta que los planetas colisionen, y luego ver nuestros propios corazones despedazándose por algo que no funciona.

Tiene razón. El amor es demasiado complicado para lo fácil que suena esa palabra. Amar es para valientes, que saben que pueden terminar heridos. Suspiro y le paso la mano por la mejilla. No hay parte de ella que no me guste.

—Supongo que es bonito que hayamos coincidido en el mismo lugar. En el mismo tiempo.

—¿Crees que lo nuestro es más que una casualidad?

—Tú y yo no hemos cruzado nuestras vidas en un día lleno de rosas y libros porque sí. Eso lo tengo más que claro.

—Kei, podría ser una posibilidad de un millón.

Desvío la mirada hacia la ciudad estrellada y sonrío a la nada. Solo ella es capaz de que me aferre a una mera posibilidad. Dos corazones no se juntan porque sí, todo tiene su razón. Y ella y yo somos la historia de algo que en un futuro recordaremos. Lo sé. Lo deseo. Lo quiero.

Miro de reojo a la chica más bonita que he visto en la vida y le doy un toque en la pierna mientras me levanto. Es hora de irse. Desde que ella ha aparecido en mi vida, los domingos se han convertido en mi día favorito de la semana.

Nos pasamos el camino de vuelta hablando sobre lo que nos espera a cada uno en los siguientes días. Le cuento que tengo miedo de lo duro que puede llegar a ser el trabajo —todavía estaba en periodo de prueba—, la incertidumbre que siento de preinscribirme en la carrera de Arquitectura y lo emocionado que estoy de que Lorenzo esté mejorando tanto en el fútbol que crean que terminará jugando entre los grandes. Aidé aprovecha para contarme que le aterra no triunfar como violinista.

A punto de bajar en nuestra parada de metro de la línea roja, Aidé dice lo peor que podría decirme.

—No podremos vernos durante un mes.

Hago como si no me hubiera afectado tanto y le pregunto por qué. Ella traga saliva y juguetea con sus manos, nerviosa.

—Tengo los exámenes finales. Quiero centrarme en ello, sin

distracciones.

—¿Soy una distracción?

—No, no —niega, tratando de rectificar—. No sé, Kei. Necesito sacar esto adelante.

—¿Y no podemos vernos ni aunque sea una hora el domingo?

—Lo siento.

Tengo un nudo gigante en la garganta. Como si me hubieran dado una patada en los huevos. Sabía que si la besaba terminaría alejándose de mí. Cierro los ojos un momento y echo la cabeza hacia atrás, apoyándome en la cristalera del metro. La mente me da vueltas. Sé que no debería ponerme así, pero es un mes sin verla. Treinta días sin ella.

Escucho un ruido. Aidé está apuntando algo en un pedacito de papel. Cuando termina, me lo tiende con cariño y yo lo agarro. En él veo un número de teléfono. Sorprendido, alzo una ceja.

—Podemos hablar. Cada noche.

—¿Me acabas de dar tu número?

Asiente.

—No quiero que pienses que esto termina aquí. Me gustaría seguir conociéndote, pero siempre me pondré a mí primero, y esta carrera es importante.

Aunque me duela, lo entiendo. Llega un punto en la vida en el que te cansas de dar y tienes que empezar a mirar por ti.

Nos apeamos y, antes de marcharse, se detiene a poca distancia de mí. Esa mirada. La que compartimos. Ojalá los ojos tuvieran palabras para describir lo que se refleja en ellos. En esos preciosos colores marrones y azules. Me muerdo el labio y doy un paso inseguro. No sé cuándo me he vuelto tan tímido. Supongo que nos pasa a todos cuando alguien nos gusta tanto que no queremos estropearlo.

—¿Puedo besarte?

El corazón me va a mil.

—No estaría mal.

Sonrío y termino comiendo el espacio que hay entre ella y yo. Deslizo mis manos en su cintura mientras la acerco a mi cuerpo. Luego le aparto un poco el cabello de la cara y le doy un suave y sincero beso.

—¿Nos escribimos mañana por la noche? ¿A las nueve? —

pregunto, antes de que se gire por completo y se vaya hacia su casa.

—Ni un minuto más ni uno menos.

Suelto una carcajada. Meto las manos en los bolsillos y me quedo observando cómo se va haciendo pequeñita a medida que avanza hasta desaparecer entre los árboles y farolas con luces anaranjadas de Barcelona. Cuando solo estoy yo en mitad de la calle, doy media vuelta y voy andado a mi casa.

Sonrío como un bobo.

Y enuncio mi pensamiento en voz alta.

—Sí. Es ella.

[III]
cuando las noches sean de papel

If you say you wanna leave this town tonight, then let's do it.

Noche 1

K: ¿Aquí cómo se guiña un ojo? Por cierto, soy Kei. Nos conocemos, pero nunca viene mal presentarnos de nuevo. El día ha sido una mierda. Acabo de llegar del trabajo hace una hora y no siento las piernas. Arnau se ha reído en mi cara. Tengo que admitir que no estoy acostumbrado a escribir mensajes largos. Soy más de mandar veinte seguidos para poner dos frases. Pero así queda más profesional y serio..., espero. Joder, Aidé, ¿qué coño me estás haciendo? Desde que nos dimos aquel beso, mi cabeza no para de repetir ese momento.

A: ¿Quién eres? ¿Cuál de todos? Perdona, tenía que hacerlo. En cuanto a mi día..., ¿qué decirte? No he hecho más que ir a la universidad, darme cuenta de que voy a suspender todas y tener que soportar cómo Amaia chilla como loca cada vez que *su chico* la mira en clase. Por la tarde he estado practicando un poco el fragmento de la sinfonía de Beethoven que me pasaron. Es bastante difícil. Y también le he estado dando vueltas al beso que nos dimos...

K: Seguro que te sale bien. No te he oído tocar, pero pongo la mano en el fuego por que eres la mejor. Tu foto de perfil me gusta. Pareces una sardina tostándose en la arena.

A: La foto es de cuando fui de vacaciones a Málaga. Salgo roja porque me quemé, lo único que la foto es tan bonita que pienso dejarla. Por aquí eres más creído y vacilón, ¿no?

K: Es más fácil serlo cuando no me miras. Sacaré provecho de eso.

K: ¿A qué universidad vas? Quizá en septiembre estemos más cerca de lo que creemos. Sería otra casualidad no casual más que añadir a la lista. Hoy he logrado subir de peso en el gimnasio. Estoy bastante orgulloso. ¿Tú haces deporte? Creo que nunca te lo he preguntado.

A: Voy a la UB que está cerca de Horta. De todas formas, Arquitectura se imparte en la otra punta de Barcelona, donde las ingenierías. Ya no hago ningún deporte. Solo medito por la noche;

relaja mucho. Ahora, si dormir cuenta como ejercicio…, pues sí.

K: Lo acabo de mirar. Sí que estaremos lejos, sí. Parecerá casi una relación a distancia. Nunca me ha dado por meditar. Soy más de sentir dolor, por eso tengo unas agujetas mortíferas. ¿Sabías que follar se podría considerar un deporte? Se suelen quemar bastantes calorías… ¿Cuándo hacemos ejercicio juntos, Aidé? Todo por estar sanos, claro. Broma, broma.

A: He llegado a la conclusión de que te odiaré de por vida.

K: Esa no es la respuesta que esperaba…

A: Tengo que irme a dormir. Mañana te escribo. Estoy muy cansada. Duerme bien, Kei.

K: ¿Tan pronto?

A: A las cinco suena la alarma.

K: Ah… Te dejo, entonces. Buenas noches.

A: No sueñes conmigo.

K: No tenía pensado hacerlo.

A: Ya.

K: Si pretendes jugar, vas a perder. Siempre.

A: Lo dudo, guapo. Vete a dormir.

K: A sus órdenes.

Día 4

Kei

No sé qué estoy haciendo. Ni mucho menos si esto le va a gustar. Ha sido levantarme esta mañana y sentir la necesidad. Miro las paradas de metro de la línea verde y tambaleo el pie con cierto nerviosismo. No me puedo creer que esté yendo a verla por sorpresa. Mucho menos que tenga un ramo de rosas en la mano. Esto puede salir o muy bien o muy mal. Llevamos cuatro noches hablando. Es bonito, me siento cómodo con ella, pero no aguanto más sin verla. Se me hace durísimo saber que el tiempo pasa, que estamos perdiendo minutos de un futuro que podría acabar antes de lo imaginado.

Bajo un momento la cabeza y huelo mi camiseta. Joder, me he pasado con la colonia. Quería oler bien, no parecer una perfumería. De hecho, tengo el cabello húmedo y sin peinar, pues acabo de salir de la ducha. Empieza a hacer tanto calor que ya ni me molesto en secarme. Me gusta el verano, pero odio las temperaturas asfixiantes.

Estoy cansado por el tute que me dan en el trabajo. No nos pagan lo suficiente a los que trabajamos en hostelería. Ya me he metido en algún que otro problema por perder los estribos con un cliente. Tampoco es mi culpa si le he tomado nota de un agua y, según sus creencias, había pedido una cerveza. Lo bueno es que ya he hecho la preinscripción en la universidad. Ahora tocará ver si entro o no. Espero que sí, porque si no, no sabré qué hacer con mi vida. Además, es mi último intento. Tras dos años, tu nota de acceso caduca y tienes que repetir los exámenes de acceso.

Lo que más preocupado me tiene es Lorenzo. Está muy apagado, casi ni sonríe, cuando siempre ha sido de ver el lado positivo de las cosas. Trato de descubrir qué le pasa, pero nunca saco nada en claro. Es como si algo lo estuviera quemando tanto por dentro que no es capaz de sacarlo. Está faltando a clase, ha bajado el ritmo en los

entrenos y se pasa el día encerrado en la habitación jugando a videojuegos. Antes los odiaba. Decía que no encajaban con su forma de ser. Ahora no hace más que disparar. Mis dos madres creen que está pasando la típica etapa de rebeldía. Mi instinto sabe que es algo mucho más grave. Solo necesito que se abra, que se deje ayudar.

Por los altavoces anuncian la parada de Mundet y me levanto del asiento para dirigirme a las puertas del vagón. Al ver el andén aparecer a toda velocidad, recuerdo cuando Aidé me explicó el fenómeno de la relatividad. Sonrío para mis adentros. Realmente escucho todo lo que me cuenta. Me parece fascinante todo lo que sabe, y la hace mucho más atractiva hablar de cosas que domina.

Quince minutos más tarde llego a donde me ha indicado la aplicación del móvil. Reviso la hora. La una y veinte. Me dijo que salía siempre a y media, a no ser que se quedara con su mejor amiga un rato por cualquier cosa. Decidido, me apoyo en una barandilla de metal para aparcar bicicletas que hay cerca de la facultad y cruzo brazos y piernas. Por suerte, tengo los auriculares para escuchar música. Los desenredo, los meto por el interior de la camiseta y los saco por la parte del cuello hasta colocármelos en los oídos. Le doy al botón. Cómo no, suena Linkin Park.

Me viene a la cabeza lo diferente que habría sido mi vida si mamá y papá no hubieran muerto. Probablemente nunca hubiera pisado Barcelona. Quién sabe si hasta hubiera terminado siendo un corredor profesional. Entonces me doy cuenta de que, si no hubiera sucedido ese accidente de tren, Lorenzo jamás habría jugado a fútbol. Él empezó porque sintió la necesidad de despejarse en el centro de acogida. De poder salir al exterior unos minutos. Aina fue quien se dio cuenta de que tenía talento y… ahora está donde está.

—Un sueño por un sueño… —murmuro.

Puede que sea cierto que existen sueños que todavía no hemos descubierto. Que necesitamos que se rompan los que anhelamos para que aparezcan otros. No podemos controlar nada. Mucho menos planificar nuestra vida; de un día para otro, todo puede cambiar.

Aidé me contó que cuando mueres todos los sueños se convierten en papel y dejan de tener la posibilidad de cumplirse, quemándose en el olvido. Y es triste darse cuenta de que existen miles de sueños de papel entre dos personas que juraron quererse y no pudieron.

Pero morirán sueños y nacerán nuevos.

Y si nos aferramos a los que ya sabemos que jamás se cumplirán, moriremos nosotros con ellos. Dejaremos de vivir por algo imposible, cuando quedan miles por los que luchar.

Empiezan a salir unos cuantos alumnos de la universidad y miro hacia la puerta en busca de Aidé. Pasan miles de ojos, pero no encuentro los suyos. Dos minutos más tarde, veo esos dos colores que tanto me gusta mirar. Está con la chica a la que conocí en Sant Jordi. Su mejor amiga. Se queda de piedra cuando me ve. Ha llegado el momento. Me separo de la barandilla, saco los auriculares de mis oídos mientras suena *One More Light* y traigo el ramo de rosas a mi pecho.

Cruzamos miradas. Ella se queda quieta. Yo me impaciento. Doy unos pasos hasta llegar a su altura. Su mejor amiga está tratando de asimilar la escena. Parece que vaya a soltar un grito en cualquier momento. Aidé me mira, aún sin saber qué hago aquí. Tiendo el ramo de rosas y le doy un corto beso en la mejilla.

—Son para ti.

—¿Qué haces aquí? —murmura, observando las rosas con los ojos brillantes.

—¡ME MUERO DE ENVIDIAAAAAA! ¡QUE ME DA UN ALGO! —grita su mejor amiga.

Suelto una carcajada ante su reacción y sonrío a Aidé.

—No podía no verte. Espero que no...

—¡No molestas! —contesta la otra—. Perdón, está en estado de *shock* y tendré que hablar yo por ella.

—Ah... —río—. ¿Cómo te llamabas?

—Amaia.

—Un placer, soy...

—Kei. El mismísimo italiano buenorro.

Alzo una ceja, divertido. Le doy las gracias por ese cumplido tan inesperado y centro mi vista de nuevo en Aidé. No para de mirar una por una las seis rosas que le he regalado. Quería tener un gesto bonito, demostrarle lo que siento por ella y lo implicado que estoy.

—Dios mío... —dice—. Kei, no me lo esperaba para nada.

—Esa era la idea —respondo inocentemente.

—Tenía planes con Amaia, pero si...

—¡De eso nada! —replica la mejor amiga—. ¡No te preocupes por eso, loca! ¡Id y comeos la puta boca! —La empuja hacia mí—. ¡Y tú,

nena, cásate con este ahora mismo!

Mi chica trata de encontrar una solución justa para que ninguno se quede sin nada. Amaia no le deja ni tiempo para pensarlo, simplemente se despide y se marcha calle abajo. Asiento para mí mismo. Me cae bien esa chica. Tenía aires de rica que basa su personalidad en eso y en su egoísmo, así que me alegro de que haya callado todos mis prejuicios.

Rodeo el cuello de Aidé con mi brazo y ella me regala una tierna sonrisa. Nace un revoleteo en mi estómago cuando caigo en la cuenta de que se siente cómoda conmigo. No hay nada más bonito que eso. Como no quiero robarle mucho tiempo, he decidido ir al parque de al lado, que es justo el del laberinto al que fuimos hace una semana. Rebusco en los bolsillos un pequeño objeto que compré ayer. Cuando lo siento entre mis dedos, sonrío. Nos sentamos en un banco, sin nadie alrededor. Solo quiero oírla a ella. A nadie más.

Veo de reojo que deja el ramo de rosas sobre su falda de color marrón oscuro. Sigue mirándolas como si fuera el mejor regalo de su vida. Creo que a partir de ahora le compraré siempre flores. Si eso la hace brillar de esta forma, intentaré que nunca deje de hacerlo.

—Te he traído otro detalle.

—Pero... —Me mira, confusa—. Solo hace cuatro días que no nos vemos.

—Lo bonito de los regalos es hacerlos cuando te salen del corazón, no porque haya obligación —le explico—. Vi este llavero en un quiosco y no pude contenerme.

Dejo ver en la palma de mi mano un pequeño vagón de metro de Barcelona y Aidé abre los ojos como platos. Es el de la línea verde, su favorita. Le hago un gesto con la cabeza para que lo coja y se lo guarde. Sin dudarlo, saca las llaves de su bolsa marrón, juguetea con las anillas y cuelga el llavero al lado de uno en forma de mariposa. Este gesto ha sido como si alguien cogiera mi corazón, lo envolviera en una suave tela y lo cuidara. Por eso nunca dejo de buscar los detalles de la vida. Son aquellos que hacen que te enamores cada día un pelín más.

Nos quedamos mirándonos y, para mi sorpresa, es ella la que decide darme un beso. Lo recojo, un poco torpe. No me lo esperaba. Sonrío sin saber qué hacer a continuación. Quiero tocarla, pero solo si ella me deja.

—¿Puedo? —pregunto, separando un poco los labios y deslizando mi mano por su muslo.

Susurra un sí y eso me basta para besarla.

Noche 8

A: ¡Primer examen estudiado! Me está yendo muchísimo mejor de lo que pensaba. Estoy hasta sorprendida. Uno de ellos es aquel que me cuesta tanto. Tengo miedo, pero de momento estoy muy feliz. Por cierto, sé que no te interesa, pero Amaia y Pau (el chico que tanto le gustaba) han oficializado su relación. Están más que enamorados. Parecen destinados. De verdad, qué envidia cómo se quieren. Oye, qué calor hace. Y qué a gusto estoy con estas temperaturas. Me acabo de dar una ducha bien fría y tengo la ventana abierta. Huele a verano, tengo mil ganas de que llegue. ¿Tú cómo estás? ¿Qué tal el trabajo? ¿Sabes si has entrado en la carrera ya?

K: ¡Enhorabuenaaa! Te dije que podías. Sabes que eres capaz de eso y más. Y si algún día no confías en ti, dímelo, que lo haré yo. ¿Cómo no me va a interesar lo de Amaia? Por favor, si me encanta el cotilleo. La verdad es que por lo poco que me has contado, parecen dos gotas de agua. Aunque, para mi gusto, me parece muy temprano para declararse novios. Cada uno tiene su mundo, así que no voy a juzgar. ¿Cómo te va a gustar el calor? ¿Estás loca? Creo que me he besado con una psicópata. Prefiero mil veces el frío antes que querer arrancarme la piel. Ojalá existiera un verano en España en el que el calor es decente, porque por lo demás todo es fantástico. Yo estoy bien, un poco cansado, pero con ganas de ver un poco de dinero en mis manos. Todavía no tengo ni idea de si he entrado. Este proceso de preinscripción es un poco lento. No me extraña que a muchos les dé un algo mientras esperan. He estado esta tarde mirando ropa en el centro con Arnau. No es que me apasione eso, pero a él le gusta mucho.

A: Te ha quedado bonito eso de que confiarás en mí. Demasiado. Sí, sí. Te contaré. Solo que puede que llorando. No sabía que te gustase conocer la vida de los demás. La próxima vez que nos veamos, te contaré todos los cotilleos que sé de la universidad. Eso sí, prométeme que guardarás el secreto y no se los contarás a nadie.

Pinky promise? En cuanto a lo del calor..., pues que me lleven presa por disfrutarlo. Con lo agradable que es ir a la playa, bañarte y luego tostarte en la arena. No sabes nada de la vida, Kei. Normal, yo si fuera tú también me moriría de ganas de ver dinero en mi cuenta bancaria. Y lo mismo digo con lo de la universidad. Es más, me identifico con esa gente a la que le da un algo de los nervios. Seguro que yo pasaría una crisis de esas de teñirse y cortarse el cabello. O, mucho peor, basaría mi vida en esperar a que salieran las notas de corte. Por cierto, si vas a comprar ropa con Arnau, ya sabes qué te tocará hacer conmigo este verano. No te escaparás.

K: ¿Sabías que, en italiano, lo de la promesa con el meñique, se llama *giurin giurello*? Siempre me ha parecido muy gracioso como suena... Y sí, te lo prometo. Sinceramente, tienes un problema con lo del calor, pareces sacada de otro planeta. No me esperaba eso de ti, Aidé. Es verdad que tienes pinta de ser de los que les da un chungo cuando tienen que esperar por algo. Yo, en cambio, soy muy paciente. Soy una maravilla, de hecho. Eso de ir a comprar ropa... no me hace ilusión. ¿Cuela? Es igual, ya sé que me tocará ir.

A: Nunca lo había oído en italiano. Suena como exótico. Dejemos el tema del calor, que terminaremos a palos. Seguro que no te sorprenderá si te digo que me he desmayado todas las veces que he ido a sacarme sangre. No tiene gran cosa que ver, pero forma parte de mi personalidad saber que nada más veo una aguja me voy de la vida. Y sí, Kei. No tienes opción a negarte.

K: Dejémoslo, sí, pero el frío es mejor. La verdad que en eso te acompaño, yo tampoco soporto las agujas. No obstante, con las de los tatuajes no me pasa. ¿Tú no tienes pensado tatuarte nada más?

A: De momento no tengo pensado tatuarme nada, no. Me voy a dormir, Kei. Estoy muy cansada y mañana tengo el famoso examen. Buenas noches. Descansa.

K: *Bona nit, Aidé.*

Día 14

Kei

Han pasado diez días desde que vi por última vez a Aidé. Cuento los días que quedan para volver a verla. Estoy tan orgulloso de saber que le ha ido bien el primer examen que no cabe más felicidad en mi interior. Se lo merece, por todo lo que ha estudiado. Incluso me ha enviado algún audio hablando sobre el temario para poder repasar. Lo escuché entero, con tal de oír su voz.

Estoy en mi vieja casa, viendo una película con mis dos madres. He aprovechado para hacer una visita a mi familia, que hacía tiempo que no estaba un ratillo con ellos. A Aina le va genial con su puesto de libros. Aun así, está yendo a entrevistas —y con bastante éxito— para poder regresar a su trabajo. Mi otra madre está con un caso muy complicado. De Lorenzo, sin embargo, no sé nada. No ha salido de su habitación en toda la tarde. Me tiene preocupado.

Cuando la película termina, miro hacia el pasillo que lleva a las habitaciones. Se percibe un aura apagada. Algo va mal.

—Creo que voy a ir a hablar un momento con él —comento, y me levanto del sofá.

—Suerte. A nosotras no nos hace ni caso —bufa Aina.

Trago saliva y me dirijo hacia el final del pasillo. Mi cuarto queda a la derecha, a la izquierda está el de mis madres y, enfrente, el de Lorenzo. Antes de abrir la puerta, me quedo embobado un momento con la luz que se filtra bajo la de mi vieja habitación. Extrañado, me acerco. Se me cae el corazón a los pies cuando me encuentro a un adolescente indefenso, pegado a la pared, atrapado en su propia nube, sollozando y con mogollón de fotografías por el suelo. Cierro con cuidado tras de mí y trago saliva. Echo una ojeada a mi habitación. Está todo patas arriba. Cajones abiertos, cajas tiradas, ropa por el suelo.

Es como si hubiese pasado un huracán, y creo que está encima de mi hermano. Un recuerdo fugaz pasa por mi cabeza. Esto es lo que viví yo después de la muerte de mis padres. Siento que la garganta se me atasca con un gigantesco nudo de tan solo pensar que esté cayendo en ese abismo del que tanto me costó salir.

Por la ventana entra la inmensa luminosidad de un día soleado y, sin embargo, en esta habitación hace frío. Todo está apagado. Veo que Lorenzo no se mueve ni un milímetro. Se me empiezan a humedecer los ojos al percatarme de que las fotografías que hay tiradas en el suelo son de nuestra infancia. De reojo veo que la pantalla del ordenador está encendida. Me acerco y me llevo la mano a la boca, destrozado. Mis ojos lo leen de nuevo.

«Cómo dejar de ser gay.»

Le doy al historial de búsqueda.

«Test gay.»

«¿Es malo ser gay?»

«Señales de que soy gay.»

Vuelvo hacia donde está él, me arrodillo y coloco la mano en su hombro. Se abre poco a poco y veo unos ojos hinchados de llorar. Mirada perdida. Lágrimas secas en sus mejillas. Lo que más me duele es el temblor y el terror que hay en él. Me siento a su lado y él se me abraza, desesperado. Noto que sus manos se clavan en mi espalda. Una súplica de auxilio. Un «sálvame». Lo rodeo con los brazos e inspiro hondo. Nunca lo había visto así. No sé cómo actuar. Esto es abrumador.

Justo cuando pienso que no puede ir a peor, lo dice:

—Quiero dejar el fútbol.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Se apartan de mí —solloza—. Huyen cuando estoy cerca. No me pasan el balón. No quieren ducharse conmigo. Tienen miedo de que los toque.

—Pero...

—Saben que soy gay, Kei. Lo saben.

Me duele. Me parte en dos verlo así. Lo aparto un poco de mí y con las dos manos lo sujeto de la mandíbula para que me mire. Limpio con los pulgares algunos restos de lágrimas y trato de sonreírle. Ni siquiera quiere mirarme.

—¿Te acuerdas de qué decía papá?

Niega, tembloroso.

—*Si ciò che vuoi essere, perché hai solo una vita e una possibilità di fare le cose che vuoi fare.* —Veo que se ilumina una triste sonrisa en su rostro. «Sé lo que quieras ser, porque solo tienes una vida y una oportunidad para hacer las cosas que quieres hacer.»

Se acerca a mí y le regalo una suave caricia. Me cuestan mucho este tipo de situaciones, ya que no sé cómo actuar. No soy muy cariñoso. Veo que deja de temblar y eso me reconforta.

—Ojalá no fuese gay —susurra.

—No digas eso. Ahora crees que te joderá la vida, pero, en un futuro, te darás cuenta de que no tiene nada de malo querer a un chico.

Asiente y suspira. Parece que se ha calmado.

—Prométeme que estarás conmigo.

—Siempre, no lo dudes.

Noche 19

A: No me lo puedo creer…

K: Así es, su propio mejor amigo es el que ha contado el secreto. Lo ha sacado del armario antes de que él tuviera la oportunidad de hacerlo. Lorenzo lo está pasando fatal. He hablado con su entrenador para que se entere de lo que ha pasado. Dice que estará pendiente de él, aunque ya me conozco estas situaciones. Lo acabo de dejar en el entreno. Estoy nervioso. Espero que no termine odiando aquello que ama. Háblame de ti, por favor. Necesito despejarme unos minutos. Tú tienes ese don de hacer callar mi cabeza.

A: Lo siento mucho por él, Kei. Trataré de ayudar en lo que sea. No se merece nada de lo que le está pasando. Solo es un chico que se ha enamorado de alguien que no lo corresponde. Sobre mí puedo decirte que ya solo me queda el examen de la semana que viene, así que estos días soy más humana. El último que he hecho me ha ido mal. Creo que tendré que recuperarlo. Me duele porque estudié mucho, pero no ha salido como esperaba. Trato de no pensar en ello para no exigirme demasiado. También estoy aprendiendo a tocar *Viva la vida* con el violín. Propusieron que escogiéramos una canción famosa y la interpretáramos con nuestro instrumento. La gracia está en que Matías (el maestro) no sabrá qué canción es.

K: Gracias, Aidé. Espero que a la larga todo disminuya… Qué rabia lo del examen. Te esforzaste muchísimo y, aunque no te haya salido como esperabas, debes estar muy orgullosa. Yo lo estoy. Suena interesante la propuesta que ha hecho Matías. ¿Puedo preguntarte por qué esa canción? ¿Cómo lo llevas, por cierto?

A: Es igual. Ahora solo importa el último examen, y luego ya podré olvidarme de todo por unos meses. La canción es porque siempre ha sido la favorita de mi madre. La tiene de tono de llamada y la conozco tan bien que me será más fácil. No lo llevo mal, solo que me frustro bastante en una parte en concreto porque no me sale el cambio tan rápido de ritmo. ¡Ay, es verdad! Se me había olvidado

contártelo. Vamos a dar un concierto orquestal a mediados de julio. Tengo muchas ganas. Más que nada porque habrá algunos ojeadores de violín (me gusta llamarlos así) y podría terminar tocando para bandas sonoras de películas, por ejemplo. ¡¿Tú sabes la locura que es esa?!

K: La verdad es que es una puta maravilla de canción. Seguro que arrasarás con ella. Estaría genial que añadieses un estilo propio o aprovechases para sorprender. Eso suele gustar. En cuanto a la noticia tan espectacular que me acabas de dar… ¡Felicidades! Sé lo mucho que te apetecía dar un concierto, así que estoy muy feliz por ti. No creo que pueda ir porque estaré en el pueblo de mis abuelos esa semana. Me fastidia horrores perderme tu primer evento como violinista. Prometo asistir al siguiente. Para apoyarte. Joder, es que lo harás tan bien que seguro que llamarás la atención de todos esos ojeadores. Se pelearán por ti, Aidé. Lo tengo más que claro. Me quedé con la boca abierta con el vídeo que me enviaste el otro día tocando. Derrochas talento. Y eres guapa. Lo tienes todo, jodida.

A: Me da a mí que haré caso a tu consejo. Siempre viene bien dejar huella. No te preocupes, Kei. Tampoco creo que venga nadie más que mis padres. No espero gran cosa, pero estoy emocionada. Tampoco confíes tanto en mí, que ya me dolerá lo suficiente decepcionarme a mí misma como para que tú también te decepciones…

K: Tú nunca me decepcionarás. Quítate esa idea de la cabeza, porque cada pequeño paso que estás dando es importante.

A: Te gusta decirme cosas bonitas.

K: No te mereces menos.

A: Creo que nunca me han llegado a querer así de bonito.

K: Es mi primera vez.

A: ¿Así que somos dos novatos en esto?

K: Eso parece, pero ¿y lo bonito que está siendo? No me arrepiento de haberte conocido.

A: Ni yo.

K: Estamos llegando a ese punto en el que no hay vuelta atrás…

A: Podemos dejarlo aquí y nadie saldrá herido.

K: No. Eso no.

A: ¿Por?

K: Porque prefiero que me hieras a no haberte querido nunca.

Día 23

Aidé

No sé si ha sido muy buena decisión irme de excursión un día antes del último examen del primer año de carrera. Creo que me arrepentiré. Sin embargo, siempre podré echarle la culpa a Kei, que fue el que me insistió en hacer «una locura». Porque claro, no tengo ni idea de adónde estamos yendo. Le encanta darme este tipo de sorpresas, y no me quejo. Es tierno ver cómo alguien se emociona y se impacienta para ver qué te ha parecido.

Leí un día por ahí que era bueno despejarse el día antes de algún suceso importante, para destensar y hacer volar todas las preocupaciones. Quizá, una pequeña dosis de él me irá mejor de lo que imagino. Una cosa la tengo bien clara: echaba muchísimo de menos ver esas manchas en su piel y perderme en el arte que resplandece. Los guiños, el vacile constante, su risa, su sonrisa... Se está convirtiendo en un pilar importante en mi vida.

Me sigue sorprendiendo que tan solo hayan pasado dos meses desde que nos conocimos. Supongo que, cuando una historia de amor empieza, los primeros meses son tan intensos que todo parece avanzar mucho más rápido.

Miro un momento hacia la carretera. Faltan cinco minutos para que sea la hora. Kei dijo que llegaría con su madre a las nueve en coche y que los esperase delante de las escaleras de la parada de metro de Rocafort. No tengo ni idea de a dónde iremos. Limpio un poco mis vaqueros de color marrón con la palma de la mano, después me subo el top de color blanco para estar más cómoda. Mientras tanto, me dedico a observar el ambiente. Personas mayores paseando, árboles florecidos con ese color verde veraniego, los edificios catalanes, autobuses recogiendo personas para llevarlas a su destino. Sonrío. Estos momentos en los que simplemente te paras a apreciar la

vida son únicos. Es cuando suspiras y dices: «Así de bonita es».

Un coche de color azul oscuro frena frente a mí. El copiloto baja la ventanilla y niego con la cabeza cuando reconozco ese brazo con el tatuaje de una tortuga. Amago una sonrisa cuando me doy cuenta de que lleva las mismas gafas del día que nos vimos por primera vez. Se las baja y me guiña un ojo.

—Servicio para la chica más guapa del mundo.

—Creo que se ha equivocado de persona. —Me encojo de hombros.

—Una lástima, porque tenía pensado comerle la boca.

Sin que pueda seguirle la tontería, abre la puerta y se acerca a mí. Me rodea con los brazos por la cintura, me acerca y me da un suave beso en los labios.

—Deja de ser tan guapa o no podré controlarme —susurra.

—Me gusta ser un reto para ti.

—Te gusta joderme la vida. Aunque lo haces de una forma muy bonita.

Me ruborizo un poco y noto que se me ablanda el corazón cuando me hace una suave caricia en la mejilla. Nunca me cansaré de ellas. Antes de que me ponga nerviosa de verdad, me aparto un poco y miro hacia el coche.

—¿Nos vamos? —pregunto, tratando de recuperar la compostura.

Él asiente. Abre la puerta trasera, deja que pase yo primero y luego entra él también para sentarse a mi lado. Una mujer de unos cuarenta años se gira y apoya el brazo en el reposacabezas.

—¿Qué tal cielo? Soy Aina, la madre de Kei.

—Un placer —le sonrío—. Aidé.

—Lo sé, lo sé —ríe—. Alguien habla mucho de ti.

—¿Sí?

—Sería pecado no hacerlo —añade Kei seguro.

Pongo los ojos en blanco mientras apoyo la mano en el asiento del medio. Pocos segundos después, noto cómo aquellos dedos tan grandes rodean los míos con cariño y empiezan a dibujar círculos. Decido no mirarlo, aunque por dentro no puedo parar de chillar. Sabía que le gustaban los detalles, no crearlos también.

Aina y yo cruzamos miradas por el retrovisor. Ella se muerde el labio superior y niega con la cabeza, divertida. Después arranca el motor del coche y nos ponemos en marcha hacia el misterioso destino.

Media hora después veo cómo nos adentramos en la montaña de Collserola. Empieza a haber muchas curvas y caminos más estrechos. Llegamos a estar tan altos que se aprecia gran parte de la ciudad. Encajo las piezas cuando pasamos por delante de una torre gigantesca de color blanco con forma de antena. La que se ve desde cualquier punto de la ciudad. Miro de reojo a Kei y veo que sonríe: sabe que queda poco para que descubra su plan.

Cuando bajamos del coche, miro a mi alrededor y me topo con la famosa noria blanca con sus vagonetas de distintos colores, la catedral gigantesca, una parte de la montaña rusa y un avión de color rojo. Aina se despide, luego habla con su hijo sobre a qué hora deberá volver para llevarnos a casa. Nos quedamos mirando cómo el coche de color azul desaparece por la carretera. Me sorprende un abrazo por detrás y Kei hace una especie de juego con las manos, como si ya se hubiera revelado la sorpresa.

—No hay mejor manera de despejarte que un parque de atracciones —dice entusiasmado.

Mete la mano en el bolsillo de su pantalón y saca dos entradas.

—¿Un día en el Tibidabo?

—¡Así es! —asiente orgulloso—. Hace unos días me contaste que nunca habías venido, encontré una oferta para dos personas y no dudé en comprar las entradas. No podía dejar que murieses sin venir aquí.

—Estoy…

—¿Te gusta? Sé que era muy arriesgado porque mañana tienes el examen, pero quería pasar un día contigo. Te echaba mucho de menos y… —Se pasa la mano por el cuello—. Bueno, no sé. Si quieres podemos…

Niego con la cabeza rápidamente para ahuyentar un bucle de dudas y le doy un beso rápido. Eso parece destensarlo por completo. Pasa su mano por mi cuello y me agarra suavemente.

—Vale. Eso es que te ha gustado —ríe.

—Se te da bien captar indirectas.

—Se me da bien todo. —Me guiña un ojo—. ¡Además, hoy seré yo el friki! Te pienso contar todo lo que sé y llevarte a mis atracciones favoritas.

Antes de que pueda decirle nada, enreda sus dedos en mi mano y tira de mí hacia el parque de atracciones. Me río. Está tan emocionado que siento que me está abriendo una pequeña parte de él. Entonces

vuelvo a sentir las famosas mariposas en mi interior. Como si las tres mariposas que llevo en la bolsa volaran hacia mi corazón y lo dejaran patas arriba.

Es todo el cúmulo de detalles. Saber que ha pensado en mí para que pudiera dejar de lado el estudio por un momento, ver cómo siempre trata de sorprenderme, los momentos que va regalándome, las miradas, los besos, el tiempo que me dedica. Siento que, por primera vez, estoy en un lugar donde me quieren de verdad, donde me quieren tal como soy y no buscan ningún defecto que cambiarme. Que no soy un objeto del que presumir y que sabe que yo valgo por mí misma.

El efecto mariposa ha hecho que él y yo nos crucemos. Lo que siempre se ha considerado como una catástrofe que podría destruir mundos acaba de unir dos que jamás se habrían cruzado.

Aidé, Soñar alto

Notas volando alrededor, partituras escribiéndose bajo mi piel, historias naciendo al son del tiempo. Luces apagadas, sentimientos veloces, silencio abrumador. Abro los ojos cuando termino y deslizo suavemente el arco hasta separar dos partes del mismo instrumento. Una ronda de aplausos me invade de golpe. Sonrío, orgullosa, y hago una reverencia ante los que me escuchaban. Hay gente de pie, otros gritando mi nombre. Todo parece imposible. Todo...

—¡Para ya, pesada! ¡Tocas fatal!

Mis pies aterrizan. Despierto de nuevo en el vagón de metro, sabiendo que nada de lo que estaba percibiendo segundos antes era real. La gente ni siquiera me presta atención. Mi corazón empieza a partirse en pedazos. El del grito suelta un «Menos mal» y sigue hablando con su amigo. El sueño se esfuma entre mis manos y las preguntas aparecen en mi cabeza. ¿Tan mal toco? ¿Nunca triunfaré? ¿Sirvo para algo? ¿Debería parar? ¿Y si estoy soñando demasiado alto?

Despedazada por miles de cuchillos propios, niego con la cabeza y guardo el instrumento en su funda. Lo cierro con tristeza y me lo coloco a la espalda. Veo que la gorra que suelo poner por si alguien quiere darme dinero está completamente vacía. La recojo con la mano y me la coloco en la cabeza. Paso el resto del trayecto sentada en el suelo, apoyada contra la puerta de cristal que delimita el espacio entre el conductor y los pasajeros. Y me siento un fracaso, una donnadie.

Cuando la abuela termina su jornada, se da cuenta de que algo va mal. Mientras caminamos hacia su casa, ve de reojo que voy cabizbaja, sin ganas de hacer nada. Ella suspira. Una abuela sabe lo que las palabras callan. Siempre.

—No te he oído tocar mucho hoy, pequeña.

—No tenía ganas.

Parece que la respuesta no le sirve. Se detiene y me coge suavemente del brazo para sentarnos en un banco. Inspiro hondo y

echo la cabeza hacia atrás mientras ella pone su mano en mi pierna, cariñosa.

—¿Sabes qué me decía la gente cuando les contaba mi sueño?

Niego.

—Que una mujer como yo jamás lograría ser maquinista. Que solo servía para ser ama de casa y nada más.

Trago saliva y la miro. Trato de sonreír, pero hoy no puedo. La abuela sabe lo que me pasa. Lo sé por cómo me mira, por la compasión que se aprecia en sus ojos.

—¿Y sabes lo que les decía?

Vuelvo a negar.

—Un día lo lograré, porque sé que valgo para ello.

Rodea mi mano con la suya y me da un fuerte apretón. Luego termina dándome ese beso tan típico de ella, como muestra de que confía en mí. Asiente para sí misma y, mientras miles de vidas pasan a nuestro lado, vuelve a hablar.

—Mira el mundo que hay para nosotras dos. —Señala con la mano—. Todo esto es para ti y para mí. Mira la de gente que sube y baja sin una sonrisa. La mayoría no persiguieron su sueño por miedo a no ser suficientes. Cariño, no quiero que te conviertas en ellos. Quiero que arrases. Que sigas a pesar de lo que digan de ti. Solo tú sabes lo que realmente vales. Los demás te ayudaremos, pero tú construirás el camino.

—¿Y si sueño tan alto que nunca se cumple?

—Pues entonces podrás decir que lo intentaste. Y muchas veces eso vale más aún.

—Abuela, esto es muy difícil —murmuro.

—Soñar siempre lo es, pero tú estás hecha para esto y más.

Noche 38

A: ¡Una semana! En una semana daré mi primer concierto. Estoy que no me lo creo, Kei. Estos días estamos preparándolo todo con muchísimas ganas. Estoy tan feliz... Además, he aprobado todas las asignaturas menos aquella que te dije, ¿a que es brutal? Creo que mi vida está cobrando sentido después de mucho tiempo. Estoy pudiendo mezclar mis dos pasiones: ser profesora y violinista. Dios, no puedo parar de sonreír. ¿Tú qué tal? ¿Cómo estás? Cuéntame todo, que hace tiempo que no me hablas de ti.

K: Cómo me gusta verte feliz, Aidé. Te lo mereces. Sé que te lo he dicho mil veces, pero estoy muy orgulloso. Cuando tú sonríes, yo también. Yo estoy muy nervioso, dentro de unos días salen las notas de corte y podré saber si he entrado en la carrera. Odio que lo suban tan tarde; pasar la mitad del verano preocupado por mi futuro no es un gran plan. Hoy ha habido mucha gente en el trabajo, creo que se empieza a notar que la gente está de vacaciones y no tienen nada mejor que hacer que bajar a tomar una cerveza y unas patatas bravas. Tengo muchas ganas de verte, de verdad. Odio que no podamos encontrar algún hueco para vernos.

A: Kei, eres un sol. Estoy más que segura de que entrarás. Los exámenes de la selectividad este año no han ido muy bien, así que seguramente baje la nota de corte. Tú disfruta del verano. También quiero verte... ¿Puedes escaparte algún día de la semana que viene? Esta tengo que centrarme en el concierto. Quiero que salga bien. Por cierto, hace poco he tenido que tirar las rosas que me regalaste. Ojalá no murieran tan rápidamente y las pudiera guardar para siempre.

K: Tú sí que eres mi sol. Si tú confías en mí, tendré que hacerlo yo también. Últimamente, pienso que todo tiene su razón. Es raro que piense así, porque hasta ahora solo vivía y seguía adelante sin pensar en lo que pasaba. Pero quizá todo tenga su motivo. En fin, no hagas caso a este loco, he bebido mucho. Entonces, te regalaré rosas de duración infinita. La semana que viene me voy al pueblo, Aidé. Me

jode bastante, porque quería verte tocar.

A: Si confiamos en nosotros, venceremos al mundo. No creo que estés loco por pensar eso, siempre he creído que desde que nacemos tenemos programados una serie de caminos. Como si fuéramos una especie de videojuego en el que escoger tu historia. Depende de las decisiones que tomes o de lo que te pase, irás por un lado o por otro. Pienso como tú, básicamente. Que todo pasa por algo. ¿Cómo que estás borracho? Qué raro...

K: Digamos que el alcohol va bien para despejar un poco la mente.

A: ¿Ha pasado algo?

K: Sí. Que me gustas. Y aquí estoy, en el balcón, bebiendo y preguntándome cuán fuerte es esto que siento por ti.

K: No puedo sacarte de mi cabeza. Y no quiero.

K: ¿Aidé?

K: Joder, no quería asustarte...

A: También me gustas mucho, Kei. Buenas noches.

K: Buenas noches.

Día 44

Aidé

Retiro un poco el telón de color rojo en una esquina del escenario y miro hacia el público. Está a rebosar. No esperaba que viniera tanta gente. No somos nadie. Solo un grupo de artistas que ha nacido hace poco. La escuela de música tiene cierto prestigio, pero no a este nivel.

Los nervios empiezan a crecer mientras todos mis compañeros van de un lado para el otro, conscientes de que en cinco minutos empezamos. Busco con la mirada a mi madre y a mi padre. Sonrío cuando los encuentro en la tercera fila, saludándome. A su lado están Amaia y su novio, Pau. No obstante, siento un vacío en mi interior. Como si faltara alguien.

—¿Buscas a alguien en concreto?

Me tenso al oír esa voz tan bonita que tanto echaba de menos. No puede ser. No tiene sentido. Me dijo que estaba de vacaciones en el pueblo. Doy unos pasos atrás y dejo que la cortina tape ese pequeño espacio que estaba dejando a la vista. En cuando me doy la vuelta, me encuentro a Kei. Va tan arreglado que hasta lleva corbata. Noto que me brillan los ojos.

«Los pequeños detalles. Esos que sabes que marcan la diferencia.»

Da unos pasos hacia mí y deja que solo quede una pequeña distancia entre él y yo. Estira la mano y retira un mechón de mi cabello para ponerlo detrás de mi oreja. Sonríe y me dedica un suave beso en los labios. Cuando se aparta me echa una ojeada de pies a cabeza. Aprovecho para dar una vuelta sobre mí misma y mostrarle mi vestido de color esmeralda.

—Qué guapa estás.

—¿Cómo es que estás aquí? —pregunto ilusionada.

—No podía perderme el primer vuelo de mi mariposa favorita.

—Pero... ¿tu pueblo no estaba a tres horas?

—Sí, ¿y? Ha valido la pena cada maldito segundo.

Me dedica una tierna sonrisa y mira a su alrededor.

—¿Puedo robarte un segundo más? Tengo un detalle para ti.

Asiento. Se marcha corriendo hacia las escaleras que dan a los camerinos, se agacha un momento y saca algo de una bolsa. No logro verlo porque lo guarda detrás de su espalda. Vuelve junto a mí y, con una sonrisa de oreja a oreja, se muerde el labio.

—¿Te acuerdas cuando te dije que te compraría rosas de duración infinita?

—Sí.

—Pues te he conseguido unas para que no se te mueran y puedas recordarme siempre al verlas.

Confundida, trato de descubrir lo que esconde detrás de su espalda. Pocos segundos después deja ver dos rosas de Lego. Una oleada de sanación recorre mi corazón. Las cojo con delicadeza y me paro a mirarlas. Las ha montado él. Ha dedicado tiempo a hacerme unas rosas que nunca se mueran. De inmediato, me lanzo a sus labios mientras rodeo su cuello con mis brazos. Se ríe en voz baja entre beso y beso y termina agarrándome de la cintura.

Por un instante, siento que floto. Que las mariposas de mi interior son tan fuertes que pugnan por salir. Y me doy cuenta de que es él. Que es la persona que me ha hecho creer de nuevo en el amor.

Nos separamos y nos quedamos frente a frente. Mirándonos. Yo perdiéndome entre sus manchas y él entre mis ojos de dos colores.

—¡Chicos! —chilla Matías—. ¡Es la hora! ¡Ha llegado el momento!

—Arrasa con todo, mariposa de pan.

Se despide de mí y yo cojo todas las fuerzas posibles. Voy directa a mi puesto, donde está el violín colocado encima del asiento. Lo cojo, miro que la partitura esté abierta por la página correcta y cierro los ojos un momento. «Ahora o nunca.»

El telón empieza a subir. En cuanto la luz de los focos se filtra en el escenario, miro hacia la esquina opuesta. Ahí lo encuentro. Le indico con la mirada que tengo colocadas las dos rosas al lado del pie del atril. Él sonríe. Matías empieza con el discurso y me centro en mi camino. En mi futuro.

Los primeros instrumentos empiezan a sonar.

Llega mi momento.

Dejo el arco a pocos centímetros de las cuerdas.
Y hago que la música nazca.
Lo bonito es que no es lo único que suena dentro de mí.
Sino también el corazón. Pum. Pum. Pum.
A veces, cada latido es un paso hacia delante.

VI

Qué ilusos podemos llegar a ser de niños. Creemos que nada cambiará y que la fantasía existe.

Pero qué bonito es volver a sentirnos niños...

Con ese brillo en los ojos y la sensación de que podemos controlarlo todo. Pensar que todo es un cuento que termina bien y que el amor siempre perdurará.

Noche 56

A: ¡No me lo puedo creer! ¿Te acuerdas de que te conté que una mujer que estaba buscando gente con talento me paró para felicitarme? ¡Pues hoy me ha llamado! ¡Quiere que participe en la banda sonora de su película! Estoy que ni me lo creo, de verdad. Doy saltos de alegría. Es algo que jamás pensé que pasaría. Está yendo todo tan rápido que parece surrealista. Sobre todo, que me pase a mí. ¡A mí! El proyecto empezará después de fin de año, con lo cual tengo tiempo de sobra para practicar y mejorar muchísimo más. ¿Tú cómo estás? ¿Sabes si has entrado ya en la carrera? ¿El trabajo se hace más ameno o hay mucha gente?

K: ¡Enhorabuenaaaaaaaaa! Es increíble, Aidé. Estoy tan feliz por ti que sería capaz de correr diez kilómetros sin parar. Ya te veo triunfando en la televisión. Además, siempre he pensado que es muy bonito dar voz musical a las películas. De hecho, sin banda sonora, la mayoría de las escenas no tendrían sentido. Pensar que dentro de nada tú te encargarás de darles magia... Bueno, es lógico, porque tú eres magia. Yo estoy muy bien, disfrutando del verano. Esta mañana he ido con Arnau a la playa de Castelldefels. La de Barcelona nunca nos ha llegado a gustar. Sobre la universidad no sé nada, dicen que ha habido problemas, que subirán las notas en unos días. Y el trabajo es un auténtico rollazo, pero lo que sea por ganar un poco de dinero.

A: Te juro que no me lo creo. Pienso que todo es un sueño y que en cualquier momento alguien vendrá y me despertará. Mi abuela estaría tan orgullosa de mí... Ojalá estuviera aquí para decirle que lo he logrado. Me pasa lo mismo con las playas, no son tan mágicas como las de los pueblos costeros. A ver si algún día vamos juntos. Y también tenemos que ir de compras, que no se me ha olvidado. Tenemos que hacer mil cosas ahora que tenemos todo el verano por delante. Qué raro lo de las notas... Normalmente no tardan tanto. Ánimos con el trabajo, que en agosto ya lo dejas.

K: Tu abuela lo sabe. Sé que lo sabe. Está cuidándote desde el

cielo, siempre. Equipo playa de pueblos para siempre. Joder con lo de ir a comprar… Está bien, iremos. También haremos mil cosas más, no te preocupes. Qué alegría me acabas de dar. No me acordaba de que iba a dejar el curro a finales de verano. Aidé, eres la mejor.

A: Gracias por decirme esas palabras sobre mi abuela. Ayudan mucho más de lo que puedes llegar a pensar. Me gustaría hablar más contigo, pero mañana tengo que levantarme temprano para hacer un encargo con mis padres. Buenas noches, Kei.

K: Ya hemos pasado la fase de las buenas noches.

A: ¿Cómo?

K: Que quiero un *bona nit*.

A: Y yo que me lo digas en italiano.

K: *Buona notte*, Aidé.

A: *Bona nit*, Kei.

Kei, Cuando todo cae

Nervioso, abro el portátil. Me han avisado de que ya se puede saber si he entrado en la carrera. Accedo a la página donde me preinscribí hace un mes y veo que ya están los resultados. Arnau está a mi lado, igual de ansioso que yo. Tanto que ha tenido que ponerse al otro lado de la mesa. Lo miro detenidamente, él insiste con las manos.

Cierro los ojos un momento. Es un instante decisivo. Cuando tengo la sensación de que estoy preparado, abro los ojos para poder verlo. Mi mundo se detiene al ver el color sobre el nombre de la carrera.

—¡¿Y bien?! —chilla Arnau.

Como no le digo nada, rodea la mesa del comedor para ver el resultado. Levemente, sin saber muy bien cómo reaccionar, me levanto de la silla y me dirijo hacia el sofá. Me dejo caer y echo la cabeza hacia atrás. Siento como si alguien me estuviera aplastando el pecho. Niego con la cabeza y trato de mantenerme firme.

—No he entrado.

—¿Cómo que no? —pregunta él desde la mesa.

—Está rojo. Me han faltado tres décimas.

Cierra lentamente el portátil y se sienta a mi lado. Trata de consolarme diciéndome que puedo probar en la segunda convocatoria, pero cuanto más habla, más se difumina su voz, hasta desaparecer.

Estaba tan cerca de poder empezar mi vida de nuevo, de sentir que iba a hacer algo por una vez en mi vida y... se me ha escapado de las manos. Noto que se me humedecen los ojos y voy directo al baño. Arnau trata de seguirme, cierro con pestillo. El corazón empieza a bombearme enloquecido. Me cuesta respirar. Aprieto con tal fuerza mis puños que los nudillos empiezan a tomar un color blanco. Parece que un trozo de mi existencia se haya quemado. Como si tuviera siete vidas y acabara de perder una. El móvil me vibra en el bolsillo. Veo que es ella y sonrío, entre lágrimas. Qué bonito es lo que me hace sentir un solo mensaje suyo. Abro el chat y le respondo.

K: No he entrado, Aidé.

A: ¿En serio?

K: Eso parece.

A: ¿Quieres que quedemos un rato?

K: Por favor, te necesito.

Apago la pantalla del móvil y lo dejo apoyado en mi pecho. Inspiro profundamente, trato de recuperar todas las fuerzas posibles y abro la puerta del baño. Arnau está apoyado en el marco de su habitación. Le sonrío para hacerle saber que estoy bien y él me devuelve la sonrisa, un tanto dudoso.

Solo es una caída. Soy más fuerte que eso.

[IV]
cuando las caídas sean de papel

I didn’t know if you’d care if I came back.

Día 60

Kei

Está todo nublado. Ella aparece por las escaleras de la entrada del metro. Me incorporo de la barandilla contra la que estaba apoyado y la espero con las manos metidas en los bolsillos. No sonrío, no me impaciento. Solo estoy, que ya me parece mucho ahora mismo. Una vez nos vemos cara a cara, le doy un suave beso en los labios, seguido de un abrazo. Hemos quedado en la parada de metro de plaça Espanya. No quería que fuera en estas circunstancias, pero me apetece estar con ella en este sitio escondido de la ciudad. Lo descubrí hace poco. Aidé sonríe de lado, un poco forzadamente. Está incómoda. Lo sé por cómo frota su mano en su hombro y trata de no mirarme mucho. Es entendible, estoy demasiado callado.

—¿Vamos? —pregunto, con un hilo de voz.

—¿Adónde?

Doy media vuelta y le tiendo la mano, mirándola de reojo. Entrelaza sus dedos con los míos, se recoloca la bolsa de las tres mariposas y trato de decirle mediante el silencio un sincero «gracias» por haber venido. No me la merezco. Es un ser de luz. Jamás podré recompensar al destino por hacernos coincidir en este mundo de mierda.

Rodeamos la gran rotonda para terminar subiendo por la calle que pasa entre las Torres Venecianas. No nos decimos nada, solo andamos y dejamos que el ruido de la ciudad hable por nosotros. Enfilamos unas escaleras mecánicas para llegar a la parte central del parque de la montaña y subimos la eterna escalinata decorada con muros de color blanco lujoso que lleva al palacio de Montjuïc. Nos detenemos un momento para respirar.

Como siempre, me encuentro con una bonita escena que podría formar parte de una película romántica. Un señor de edad toca una

balada con un piano de mesa, hay gente sentada en los últimos escalones que llevan al interior del palacio, pájaros volando alrededor y una vista preciosa de la Ciudad Condal. Noto que Aidé mira con los ojos brillantes el lugar en el que estamos y escondo una pequeña sonrisa. Creo que lo más bonito de ella es que quiere tanto este mundo que nunca se cansa de él.

Antes de que se decida a sentarse junto a los demás en las escaleras para escuchar al pianista, tiro de ella hacia la izquierda para llevarla a mi rincón, uno que poca gente conoce y que es de los mejores de toda Barcelona. Siento alivio cuando empiezo a oír una suave melodía de violín.

Una esquina en la que hay una balaustrada del siglo pasado y desde donde se ven pequeñas partes de la ciudad. Con árboles de gran tamaño, ramas repletas de verde y la música, que le proporciona un ambiente cálido. Jóvenes sentados sobre el muro con una cerveza, parejas apoyadas en él comentando lo que ven. Un lugar al que, cuando lo descubres, no quieres dejar de venir.

—Es precioso.

—Lo sé —sonrío—. Suelo venir cuando no estoy bien. Me relaja.

—Significa mucho para mí que me hayas confiado este rincón.

Me encojo de hombros. Miro hacia una parte donde no hay nadie, me acerco y me subo en el muro, dejando caer los pies hacia el vacío verdoso. Ella hace lo mismo y termina apoyando su cabeza en mi hombro. Pasamos un largo rato sin decir nada. Solo siendo ella y yo, en un pequeño mirador. Disfrutando del poco tiempo que nos deja la vida para respirar.

—No sé qué voy a hacer —digo desesperanzado.

—Seguir. Como siempre has hecho.

Giro la cabeza hacia ella y la rodeo con mi brazo. Eso me reconforta. Ella me cura. Tiene el poder de mirarme y hacerme sentir infinito. Suspiro y le abro un poco más mi coraza.

—Pensaba que, por una vez, volvería a encontrarme, pero parece que no hago más que perderme.

—Esto no es el fin, Kei. Nuestra vida no ha hecho más que empezar.

—¿Es normal si ya tengo miedo?

—Lo raro sería que no te preocupara. El miedo nos hace más humanos.

—Supongo que tienes razón, pero… —Carraspeo y bajo la mirada —. ¿Por qué no he entrado? Yo pensaba que esta era mi segunda oportunidad. Que…, no sé.

—Solo puedo decirte que, cuando creas que todo ha terminado, justo acaba de empezar. Y que, cuando tengas la sensación de que todo está volviendo a ser como antes, dentro de nada terminará. Así es la vida. Un continuo cerrar y abrir capítulos. Ser mejor, ser peor. Un proceso que nos ayudará a crecer y convertirnos en la mejor versión de nosotros. Puede que no hayas entrado en la carrera, que creas que no hay otro camino, pero te sorprendería la de puertas que acabas de abrir. Solo puedo decirte que sigas intentándolo, que esto es una prueba más para ti. Y que, aunque parezca que la vida vaya en tu contra, está de tu lado.

—Joder, Aidé —suspiro, con un nudo en la garganta—. Gracias. Gracias por ser tú.

—Gracias a ti por no esconderte.

Aunque se me nubla la vista, me quedo observando esos dos ojos que jamás olvidaré. El de color azul me trae recuerdos de paz, y el marrón me hace sentir como en casa. Trago saliva y le paso la mano por el cuello hasta entrelazar los dedos en sus mechones. Le hago una caricia con el pulgar en la mejilla y termino besándola.

El beso escala al tiempo que el ritmo de la melodía del violín se intensifica. Suelto una carcajada cuando le muerdo sin querer el labio, bajo de un salto del muro y la cojo de la cintura para ayudarla. Se pone de puntillas para intentar estar a mi altura y yo me agacho un poco.

—Eres un imbécil.

—Un imbécil que te aprecia mucho.

Coloco las manos en sus mejillas y acerco poco a poco nuestros labios de nuevo. Está empezando a lloviznar. Consciente de que seremos el centro de todos los ojos de nuestro alrededor, bajo la mano derecha a su cintura, estiro la izquierda con la suya hacia un lado y empiezo a bailar con ella. Se sorprende y yo le sonrío, orgulloso de mis dotes de baile. Hago que dé un giro sobre sí misma y coloco una mano en su espalda para deslizarla hacia atrás y luego traerla de vuelta entre mis brazos. La lluvia empieza a intensificarse, la gente nos rodea con curiosidad y yo simplemente clavo mis ojos en ella. Ella y ella. Ojalá hubiese un mundo donde solo existiéramos ella y yo.

Seguimos bailando al lado del mirador unos minutos, y la violinista se acerca cada vez más a nosotros para tocar una balada. Esto es todo. Esto es lo que quería. Esto es lo que buscaba. Ella. Ella. Ella y jodidamente ella.

Cuando la música termina, agarro su mano y empiezo a correr hacia el bosque. Busco un lugar en el que no haya nadie, nos escondo detrás del tronco de un árbol y nos reímos. La lluvia es tan intensa que nos hemos empapado de pies a cabeza. Tengo el pelo pegado a la frente, pero no me importa. Coloco de nuevo mis labios sobre los suyos y deslizo la mano por su muslo.

—¿Puedo?

Asiente y empiezo a besarla por el cuello mientras mi mano se desliza por la parte interior de su pierna. Suelta un gemido en mi oído. Eso me pone tan jodidamente cachondo que pego lo máximo posible mi cuerpo al suyo. La lluvia cae en gotas afiladas. Noto que la tela del pantalón empieza a molestarme y atraigo su mano para que me toque. Ella aprieta con fuerza el bulto y cierro los ojos mientras suelto un bufido. Tengo que contenerme para no desnudarla ahí mismo. Joder, no debería haber empezado a tocarla. Ahora quiero hacer el amor. Noto que la cosa va a más y me muerdo el labio.

—Espera, espera —la detengo—. Así no.

—¿He hecho algo mal?

—No. Es que no quiero que nuestra primera vez sea aquí.

Me aparto y paso la mano por mi cabello húmedo. La miro y asiento para mí mismo para hacerme entender que es la mejor decisión que he tomado.

Luego, saco el móvil de mi bolsillo y escribo a Arnau.

K: Dime que no estás en casa.

A: Estás de suerte.

Guardo el móvil lo más rápido posible y me acerco a Aidé.

—Larguémonos de aquí, mariposa.

Noche 60

Kei

Cierro la puerta de mi habitación y me encuentro con Aidé tumbada en mi cama. Sonrío con cierta picardía y empiezo a quitarme la camiseta. Echa una ojeada a mi torso mientras yo me retiro suavemente los pantalones cortos hasta quedarme en calzoncillos. Me quedo quieto, ella traga saliva y se recoloca en la cama. Le hago un gesto con la cabeza para que me imite y, cuando se deshace de su vestido, empiezo a calentarme. Subo a la cama, me tumbo encima de ella y empiezo a apretar su pecho mientras la beso por el cuello. Ella suelta un gemido. Empiezo a notar que mi miembro presiona contra sus piernas. Hacía mucho tiempo que no sentía ese calor tan intenso. En cuanto me agarra de la espalda y me clava las uñas, siento que voy a explotar. Suspiro en su oído y, a pesar de que intento rebajar el calor, no hace más que subir en esta habitación. Aidé baja las manos hacia mi culo y lo aprieta con fuerza. Suelto un gemido y de un movimiento brusco la pongo encima de mí. Ella ríe al ver cómo ha conseguido encenderme y yo decido que es hora de terminar con las tonterías. Jugueteo con el broche de su sujetador y me deshago de él. Me relamo y sonrío cuando agarro su pecho completamente desnudo. Veo que hace ademán de meter su mano en mis calzoncillos y la detengo.

—Primero tú —le susurro al oído.

Ella se deja hacer y la tumbo en la cama de nuevo. Su cabello se estira por el cojín y suelto el aire de deseo que estaba conteniendo. Necesito tocarla. Necesito hacerle el amor. Necesito todo de ella. La beso con intensidad y empiezo a bajar por su cuello, luego le chupo un pezón y sigo el camino hasta llegar a la parte baja del ombligo. La miro desde ahí y, sin desviar la mirada, empiezo a deshacerme de la última prenda de ropa que le queda. Divertido, enarco una ceja a la

espera de que me pida que siga. Asiente y me empuja la cabeza hacia ese lugar, y entonces sus gemidos invaden la habitación. Un minuto más tarde, le pregunto si quiere y, cuando dice que sí, sonrío.

—Me gusta darle duro, ¿y a ti?

—No te cortes.

Suelto una leve risa y abro el cajón del mueble que tengo al lado de la cama. Saco la caja de condones, me hago con uno y abro el sobre con los dedos. La miro de reojo mientras me lo coloco. Cuando compruebo que está todo correcto, vuelvo a mi lugar, subo sus piernas en mis hombros, la atraigo hacia mí con un movimiento brusco y me meto dentro de su cuerpo poco a poco. Al ver que no siente ninguna molestia, empiezo a acelerar el ritmo. Apoyo las manos en la cama, muevo mi cuerpo para sentirla. Compruebo que esté disfrutando. Veo que se muere de placer y la pongo de espaldas; me tumbo encima de ella y la beso mientras mantengo el ritmo.

Pocos minutos después, termino. Me dirijo al baño para limpiarme y, cuando salgo, ella aprovecha para orinar. Saco un par de toallas del armario y me asomo al baño. Aidé coge una, pero detengo la puerta cuando trata de cerrarla.

—¿No podemos ducharnos juntos? —pregunto vicioso.

Pone los ojos en blanco y yo la rodeo por la cintura para abrazarla por la espalda. Luego termino dándole un beso en la mejilla. Nos metemos en la ducha y pongo el agua bien caliente, como me pide. Yo soy más de ducharme con agua fría, pero por ella puedo aguantarme una vez. Al salir, se enrosca la toalla a la altura del pecho y yo en la cintura, luego trato de quitar el vaho del espejo y saco un peine para dárselo a Aidé. Con otra toalla más pequeña, me seco el pelo: la técnica infalible para darle un toque desordenado. Lo aplasto un poco con la mano y miro a la chica que tengo a mi lado a través del espejo. Hasta recién duchada está guapa. Me dirijo a mi habitación a por el móvil, la rodeo por la cintura de forma cariñosa y nos saco una foto. Ella me pide verla y se la enseño, orgulloso de lo guapos que salimos.

Casi a la una de la madrugada, volvemos a estar tumbados en mi cama. Ella encima de mí, boca arriba, y yo abrazándola mientras me enseña canciones que le gustan.

—Esta es bonita —susurro.

—¿Lo dices en broma? —pregunta ilusionada—. Es mi canción

favorita.

La miro a los ojos y le sonrío. Sube el volumen y un halo nostálgico nos invade cuando empieza a sonar *No surprises* de Radiohead. Normal que le guste. Ella es una casa preciosa. Es mi hogar.

—*Such a pretty house* —digo mientras miro sus labios.

—*And such a pretty garden.*

Suelto una sonrisa risueña y acerco mi boca a la suya para regalarle un suave beso. Paso mi mano por su cabello y jugueteo un poco con un mechón.

—¿Sabías que nuestra memoria borra más del noventa por ciento de nuestros sueños?

—Supongo que solo guardamos los que más nos han marcado.

—Con razón te tengo entre mis brazos y por más que abro los ojos sigues conmigo.

Aidé, El día que me enamoré

Antes de que pueda responderle, Kei se levanta de la silla del balcón y se dirige hacia la sala de estar. Abre un cajón y busca algo en él. Cuando regresa, deja un pequeño paquete en el centro de la mesa de la terraza. Confundida, lo miro.

—Lo vi el otro día y no pude no comprártelo —explica nervioso.

No me lo esperaba. Trato de decirle que no hacía falta que me regalara nada y él niega con la cabeza. Pienso en las rosas de Lego que tengo en mi escritorio y me pregunto qué será esta vez. Lo miro y veo una ilusión inmensa. Es un sol, un amor de chico. Tengo ganas de llorar de lo mucho que parece quererme.

Nunca nadie me había llegado a demostrar tanto afecto.

Sin más preámbulos, agarro el objeto, lo observo con cuidado y le arranco el envoltorio. Sorprendida, me encuentro con una pequeña caja de color negro puro. Parece algo de joyería. Miro de reojo a Kei, él solo tiene ganas de que lo abra. Le hago caso. El corazón se me cae a los pies al ver los pendientes.

—Siempre me has dicho que una de tus inseguridades es tener un ojo de cada color, aunque yo creo que es una de las cosas que te hacen única —explica—. Vi unas mariposas en forma de pendiente; unas de color azul y otras de color marrón. Compré una de cada. Quiero que siempre que te mires en el espejo te des cuenta de que lo que tienes es un poder, no una debilidad.

Se me empiezan a humedecer los ojos y él se levanta para darme un abrazo.

—Eres arte, Aidé.

Después de tanto tiempo sintiéndome un garabato...

Después de llorar deseando dejar de ser así...

Él me hace sentir que soy la mariposa más bonita del mundo.

Kei, La noche que me apagué

No puedo parar de sonreír. Joder, hacía mucho tiempo que no me sentía tan eufórico y con ganas de descubrir el mundo. Quiero ver colores, caminar senderos jamás descritos, besarla hasta que no me queden más besos. Han pasado doce horas desde que se fue y tengo la necesidad de volver a verla.

Arnau no para de mirarme de reojo mientras cenamos, no hace ni el mínimo intento de reprimir las carcajadas ante lo risueño que estoy. Él cree que estoy en la fase de creer que el amor lo es todo en esta vida, y, mirándolo así, quizá no vaya mal encaminado. Hasta las palabras me salen embarulladas y mi corazón late más de lo normal cada vez que me vienen a la mente aquellos ojos que tanto me gustan. Estaba muy nervioso cuando abrió la caja de los pendientes. No sabía si sería demasiado arriesgado ni si le iban a gustar. Pero era un agobio bonito, porque sabía que me preocupaba no decepcionarla.

Suena mi teléfono, dejo el tenedor al lado del plato y me dirijo hacia la mesita que hay al lado del sofá. Veo que es mi madre y lo cojo, con una sonrisa en la cara. Seguro que simplemente quiere preguntarme cómo va todo. Y pienso contarle lo bien que está tomando camino mi vida, a pesar de no haber entrado en la carrera.

—¡Hola, mamá! —grito ilusionado—. Tengo muchas cosas que contarte. Algunas no tan buenas, pero otras sí. ¿Te acuerdas de la chica de la que te hablé? Esa a la que viste en Sant Jordi. Pues prepárate porque…

—Kei…

—Resulta que es una chica increíble, te lo juro, mamá. Pensaba que no llegaría a encontrar a nadie como ella, pero, Dios mío. Hoy hemos estado juntos y…

—Kei, es tu hermano.

Y todo lo que parecía estar volviendo a su cauce acaba de destrozarse. No sé si es por el tono en el que lo ha dicho, el tono lacrimoso o el frío que acaba de recorrer mi cuerpo. Me dejo caer en

el sofá e inspiro hondo. Tengo miedo de preguntar. Solo quiero colgar.

—¿Qu-qué ha pasado? —consigo decir.

—Tu... —Su voz se quiebra.

—¿Mamá?

Las paredes se encogen de manera agresiva, haciéndome sentir en un espacio de color negro, donde nada que brille pueda existir. Arnau se acerca y me pregunta preocupado. Yo tengo la mirada perdida. El miedo en el cuerpo. El mal sabor en la boca. El presentimiento de que esto es el fin.

No responde. Me impaciento y me paso la mano por el cabello, nervioso.

—Mamá, di algo —suplico.

Solo se escuchan sollozos.

Y el mundo se apaga.

Caída 2

Dieciséis años. Dieciséis malditos años. Alguien a quien todavía le queda media vida por delante ha sentido la necesidad de irse. Un ángel que lleva luchando toda su puta infancia contra heridas que nunca había pedido.

Quiero entenderlo, pero no puedo. Quiero buscar la razón, pero no la encuentro.

Solo quiero que despierte, que deje de desear alzar el vuelo hacia el cielo y que se quede conmigo.

Es mi hermano.

Suelto un grito de dolor. Debería haber estado más pendiente. Debería haberle escuchado más. No estuve a la altura. Me fue dando señales de que no estaba bien y no lo apoyé tanto como debería.

«Es mi culpa.»

Agarro su mano con fuerza y dejo que mis lágrimas caigan sin cesar. Él sigue durmiendo, sin entender lo grave que ha sido lo que ha hecho. Que sin él el mundo no funciona. Que mi mundo se rompería.

—No lo vuelvas a hacer, por favor —murmuro.

Toda la habitación está llorando. No hay nadie, pero mis lágrimas retumban por cada rincón. El nudo en la garganta es notable. El sentimiento de culpa no hace más que esculpir mi corazón. Y es horroroso. Es terrible pensar que ha sentido la necesidad de hacerse daño.

Cuando salgo de la habitación, me quedo quieto en mitad del pasillo.

El mundo sigue.

La gente viene y va.

Y, sin embargo, tengo la sensación de que el tiempo se ha parado.

Día 65

La casa está rota.

Fingimos que todo va bien y seguimos como si no tuviéramos el corazón despedazado. Lorenzo pasa el día encerrado en su habitación, sin dirigirnos la palabra. Mis madres están agotadas, apagadas. Ha empezado a ir al psicólogo, pero no nos cuenta nada. Tendrá que tomarse pastillas, pero tardarán en hacer efecto. Tampoco va a entrenar. No hace nada. Está muerto por dentro. Sigue vivo, pero no sé hasta qué punto su corazón sigue latiendo.

Miro hacia el pasillo, necesito hablar con él. Cojo aire y, antes de abrir la puerta de la habitación, mi móvil vuelve a vibrar. Lo saco y veo que es Aidé. Una llamada perdida. No puedo responder. No quiero. No debo. Mi mundo se está cayendo y no voy a arrastrarla conmigo. No se lo merece.

Lo vuelvo a guardar, mi cabeza chilla que le responda, pero mi corazón cree que lo correcto es luchar a solas. No sé qué hacer, no he vivido lo suficiente para saber qué decisión tomar. Solo sé que quiero que ella se centre en su camino y termine triunfando como violinista. Yo ya perdí mi sueño, no quiero que ella también lo haga.

Sonrío entristecido. Necesito un abrazo suyo. Necesito que esté a mi lado, diciéndome que todo irá bien. Que entrelace sus dedos con los míos con cariño y me mire de esa forma tan bonita. Suelen advertirnos de lo difícil que llega a ser la vida, no de lo jodido que es tener que tomar decisiones en el amor.

¿Soy egoísta, la llamo y le digo que la necesito?

¿O callo y le ahorro una herida?

Sé que cuando alguien te quiere de verdad estará contigo hasta en el fin, pero también que a veces queremos tanto a alguien que no somos capaces de parar y ver que no siempre podemos ayudar.

Las noches en vela han vuelto. Las uñas mordidas también. El sobreanalizar está más presente que nunca. Las ganas de despertar son casi inexistentes.

Pongo la palma de la mano en la puerta y apoyo mi cabeza contra la madera. Tengo las palabras encalladas en la boca. Quiero decirle tantas cosas a Lorenzo que no me veo capaz de encontrar el orden adecuado. En momentos así es cuando te das cuenta de que cada uno pasa sus tormentas. De que hay que abrir puertas a los lugares destruidos de los demás para conocer lo que sucede en su interior. Y tendría que haber hecho eso con mi hermano. Por suerte, todavía puedo. Pero hay corazones que no pudieron ser salvados a tiempo.

—Lorenzo, ¿puedo entrar?

—Vete.

—Déjame pasar, quiero verte.

—Te he dicho que te vayas.

Asiento y cierro los ojos, con ganas de llorar de la impotencia. Otras veces lo dejé estar, ahora sé que no puedo. Que, por mucho que no quiera, tiene que dejarse abrazar más por los humanos que por los monstruos que asolan su cabeza.

—Ser gay no es una enfermedad, lo sabes, ¿verdad?

—¿Y por qué me miran todos como si lo fuera?

—Porque muy pocos saben lo que es querer.

—Me da igual, no... no puedo ser gay. He perdido a todos mis amigos por eso.

—A los verdaderos amigos les da igual a quién quieras, Lorenzo.

—Me siento solo. Muy solo.

Oigo un sollozo. Eso me parte más el corazón. Cierro los ojos un momento, luego vuelvo a picar a la puerta.

—Déjame entrar, por favor. Me mata no estar contigo.

Silencio.

—Por favor, te quiero.

Silencio.

—Lo conseguiremos, ¿vale?

Silencio.

—Tú vales mucho.

Silencio.

—Mereces estar en este mundo.

Silencio.

—No quiero que te sientas solo cuando estoy aquí, y lo estaré siempre.

Silencio. Silencio y silencio.

Doy media vuelta con la intención de irme. Justo cuando había perdido la esperanza, su puerta se abre un poco y me encuentro a mi hermano con los ojos llorosos, las manos temblorosas y completamente a oscuras. La luz solar apenas entra por las rendijas de la persiana. Es como si todos los dolores de su interior hubieran salido a tapar la realidad. Ahogo un suspiro y me lanzo a sus brazos.

—*Per sempre?*

—*Per sempre.*

VII

—Hoy hace tres años que te fuiste, abuela. Ni siquiera quiero pensar en la cantidad de tiempo que hemos pasado separadas, aunque tú decías que siempre me ibas a acompañar. Las cosas han cambiado bastante desde la última vez que vine. Quiero hacerte creer que estoy más fuerte que nunca, sin embargo, estoy devastada. Supongo que el amor puede herir mucho más de lo que uno cree. Sé que es una tontería pedirte consejo, pero eres la única que sabe escucharme. ¿Qué hago, abuela? ¿Cómo quito el puñal que siento cuando reviso los mensajes de nuestro chat y veo que los últimos son míos? ¿Cómo hago que vuelva alguien que parece no querer hacerlo? No lo entiendo. Todo parecía ir bien. No había nada por lo que asustarse o huir. Quizá he hecho algo mal, o he dicho algo que no debería. No sé… —Agacho la cabeza y suspiro—. Ojalá pudieras estar aquí y ayudarme; el mundo sin tu voz suena más oscuro. También me encantaría que pudieras ver cómo gracias a ti estoy consiguiendo cumplir uno de mis sueños. Participaré, dentro de nada, en la banda sonora de una película. Dicen que tengo algo que los demás no, pero yo sé que lo que tengo es gracias a todas aquellas veces que confiaste en mí. No sabes cuánto te echo de menos. *T'estimo.*

Noche 66

A: Hace cinco días que no sé de ti. ¿Estás bien? Me estoy empezando a preocupar.

K: Lo siento, Aidé. No estoy en mi mejor momento.

A: ¿Qué ha pasado? Ya sabes que puedes contar conmigo.

K: No quiero arrastrarte.

A: En las buenas y en las malas, ¿no?

K: No, esto no funciona así. Yo no quiero hacerte daño.

K: Joder, te quiero tanto que no puedo permitir que caigas conmigo.

A: ¿Qué ha pasado? ¿Te puedo llamar?

K: Déjame solo, es lo mejor para ti.

VIII

¿Qué se hace cuando alguien desaparece?
¿Dónde queda todo lo que se escribió un día?
¿Cómo se vuelve a aquellos tiempos cuando todo iba bien?
¿Cómo pides que regrese algo que parece no existir?
¿Se pueden recuperar partes de algo roto?

Noche 71

A: ¿Kei?

A: No sé nada de ti.

A: Dime algo. Una simple letra. Cualquier cosa para saber que estás bien.

A: Por favor.

Caída 3

Me levanto de golpe y me llevo la mano al corazón. Va demasiado deprisa. Siento que me ahogo. Miro hacia la ventana y veo que aún es de noche.

Tengo ganas de llorar. Nada está bien.

Voy al baño y me miro en el espejo. Ojos caídos, sonrisa perdida. Me agarro al borde del lavabo y agacho la cabeza.

«Tú puedes. Tú puedes, Kei.»

«Eres más fuerte de lo que crees.»

«No te caigas otra vez.»

Las lágrimas salen solas, los pensamientos de ánimo no opacan los malos. Me encojo y termino en el suelo, de rodillas. Suelto un grito ahogado mientras el volumen de las voces de mi cabeza aumenta. Alguien abre la puerta. La cierra de nuevo y se acerca a mí. Levanto un poco la mirada, es Arnau. Está preocupado, aterrado. Hacía mucho tiempo que no me veía así. Me da un abrazo de lado.

—Todo irá bien —susurra.

Niego con la cabeza y trago saliva.

—Esto me supera —respondo.

Noche 82

K: No puedo más, siento que me ahogo. Sálvame, por favor.

A: ¿Qué? ¿Qué ha pasado?

A: ¿Kei?

A: ¿Te llamo?

K: Mi mundo se está cayendo. Joder.

A: Pero ¿qué ha pasado?

K: Esto es demasiado...

A: ¿Dónde estás?

K: Donde no me gustaría estar.

A: Pero ¿qué está pasando?

A: Me estás asustando, Kei.

K: No debería haberte escrito. Ha sido un error.

A: No te vayas.

A: Por favor.

A: Otra vez no.

Caída 4

Me han despedido del trabajo. Siento que no valgo para nada. Que haga lo que haga solo voy a destrozar este mundo. No entré en la carrera. No soy capaz de ayudar a mi hermano. Estoy haciendo daño a la persona a la que quiero.

Soy inútil.

No sirvo para nada.

Lo estoy haciendo todo fatal. Cada decisión que tomo es peor que la anterior. Arnau ni siquiera se atreve a dirigirme la palabra, últimamente lo estoy tratando como la mierda. Que alguien me pare, por favor. No quiero volver a ser un Kei que no me gusta, al que no reconozco.

Merezco ser feliz.

Merezco disfrutar de la vida.

Merezco ser yo.

Noche 94

A: No he parado de darle vueltas a lo que me dijiste la última vez que hablamos. Creo que estás pasando por algo muy duro; quiero que sepas que puedes contar conmigo. Solo te pido que no me apartes, por favor.

A: Te esperaré, si hace falta.

K: Es que… Da igual, déjalo.

K: Sigue sin mí, Aidé.

K: No me lo pongas más difícil.

A: Kei, por favor, dime algo.

K: Lo siento, no puedo. No te haré ningún bien. No merezco todo lo bueno que puedes darme y tú no mereces todo lo malo que yo puedo darte.

IX

Cada segundo que pasa nos siento más lejos.

Cada minuto que corre veo más cerca el final de una historia.

Cada día que termina respirar se vuelve más pesado.

Y duele. Me siento como si me hubiesen quemado viva. Como si me hubiera olvidado de lo que era vivir sin ti. Como si no pudiera andar con tanto dolor. Como si todo lo que te he abierto de mi corazón no hubiera significado nada.

Y duele.

Porque yo te quiero.

Porque éramos todo y ya no sé qué somos.

Porque miro el móvil y hay cero mensajes.

Porque quiero verte y no puedo.

Porque me has dado todo y ya no queda nada.

Porque…

Porque estoy enamorada de alguien que ya no está.

Caída 5

He dejado de comer.

Te he hecho daño, pequeño. Sé lo mucho que siempre nos ha gustado la comida. Sé lo mucho que hemos disfrutado de la pasta. O de aquellas cenas que hacía mamá.

Aun así, la comida ya no vale. Ya no vale nada.

Perdóname, pero no sé cómo salvarnos.

Noche 103

K: Hola, Aidé.

A: Kei..., ¿cómo estás?

K: Muy mal.

A: Puedes desahogarte conmigo, si quieres.

K: Tengo miedo de que, si lo hago, te asustes y te vayas.

A: Quiero estar contigo hasta en tus peores momentos.

K: Tengo miedo. Mucho miedo.

A: ¿Qué está pasando? Te he dado espacio este mes, pero no sé qué más hacer.

A: ¿Kei?

A: Por favor, di algo.

A:...

Caída 6

¿Qué he hecho? ¿Qué cojones he hecho? ¿Por qué he sido tan cobarde? ¿Por qué no he tenido los suficientes cojones de luchar? ¿En qué momento he creído que sería buena idea apartar de mi vida a la persona a la que más quería solo por miedo? ¿En qué momento pensé que ella no me cuidaría?

Reviso los mensajes. Me ha escrito cada noche. Cada maldita noche. Deslizo el dedo con torpeza por la pantalla y una lágrima cae en ella cuando veo que se está yendo. Que ha pasado demasiado tiempo para poder salvarnos. Que he metido la pata hasta el fondo. Que yo mismo he provocado esta caída.

Hago ademán de escribir algo, pero lo borro. Frustrado, tiro el móvil contra la pared. Todo porque no he sido fuerte, porque no he luchado. Todo por cobarde. Todo por imbécil. Todo por gilipollas.

Todo por olvidarme de que en el amor hay que demostrar, no simplemente decir. ¿Y qué he demostrado yo? Nada. Que a la mínima que se ha oscurecido todo he huido.

He roto un corazón roto.

Y me odio.

Y me odio por ser tan mala persona.

Por eso sé que ya no vale la pena volver.

Sobre todo después de todo el daño que le he hecho.

Se merece a alguien más valiente que yo.

Caída 7

—¿Y bien? —insisto.

—Kei, quiero que tengas claro que esto no es un retroceso.

—¿Tan mal estoy?

La pregunta suena absurda, pues mis manos están temblando, he perdido peso y ni siquiera me acuerdo de lo que era sonreír. Todo ha vuelto a tener ese color gris y apagado que conocí después de la muerte de mis padres. Solo me queda esta última esperanza, una diminuta luz que quizá me demuestre que no es para tanto.

—¿Tú cómo te ves? ¿Te sientes feliz?

—No sé… —Suspiro—. Ni siquiera me veo.

Asiente, traga saliva y cierra la libreta.

—Lo que debemos destacar es que eres consciente de que has tenido una recaída. Quiero que estés muy orgulloso por haber tomado la decisión de volver, cuando ambos sabemos lo mucho que te suele costar pedir ayuda. Necesito que entiendas que habrá que ir paso a paso y que será un camino con baches, no un recorrido lineal. Pase lo que pase, recuerda que, juntos, lograremos buscar una salida para ti. Pero, sobre todo, no tengas prisa. No es una carrera, no hay ningún premio por salir de este episodio antes. Nuestro objetivo es que te recuperes, que vuelvas a verte. ¿De acuerdo?

—No sé si seré capaz.

—Sé que tienes la sensación de que este mundo negro que te rodea persistirá para siempre, pero no es así. Un día mirarás atrás y sonreirás por cómo has luchado. Y quiero que nos aseguremos de que ese día llegue a existir.

Noche 111

A: ¿Estás bien?

A: Te echo de menos.

Noche 143

A: Así que esto es todo…

A: Te he abierto mi corazón después de todo el daño que me hicieron y has decidido rompérmelo aún más.

A: Yo te quería. Mucho. Habría estado contigo en cualquier circunstancia.

A: ¿Es esto el final? ¿Decides no responder nunca más?

A: Ha pasado un mes desde la última vez que me hablaste. Te he dado espacio, he tratado de entenderte… Pero no vuelves. Estoy cansada de esperar algo que has dado por perdido.

A: Joder, Kei.

A: Has dejado que el miedo te gane.

A: Y en esta vida hay que luchar contra él.

Noche 145

K: Llevo tiempo dándole vueltas a lo que me contaste sobre los sueños. A que, cuando morimos, los que no hemos cumplido terminan convirtiéndose en papel hasta quemarse en el olvido. Creo que va más allá. Que los sueños son las historias que podrían haber existido, pero no tuvieron oportunidad. Son recuerdos que jamás llegaron a crearse. Momentos que solo existirán en nuestra mente. En nuestra memoria...

K: Me duele que hayamos terminado así, que todos los sueños de papel que me imaginaba entre nosotros hayan terminado rompiéndose. Por culpa mía. Algún día te lo explicaré. No creas que no me duele, que transformar los futuros recuerdos en algo imposible me está siendo fácil. Pero no estoy bien, Aidé. Ha sucedido un cúmulo de cosas en tan poco tiempo que no he podido llevarlo de la mejor manera. Primero fue la carrera, luego, mi hermano... Ha sido un proceso muy duro y, si te hubiese arrastrado conmigo, me habría sentido aún peor.

K: Creo que cuando quieres alguien de verdad, también eres capaz de dejarlo ir. Y creo que tienes que volar, sin mí. A pesar de que mi cabeza chille que te quedes. A pesar de todas las ganas que tengo de abrazarte de nuevo, besarte, tocarte, verte...

K: A pesar de todo, quiero que seas feliz.

K: Por eso, cuando seamos sueños de papel, seguiré pensando en ti. Para que nuestra historia no quede en el olvido. Para que en mi cabeza sigamos estando juntos.

K: Tú me has hecho volver a creer en mí. En el amor. En todo.

K: Tú...

K: Estoy enamorado de ti.

K: Pero no puedo dejar que te enamores de mí. Yo tengo que curarme.

K: Gracias por todo, mariposa de pan. Debes seguir este camino sin mí.

K: Te quiero.

[V]
cuando las luces sean de papel

You don't have to be sorry for leaving and growing up.

Luz 1

La casa está sanando. A su ritmo, sin prisas, pero lo está haciendo. Las palabras vuelven a salir de aquel pozo profundo donde no había más que oscuridad. Lorenzo está recuperando esa sonrisa que tanto echaba de menos. La vida vuelve a tener ese sentido que parecía no querer regresar nunca. Sigo teniendo esa sensación de bajón, no tan fuerte como hace unos meses, pero a la mínima vuelve a doler. Tuve la suerte de conocer los síntomas, de poder avisar con tiempo a los que me rodeaban para no caer tan hondo, porque si no, cada hora que pasaba, habrían terminado siendo dos horas más de recuperación.

No tengo claro qué camino estoy recorriendo, sigo igual de perdido y desesperanzado al saber que mi vida está parada. Yo no sigo y todo el mundo avanza. Arnau trata de hacerme entender que no pasa nada, que algunos tardamos más en descubrir lo que nos apasiona. Que es mejor estar quieto y tratar de buscarte que seguir bailando canciones que no te gustan.

Apago el televisor y me quedo mirando un momento la pantalla negra. Lorenzo se está duchando mientras se está cociendo la pasta. Últimamente paso más tiempo en casa de mis madres. Es triste que haya sido a partir de aquel suceso, aun así, me he dado cuenta de lo mucho que me había alejado de mi familia por el simple hecho de querer sentir que estoy creciendo. Cuánta tontería se nos mete a veces en la cabeza, sobre todo la de desear hacernos mayores. Luego el tiempo pasa y, cuando queramos regresar a aquellos tiempos en los que fuimos felices, no podremos.

El móvil vibra y estiro rápidamente la mano para alcanzarlo, con la esperanza de que sea ella. Es mi madre. Respondo a la pregunta que me ha hecho y vuelvo a dejar el teléfono donde estaba, con un nudo en la garganta. Duele saber que la he perdido. Me arrepiento tanto de haberla forzado a alejarse de mí… Ha pasado ya medio año desde aquel último mensaje que envié. No obtuve respuesta. Ahora estoy recibiendo el dolor que le di. No me quejo, porque sé que es lo que me

merezco. No puedo exigir que haga como si anda, pues nuestro camino está plagado de heridas y, para que se curen, tiene que pasar el tiempo o tenemos que olvidarnos.

Aparece mi hermano con la toalla enroscada en la cintura y el cabello húmedo. Me ve e intuye lo que sucede. Decide sentarse a mi lado. Como siempre —por mucho que intente evitarlo—, mis ojos se desvían durante un milisegundo hacia esas cicatrices de sus brazos. Cada vez que las veo se rompe un pedacito más de mi corazón. Nada más pensar que se sentía tan solo que tuvo que recurrir a hacerse daño es suficiente para darme cuenta de lo que somos capaces de hacer para sentir algo. Paso el brazo por su hombro y lo atraigo a mí para abrazarlo. Lo quiero mucho. Siempre ha estado conmigo.

—Kei...

—Dime, hermanito.

Se aparta lentamente y juguetea con las manos. Parece que quiera decirme algo, pero no tiene la suficiente fuerza para atreverse. Dejo que pasen los segundos y espero, pacientemente.

—Creo... —Carraspea—. Creo que quiero volver a jugar.

Me invade una oleada de felicidad. Eso significa que está curándose, que quiere retomar el camino del que tuvo que desviarse durante un tiempo.

Porque la vida también consiste en eso: en parar y romperse para madurar. Hay momentos en los que los sentimientos son tan potentes que creemos que es el fin de todo. El fin de la vida. Aun así, esos instantes son minúsculos. Se hacen eternos porque duelen, pero solo es un uno por ciento de lo que llegamos a escribir en nuestro libro de la vida. A veces, ni eso.

Asiente para sí mismo y yo le pongo la mano en la pierna, como muestra de cariño.

—Si estás seguro, creo que es la decisión correcta.

—Lo echo de menos, pero tengo miedo.

—No dejes que te ganen, Lorenzo. Jamás. Vuelve y demuestra que estás orgulloso de lo que eres. Debes estarlo.

Sonríe con los ojos brillantes y yo le devuelvo el gesto. Me basta con fijarme en su mirada para saber que ha conseguido encontrar la primera luz hacia el camino donde sanar. La primera de siete.

Y siento un alivio.

Porque una luz suya significa una luz mía.

Luz 2

—¿Has entrado?

—He entrado.

Giro mi cabeza hacia Arnau y me quedo sin palabras. Él está igual de quieto que yo, sin saber cómo reaccionar. Me levanto de la silla, dejo el ordenador con el resultado de color verde y me dirijo hacia el salón, con la mano en la boca. Suspiro y Arnau se acerca a mí.

—Has entrado, Kei.

—¡Lo he conseguido! —chillo.

—¡¡Lo has conseguido, joder!!

Saltamos como dos niños después de haber ganado un partido y lo abrazo con todas mis fuerzas; mi vida vuelve a cobrar sentido. Después de todas las noches que me he pasado estudiando para rehacer la prueba de acceso a la universidad, de esos momentos en los que creía que jamás lo iba a lograr, de ese síndrome del impostor que recorría mis venas cada vez que algo no me salía… Después de todo eso, lo he logrado. He conseguido entrar en la carrera de Arquitectura.

Las lágrimas empiezan a caer por mis mejillas al ser consciente del largo camino que he tenido que recorrer el pasado año. Y también al recordar los ojos de aquella chica que un día conocí. Sé que estaría orgullosa de mí, aunque ahora no pueda verlo con mis propios ojos.

Me viene el recuerdo de cuando era pequeño y construía figuras siguiendo las instrucciones de papel azul paso a paso y notando mariposas en el estómago. Los ojos se me humedecen de alegría. ¿Quién diría que yo terminaría estudiando algo totalmente diferente a la mecánica? ¿Quién llegaría a pensar que volvería a estar motivado por estudiar? Mi yo de hace unos años ni se lo creería. De hecho, se reiría, ya que no se imaginaría ni un poco lo que le esperaba.

Es bonito notar que las cosas están teniendo su recompensa. Que el dolor que un día sufriste se transforma en calma. En paz. Hay días en los que dudas y, por eso, cuando llega, es abrumadoramente increíble.

—Vas a ser el mejor arquitecto, lo sé.

—Tengo ganas —asiento ilusionado—. Ganas de seguir y no parar hasta ver el final.

X

Una aguja recorre aquellos labios,
sabedora de que debe coser
sonrisas que ya no saben crecer.

Antes de perforar sin vuelta atrás
pregunta aquello que duda:
«¿Cómo de duro te han golpeado?».
La persona envuelta en un halo frío
responde sin pensarlo:
«Píncháme y lo verás».

La aguja baña su poder y empieza a herir,
cuando ve que su herida no duele
se da cuenta de que lo que tiene delante
solo es un cuerpo
entre lágrimas.

Y que la persona que un día fue
hace tiempo que murió.

Luz 3

«Yo puedo», me repito por undécima vez. El examinador me mira de reojo con la carpeta pegada al pecho.

—Cuando quieras empezamos —dice, lo más tranquilo posible.

Carraspeo y miro adelante sin fijarme en nada. Este es el momento de superarme, de demostrarme una vez más lo que valgo. Me ha costado mucho llegar hasta donde estoy y toca arrasar con todo. Desvío la mirada hacia el examinador y le sonrío, dándole a entender que estoy más que preparado. Él saca su bolígrafo del bolsillo, yo pongo las manos en el volante, miro por el retrovisor si pasa algún coche por la carretera y empiezo a salir de la zona de aparcamiento. Hago todos los movimientos que he practicado: embrague, volante hacia la derecha, avanzar, parar, volante hacia la izquierda. En un abrir de cerrar y ojos ya estoy avanzando en línea recta a la espera de indicaciones.

—Gira a la derecha.

Giro a la derecha.

—Cuando llegues a la rotonda, sal por la tercera salida.

Salgo por la tercera salida.

Hago todo lo que me pide, controlando los semáforos, los adelantamientos, los peatones, las señales y sin hacer ninguna locura que me pueda llevar directo al suspenso. Cuando terminamos, no me dice nada. Simplemente me mira con una ligera sonrisa y me dice que en nada recibiré los resultados. Salgo contento, sabiendo que ha ido genial. Que me he superado a mí mismo. Me da igual si suspendo —aunque lo dudo— porque sé que le he dedicado todo mi esfuerzo. Y puede parecer una estupidez, al fin y al cabo es algo que un montón de gente ha llegado a sacarse, pero para mí es un logro más. Algo que sé que años atrás me habría costado mucho creer que conseguiría.

Tocar el volante me daba terror. Un auténtico miedo. Todo porque, de alguna forma, me recordaba que podría terminar en accidente, muriendo como mis padres. Un coche no tiene nada que ver

con un tren, pero la idea de dejar a mi hermano solo para siempre me aterraba.

Por eso estoy orgulloso.

Porque paso a paso estoy consiguiendo superar miedos.

Y confiar en mí, que es lo más importante.

Luz 4

—¡Cumpleaños feliz...!

Mi madre deja una tarta de tres chocolates delante de mí y me da un beso en la frente mientras se coloca al lado de mi otra madre y de Lorenzo. Miro la mesa, rodeada de gente que me quiere y me aprecia, que ha estado ahí a pesar de todas las caídas que he tenido. A pesar de todo los veo aquí. Conmigo. A mis abuelos, a mis tíos, a Arnau. Sonrío cuando me piden que formule un deseo y miro las velas, divertido.

Veintidós años.

Ya no soy un niño, ni tampoco un adolescente. Soy mayor. Soy diferente. Me siento nuevo y cambiado. Con una forma distinta de ver las cosas y un corazón que antes no era capaz de querer tanto. Con esa madurez que me ha sorprendido ver reflejada en mí, pero que tampoco me arrepiento de dejar crecer.

Ni siquiera me apetece quedar por quedar con una chica, ni salir de fiesta a todas horas, ni mucho menos hablar vulgarmente o hacer cosas sin pensarlas dos veces. He cambiado. Estoy cambiando.

Reviso con los ojos la tarta de chocolate y una enorme tirita me rodea cuando me entra el deseo de comérmela sin remordimientos. Sin pensar si engorda demasiado o son demasiadas calorías. Después de aquel periodo he tenido problemas con la comida. Poca gente lo sabe. De hecho, solo se lo he dicho a mi psicóloga. No me gusta hablar de esto. Es demasiado personal.

Parece mentira que aquellas caídas que parecían haberme destrozado para siempre estén curándose. Vuelven a pedirme que sople las velas y miro los dos dígitos de color rojo, cuya cera se está derritiendo por el calor. Sonrío, cierro los ojos y pido el deseo.

Recibo miles de abrazos. Miles de besos. Miles de aplausos.

Y miles de razones por las que seguir adelante.

Luz 5

—No sabía que la vida era tan colorida.

—¿Por qué dices eso, Kei?

—No sé, creo que he pasado demasiado tiempo sin fijarme en los detalles.

—¿Sabes qué significa eso?

Le sonrío. Ella me sonríe.

—Que estoy volviendo a ser yo.

—Algo mucho más fuerte. Has recuperado tu sonrisa.

Noto que se me humedecen los ojos y asiento para mí mismo. La psicóloga se quita las gafas y las deja en la mesa mientras cierra la agenda.

—Eres un ser de luz, Kei.

Dejo que una lágrima caiga por mi mejilla y le doy las gracias por todo lo que ha hecho por mí. Por todas las veces que me ha visto hundirme y me ha animado a levantarme.

—Hace tiempo me hablaste de que creías que habías muerto. De que las siete caídas te habían destrozado. —Trago saliva—. ¿Recuerdas qué te dije?

—«De todas las caídas nacen luces.»

—¿Y cuántas luces llevas ya?

—Muchas más de las que pensaba que iba a lograr.

—¿Y cuántas quieres conseguir?

—Muchísimas más. Quiero luchar por mí. Por demostrarme el valor que me merezco. Sé que he mejorado bastante respecto a aquel día, pero siento que todavía hay camino que recorrer. Y tengo más ganas que nunca.

Luz 6

Soy feliz.

Soy feliz.

Soy feliz.

Soy jodidamente feliz.

Joder, qué bien sienta decirlo.

Me tumbo en la cama mirando hacia la ventana de mi habitación y sonrío, a pesar de que aún perdure ese tono gris. Porque ya no me da miedo. Ya no les tengo miedo a esas nubes que de vez en cuando aparecen para querer devolverme a la tormenta. He sabido encontrarme de nuevo, buscarme entre tanto miedo a perder.

Estoy cursando algo que me encanta, algo que si no hubiera luchado hasta el final no habría descubierto. En mi interior vuelvo a notar esas ganas de ver mundo y descubrir lugares. Estoy comiendo bien, hago deporte de vez en cuando, estudio para ser el mejor arquitecto y, lo más importante, me siento yo. Me siento Kei.

Por eso sé que estoy viviendo. Porque soy yo. Yo y yo.

Mi hermano triunfa en el mundo del fútbol y está saliendo con un chico; ha soltado el miedo a ser odiado por querer. Mi madre ha conseguido volver a trabajar de lo que de verdad le apasiona, ha perseguido ese sueño hasta convertirlo en realidad.

Está todo bien.

Esto es la vida.

Caerse para luego encontrar la luz.

Entrecierro los ojos cuando aparece un destello azulado en una esquina del marco. Con los brazos me apoyo en la cama para acercarme más. Es una mariposa. Una maldita mariposa morpho. Observo sus perfectas imperfecciones y... la recuerdo. A ella. A la chica que revolucionó mi mundo. A la que tiene un ojo de cada color. Al error que nunca debí cometer.

Sin pensármelo dos veces, corro hacia mi móvil. Empiezo a escribirle sin controlar mis emociones. Le cuento lo feliz que soy, lo

mucho que ha cambiado mi camino y que me estoy curando de las heridas que solía ocultar. Sin embargo, antes de darle al botón de enviar, me fijo en la fecha del último mensaje.

Tres años.

Termino por apagar la pantalla con los ojos clavados en la mariposa, que mueve sus alas lentamente contra el cristal. Sin remordimientos, sin dolores. Lo hice lo mejor que pude. No tomé las mejores decisiones, pero no puedo culparme por no saber controlar las emociones de aquel chico perdido.

Sonrío, nostálgico. Ella ya ha alzado el vuelo. Ahora me toca a mí.

Y volaré.

Volveré a ser aquella mariposa que un día fui.

Volaré altísimo.

Hasta que nos volvamos a cruzar.

XI

Ella nació entre estrellas apagadas.
Desde aquel día se preguntaba:
«Si no brillo yo por todos,
¿quién lo hará?».
Y ayudó todo lo que pudo.

Ella siguió pintando el negro,
transformándolo en aquello
que debería ser vida.
Nadie la avisó de que estaba gastando
su propia luz.
Y nadie la ayudó a brillar
cuando sentía que no se volvería a levantar.

«Si brillé por ellos,
¿por qué no pueden brillar por mí?»

Su color fue apagándose,
como si se tratara de una cerilla
en sus últimos segundos.

Ya no había nadie que ayudase a brillar.
Ahí, entonces, los demás se preguntaron:
«¿Qué ha sido de la estrella
que ayudó a brillar
cuando no había brillo?».

[Se acostumbraron tanto a tenerla
que cuando se fue
se dieron cuenta de lo imprescindible que era.]

Luz 7

K: Sé que este mensaje no te llegará, que lo nuestro se ha acabado, pero no puedo no decirte esto. Necesito escribirte estas palabras que mi corazón pide que te regale porque, a pesar de todo, te las mereces. Han pasado tres años desde la última vez que nos vimos, desde que estuvimos en la terraza disfrutando el uno del otro y te regalé esos pendientes en forma de mariposa. Tres años de todas aquellas citas que tuvimos por Barcelona para que me enseñaras tu ciudad y yo pudiera imaginarme una ciudad contigo. Tres años desde que me robaste los libros —todavía te odio un poquitín por eso— y terminaste obligada a venir a ayudarme. Tres años desde que te enseñé la tortuga de libros y decidí dejarte entrar en mi vida. Todavía los siento detrás de mí, como si el tiempo no hubiera pasado. Como si fuéramos eternos. Aun así, no lo somos. Solo somos un recuerdo, un sueño de papel. Sé que no lo hice bien, si pudiera regresaría y le diría a mi yo del pasado que se aferrara a ti. Pero me pudo el miedo, como bien dijiste, y ese es el peor enemigo del ser humano. Quiero que sepas que guardo todos y cada uno de nuestros momentos en una caja. Me hablaste de que tu abuela tenía guardados todos los sueños que no había podido cumplir y yo he decidido guardar todo lo que sí pudimos vivir tú y yo. La he llamado la caja de las luces. Supongo que porque cuando estaba contigo todo era luz. Color. Vida. Todo tenía sentido, Aidé. Por eso me duele pensar que haya podido apagar tu luz. No sé cómo estás, ni qué será de ti. Solo espero que estés triunfando, demostrando lo que vales. Ya sabes que estás llena de talento. Que eres arte. Mi vida está tomando forma, mucho más de lo que imaginaba. Espero que un día podamos ir a tomar un café para contarte lo que ha sido de mí. Sé que nos reencontraremos. Quizá no te acuerdes de mí para aquel entonces, pero tus ojos son imposibles de olvidar. Y si alguna vez me cruzo con un mundo azul y otro marrón, no dudaré en nadar entre ellos. Aidé, hemos hecho historia. Hemos roto la leyenda de Sant Jordi porque tú fuiste la caballera que me

salvó del dragón. Dicho todo esto, te quiero. Te quiero, te querré y te quise. Y si terminamos siendo un sueño de papel, será el más bonito de todos.

[VI]
cuando las mariposas sean de papel

How many people change?
How many lives are living strange?

XII

—¿Que por qué la dejé ir? Porque no podía arrastrarla conmigo. Sé que ella me quería, pero ojalá se hiciera una idea de lo mucho que la amo yo. Tanto, que tuve que dejar que siguiera su camino lo más lejos posible del mío. No podía ni sonreír. Estaba cayendo en el vacío y no pensaba dejar que ella se precipitara conmigo. Se merecía brillar, se merecía su futuro. Dolió, pero espero que algún día me perdone, porque querer también es saber cuándo parar y cuándo seguir.

siete años después

Morpho

El tiempo pasa tan rápido que terminamos recordando más que viviendo. A medida que te vas haciendo mayor, las agujas del reloj aceleran y no esperan a que puedas respirar. Para cuando te permites perder unos minutos en apreciar lo mucho que has corrido, te das cuenta de todo lo que has construido para ser quien eres. De lo increíblemente horrorosos que han sido aquellos pasos a ciegas y de lo fuerte que has sido por no rendirte.

Hubo una temporada en la que dejé de diferenciar el día de la noche. Vivía con pasos programados, pues había dejado de sentir lo que era tener ganas después de recorrer mil caminos que pensaba que habían terminado. Ahora, sin embargo, tengo la sensación de que vuelvo a tener el control de lo que hago. De que, a pesar de lo impredecible que es todo, puedo tener una ligera idea de lo que me depara el futuro.

Abro el cajón donde guardo mis joyas, saco una caja pequeña de madera y la abro. Dentro encuentro una cantidad infinita de pendientes. Me invade una sonrisa nostálgica cuando me encuentro con aquellos en forma de mariposa; el de la derecha marrón y el de la izquierda azul claro, como las mariposas morpho. Los saco con cuidado e inspiro profundamente. Una vez los tengo puestos, en mi cabeza resuenan todos los momentos que vivimos. Dudo unos instantes en dejármelos puestos, tanto yo como mi corazón saben lo que significan. Sonrío y me centro en recordarnos. Sacudo suavemente el cabello para que caiga mejor encima de mis hombros desnudos y, durante un instante, tengo la sensación de que él sigue aquí, a mi lado. Como si su mano rodeara mi cintura y nuestra historia jamás hubiera llegado a su fin. Niego con la cabeza. Él no ha vuelto. Nunca lo hará. Han pasado diez años desde que recibí su último mensaje. Y todo ha cambiado.

No soy aquella chica de diecinueve años que tenía miedo a no ser

suficiente. Tampoco aquella de veinte que lloraba pensando que su amor jamás iba a ser correspondido. En mis ojos se ve la oscuridad del pasado, pero también la ilusión por descubrir lo que no está escrito. Supongo que eso es lo que me diferencia de esa chica: la madurez. Saber que nada es para siempre y que la vida sigue a pesar de todo.

El momento en el que él desapareció de mi vida fue duro. Pasé de querer conocer cada mancha de su cuerpo a tener que vivir sin verlas ni una vez más. Fue como si me arrancaran un pedazo de mi futuro y me prohibieran soñarlo. Era todo un querer y no poder. Un podríamos haber sido y nunca llegamos a ser. Tenía la sensación de que vivimos algo que jamás fue conocido. Una historia que me dio la sensación de que duró años que fueron simples instantes.

Los primeros meses sin él fueron devastadores. Lo odié, quise que todo le fuera mal, que jamás encontrara al amor de su vida, que se arruinara, que muriera. Traté de borrar cada recuerdo, guardé todos sus regalos en el trastero, eliminé su contacto y me prometí que jamás lo iba a perdonar. Estaba devastada por lo que prometió y por lo poco que terminó siendo real. Traté de comprenderlo, de buscar la razón de todo lo que hizo. Miré una y otra vez sus mensajes, pero sin encontrar la explicación necesaria. Simplemente se había ido. Tan solo quería llorar, hundirme y buscar la forma de borrar todo lo que tuviera que ver con él. No quería ni mencionar su nombre.

El dolor era demasiado reciente para diferenciar entre guardar un recuerdo y dejar ir a una persona.

Luego empecé a pasar página. A transformar el odio en pequeños recuerdos de lo vivido. Seguía teniendo una herida que iba a costar años sanar, pero sabía que no podía quedarme con una mancha en el corazón para siempre. Que lo nuestro, a pesar de ser intenso, terminó siendo pasajero. Tenía la esperanza de que volviera. De que solo fuera un pequeño desliz o de que algún día llegaría un mensaje suyo. Luego, al pasar los días, me daba cuenta de que todo el amor que nos teníamos había terminado rompiéndose en pedazos. Poco a poco, fui olvidando su voz, su sonrisa y sus caricias.

Al cabo de los años, hablaba de él como un viejo recuerdo. Un ejemplo de lo que debería buscar siempre, a pesar de cómo terminó. La gente me preguntaba cuál había sido mi mejor romance y les hablaba del que nació un día lleno de rosas y dragones. Era consciente de que jamás llegamos a ser pareja, aun así, sentí como si hubiéramos

vivido una vida entera.

Seguía avanzando, pero él no desaparecía de mi cabeza. Entonces me di cuenta de que había conocido a mi otra mitad, solo que no fuimos tan fuertes como para querernos hasta cuando no hubiera luz. Éramos demasiado jóvenes para entender lo que era amar.

Hace cosa de dos años, un ingeniero alto de ojos verdes se acercó a hablarme mientras tomaba una clara a la orilla del mar. Lo seguí por el camino por el que quería conducirnos y terminamos enamorándonos. Al principio no quería avanzar, tenía la esperanza de que él y yo volveríamos a empezar nuestra historia. Luego supe que había llegado el momento de soltarnos; para siempre. Y lo olvidé. Dejé que entrara en mi vida aquel chico que estaba haciéndose un hueco en mi corazón. Kei fue borrado.

Y si en algún momento nos volvemos a encontrar, sé que no lo miraré con rencor. Que lloraré y le daré un fuerte abrazo. El que me quedé con las ganas de darle. Porque yo lo quise y lo querré hasta que me olvide de querer.

—Cariño, ¿ya estás lista?

En el reflejo del espejo me encuentro a aquel chico de ojos verdes, apoyado en el marco de la puerta. Lleva un traje negro, una corbata roja y el cabello revuelto, como tanto le gusta llevarlo. Sonrío ante lo guapo que está y él da unos pasos hacia mí para hacerme una suave caricia en la mejilla. Me abraza por la espalda y mece un poco su cuerpo al son del mío.

—Estás deslumbrante —susurra.

Me deposita un beso en el cuello y me sonrojo un poco. Observo la silueta que me hace el vestido Bardot de color rojo, con la falda entallada, la abertura lateral y la preciosa cola con *godets*; todo confeccionado en tela crepé. Me encanta cómo se ajusta a mi cuerpo y cómo reposan los tirantes caídos en mis brazos.

—Oliver, estoy nerviosa.

—Lo sé, pero mira hasta dónde has llegado. La gente te admira. Yo también.

Asiento y cojo el bolso de color dorado que había dejado encima del lavabo. Él se fija en los pendientes y los mira con curiosidad.

—Son preciosos, ¿los guardabas para una ocasión especial?

—Ha sido ver las dos mariposas y darme cuenta de que es el momento indicado de hacer entender al mundo que no tengo miedo

de volar. Que soy así, con mis heridas. Y que estoy orgullosa de quién soy y de lo que seré.

—Eres Aidé, maravillosamente Aidé.

Él suelta una risa cariñosa, me da un beso en la frente y hace un gesto con la cabeza dando a entender que deberíamos irnos. Me miro por última vez en el espejo antes de que me cambie la vida para siempre. Un destello brillante se refleja en la parte baja de mi oreja y sonrío. Luego apago la luz y salgo.

Cuando la limusina se detiene, me doy cuenta de dónde estoy. De lo grande que es este lugar y de lo rodeado que está de cámaras. Me paso la mano por el hombro, asustada. Oliver enreda sus dedos en mi cabello y dice las palabras que necesitaba oír: «Vuela, vuela alto». Cierro los ojos un momento, inspiro fuertemente y percibo una brisa a mi alrededor. Como si estuvieran naciendo unas alas. Quizá sí que estén ahí, solo es cuestión de creer. Trago saliva, miro a mi pareja. Me anima, emocionado, a salir a comerme el mundo, y le hago caso. Abro la puerta y pongo un pie en la carretera, dejando caer gran parte del vestido rojo. Cuando me levanto, me quedo ojiplática. Una gran alfombra roja seguida de unas escaleras de mármol blanco, protegido por unas filas de postes de oro y cuerdas de terciopelo rojo. Gente controlada por agentes de seguridad, *paparazzis* por todos lados, famosos a pocos metros de mí hablando con presentadores de televisión. Actores a los que he visto de niña, personas influyentes que jamás imaginé ver tan cerca. Un sueño que jamás creí que iba a lograr. Me enjugo alguna que otra lágrima. El barullo empieza a difuminarse y la voz de mi cabeza gana terreno.

«Lo has logrado.»

«Todo esto es tuyo.»

Oliver me rodea por la cintura y me da un toque para avanzar. A mi lado aparece un chico con pinganillo y miro a mi alrededor. Estoy en la ciudad de Los Ángeles, en la celebración de los premios Oscar. He sido nominada al premio a la mejor canción original. Tuve la oportunidad de componer una balada para la escena del baile de la película que está arrasando y ha terminado haciéndose tan famosa que... aquí estoy.

No sé si ganaré, pero en mi mente ya he ganado. No hay mejor premio que hacer algo que amas y saber que gusta a los demás.

Se siguen escuchando gritos, vítores, aplausos, sonidos de

cámaras. Los fotógrafos me piden que pose para ellos, las pancartas se mueven al son del salto de quien las sostiene. Veo una en concreto que se alza más que las demás, la leo y me llega un abrazo cálido que provoca que se me humedezcan los ojos.

Love me 'til we shine together.

Es el título de la balada que compuse. En este instante me doy cuenta de que he dejado huella en alguien, que la gente ha escuchado mi música. En este momento me doy cuenta de que lo he logrado. De que sin mi abuela no estaría aquí, a pesar de que ella ya no esté conmigo. Me viene a la mente mi yo adolescente tocando en el metro por pasión, la misma niña que ahora es una adulta y está en una de las ceremonias más importantes del cine. Ahora puedo decir que he cumplido un sueño.

Bajamos por el pasillo y nos colocamos hacia la mitad del patio de butacas. Mi corazón da otro vuelco cuando veo que en una está pegado mi nombre.

—No tengo palabras —susurro, con un nudo en la garganta.

—Las cosas más bonitas no necesitan palabras —responde Oliver.

Cierro los ojos un momento, quito el cartel, me lo pongo un momento en el regazo y lo cojo por las esquinas con las manos temblorosas. Él pone su mano encima de la mía y sé que mi vida está en su mejor momento. Tengo las emociones a flor de piel, no sé controlarlas. El camino que hay que hacer para llegar a la cima es muy duro; sin embargo, cuando se llega, parece que hayas construido un mundo entero.

Poco después llegan Thomas, Annie y Jasper: los cantantes y mi compañero compositor. Las luces se apagan, la ceremonia empieza. Me paso todo el rato tratando de olvidar que estoy nominada para no ponerme más nerviosa. Aplaudo, me levanto y río con algunos chistes hasta que anuncian el premio a la mejor canción original.

—Ha llegado el momento —murmuro.

—Confía, cariño.

Asiento para mí misma. Empiezan a enumerar a los nominados y el silencio reina en la sala cuando terminan. El corazón me va a mil. El ruido pasa a segundo plano, la gente desaparece, los colores solo se centran en el escenario, mis ojos miran únicamente el sobre que contiene el resultado. Todo se oscurece, todo empieza a dar miedo. Inspiro hondo y trato de controlar el pulso. «Esto va por ti, abuela.»

—¡Y el Oscar es para…! —El presentador abre el sobre y sonríe—: ¡Aidé Gil, Thomas George, Annie Brand, Nillan Holand, Jasper Bujak!

Una oleada de aplausos y felicitaciones. Me levanto, me coloco el vestido de color rubí y noto que se me humedecen los ojos.

—Te has comido el mundo, Aidé.

Asiento, con el corazón a mil por hora. Oliver me da un intenso y corto beso en los labios y me rodea con los brazos a la altura de la cintura.

Qué bonito es cuando un sueño de papel se convierte en realidad.

Qué bonito es sentirse así.

Qué bonito es encontrar un lugar en este mundo.

Qué bonito es vivir.

Monarca

—La infraestructura termina con un techo rústico en forma de cúpula y con entradas amplias. Alrededor de la parcela rectangular de acceso a los andenes habrá unos ocho pilares de madera: uno en cada esquina, dos a mitad de camino en los lados horizontales y dos en el centro para sujetar la estructura final. —Me acerco a la maqueta que hay en el centro de la mesa de la sala de reuniones y la señalo con la mano—. Los seis primeros, a una altura de diez metros, terminan bifurcándose para formar una hoja cristalina con una inclinación del treinta por ciento hacia el centro; de esta forma, al entrar, da la sensación de estar en un lugar cálido y hogareño. Finalmente, habrá cuatro árboles, uno en cada esquina. —Suelto un largo suspiro y sonrío, mirando a la gente que me está escuchando—. Esta será la futura estación. Gracias por su atención.

Todos se levantan y empiezan a aplaudirme. Sonrío satisfecho ante lo que he creado. No me puedo creer que un proyecto hecho por mí termine siendo la futura estación de tren de una de las ciudades más grandes del país. Después de tanto tiempo sin creer en mí, he sabido demostrar de lo que soy capaz.

Espero a que se vayan e intercambio un par de palabras con el jefe de ingenieros que llevará a cabo el proyecto. Dice que está muy contento con mi trabajo y que no se arrepiente de haberlo dejado en mis manos. Le estrecho la mano, se despide de mí y aprovecho para apagar el proyector. Me aflojo un poco la corbata, me paso los dedos por la barba de tres días y me acerco a la maqueta. Tengo una sensación en mi interior que no soy capaz de describir. Es mágica, casi etérea. Suspiro, con una sonrisa en la cara, y me asomo a la cristalera de la oficina. Se ve toda la ciudad, llena de rascacielos, bañada por la noche y las luces de los edificios. La atraviesa un caudaloso río, y termino desviando mi mirada hacia el London Eye. Me encanta esta ciudad, a pesar de que muchos días esté rodeada de gris. Tiene un encanto oculto. Una belleza que, si te paras a observarla, te enamora.

Han pasado cinco años desde que terminé la carrera, acabo de cumplir los treinta. En un abrir y cerrar de ojos ha pasado una gran parte de mi vida como si el tiempo fuera eterno cuando en realidad el contador avanza inexorable. Asomo la cabeza y veo a una pareja en la terraza del edificio de enfrente, bailando lo que parece una balada. Sonrío y me viene a la mente aquella chica de ojos de distinto color. Supongo que hay personas que jamás se olvidan, por muy poco tiempo que pasaran en nuestra vida.

Los primeros años sin ella, traté de centrarme en mí. En mejorarme, buscar formas de sanar mi salud mental y cuidar, sobre todo, mi físico. Seguía con la esperanza de que me llegara un mensaje suyo, aunque en el fondo sabía que eso no iba pasar. Conocí a algunas chicas, pero ninguna me llenaba lo suficiente como para ir a más. Estaba cansado de los líos de una noche. Durante ese tiempo todo fue un bucle en el que estaba muy cómodo. Dormir, café, gimnasio, universidad, estudiar, descansar, dormir. Día tras día. Fui muy feliz, demasiado. Todo iba perfectamente.

Luego llegó aquella conversación.

—Me han ofrecido un trabajo.

—¡Enhorabuena, tío!

Él no mostraba entusiasmo. En ese momento no lo entendí, llevaba mucho tiempo queriendo dedicarse a animación de videojuegos.

—¿Qué te pasa, Arnau? ¿Por qué no gritas de la ilusión?

—Es en Japón.

Dolió. Muchísimo. Más que nada porque sabía que nuestra amistad iba a empezar a disminuir hasta volverse invisible. Y no porque no nos quisiéramos, sino porque la vida no nos iba a mantener juntos a tanta distancia. Hicimos lo imposible para mantener el contacto, buscábamos horas en las que poder hablar, pero la relación fue muriendo poco a poco. Preferí guardarme el recuerdo que aferrarme a algo que ya era difícil de mantener. Estuve medio año viviendo solo, con una soledad abrumadora. Llegaba a casa cansado y pensaba que al menos podría estar con mi mejor amigo y distraerme. Luego abría la puerta y me encontraba con un lugar oscuro y frío; sin luz.

A finales de ese año se mudó al piso, un chico de mi clase. Había hablado lo justo con él durante el primer año de carrera, pero sabía

que buscaba piso para no tener que perder tres horas en el tren cada día. Le ofrecí la habitación de Arnau y él aceptó. Entonces empecé a descubrir pedazos de su vida. Entendí que todos tenemos nuestros baches y que, a pesar de ser diferentes, escriben parte de nuestra historia. Tuvo que superar una fuerte adicción a los diecisiete años. Lo admiraba muchísimo.

Terminamos siendo inseparables, haciendo todo juntos. Fueron tres años increíbles. Hoy en día, no me arrepiento de haberle dado la oportunidad de vivir en mi piso a aquel chico reservado. Aprendí tanto de él y me enseñó tantas cosas que sentí que era una de esas personas que llegaban a tu vida para mejorarla, para hacerte entender cosas que tú solo no habrías podido comprender. Después de la graduación, llegó el momento de despedirnos. De poner punto final a nuestra amistad. Él aprovechó una beca para estudiar en Estados Unidos y yo me decanté por ganar algo de experiencia laboral mientras me sacaba el máster.

Los veinticinco sirvieron para madurar aún más, para aprender lo que es cuidar de ti mismo y sacar lo mejor de ti. Rechacé algunas ofertas de trabajo porque sabía que no eran lo que buscaba. Si iba a dedicarme a eso, tenía que ser algo que realmente me apasionara. Lo tenía muy claro. Por suerte, casi a finales de año, poco después de terminar los estudios, llegó aquel correo de Fosters & Partners. Buscaban gente cualificada para diseñar una parada de metro en Londres y supe que ahí empezaba mi camino. A pesar de las infinitas recomendaciones que hicieron mis profesores y hasta la propia universidad —puesto que consideraban que era uno de los mejores estudiantes que habían tenido—, tuve que someterme a una serie de pruebas. A los veintiséis terminé mudándome al barrio de Chelsea y comencé las prácticas.

Cuatro años después, soy uno de los arquitectos más reclamados. No ha sido un camino fácil, estoy muy orgulloso de haber luchado sin parar. Sobre todo, le doy las gracias a aquel chico de veinte que pensaba que no había lugar en este mundo para él por seguir adelante.

—¿Todavía sigues aquí, Kei?

Aterrizo de nuevo en la realidad y miro hacia la terraza; ya no está aquella pareja bailando. Sonrío y miro por encima del hombro a mi compañera.

—Ahora me iré. Estaba pensando en mis cosas.

Ella asiente y cierra la puerta. Aprovecho para mirar el reloj de mi muñeca. En cuanto veo que son las nueve de la noche, me pongo a recoger las cosas para irme a casa. Cierro el portátil, guardo las fichas técnicas, bajo las persianas, cojo el casco y reviso el móvil. Tengo varios mensajes de mi hermano en el grupo familiar, preguntándome qué tal me ha ido. Les envío un mensaje resumiéndoles la reunión y me dirijo al vestíbulo. Saco las llaves del bolsillo y sonrío para mis adentros cuando veo la moto de color negro mate aparcada en una esquina. Quizá no he terminado siendo piloto profesional, pero si algo sé es que he corrido como un auténtico campeón en esta vida. Enciendo el motor, me coloco el casco y me marcho hacia mi piso. Con una sonrisa, con mariposas en mi interior.

Se suele creer que solo se sienten mariposas en el estómago cuando estás enamorado, pero también aparecen si vuelves a encontrarte a ti mismo.

Abro la puerta principal y me quito los zapatos. Delante de mí se extiende un humilde hogar, con algunas plantas, muebles minimalistas y muchas maquetas esparcidas por todos lados. Suelto un suspiro a causa del cansancio acumulado de haberme pasado días durmiendo poco para poder preparar la reunión y voy directo a mi habitación a ponerme algo más cómodo. Luego me pongo a preparar una ensalada de pasta, tarareando canciones que van sonando en mi cabeza. Cuando dejo la pasta dentro de la olla, decido encender el televisor para que suene de fondo. Sale un canal aleatorio, saco una cerveza de la nevera y me pongo cómodo en el sofá, apoyando los brazos en el respaldo. Al segundo trago me doy cuenta de que están retransmitiendo los premios Oscar. El tiempo pasa tan deprisa que parece mentira que ya estén celebrando otra edición. Miro con cierto interés quiénes van ganando.

Poco después, escucho la alarma que he puesto para que no se me pase la cocción de la pasta y me levanto para terminar de preparar la ensalada. Le pongo queso, zanahoria, tomate, aceitunas y lechuga. Lo sirvo en un plato grande —tengo demasiada hambre—, y me dirijo de nuevo hacia el sofá. Estiro los pies sobre la mesita y ceno tranquilamente.

Llega el momento en el que se anuncian las nominaciones a mejor canción original. Como no son de mi interés, me levanto en busca de algo más de comer. Abro la nevera, rebusco en ella y suenan

esas palabras:

—¡Aidé Gil...!

Hay instantes en la vida en los que sucede un hecho tan inesperado que te quedas sin saber cómo reaccionar. Momentos en los que no eres capaz ni de mostrar emoción alguna; simplemente tratas de analizar lo que acaba de pasar. Este ha sido uno. Cierro la puerta de la nevera sin ser muy consciente de ello y me acerco a la pantalla. De pie. Sin palabras. Llevaba tanto tiempo sin escuchar su nombre... Ese que tanto me marcó. Ese que todavía echo de menos.

Abren el sobre que dictará el ganador. Sigo sin moverme ni un milímetro. Luego la nombran a ella. Y el yogur que llevaba en las manos cae al suelo. Dios mío. Me paso la mano por la boca y me aproximo, inseguro, hacia el televisor. Me coloco enfrente, tratando de analizar lo que estoy viendo. Mi corazón da un vuelco al ver a esa chica tan guapa con un vestido rojo precioso. Esa Aidé a la que un día conocí. Esa mariposa que, cuando la vi por última vez, tenía miedo de volar, y ahora está haciéndolo más allá del espacio. Mis ojos empiezan a humedecerse. Lo ha conseguido. Sabía que lo conseguiría. Se lo merece tanto... Veo que va a dar un discurso y me siento en el sofá, enjugándome algunas lágrimas. Podrá parecer una tontería, pero me siento orgulloso de ella. Está donde se merecía estar, aunque sea sin mí.

—Wow... —Sonríe, con los ojos brillantes y mirando de reojo a sus cinco compañeros—. No sé cómo empezar.

Suelto una risilla y me abrazo a mí mismo.

—Supongo que este es un momento que jamás pensé que llegaría. Me gustaría dedicar este premio a toda la gente que una vez fue yo. A todas esas personas que tienen miedo de perseguir sus sueños por si acaso fracasan. El camino no fue fácil, he tenido que superar muchas brechas, pero si algo sé es que todos tenéis un brillo, una mariposa en vuestro interior que hará brillar el mundo a su modo. Y no tenéis por qué ser famosos, a veces con regalar sonrisas basta. Con tener a la persona que quieres en tu vida, también. —Baja la mirada un momento y observa la estatuilla de oro—. Yo crecí en una ciudad llena de colores, con mi abuela. Ella fue quien creyó en mí, quien decía: «Cómete el mundo y demuestra que es tuyo». Por eso quiero terminar este discurso con sus palabras, en honor a la persona que más ha confiado en mí. Comeos el mundo y demostrad que es vuestro. Haceos

un lugar, valéis mucho más de lo que pensáis. Y volad. Volad alto. Muchísimas gracias por todo.

Empiezo a aplaudir con todas mis fuerzas y a silbar como si pudiera llegar a escucharme. Aidé baja del escenario, aún emocionada, y la recibe un hombre de ojos verdes. Al ver cómo se dan un beso, una puñalada atraviesa mi corazón. ¿Qué esperaba? ¿Que siguiera soltera? Sin embargo, logro apartar ese pensamiento y sonrío, feliz al saber que ha encontrado a alguien que la quiere.

Cierro los ojos un momento, apago el televisor y me paro a pensar en lo que habría sucedido si nuestro efecto mariposa hubiera durado más. Supongo que eso jamás lo sabré, que debería haber tomado otra decisión en aquel momento. Tampoco me puedo martirizar por aquello. Últimamente pienso que todo pasa por algo. Siento que cada cosa —buena o mala—tiene su razón.

A mi mente viene el recuerdo fugaz de la caja de madera que tengo guardada en la parte baja del armario. Con un pequeño impulso, me levanto y voy en su busca. Aparto algunas sudaderas, rebusco en el fondo y la saco. En la superficie se lee: «La caja de las luces», y sonrío, nostálgico, sabiendo lo que hay dentro. Abro la cerradura y me quedo observando la cantidad de recuerdos que contiene. Ella sabía que me encantaban los detalles, pero no que tengo la obsesión de guardarlos. Los enumero:

1) La nota que me dejó cuando decidió «tomar prestados» más de una veintena de libros.

2) El primer billete de metro que me compré para quedar en la parada de Rocafort.

3) El recibo del café que tomamos en aquel bar del barrio.

4) El mapa turístico de cuando estuvimos en el Parc Güell.

5) Una hoja de color verde que cayó en el suelo entre nosotros cuando estábamos contemplando las vistas de la ciudad en aquel mirador.

6) Una concha de la noche que pasamos juntos en la playa.

7) El billete de entrada al Tibidabo.

Voy sacando las demás hasta dar con el sueño de luz que más me gusta. Con aquel fragmento que define lo que fuimos y lo que

podríamos haber sido. Paso los dedos por la fotografía en la que aparecemos los dos en toalla, abrazados y mirándonos con cariño en el espejo. Repaso por enésima vez esos ojos que tanto echo de menos y suspiro. Luego le doy la vuelta y leo lo que puse.

> 8) La razón de que el chico de las manchas pasara a ser el chico de las rosas.

La devuelvo a donde corresponde, cierro la caja con cierto arrepentimiento y me quedo sentado en el suelo de mi habitación. Por un momento, se me viene todo encima. Soy feliz, estoy bien, pero no estoy con ella. Quiero olvidarla, pero no puedo. Por más chicas que trate de conocer, por más esfuerzo que haga, sigo pensando que ella me robó el corazón. Parece surrealista que conociera al amor de mi vida —si es que puede llamarse así— tan temprano. Lo peor de todo es que, por miedo, no estamos, sino que estoy.

¿Seguirá pensando en mí? ¿O habrá pasado página para siempre? La pregunta suena poco realista, después de ver cómo se miraban.

«Haz una locura.»

«Vete a por ella.»

Niego con la cabeza ante esos pensamientos repentinos y termino levantándome del suelo para ir al baño. Allí me miro, me observo con detalle. Tengo el cabello largo, pero lo suficientemente corto como para no tener que peinarme. Algunos mechones caen sobre mi frente, algunas arrugas empiezan a notarse. La barba ya no es tan espontánea como cuando nos conocimos. Ahora abunda tanto que podría parecer otra persona si me la dejara crecer bastante.

Me miro. «¿Ella me reconocería?»

Y suspiro. «Entre recuerdos.»

Reina Alexandra

Corro como puedo. Quedan tan solo dos minutos para el final. Conduzco el balón entre los pies con una agilidad sorprendente y se la paso al número diecinueve. Es un momento decisivo. Cierro los ojos un momento. Estrategia. Tengo que jugar con cabeza. Veo un camino, pero me decanto por el que podría crear yo mismo. Si quiero ganar, tengo que jugar donde nadie pueda imaginar.

Pocos segundos después el pasillo se empieza a agrandar y aprovecho un despiste para dirigirme hacia la vía libre. Un minuto. El número treinta y dos está en la otra punta del campo. Pienso rápidamente. Veo que el noventa y uno corre hacia el medio. Chillo una palabra que acordamos para momentos como estos. Él me ve y le hago una seña para que me pase el balón. Sin explicarle el resto de la jugada, me hace caso. Sé que puedo. Esto está en mis manos. Y pienso ganar. Tiro hacia atrás para hacer creer a los contrarios que me he rendido.

Los últimos segundos corren detrás de mí. Cuando mi defensa está concentrado con el que lleva el balón, choco con él y corro hacia la portería. Alzo la mano. El número noventa y uno me ve. Asiente, poniendo el voto de confianza en mí. Recibo el balón con el pie derecho, lo encamino hacia una esquina de la portería y justo cuando alguien trata de lanzárseme encima, salto. Me lanzo al vacío. Caigo en el suelo.

Cuando me levanto, los chillidos aumentan. Los confetis de color rojo salen disparados. Miles de vítores, aplausos. Sonrío hacia el cielo. Hemos ganado. Lo hemos logrado. A lo lejos veo que viene corriendo el noventa y uno. Lo recibo con los brazos abiertos, entre lágrimas. Un chico de ojos azules y cabello ondulado que me salvó cuando creía que vivir era de color negro.

—El mundo en nuestras manos, Lorenzo —susurra mientras me agarra de las mejillas.

—Nuestro mundo, Nicolás.

Sus ojos empiezan a brillar y aprovecho para hacerle una caricia en el brazo mientras el resto del equipo lo celebra con nosotros. Le susurro un *t'estimo*, él me lo devuelve y nos damos un beso en mitad del campo. En el centro de un estadio lleno de gente. Levanto el brazo como signo de victoria. Algunos pensarán que será por haber conseguido derrotar a uno de los mejores equipos del mundial, pero no es solo eso. No, esta victoria va más allá del fútbol. Va sobre vencer mis miedos y saber que jamás habría besado a un chico delante de tanta gente.

Separo mis labios de los suyos y mientras el resto del equipo nos recibe con abrazos y empujones victoriosos, decido mirar hacia las gradas. Veo a mucha gente alzando la bandera que tanto me asustó en su día, pintando cada esquina del estadio de todos esos colores que representan a mucha gente que todavía se siente callada. Dejo caer alguna lágrima por mi mejilla y sonrío.

Sonrío por seguir aquí, por ser feliz, por amar, por el fútbol.

Sonrío por estar.

Sonrío por haber superado cada cicatriz.

Morpho

Sienta bien volver. Pisar de nuevo esos lugares en los que exististe durante un tiempo y donde escribiste buena parte de tu historia. Últimamente no sabía si volvería a tener el placer de regresar al lugar donde crecí. Al lugar donde pensé que los cuentos existían y que de la sangre de un dragón matado por un caballero podía nacer una rosa.

Un día, hablando de lo mucho que nos apetecía hacer un viaje, nos dimos cuenta de que hacía mucho tiempo que no veía a mis padres. Porque aunque trabaje en algo que me apasiona, siempre viene bien parar, observar y recordar el propósito de nuestra existencia. De otra forma, es fácil sentirse atrapado en la rueda de la rutina.

Apoyo la cabeza en la ventana del coche amarillo y negro y voy observando los colores que tanto echaba de menos. Esos edificios pequeñajos, esos árboles en cada esquina, ese ambiente tan mediterráneo. En estos instantes te das cuenta de que hay que fijarse en cada detalle porque no sabes cuándo podrás regresar. Sonrío a la nada y pienso en cómo ha cambiado todo. Tanto la ciudad como yo misma. Al imaginar a aquella niña que corría detrás del autobús, se me anegan los ojos de lágrimas. Mi vida ha dado un giro brutal: de pensar que terminaría siendo profesora he acabado ganando uno de los premios más prestigiosos del cine. Supongo que esa es la magia: nada está escrito.

El vehículo se detiene justo delante del edificio de mi infancia. Oliver intenta hablar con el conductor, pero al ver que no lo entiende, suelto una risilla y decido encargarme de pagarle. Me alegra volver a hablar esa lengua tan bonita. Es agradable regresar al catalán. Cogemos las maletas y nos paramos enfrente del portal, observando cómo el taxista se va. Oliver me rodea por la cintura y me da un beso en la mejilla; supongo que se hace una idea de lo impactante que es para mí regresar a este lugar después de siete años. Ha sido una época de no parar. Tantos proyectos, tantas ganas de triunfar, han hecho que

el tiempo avance más rápido de lo que quería.

Alzo un poco la cabeza, sonrío al ver que la persiana está subida. Están en casa. Rebusco en mi bolso las llaves del portal. Quería que esta visita fuera una sorpresa, y si tuviera que picar al timbre todo se estropearía. Subimos al ascensor. Oliver está igual de nervioso que yo. Al parecer, aunque mis padres hayan venido alguna vez a Los Ángeles, sigue teniendo miedo. Le hago una caricia en la mano y él sonríe. Picamos a la puerta del piso. Es el momento.

Se abre. Y las lágrimas empiezan a brotar.

—Estás aquí... —dice mi madre, con la voz entrecortada.

—He vuelto, mamá.

Mi padre se asoma en el fondo del pasillo, y cuando me ve tira al suelo el mando del televisor y se lleva la mano a la boca mientras se acerca a nosotros. Mi madre da un paso adelante y rompe la distancia que nos había separado con un abrazo. Veo que Oliver se aparta tímidamente para concedernos nuestro momento y se lo agradezco mentalmente.

—*La meva petita!*

Mi padre me dedica un fuerte recibimiento y ni siquiera trata de ocultar sus sentimientos; tampoco ha sido nunca de esconderlos. Cierro los ojos y pienso en lo mucho que había echado de menos mi casa, a mi familia. Muchas veces no somos conscientes de lo mucho que necesitamos regresar a donde fuimos felices, aunque ese lugar empiece a romperse. Ellos ya no son los mismos que me despidieron en el aeropuerto antes de emprender mi viaje como solista de violín. Se notan los años, que empiezan a marcarse en cada arruga de su piel. En las canas que ya no son invisibles en papá y en ese tembleque constante en las manos de mi madre. Me mata pensar que ya les queda poco en este mundo, que sus vidas están a punto de completarse. Pero así funciona todo. No se puede cambiar.

—Mamá, papá. —Me aparto, tratando de recuperar un poco la compostura.

Él hace un saludo un poco tímido y mis padres corren a abrazarlo. Suelto una carcajada por lo poco fan que es del contacto físico. Mientras se ponen un poco al día, cojo las maletas y me adentro en el pasillo. A medida que avanzo, me invaden los recuerdos nostálgicos. Ese color anaranjado, difuminado por el paso de los años, y esa sensación pura y tierna en el corazón. Me veo corriendo por el

pasillo, pintando alguna pared de pequeña, dando volteretas, estando tirada en el suelo porque sí. Ojalá pudiese regresar a aquellos tiempos, donde lo más importante era irme a dormir a mi hora.

La vida es bonita cuando eres mayor, pero pierde toda esa magia en la que un día elegiste creer y luego desapareció.

* * *

Los primeros días los pasamos visitando Barcelona. Es increíble la de cosas que han cambiado en todo este tiempo. Supongo que, por mucho que quieras que todo siga como estaba, nunca será así. Cuando he vuelto a subir en un vagón de metro, una punzada nostálgica me ha hecho sentir mariposas en mi interior. Ahí sentada, rodeada de gente que no sabe la historia que hay detrás, mirando hacia los lados donde solía tocar el violín a los quince años. Luego me ha venido el recuerdo de mi abuela en la cabina del conductor, enseñándome para qué se usaba cada botón. Me he puesto sensible y Oliver se ha preocupado bastante; solo le he dicho que es la magia del lugar, que recuerdas y te das cuenta de lo feliz que eras.

El viaje estaba yendo de maravilla, hasta que el trabajo ha empezado a atrapar a mi pareja.

—Dijiste que desconectaríamos ambos —le recuerdo molesta.

Él se lleva las manos a la frente y se dirige hacia el balcón, suspirando. Niega con la cabeza y me mira; yo estoy sentada en la cama.

—Lo sé, cariño… —responde, bajando la cabeza—. Pero ya sabes que si no fuera importante no le haría caso.

Me conozco esas frases. Siempre son urgencias, y últimamente están empezando a tener más peso que yo. Estamos bien, pero, a veces, siento que no puedo competir contra su trabajo. Entiendo que ser director de una empresa es un no parar, pero necesito estar una semana tranquila con la persona a la que amo. Y muchas veces siento que no lo entiende.

—¿Qué gracia tiene estar aquí sin ti? —Trago saliva, desvío la mirada.

—No digas eso, cielo… —Niega con la cabeza, angustiado al ver que pienso que me está dejando de lado—. Solo serán un par de horas, ¿de acuerdo?

Jugueteo con mis dedos y termino asintiendo. No me queda otra opción.

—Solo dos horas, ¿vale?

—Prometido.

Me da un beso en la frente y se marcha al balcón para abrir el portátil; luego se coloca los cascos y empieza una videollamada. Me estiro en la cama y decido leer un poco. Da gusto retomar cosas que solías hacer en tu tiempo libre. Abro la primera página y me adentro en la historia.

Cinco horas después, él sigue trabajando. Me doy por vencida cuando veo que no tiene intención de cerrar la pantalla del ordenador. Hoy tenía pensado ir a dar una vuelta por la playa con él mientras observábamos cómo la luna se derrite en el agua, pero supongo que me tocará hacerlo sola. Me pongo un vestido naranja ligero y una chaqueta vaquera y busco el bolso de color negro. Me detengo cuando veo la bolsa de color marrón de tres mariposas que tanto me ha acompañado. La cojo con suavidad y paso la mano por la tela. Qué recuerdos. Qué de viajes hemos hecho juntas. Sin pensármelo dos veces, me la coloco en el hombro, guardo el libro y una toalla pequeña y me voy. Seguro que ni se ha dado cuenta de que me he marchado.

Salgo de la parada de metro de la línea amarilla y me dirijo hacia donde el sol empieza a esconderse. Estoy un poco decaída, pues he comenzado a pensar que quizá nuestro amor no sea tan fuerte como debería. Niego con la cabeza rápidamente y me repito a mí misma por enésima vez que solo son imaginaciones mías. Subo una pequeña pendiente rodeada de árboles y de pistas de básquet y bajo por un camino asfaltado hasta llegar a la entrada a la playa. Está bastante llena de adolescentes bebiendo o disfrutando de buena compañía. Mis ojos brillan al recordar las tonterías que hice a esa edad. Durante este viaje no he hecho más que ponerme nostálgica. Los treinta empiezan a pesar.

Veo un lugar bastante tranquilo, saco la toalla, la estiro en el suelo, me quito las sandalias y me siento. A mi lado hay un hombre con gafas de sol y barba tumbado en la arena. Saco el libro de la bolsa y me tumbo. Un chillido grave me hace mirar hacia el agua. Sonrío cuando veo que son dos chicos haciendo una especie de competición. Abro la página por la que me he quedado y me adentro en una realidad paralela.

«¿Tienes miedo, Potter?»

Y pienso: «Claro que no tiene miedo, sabe que su mundo está creado para él».

Monarca

Hace unos días que decidí volver a la ciudad donde pasé una parte de mi vida. Me dieron una semana de vacaciones y no dudé ni un segundo en coger el primer vuelo hacia mi casa. Mi verdadera casa.

Miro hacia donde están nuestras dos toallas tiradas en la arena y veo a una persona dejando la suya a nuestro lado. Le doy unos golpecitos a Lorenzo con la mano para que vea quién es y un gran abrazo cálido me rodea el corazón cuando sus ojos empiezan a brillar de aquella forma tan bonita. Luego sale del agua sin decirme nada y termina dándole un largo beso a su futuro marido. Porque sí, se van a casar. Parece mentira que todo empezase —según palabras de mi hermano— con un balonazo en la cara.

—¡Kei! —Nicolás estira la mano. Yo la rechazo y le doy un fuerte abrazo—. Ah, claro. No sabía cómo saludarte.

—Eres de la familia. Además, ya te dije que no te odio. —Suelto una carcajada, recordando aquellos tiempos en los que lo intimidé un poco; me salió la vena protectora.

Rebusco en la mochila y saco las gafas de sol de estilo militar que tanto me gustan. Me las pongo y coloco los brazos detrás de la cabeza. Luego saco la gorra, la uso para taparme los ojos y los cierro. De fondo voy oyendo el graznar de las gaviotas que revolotean cerca de la costa junto al romper de las olas. Se respira una sensación salada en el aire, mezclada con los tonos cálidos del verano.

Un chillido me despierta media hora después. Abro un ojo y veo a mi hermano y a su novio jugando en el agua. Cuando me despejo, me doy cuenta de que estoy ardiendo. Parezco un horno recién calentado. Me trato de incorporar con la intención de mojarme y bajar mi temperatura corporal y entonces veo a una mujer a unos metros de mí. Me fijo en lo bien que le queda ese vestido veraniego de color naranja. Trago saliva. Una sensación nostálgica me invade. Es una desconocida, ¿por qué parece que la conozca de toda la vida? Justo cuando me quito las gafas y la gorra, me viene un *flashback* a la

memoria. Una idea fugaz. Un recuerdo importante. Un hecho que quería volver a ver alguna vez en la vida.

«No. No puede ser», pienso.

Vuelvo a mirar a la mujer y me doy cuenta de que lleva puestos unos pendientes en forma de mariposa. Me quedo sin aire y el corazón me deja de latir. Es imposible que sea ella. No puede serlo. Las manos me empiezan a temblar ante la mera posibilidad de que este sea el reencuentro que tanto tiempo llevaba esperando. Pero ¿aquí? ¿Hoy? ¿Ahora? Me paso la mano por la cabeza y me muevo, inquieto, en la toalla. Si tan solo pudiera ver sus ojos, si girara la cabeza hacia donde estoy y me permitiese comprobar si esos iris son los que tanto he echado de menos durante esta pasada década... Pero no lo hace, sigue quieta, concentrada en el libro que tiene entre sus manos. Tengo que llamar su atención de alguna forma que, si al final no resulta ser ella, acabe en una anécdota, aunque dolorosa.

Busco en la mochila cualquier cosa útil. Al ver una hoja de papel, sonrío para mis adentros. Quizá sea hora de recuperar la afición por la papiroflexia.

Los primeros intentos son torpes, y termino arrugando la hoja un poco más de lo que debería. No obstante, unos minutos después tengo una avioneta de papel. Puede que sea todo o muy de película o pueril, pero nunca he sido de ir por el camino fácil. Trato de apuntar hacia el objetivo y calculo la fuerza que debería hacer para que recorra la escasa distancia que nos separa.

«No me puedo creer que vaya a hacer esto», suspiro.

Cierro los ojos un momento. Esto podría ser el inicio de una nueva etapa de mi vida o el final de una que no había llegado a cerrar. Suelto todo el aire que estaba conteniendo y alzo el vuelo de la avioneta de papel con la esperanza de que salga bien. Recorro con la mirada el camino que traza con el pulso en los oídos; hacía tiempo que no estaba tan nervioso. Cuando me parece que le va a dar en toda la cara, me empieza a parecer una mala idea. Entrecierro los ojos con miedo y deseo no haber hecho eso. Pocos segundos después, el avión termina aterrizando de forma torpe al lado de la esquina de la toalla.

Y el mundo se detiene.

Ella mira la avioneta de papel.

Sus ojos se cruzan con los míos.

Y todo parece imposible.

Todo parece un sueño.

Me quedo perplejo ante esos mundos de color marrón y azul que tanto me gustaba ver y me doy cuenta de que en su mirada se expresan un montón de emociones. Miedo. Angustia. Nostalgia. Dudas. Amor. Olvido. Timidez. Esperanza. Ninguna es lo suficientemente fuerte como para chillar. Parpadeo un par de veces y saludo con la mano. Ella me devuelve el gesto muy tímidamente, sin saber muy bien qué hacer. Está tan cambiada... Parece una persona completamente diferente. Lleva el cabello largo, unas mechas de color dorado que reflejan la luz del sol, gran cantidad de pulseras y una vibra diferente. Como si hubiera renacido su forma de ser. La estoy mirando y siento paz. Una paz absoluta y abrumadora. Cuando la vi por primera vez, en Sant Jordi, ya supe que tenía el don de convertir la oscuridad en algo increíble, pero ahora me convenzo de que lo que la atormentaba se ha convertido en flores. De que ha podido alzar el vuelo y convertirse en la mariposa más libre del universo. Y eso me hace feliz.

Decido ponerme de pie. Ella hace lo mismo. Somos dos personas que se quisieron durante un tiempo, pero que se separaron cuando intervino el miedo. Dos universos que chocaron en un momento en el que se estaban creando demasiados agujeros negros. Dos estrellas que querían brillar juntas cuando una no sabía hacerlo por sí sola. Dos mariposas que no tienen miedo a volar, a pesar de que en sus inicios creyeron que jamás lograrían nada por sí solas. Dos seres rodeados de un mundo lleno de gente que solo deseaban reencontrarse.

Un pie avanza por sí solo hacia ella. El nerviosismo invade cada rincón de mi cuerpo. Los ojos empiezan a humedecerse. Los recuerdos surgen a flor de piel, reproduciéndose en medio de nosotros. Me veo abrazado a ella, dándole un beso. Me detengo y observo cómo todos los momentos que hemos vivido flotan por la arena, como si se tratara de un lugar en el que recordar lo que ya no estamos viviendo. Siento que el corazón se me encoje y sacudo la cabeza. Todo eso da igual, porque la tengo delante.

En este instante me doy cuenta de que mi amor por ella nunca murió, solo aprendió a seguir sin esperar más abrazos suyos. En este lugar los sueños de papel pueden convertirse en realidad. Y tengo miedo, porque no sé qué nacerá aquí. Solo tengo claro que esta vez no la dejaré ir si me da la oportunidad de quedarme a su lado el resto de su vida.

Ella se detiene a una cierta distancia, con la mano en la boca. Ninguno de los dos se cree que esté existiendo este reencuentro. De sus ojos brota una lágrima. Sin rencor ni rabia; de pura nostalgia y deseo de encontrarme de nuevo. Trago saliva, un alambre de púas me rodea el cuello, me ahoga. Los latidos de mi corazón aumentan de volumen, hasta parecer casi bombas capaces de destruir medio mundo.

—¿Eres... eres tú? —pregunta, con un hilo de voz.

—Sí —asiento, con las lágrimas a punto de salir—. ¿Y tú...?

—La misma.

Ahogo un suspiro y vacilo, sin saber muy bien qué hacer. El color de la arena, el turquesa del mar, el cian del cielo..., pierden tonalidad y brillo. Se van apagando poco a poco y todo se potencia en ella. Ella y ella. Veo cómo se frota el hombro y suelto un leve susurro. Duele saber —y recordar— lo que significa eso. Sin decirnos nada, ladea el cuerpo, se aparta el cabello y deja a la vista tres mariposas. Una con las alas rotas, otra aprendiendo a volar y la tercera entera de color negro. Mi corazón da un vuelco. Recuerdo cuando me explicó la teoría del efecto mariposa.

En mi interior se crea la necesidad de abrazarla. De comerme el espacio que nos separa y aferrarme a la persona que más me hizo sentir. Cierro los ojos un momento, pienso con claridad y recapacito.

«Hace mucho tiempo que no os veis.»

«Eres un desconocido para ella.»

Pero cuando vuelvo a abrir los ojos, ella avanza rápido hacia mí y termina lanzándose a mis brazos. Estrechándome con fuerza contra su cuerpo. Tratando de traspasar todos los muros que construí después de perder a la persona a la que amaba de verdad. Lo consigue. Nuestras almas chocan de tal forma que, después de dos segundos quieto sin saber qué hacer, la estrecho con más fuerza. Y volvemos a crear el efecto mariposa más potente de la historia.

—Kei... —susurra, entre sollozos.

—Aidé... —susurro, entre sollozos.

La separo con suavidad y coloco mis manos en sus mejillas mientras le limpio alguna que otra lágrima.

—Estás guapísima.

Ella ríe, entristecida.

—Y tú igual.

Suelto una carcajada.

Nos quedamos mirando un segundo y terminamos envolviéndonos como si tuviéramos miedo de volver a separarnos para siempre. Este abrazo provoca que los diez años que hemos estado separados se compriman en un vórtice y desaparezcan para siempre. Como si hubiéramos puesto un agujero de gusano desde el adiós hasta el reencuentro y nos hubiéramos comido todos los días que pasamos sin tocarnos; sin querernos. Creía que iba a morir sin volver a cruzarme con ella. Por eso tengo miedo de soltarla. Lo hice una vez y fue la peor decisión que tomé en mi vida.

—Tengo tanto que contarte… —musito.

—Empieza desde el principio.

Morpho

Remuevo el café con leche con la cuchara mientras presto atención a lo que ha sido de la vida de Kei en estos últimos años. Es una sensación muy extraña pensar que estoy con un hombre que es tan desconocido como conocido a la vez. Con alguien cuya voz y manera de ser había dejado ir. Con una persona a la que había tenido que forzarme a dejar de querer. Y, aun así, no siento nada más que nostalgia. Ese aire neutral que corre entre nosotros, tratando de juntarnos para no volver a separarnos. ¿Cuáles son las probabilidades de encontrarte en la playa con alguien que ya habías olvidado? ¿Ha sido casualidad o estaba escrito este cruce de caminos? Siempre le he dado muchas vueltas a todo, hasta que me quedo con miles de preguntas y ninguna respuesta.

Sigo haciendo círculos con la cuchara mientras trato de escuchar lo que dice, pero solo puedo pensar en lo mucho que se nota el paso del tiempo en su cara. En la cantidad de manchas decoloradas que hay en su piel, en ese estilo de cabello y en su expresión poco juvenil. Se ve que ha sufrido, muchísimo; sin embargo, lo luce con orgullo. Con la cabeza bien alta, dando a entender que no le avergüenza admitir que ha tenido que levantarse del suelo unas mil veces. ¿Y si nunca me quiso soltar? ¿Puede que la caída fuera tan cruel que lo dejara sin salida?

Por un momento, viajo años atrás y nos busco en aquel bar de mi barrio en el que compartimos nuestro corazón sin saber lo que nos depararía el futuro. Me acerco a la cristalera, pongo las manos en ella y visualizo la escena que se ha repetido en mi cabeza una y otra vez. Yo y él. Él y yo merendando en una cafetería. Disfrutando de la simpleza de estar, de querer. Estos detalles me recuerdan la razón por la que no podía separarme de la idea de pasar el resto de mi vida a su lado, porque con él todo era fácil. Como si tocara los problemas con sus dedos y los transformara en algo tan simple como respirar. Luego lo hizo imposible, remató una relación que jamás había llegado a

formarse. ¿Quiso que fuera así? ¿Tuvo opción o el miedo borró la posibilidad de que yo lo quisiera hasta el final?

Regreso a la realidad, pero no es tan diferente a lo que un día fuimos. Da la sensación de que pusimos un punto y aparte, de que se nos olvidó seguir escribiendo y que no es demasiado tarde para seguir. Ojalá fuera así de fácil; ahora ambos tenemos nuestros cimientos hechos. Él vive en Londres, trabaja de arquitecto. Yo no tengo lugar fijo, viajo de proyecto en proyecto con mi violín y con una persona que me quiere. Quizá este pequeño desliz del tiempo solo complicará las cosas. Todo está tomando el rumbo que debería, pero entonces… ¿cómo es que nos hemos encontrado? ¿Ahora qué hay? ¿Un nuevo camino que formar o uno que olvidar?

Inspiro hondo mientras él sigue parloteando sobre lo orgulloso que está de lo que ha conseguido y de lo lejos que ha llegado. Yo también, sobre todo de que no se haya rendido. Me sorprende que pueda llegar a sentir ese nivel de compasión por alguien que tenía por olvidado. O eso creía, porque cuando estaba en la playa y una avioneta de papel cayó a mis pies para dar paso al encuentro de miradas, pareció que él apareciese desde un rincón oscuro de mis recuerdos y se posicionara al frente.

Todo se olvida hasta que lo vuelves a ver. Entonces te das cuenta de lo que perdura.

Tengo un nudo en la garganta. Podría describirlo como agobiante, pero no es más que el miedo a qué habrá después. No tenía ni el menor pensamiento de chocar con aquel chico que un día me demostró tanto; yo debería estar en la playa con Oliver. Eso es lo que tendría que estar pasando. Y, sin embargo, estoy en un bar cerca de la playa y la luna acaba de salir del agua. Disfruto de una compañía nueva, una leve corriente de aire que va compensando la húmeda noche de vez en cuando y un farolillo que cuelga del techo para iluminarnos a los dos.

—¿Y qué hay de ti? —pregunta con dulzura.

—No hay mucho que contar.

—Será una broma, ¿no? —ríe—. Has ganado un Oscar. Es imposible que tu vida no sea más emocionante que la mía.

Aprovecho para tomar un sorbo del café. Kei me mira con detenimiento, con esa forma de escuchar que tanto echaba de menos. Eso era lo que más me gustaba de él: su mirada. Sonrío un poco tímida

y decido disfrutar del momento.

—Si te digo la verdad, ha sido una locura —comento ilusionada—. Un no parar, un seguir adelante y ver que todo sale bien.

—Cuánto me alegro, Aidé. —Estira la mano y acaricia la mía con dulzura. Al instante, la retira—. Perdón, no debería haber hecho eso.

—No, no... —Niego con la cabeza, entre risas—. No te preocupes.

Repaso cada rincón de sus iris marrón intenso y noto que el corazón se me empieza a partir en pedazos. Él y yo podríamos haberlo sido todo, lo teníamos en nuestras manos. De golpe, me viene la necesidad de preguntárselo. Se da cuenta, inspira, se frota las piernas con las manos y hace un gesto con la cabeza, dándome a entender que puedo recriminarle todo. Chillarle, si quiero. No obstante, no me apetece hacer eso. No lo odio, no lo maldigo por la decisión que tomó. Fue duro perderlo, que no volviese, pero no puedo culparlo de algo que no sé. Solo quiero saber el porqué.

—Antes de que digas nada —me detiene, y carraspea—. Quiero explicártelo. ¿Puedo?

Asiento. Permito que se explaye. Kei se levanta, arrastra la silla hacia la derecha, la deja en el suelo, se vuelve a sentar y agacha la cabeza. Está cerca, lo bastante como para pegarle. A mi yo de hace diez años le apetece hacerle daño, devolverle todo lo que me hizo sufrir con su vacío. Sin embargo, no puedo; supongo que el afecto que le guardo es lo suficientemente fuerte. Juguetea un poco con los dedos y niega con la cabeza repetidas veces. Cuando alza la vista, veo que sus ojos brillan. No de felicidad, tampoco de asombro, sino de tristeza. De dolor.

—El día que todo empezó a derrumbarse, después de que pasases la noche en mi casa, mi madre me llamó y me dijo que Lorenzo se había autolesionado. —Ahogo un grito. Él intenta sonreír, decaído—. Recuerdo que esa noche corrí, que traté de que los segundos se detuvieran. Cuando llegué al hospital y mis madres me contaron lo que había hecho me derrumbé. Prometí no separarme de su lado, al menos hasta que recuperase ese brillo que tanto me gustaba de él. Lo que no sabía es que yo también iba a recaer en eso que tanto me había costado dejar atrás. Mi psicóloga me contó que fue un cúmulo de sensaciones abrumador en demasiado poco tiempo. Varios días después, aparecieron los ataques de ansiedad. Tenía miedo de irme a dormir y que al día siguiente mi hermano ya no estuviera. No lo culpo

porque sé que él era el que peor lo estaba pasando, sin embargo, en esa casa, se acabó la calma. Todos teníamos el terror de que un suspiro nuestro fuera el último suyo. —Se me saltan las lágrimas, estoy devastada—. Pasaban los días y Lorenzo no mejoraba. Yo intentaba hacerle sonreír, pero nada parecía gustarle. Nada parecía hacerlo feliz. Y si él no lo era, yo tampoco. Terminaron echándome del trabajo cuando empecé a faltar. Sabían cuál era mi situación, pero ellos tenían que mantener un negocio, así que lo entendí. Aun así, no podía evitar sentirme un fracasado, que el mundo seguía adelante y yo estaba quieto, porque tampoco había entrado a la carrera. Las siguientes semanas dejé de comer.

—Dios mío, lo siento muchísimo.

Niega con la cabeza, como para restarle importancia.

—Fue duro, pero sigo aquí. Eso es lo que importa.

—Ya, pero… —Me froto los ojos, destrozada—. Si hubiera sabido que estabas así de mal…

—No, no te culpes, por favor —suplica—. Tú no sabías nada, no te dejé.

—Debí insistir más.

—Cuando alguien no acepta ayuda, de nada sirve la insistencia.

Asiento. Cómo duele saber que tuvo que pasar por todo eso solo. Intuía que le había pasado algo grave, pero muchas veces terminaba creyendo que solo había sido un cobarde. Me siento tan mal por haber pensado eso… No sé cómo lo habría sobrellevado yo. Es tan fuerte, tan valiente… Ojalá pudiese viajar atrás en el tiempo y abrazar a aquel chico asustado que creía que el error era él.

Kei carraspea y yo dejo que continúe.

—Al cabo del tiempo, la casa empezó a recuperar su magia. Mi hermano estaba curándose, sus pensamientos estaban sanando. Mi psicóloga me ayudó lo máximo que pudo. Le agradezco mucho las horas que me dedicó. Fueron pasando los meses y poco a poco me curé. Me saqué el carné de conducir, volví a preparar las pruebas de acceso a la universidad y entré en Arquitectura. Dos años más tarde, cuando todo volvía a la normalidad, me di cuenta de lo mal que lo había llevado contigo. De lo asustado que estaba. De lo mucho que me había horrorizado arrastrarte hacia el vacío. En aquel entonces quise volver a contactar contigo, para explicártelo todo y hacerte ver por qué desaparecí. No quería que pensaras que el problema habías sido

tú. Cuando fui consciente del tiempo que había pasado, supe que lo mejor era dejarte ir. Así que envié aquel mensaje y cerré nuestra puerta. Pensé: «No seremos los dos felices, pero ella sí». Con eso me bastó. Y seguí mi vida, sin ti. Y aquí estoy, diez años después.

—No me llegó ningún mensaje.

—Lo sé, cambiaste de número.

—¿Y por qué lo enviaste si ya sabías que ahí no había nadie?

—Porque me merecía ese silencio.

Clavo mi mirada en las lágrimas que recorren algunas manchas nuevas de su piel. Se me nubla la vista y noto que me tiemblan las manos. Qué injusto fue todo, qué cruel fue la vida con nosotros. Nos queríamos tanto y el mundo nos apartó. ¿Cuál era la necesidad? Siempre dicen que cuando encuentras a tu alma gemela no hay que dejarla ir. Cierro los ojos un momento e inspiro hondo. Tengo un nudo en la garganta. Por mi mente pasan todos aquellos momentos en los que miraba el móvil en busca de un mensaje suyo y no recibía nada. Todas esas noches llorando, preguntándome qué había hecho mal.

De repente, mi bolsa empieza a vibrar. La abro para sacar el móvil y veo que es Oliver. Dudo.

—Vete. —Sonríe—. Yo ya tuve mi oportunidad de conocerte, ahora le toca a él.

Percibo como si millones de trozos de cristal me rasgaran el cuello y dejo que una lágrima moje mis labios. No puedo dejar de mirarlo sabiendo que posiblemente no nos volvamos a ver. Él tampoco es capaz, solo se abre ante mí, a pesar de no decir ninguna palabra. Me froto el hombro, con ganas de detener el tiempo, con el deseo de que todo hubiera tomado otro camino. Porque nos lo merecíamos. El móvil sigue vibrando entre mis dedos. Me muerdo el labio inferior y Kei asiente, dándome a entender que no pasa nada. Que así es la vida. Una última lágrima cae, él la mira con detenimiento, se inclina un poco por encima de la mesa, la limpia con el dedo pulgar y me hace una caricia temblorosa.

—Supongo que siempre estuvimos destinados a ser, tan solo, un sueño de papel.

Asiento débilmente. Él sonríe y se vuelve a apartar. Como sabe que no soy capaz de tomar esta decisión, se levanta y deja un billete de diez euros en la mesa. Susurra un *t'estimo* y se da la vuelta para irse hacia la puerta del bar. Agacho la cabeza. El móvil ha dejado de

sonar, pero miles de lágrimas han empezado a crecer en mi interior. Kei detiene su paso, me mira por encima del hombro una última vez mientras forma un puño con la mano y me dedica aquella mirada que ojalá nunca nadie recibiera en su vida. Una llena de dolor; desgarrada. La que marca el final de todo.

Parece dudar, lo veo luchar contra sus pensamientos. Saca un bolígrafo del bolsillo del pantalón, se acerca de nuevo a la mesa, apunta rápidamente algo en una servilleta y se queda mirándola una vez termina. Juguetea con ella, nervioso. Me la tiende, la cojo.

—Por si un día me necesitas.

Trato de decirle algo más, pero se aleja, agarra con fuerza el pomo de la puerta del bar y suspira. Luego se mete las manos en los bolsillos del pantalón y se va. El móvil vuelve a vibrar. Oliver otra vez. Me paso la mano por los ojos, tratando de dejar de llorar. Reviso el número de teléfono escrito en negro y arrugo con rabia el trozo de papel. Suelto un grito ahogado. El móvil deja de sonar. Aparecen tres mensajes en la pantalla. Inspiro con fuerza y hago lo correcto. Marco el número, me llevo el móvil a la oreja, me levanto y salgo lo más rápido posible. Trato de tranquilizarme.

—¡Cielo! ¿Dónde estás?

Aparto el móvil. Y lloro. Lloro a lágrima viva. Porque no sé dónde estoy. Creía estar segura de que estaba en mi camino, haciendo lo que siempre había soñado, lo que todo el mundo desearía. Pero ¿cómo le digo al mundo que echo de menos una vida que no he podido vivir? ¿Cómo les hago saber a las estrellas que ese chico aficionado a las pequeñas cosas debería haber formado parte de mi vida?

Vuelvo a respirar hondo y cierro los ojos mientras miro hacia la carretera.

—Perdón —logro decir—. He desconectado un poco del móvil.

Monarca

Nieva en Londres. Es la primera vez desde que me mudé aquí que veo la ciudad teñida de blanco. Acerco la taza de café con leche a mis labios y bebo un trago mientras observo por la ventana de mi piso cómo van cayendo los copos. Es muy relajante. Reviso la hora que es y me apresuro a terminarme el desayuno. Dejo la taza vacía en el fregadero, cojo la mochila que estaba en el taburete que hay junto a la isla de la cocina, busco las llaves de la moto y salgo a la calle. Siento que hoy va a ser un día importante, especial. Aunque no sé muy bien por qué. Quizá tenga algo que ver con que hace poco se celebró la boda de mi hermano. Qué bonita fue. Allí, en las playas de Tenerife, con el atardecer de fondo y un montón de gente increíble. Estaba tan orgulloso y feliz por él que no paré de sonreír en todo el día. Mis dos madres dieron un pequeño discurso que me dejó a punto de llorar. Me sorprendió que decidieran irse de luna de miel al Sáhara. Supongo que esperaba algo más paradisíaco, como las islas puertorriqueñas.

Aparco el vehículo en la zona reservada para empleados, me atuso un poco el traje — que he lavado como tres veces por miedo a que no huela bien— y reviso que la corbata esté bien colocada. Es importante dar una buena impresión en la reunión para el próximo proyecto, ahora que la estación de tren ya está en marcha. Compruebo que no me dejo nada en el maletero y me dirijo hacia la puerta giratoria. No puedo dejar de admirar lo moderno que es el edificio, con esos colores blancos y negros y esa estructura tan peculiar. Una vez dentro, saludo a Jessica, que está (como siempre) atendiendo el teléfono y con miles de papeles en su escritorio. Sonrío al ver que se abren las puertas del ascensor, espero que salga la gente y pico al número tres. Allí me encuentro a la misma gente de siempre, aunque un poco más agobiada de lo normal: quieren asegurarse de que todo salga lo mejor posible. Saludo rápidamente a los que me cruzo por el camino y abro la puerta de mi despacho. Asiento, orgulloso, en cuanto veo mi nombre escrito encima de la mesa. Han pasado tantas cosas

desde aquella presentación del proyecto…

—¿Puedo?

Alzo la cabeza mientras saco las cosas de la mochila. Sonrío cuando veo que se trata de mi compañero.

—Pasa, pasa.

—Será rápido. —Carraspea y tira unos informes sobre la mesa—. Ha llegado la respuesta que esperaba.

—¿Y bien, Harry?

—Han aceptado, jefe.

—¿He oído bien? —Abro los ojos como platos—. ¿Me estás diciendo que les ha gustado?

—Así es, les ha encantado. No quieren consultar ningún boceto más, dicen que el que vieron es perfecto.

—Perfecto… —repito para mí mismo con una risa. Me levanto y me dirijo hacia él—. ¡¿Sabes lo que significa eso?!

—Me temo que sí —sonríe orgulloso.

—¡Estamos hablando de Grand Central Terminal! —insisto—. ¡Una de las estaciones de tren más famosas del mundo! Esto… ¡es el principio de todo, joder!

Lo sacudo con fuerza y él ríe ante la felicidad que emano. Abro la puerta del despacho y lo chillo por toda la oficina para que sepan el gran logro que acabamos de conseguir. Al instante, toda la planta se levanta y empieza a aplaudir. Hace poco que se lanzó una solicitud de bocetos para la renovación de la estación más concurrida del norte de Estados Unidos. Presentamos uno en el que se apreciara un aire moderno y una ampliación —como pedían—para abarcar más destinos, pero sin borrar la zona más emblemática de la estación, sino potenciándola.

Doy un par de palmadas en la espalda de Harry a modo de celebración y vuelvo adentro del despacho. Me dejo caer en el sillón y suelto un chillido de emoción mientras contemplo las vistas de la ciudad. Parece mentira que esté consiguiendo todo esto. Estiro la cabeza y miro hacia el techo, sonriendo como un bobo. Todo comenzó dos meses después de que aceptaran mi proyecto, cuando mi jefe se jubiló y me cedió el puesto a mí. Todavía sigo sin asimilar que confiara tanto en mí como para cederme el control de la planta de arquitectura especializada en estructuras ferroviarias. Me siento tan a gusto en este trabajo, que cada día me despierto con ilusión. Es obvio

que es duro y que debo dedicarle muchísimas horas. Aun así, siento que fue para esto por lo que pasé tanto tiempo estudiando. Que era un sueño que aún no había descubierto. No me arrepiento de haberme adentrado en el mundo de la arquitectura. Supongo que esto era lo que me deparaba la vida; crecí creyendo que iba a correr entre los mejores pilotos del mundo, pero me he dado cuenta de que la vida puede tener muchas más salidas si una falla. Es más, hoy mismo tengo una reunión para el próximo megaproyecto ferroviario que tienen pensado construir en Barcelona.

Todo está más conectado de lo que uno piensa. A veces, no está mal dejarse ir y esperar a que todo fluya. Existe miedo a caer, sí, pero… ¿y si brillas?

El tono de llamada de mi móvil me devuelve a la realidad. Ladeo un poco el sillón y estiro la mano para cogerlo. Es un número desconocido. Descuelgo con curiosidad y me coloco el móvil en la oreja.

—¿Hola? ¿Con quién hablo?

—Kei…

El mundo se para. Mi corazón deja de latir un milisegundo. Pierdo la sonrisa de golpe y me levanto despacio mientras frunzo el ceño y trago saliva. Es ella. Es su voz.

—¿Aidé? —susurro—. ¿Cómo…? ¿Ha pasado algo?

Escucho un sollozo al otro lado. Empiezo a preocuparme y cierro la puerta del despacho; luego me dirijo a la cristalera para mirar a través de ella. No esperaba esta llamada, creía que habíamos puesto el punto final.

—¿Estás ahí? —pregunto, al no oír respuesta.

—Necesito… —La voz le tiembla—. No tengo a nadie más.

—Pero… —Tengo un mal presentimiento—. Cuéntame, Aidé.

—Es Oliver.

—¿Ha ocurrido algo?

—Lo hemos dejado.

Morpho

¿El amor es difícil? Últimamente no sé la respuesta. Siempre se ha dicho que amar debería ser fácil; aun así, creo que estoy perdiendo el hilo. Con Oliver todo parece más complicado, más… no sabría explicarlo. Hay momentos bonitos, de aquellos que te gustaría enmarcar para siempre en algún rincón de tu mente, y otros que están transformándose en horribles. Las discusiones están ganando territorio en nuestra relación. Suceda lo que suceda, me queje de lo que me queje, pase lo que pase, siempre terminamos gritándonos. No entiendo en qué momento hemos terminado por ser un constante chirrido entre dos personas que se querían.

—¡Te he dicho que estoy ocupado!

—¡Es que siempre tienes trabajo! —espeto—. ¿No lo entiendes? Me siento sola.

—¿Puedes dejar de hacer que todo tenga que ver contigo? —Pone los ojos en blanco—. Hay más vida aparte de ti.

—Así que es eso… —asiento, con un nudo en la garganta—. No soy lo suficientemente importante.

—No he dicho eso.

—¡Pues es lo que me parece! —grito—. ¡No paras, Oliver! Ni. Un. Maldito. Segundo. Todo el día con el ordenador, o con llamadas. ¡Y cuando no tienes que trabajar dices que estás cansado! —Él me observa, sin decir nada—. ¡¿No comprendes cómo me siento?! He llegado a creer que ya ni te atraigo sexualmente. Hace meses que no follamos, Dios mío.

Pensaba que sería más fuerte, pero estoy tan cansada de luchar por algo que parece quebrarse que no me quedan ánimos para fingir que todo está bien. Me paso la mano por el hombro para hacerme una caricia a mí misma y termino derrumbándome. Él ve que empiezo a llorar, destensa los hombros y se acerca para darme un abrazo.

—Lo siento, cielo.

Niego con la cabeza. Lo empujo suavemente para que se aparte y

me muerdo el labio con fuerza. Esto es demasiado. Esto no es lo que yo quería en el amor. Esto no es amor.

—Nos hacemos daño, Oliver —susurro—. No somos lo que éramos.

—Pues buscaremos la forma de recuperarnos.

Cierro los ojos un instante. ¿Dónde están esas caricias que nos hacíamos? ¿Dónde quedaron los besos de buena mañana? ¿Dónde quedan las cenas improvisadas? ¿Los detalles? ¿Las noches en vela? ¿Las risas? ¿Por qué parece que todo haya desaparecido? Antes nuestro amor era así de bonito. Hace tres años que nos conocimos y recuerdo la vibra que se esparcía entre nosotros siempre que estábamos juntos. Ya no recuerdo lo que es besar y sentir la fusión de galaxias.

Hace ademán de decirme algo para tranquilizarme, pero el móvil empieza a vibrar. Suelto una risa sarcástica, bañada en lágrimas. Como era de esperar, me pide perdón porque debe cogerlo y se va a responder la llamada. Me quedo quieta. Pensando en cómo me estoy apagando. En cómo las ganas de componer están esfumándose. En cómo ya no me arreglo. En cómo ya no me cuido. Y duele, porque yo sé que el amor no es así.

Lo observo, apoyado en la barandilla del balcón, y ahogo un sollozo. No puedo seguir en un sitio donde me siento la segunda opción. Donde nunca seré la prioridad. Mi abuela no querría verme así.

«—Cuando sientas que las mariposas en el estómago empiezan a pinchar es porque están muriendo.

»—¿Cómo podría algo tan bonito hacer daño? —preguntó mi yo adolescente.

»—Porque el amor es lo que más vulnerables nos hace.»

Reúno todas las fuerzas posibles, inspiro hondo sabiendo lo mucho que me va a doler tomar esta decisión y me dirijo hacia la habitación. Abro el armario, empiezo a sacar toda mi ropa, saco la maleta de debajo de la cama, lo meto todo dentro y, al ver que no cierra, le empiezo a dar golpes. Golpes de rabia mezclada con nostalgia. Me paso las manos por el cabello para tratar de tranquilizarme, cojo el móvil, pido un taxi. Cuando me doy la vuelta para dirigirme hacia la puerta, me choco de bruces con Oliver.

—¿Se puede saber qué haces?

—¡¿Tú qué crees?! —sollozo—. Llevo días tratando de explicarte cómo me siento y no me has escuchado. ¡No me escuchas!

—¿Y por eso te vas? —Frunce el ceño—. ¿A ti no te gustaba solucionar las cosas como personas maduras?

La rabia me invade. ¿Cómo se atreve a decirme eso? Con lo mucho que he dado por nuestra relación, la de cosas que he sacrificado, la de esfuerzos que he hecho para tirar adelante, la de veces que he tratado de mantener una conversación sobre cómo me he sentido estos meses y siempre me ha silenciado con un abrazo y un «Lo siento, no volverá a pasar». Pero una se cansa de dar todo y recibir nada.

—Eres un gilipollas, Oliver. Un auténtico gilipollas.

—Estás actuando sin pensar —dice mientras se cruza de brazos.

Parece cabreado. Y no lo entiendo. No tiene ninguna razón por la que ponerse así.

—¿No te das cuenta? —Cierro los ojos, tratando de suavizar el dolor—. ¿De verdad no lo ves?

—¿El qué? Si es por lo de que estoy muy centrado con el...

Entonces todo se detiene. Los hilos se atan y ofrecen la solución a todas las dudas que tenía. No sabe por qué estoy así, no lo entiende. Noto que el corazón se me parte en dos y toda la sangre de mi cuerpo empieza a helarse. Nunca lo ha entendido, solo decía que lo intentaría para que no peleáramos más. No luchaba por mí, solo decía lo que sabía que me gustaría oír para que dejase de chillar. Agarro la maleta y me dirijo hacia el pasillo.

—Pero ¡¿quieres hablar?! —grita.

Su chillido me aterra. Se cuela en todos los rincones de mi cuerpo y suelto un leve sollozo. Jamás había alzado la voz de esta forma. Parece otra persona. Ni siquiera me atrevo a girar la cabeza. Da unas fuertes zancadas y se coloca delante de mí. Sus ojos echan fuego, de aquel que podría quemar miles de hectáreas de bosque sin pestañear. «El amor no es así», repito en mi cabeza constantemente. Me agarra de los hombros y pongo una mueca de dolor. Cuando se da cuenta de que me está haciendo daño, parece recapacitar y da unos pasos atrás. Se pasa la mano por el cabello, suelta todo el aire que estaba conteniendo y aprieta la mandíbula.

—Dime qué he hecho mal, por favor... —suplica.

—¿Por qué no quieres darte cuenta de que tú no eres el

problema? —digo, con cuidado. Parece haberse calmado, pero el grito sigue correteando por mi subconsciente—. ¿De verdad estás tan ciego que no eres capaz de concebir que el problema somos los dos?

—¿De qué estás hablando, Aidé? —suspira—. Me he perdido.

—Pensaba que no me querías lo suficiente...

—Pero ¡claro que te quiero, joder!

—No. Eso no es querer.

Clavo mis ojos en los suyos y veo a un crío perdido. Un niño que no está entendiendo nada de lo que está pasando.

—Ya te he dicho que si es por lo del trabajo, pues..., no sé, pediré que me den unos días libres. No creo que pueda, pero lo intentaré. De verdad que yo...

Niego con la cabeza mientras alzo la mano para que se detenga.

—No quiero que renuncies a tu trabajo por mí.

—Entonces ya sí que no te entiendo.

Sonrío, decaída.

—Por eso mismo me voy, Oliver. Porque no eres capaz de entender que nunca ha sido una competición entre tu trabajo y yo. Porque en el amor no se trata de sustituir, sino de compaginar. Porque... ya no me quieres como antes. Y no puedo amar a alguien que no busca un lugar para mí en su vida.

Vuelvo a agarrar el asa de la maleta con firmeza. Oliver, sin decirme nada, se hace a un lado y deja que pase. Duele terminar una relación que significó algo en tu vida. Duele irse de un lugar en el que te sentiste a gusto. Duele saber que todo tiene su fin, aunque no quieras. Duele soltar a alguien a quien amas. Porque yo lo amo con todo mi corazón. Pero no es la persona. Me ha costado entenderlo, pero no estamos destinados a estar juntos. Él está enamorado de su trabajo, y no lo culpo. Sin embargo, yo no puedo estar con alguien así. Necesito contacto físico, planes espontáneos, besos en la frente. Necesito algo real, tierno, algo... como lo que sentí con Kei.

Antes de que pueda abrir la puerta e irme, Oliver me llama. Supongo que quiere despedirse. Me giro despacio para ver qué sucede, y en cuanto veo sus brazos tendidos hacia mí, asiento con los ojos llorosos. Esto no es fácil. Aquella persona que haya tenido que pasar por una situación parecida me entenderá. Otros creerán que es una exageración.

Caigo rendida ante él y me abraza con fuerza. Aferrándose con

las manos a mi espalda, sintiendo como si me clavase las uñas y me chillase: «No te vayas, quédate». En el instante que considero que ha sido suficiente, me aparto. En su mirada, después de mucho tiempo, aprecio aquel querer que tanto echaba de menos. Demasiado tarde. No significa lo que significaba antes. No sabes lo que tienes hasta que percibes la posibilidad de estar perdiéndolo.

Asiente levemente para sí mismo. Con ese último cruce de miradas, me da a entender todo lo que necesitaba saber. Toda esa calidez que necesitaba sentir por última vez. No lo explica en palabras, pero sé que quieren salir de su boca. «Lo entiendo.» Sin pensarlo suficiente, le regalo un beso más. Uno corto, pero sincero. Nos apartamos, él sigue con los ojos cerrados; una lágrima cae.

Abro la puerta, salgo al pasillo y noto que el nudo de la garganta cada vez es más potente. Ambos estamos llorando. Ambos somos conscientes de que no habrá vuelta atrás. Pero también de que cada segundo que hemos vivido pasará a ser un recuerdo imborrable. Que al morir seguiremos pensado en nosotros. Al fin y al cabo, hemos vivido juntos. Hemos aprendido juntos. Y ahora nos separamos. Para siempre.

—Disfruta de la vida, Oliver —logro decir.

—Lo mismo digo. Te comerás el mundo.

Sonrío y le prometo que lo haré. Luego él cierra la puerta y me dirijo hacia el ascensor. Una vez dentro, rebusco entre mis contactos. Trato de contactar con Amaia, pero no sirve de nada. Estoy agradecida de que hayamos mantenido el contacto, de que intentemos llamarnos una vez a la semana. Es bonito. El único problema reside en que ella sigue viviendo en Barcelona y ejerce como profesora de infantil mientras que yo estoy perdida en América tratando de recordar por qué me fui. Cuando vuelvo a guardar el móvil en el bolso, veo una especie de número apuntado en una servilleta al fondo del todo. Saco el trozo de papel y me lo quedo mirando.

Nadie en su sano juicio llamaría, sabiendo la historia que hubo detrás. Pero la voz de mi cabeza quiere que lo intente, que teclee esos números y me aferre a la más mínima posibilidad de que lo coja. Trago saliva. Antes de que me dé cuenta, ya tengo el teléfono junto a la oreja. Responde al tercer tono.

Monarca

Esos instantes en los que todo parece imposible, en los que no te crees nada de lo que te está pasando. Aquellos en los que quieres pellizcarte la mejilla para ver si estás soñando, pero que al hacerlo te das cuenta de que nada forma parte de tu imaginación. No sé en qué momento todo ha escalado, ni mucho menos cómo hemos terminado reavivando esa llama que parecía tan apagada. Fueron unas llamadas, luego unos mensajes, más tarde unos «quizá deberíamos vernos» y seis meses después estamos a punto de reescribir nuestra historia. Una a la que jamás quise poner punto final. Porque habré tenido muchas dudas a lo largo de mi vida, pero lo que siento por ella siempre lo he tenido claro.

«¿Y si solo nos hacemos más daño?» «¿Y si...?»

—No... —susurro—. Quiero verla, necesito verla.

Cambio de rumbo en mis pensamientos.

«¿Y si todo sale bien?» «¿Y si...?»

Aumento la velocidad una vez me meto en la autopista y sonrío al ver cómo el sol ha empezado a crear una infinidad de colores alrededor de Londres. Pocos minutos más tarde, estoy saliendo de la zona de estacionamiento del aeropuerto, hacia la zona de llegadas. Veo a una gran cantidad de gente apelotonada alrededor de una pequeña valla que hay delante de una puerta de cristal. Por ahí saldrá ella. Por ahí la volveré a ver. Suelto el aire que he estado conteniendo sin darme cuenta y dejo de esconder el ramo de rosas para ponerlo justo ante mi pecho. De reojo veo cómo dos chicos lloran, abrazados. Se me derrite el corazón al ver cómo se dedican aquellas dos palabras mientras se dan un beso. Saco el móvil para hacerle saber a Aidé que ya estoy aquí.

K: En nada nos vemos. Qué nervios.

A: Acabamos de aterrizar.

Creo que voy a vomitar, ahora en serio. Noto el estómago revuelto. Creo que estoy hasta pálido por cómo me mira la señora que

está a mi lado. Por si acaso, le hago una seña con la mano para hacerle entender que me encuentro bien. Pero no es del todo cierto. Estoy a punto de reencontrarme con ella. Con la chica de las tres mariposas, con la obsesionada por la ciudad catalana, con sus ojos de dos colores, con la mujer a la que tanto he amado. No puedo estar bien, cuando, después de haber pasado tanto tiempo separados, podremos volver a comenzar nuestro camino. Ahora, más que nunca, quiero creer que nos enamoramos en mal momento.

Esta vez, no la pienso soltar. Ni aunque el mundo termine, ni con una relación a distancia. No puedo cometer el mismo error dos veces. Ya no soy aquel adolescente que no sabía controlar el miedo. Sé que lo más bonito del amor es quedarse cuando todo parece oscuro, no cuando todo es de color fantasía.

Miro hacia la puerta metálica, empiezan a salir unos cuantos pasajeros. Desde aquí no la veré. Decido adentrarme en la aglomeración de gente, empujando con suavidad y pidiendo perdón a aquel que me mire con una cara desagradable. Cuando llego a la altura de la barandilla, me quedo a la espera de encontrarme con ese mundo de color marrón y azul.

Justo cuando estaba a punto de llamarla, alzo la vista y me la encuentro. Mi corazón deja de latir, el mundo que me rodea ya no tiene importancia, el sonido desaparece, las luces pierden intensidad, mi mirada se centra solo en ella y parece que todo mi cuerpo se haya curado con tan solo verla. Se detiene a mitad de camino con la maleta a su izquierda y un bolso pequeño colgando de su brazo derecho. Mis ojos empiezan a humedecerse, al igual que los suyos. Me regala una sonrisa nerviosa. Empiezo a empujar a la gente para llegar a la parte donde no hay barandilla. Ella me sigue el ritmo, riéndose. Aceleramos un poco el paso hasta que no nos separa nada más que nosotros mismos.

—Estás aquí...

—Y ya no pienso irme, Aidé.

Me lanzo a sus brazos, quemando los miles de kilómetros que nos han separado, olvidando las palabras que nos hirieron, empezando un nuevo camino en el que amar.

—¿Qué tal el vuelo?

—Cansado. Son muchas horas desde Los Ángeles.

—Lo entiendo —sonrío—. ¿Nos vamos? Tengo la moto aparcad...

Entonces caigo en la cuenta de que en un vehículo como ese no cabe una maleta. Abro los ojos como platos por lo despistado que he sido y se me cae el mundo a los pies de la vergüenza. Ella niega con la cabeza, dándome a entender que no pasa nada. Pongo los ojos en blanco, enfadado conmigo mismo, y echo la cabeza hacia atrás.

—Es igual —concluyo—. Cojamos un taxi, ya volveré a por ella.

—¿Seguro? No tengo ningún problema en ir yo sola.

—Ni loco voy a desperdiciar tiempo a tu lado. Demasiado hemos perdido.

Cojo el asa de la maleta y nos dirigimos hacia la salida. No puedo parar de pensar en lo guapa que está. En lo bien que ha envejecido. En cómo todavía se aprecia cada tonalidad de color en sus iris. Por no hablar de lo bien que le queda la chaqueta vaquera con los pantalones de lino y la camiseta fina de color marrón claro que lleva. Siempre me ha encantado cómo viste. Menos mal que no ha perdido ese talento de deslumbrar a cualquiera. Sé que también ha aprovechado para echarme una ojeada de vez en cuando. Podría jurar que le ha gustado mi camisa. De forma física he empeorado un poco, pero trato de mantenerme en la línea de lo saludable. Podría dedicarme a hacer deporte, pero ya no es santo de mi devoción. En la vida hay muchísimas cosas más importantes que estar fuerte.

Alzo la mano para llamar un taxi y agarro la maleta con destreza para colocarla en el maletero. Aidé me mira con una sonrisilla. Eso me pone nervioso, aunque no lo demuestro. Si tengo que ser sincero, sigo sin creerme nada de lo que está pasando. Sé que somos amigos, pero yo a ella la miraré siempre como si fuera la mariposa más bonita del universo. De hecho, puedo ver unas preciosas alas de color azul celeste a su espalda. Se la ve libre, feliz. Muchísimo más ella. Eso me alivia, pues sé lo mal que lo ha pasado estos últimos meses por la ruptura con Oliver. Yo la escuchaba y le decía: «No te culpes por buscar un amor recíproco».

Estoy en el asiento de delante. Miro por el retrovisor y la veo con las manos en el regazo, observando el paisaje.

—¿Nunca has estado en Londres? —pregunto con cariño.

—No.

Quizá hayan sido unos años muy duros para ella. Al fin y al cabo, es famosa. Seguramente no lo admita, pero sabe la cantidad de seguidores que tiene. No llevamos ni diez minutos en Londres y ya la

han reconocido. Soy inexperto en esto, pero ¿no debería venir con un segurata? Ha ganado un Oscar y su canción tiene más de un billón de reproducciones. Es una de las compositoras de mayor renombre del mundo. Sale en revistas como *TIME* y le han ofrecido tocar en muchas películas.

Ha cumplido su sueño; aun así, parece estar cansada de vivirlo.

—Pues prepárate, porque esta ciudad sí que puedo enseñártela —sonrío.

—Ha llegado tu momento, ¿no?

—Vas a ver lo que es un buen guía turístico.

Suelta una carcajada. El taxista nos mira de reojo.

—Aidé, me hace muy feliz que hayas decidido venir.

—No pensaba hacerlo.

—¿Por?

—Supongo que tenía miedo de dejar todo atrás.

—¿Sabías que la vida también se trata de eso? —Sonrío—. De todas formas, creo que ese es uno de los miedos más bonitos.

—¿Crees que esto es una nueva etapa, Kei?

—Si te dijera lo que pienso…

Giro la cabeza y reprimo una sonrisa.

—¿Qué es lo que piensas?

—Que esto es el final de tanto huir. Que nos hemos encontrado para no separarnos nunca más. Eso es lo que creo.

* * *

Hará cosa de un año decidí mudarme a una casa en Battersea. Nunca me ha gustado vivir mucho tiempo en un mismo lugar. Me encanta descubrir nuevas calles, rincones o lugares poco transitados. Encontrar una nueva cafetería, aquel local tan infravalorado o un parque maravilloso. De ahí que alquile en vez de comprar.

Este barrio me gusta mucho más que Chelsea. A muchos les fastidiaría la estación de Clapham, ya que ocupa bastante espacio y pasan una gran cantidad de trenes; sin embargo, a mí es lo que más me gusta. Paso por allí cada día, a propósito, para inspirarme y buscar lo que se podría mejorar. Al fin y al cabo, los lugares viejos sirven de inspiración para hacer otros nuevos.

Abro la puerta del dúplex y me aparto para dejarla pasar. Aidé

abre la boca en cuanto pone un pie dentro. Asombrada, trata de descubrir todos los detalles posibles del lugar. Nos dirigimos al salón y se sienta en el sofá en forma de U mientras yo abro las cortinas de terciopelo. Se fija en la lámpara dorada que cuelga del techo, en la increíble chimenea de color blanco que hay al fondo, en los ventanales. Siempre he pensado que aquí se respira tranquilidad. Además, el color cálido da la sensación de estar en un lugar nostálgico. Se nota que han cuidado bien esta casa.

—Pertenecía a una diseñadora de interiores —comento—. Solo he añadido algunas plantas y algunas fotos de estaciones de tren en blanco y negro.

—Es… asombroso —suspira.

—Lo sé.

Hago un gesto con la cabeza para que coja sus cosas y nos dirigimos a la planta de arriba, que es donde están los dos dormitorios. La ayudo con la maleta para que no tenga que hacer el esfuerzo de arrastrarla por las escaleras y ella me da las gracias. Al fondo del pasillo está su cuarto. Abre los ojos como platos cuando ve lo que tiene delante.

—Aunque no venga nadie, me gusta tenerla decorada —carraspeo.

—¿Todos esos vinilos son tuyos? —pregunta anonadada.

Río mientras asiento. En las tres paredes de la habitación —las que no están ocupadas por un armario empotrado— hay alrededor de veinte vinilos colgados. Empecé a coleccionarlos hace unos meses, me dio la sensación de que así me aferraba a un bonito recuerdo.

—Hace poco me ha dado por coleccionarlos. —Paso la mano por uno de mis favoritos—. Es raro, ¿no?

—No, no. —Se peina el cabello. Diría que lo lleva teñido de un tono más oscuro. Me gusta cómo le queda—. Creo que es una forma bonita de recordar los viejos tiempos.

—¿Verdad? —reafirmo ilusionado.

Ella asiente. Nuestra sonrisa va disminuyendo poco a poco. Noto tensión, pero no sabría describirla. Agacho la cabeza, nervioso. Antes de que la situación se ponga más incómoda, me dirijo hacia la cocina. Cuando vuelvo, me la encuentro apoyada en la ventana, hipnotizada por el parque de Battersea.

—Te he traído un vaso de agua…

Me mira por encima del hombro y lo coge con suavidad mientras me dedica una sonrisa de agradecimiento. Dudoso, decido acercarme a ella y hacerle compañía.

—¿Alguna vez te has parado a pensar en qué hay después de la muerte?

La pregunta me pilla tan desprevenido que casi me atraganto con mis propias palabras. Se da cuenta y me da un golpe amistoso en el hombro.

—No hace falta que respondas.

—No es eso. —Trago saliva—. Solo que echaba de menos tus reflexiones filosóficas sobre la vida.

—Pues, como puedes ver…, no fue una fase —se mofa.

—Ha quedado más que comprobado. Pero… ¿cómo es que piensas en este tema?

—No sé, últimamente le estoy dando muchas vueltas.

—Dime que no tienes un cáncer terminal que nos obligará a disfrutar de tus últimos meses de vida como en las películas.

Pone los ojos en blanco. Me estoy empezando a dar cuenta de que nunca me llegué a acostumbrar a no verla. Solo lo acepté, y, ahora que la tengo a dos centímetros de mí, todo vuelve a cobrar sentido. Mi vida es bonita si no está ella, pero sé que, si se queda, lo será aún más.

—Nadie se va a morir hoy, Kei. —Suelto un suspiro de alivio fingido—. Quién sabe mañana.

—¡Oye! —Pongo los brazos en jarras.

Ella se ríe. Entonces me doy el permiso de observar más allá de lo que muestra. Decido entrar en su interior y apreciar todo lo que no está preparada para contar. Se nota que le duele, se nota que se siente perdida. Lo sé porque yo estuve así una vez. Igual de desesperanzado. No obstante, sin perderte no puedes encontrarte. Y es muy reconfortante brillar al final de un camino que creías muerto.

—No tengas miedo —murmuro.

—¿Cómo?

—Es bonito perderse, Aidé. Sé qué crees que no hay más, pero estás a dos pasos de volver a escribir tu historia.

Suelta un bufido y mira hacia otro lado, tratando de restarle importancia.

—Estoy bien, Kei.

—Podrán pasar los años, pero siempre conoceré tus ojos.

—Según tú..., ¿qué cuentan?

—Veo el aleteo de una mariposa que, después de volar tan alto, tiene miedo a caer.

Aprieta los labios y traga saliva.

—¿Y si esto es todo? —dice, con la voz rota—. ¿Y si ya no hay más?

—Pero... ¿y si vuelas aún más alto?

Veo un pequeño destello en sus ojos que parece gritar «Gracias por escucharme». Algunos dirían que quiere llorar, que necesita soltar todo lo que ha escondido a lo largo de estos años, pero yo la conozco lo suficiente para saber que no se cree nada de lo que ha vivido. Sigue aferrada a que todo ha sido un sueño que pronto se acabará. Aun así, yo sé algo que ella desconoce, y es que su destino es brillar. Solo hace falta mirarla para darse cuenta de que merece pasar a la historia. Estoy muy orgulloso de lo que ha logrado, feliz de saber que ha podido llegar tan alto. Pensaba que sentiría envidia al pensar que yo no he conseguido ser piloto profesional y me he estancado en algo que no es mi pasión. Curiosamente, no es así. No siento más que calidez en mi interior, esa que dice: «De todos los sueños que desearía haber cumplido, este es el más bonito».

No cambiaría nada. Ni un mísero segundo de lo que hemos vivido. Porque esto forma parte de la vida. De lo que hemos sido y de lo que seremos. Nos hemos hecho daño, hemos ido por caminos que no estaban escritos, hemos buscado maneras de olvidarnos y, aun así, nada ni nadie nos ha vencido. Sé que sigue siendo *ella*.

Rodeo su cuerpo con los brazos. Cómo echaba de menos esto.

—¿Te apetece conocer mi ciudad? —pregunto risueño.

—Más que nunca.

Los dos caminos de las mariposas

Viajemos al camino A o al B, no sabremos si va a ser el malo o el bueno. El que nos juntará para siempre o el que nos matará en el olvido. Vamos a ciegas. Estamos chocando sin saber qué final vamos a tener. Nos hemos prometido escoger el que de verdad sintamos, pero ¿qué camino será el que nos tocará vivir?

El camino A es en el que hemos vuelto a construir un gran puente entre nuestros corazones. Donde nos hemos dado tiempo para conocernos otra vez, enseñando la gran mayoría de los miedos, logros, sonrisas y lágrimas. Buscándonos después de haber pasado tanto tiempo separados. Reavivando esa llama que, a pesar del tiempo, seguía intocable. Volviendo a querer cada parte de la otra persona. La confianza ha vuelto a florecer y no tenemos miedo a caernos. Estoy dispuesto a todo, siempre que sea con ella.

No sabré qué nos depararía el camino B...

Pero nunca me arrepentiré de haber escogido este.

A

—¿Este es el famoso Big Ben?

Asiento, confuso. Aidé reprime una risa y ladea la cabeza, tratando de encontrarle el sentido a lo que está viendo.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Me lo esperaba más… no sé. —Frunce el ceño—. Más alto, quizá.

Pongo los ojos en blanco y cojo su mano para acercarnos. Normal que lo vea pequeño, estamos en la otra punta del puente que lleva al monumento. Me hace mucha gracia ver cómo, a pesar de que ya lleva un mes aquí, no deja de asombrarse cada vez que pasa un autobús de dos pisos de color rojo. Es entendible, yo hacía lo mismo al principio. Ahora es algo cotidiano.

—Nunca imaginé que terminaría aquí.

—La vida da muchas vueltas.

—Sí, supongo.

Ha sido el tono de voz, cómo ha rasgado la garganta con heridas, lo que me ha hecho darme cuenta de que algo la está torturando. Trato de averiguar qué dice su mirada. Es una sensación inexplicable. Como cuando das un paseo de noche a la orilla del mar, decides mojarte los pies y aprecias el silencio mezclado con el rumor marítimo. La diferencia radica en que ella parece estar viéndolo con un tono oscuro, no como algo asombroso.

Estiro la mano con delicadeza y rodeo su muñeca con los dedos. Ella me mira con precaución. Trato de apartarnos hacia una esquina del puente donde no molestemos a nadie. Apoyo la espalda en la muralla, le dedico una sonrisa a Aidé y dejo que todos los pasos que nos estaban matando desaparezcan para siempre.

—¿De qué tienes miedo, mariposa de pan?

Un pequeño brillo aparece en sus ojos.

«¿Te has acordado?», leo en su mirada.

Claro que me he acordado.

Alguien como ella no se olvida así de fácil.

Noto un pequeño temblor entre mis dedos y me quito la chaqueta para prestársela. El frío de Londres empieza a ser persistente ahora que se acercan las Navidades. Aidé cierra los ojos un momento mientras busca el calor en la ropa. Inconscientemente, sonrío. Ella me devuelve la sonrisa. Y todo parece volver a nacer.

—¿A qué tienes miedo? —insisto.

—Sonará ridículo, pero... —Carraspea—. A no volver a encontrar esa felicidad.

—¿Por qué crees que este es tu fin?

—¿Cómo?

Niego con la cabeza y suspiro mientras enredo mis dedos en sus mechones. A mi espalda está el río corriendo con potencia, sin parar, rodeado de edificios que brillan en la noche.

—Da la sensación de que al haber cumplido el sueño que tanto llevabas anhelando, te has conformado. Como si creyeras que no hay nada más que buscar. Como si tuvieras la certeza de que esto será el resto de tu vida. Como...

—No quiero seguir con la música.

Alzo las cejas ante esa revelación tan abrupta, luego trago saliva.

—¿Quieres saber algo que he descubierto en estos años? —Sonrío—. Los sueños no tienen por qué durar para siempre. El simple hecho de haberlos cumplido ya es suficiente y...

—No se trata de sueños, Kei —murmura agotada—. Ya no me hace feliz.

—¿Y por qué sigues?

—¿Qué soy sin el violín? —Suspira—. No soy nada para este mundo si no compongo.

—No tienes que ser nadie para el mundo, sino para ti. ¿Qué te apetece vivir ahora? ¿Cuál es el nuevo sueño que quieres cumplir?

—No sé. Perseguí lo que pensé que sería mi destino para toda la vida. Ahora siento como si me faltara algo. Tengo la espinita de qué habría sido de mí si hubiese terminado la carrera de Magisterio.

—Pues termínala. Nunca es tarde para estudiar. Es tu vida, tú decides cómo llevarla. Ya te has comido el mundo, ahora vívelo de verdad.

—Entonces... —Se pasa la lengua por los labios, dudosa—. ¿Tú crees que debería empezar de nuevo?

—Te toca renacer. Y estaré ahí para ayudarte.

XIII

—Las mariposas monarca de invierno viven nueve meses como máximo. Por otra parte, existe la teoría de que necesitas tres meses para saber si te has enamorado.

—¿Qué me quieres decir con eso? —pregunta divertida.

Cojo su mano antes de subir al London Eye. La miro de reojo y sonrío.

—¿Morirá una mariposa antes de que nos volvamos a enamorar?

A

¿Cómo sabes cuándo es el momento? ¿El instante en el que arriesgarte? ¿Ese segundo en el que saltar sabiendo que puedes matarte? Han pasado seis meses desde que Aidé llegó aquí y ya no sé en qué punto estamos. ¿Estamos avanzando o seguimos parados?

Meto las manos en los bolsillos mientras apoyo mi trasero en el asiento de la moto y la espero. Veo que sale por la puerta principal de la universidad con una bolsa de tela colgando del hombro. Sé que estoy sonriendo. Quiero que se dé cuenta de que sonrío así por ella. Espero a que me mire. Alzo la mano izquierda mientras mantengo la otra en el bolsillo del pantalón. Me devuelve el saludo y mi estómago da un vuelco. Qué orgullo saber que ha decidido volver a estudiar algo que tenía abandonado.

En cuanto al violín, ha decidido seguir, pero sin presiones. Sin fechas. Sin obligaciones. Terminó hace poco de componer la banda sonora para una película que se estrena a finales de este año y ya avisó por redes sociales de que se iba a tomar un descanso para retomar su vida.

Recuerdo que tenía miedo cuando subió aquella fotografía en la que se la veía a ella de pequeña con un violín en un vagón de metro de Barcelona. Sentía como si estuviera defraudándose a sí misma. Entonces le dije que su yo adolescente era feliz al ver que había llegado tan lejos. Escribió un texto tan bonito que la publicación llegó a recibir medio millón de me gustas. Es conocida, querida, tanto que hasta dan ganas de llorar. Se había labrado un lugar en el mundo con sus propias manos.

—¿Cómo ha ido? —pregunto impaciente.

Empieza a parlotear atropelladamente con emoción acerca de lo que le ha sucedido. Le coloco un mechón detrás de la oreja. A juzgar por cómo me mira, seguro que me están brillando los ojos. Antes de que tome la decisión precipitada de besarla, le tiendo el casco de la moto. Cuando se da cuenta de que vamos por una carretera distinta de

la habitual, me da un toque en la pierna.

—¿Adónde vamos?

—Tengo una sorpresa para ti.

Aparco cerca de la entrada de Hyde Park. Anoche caí en la cuenta de que todavía no la había llevado allí. Bajamos del vehículo, saco una bolsa del maletero. Sigue mis pasos sin rechistar, pero con una sonrisa reprimida. Seguramente se intuya lo que he preparado. Busco un lugar en el que podamos estar tranquilos cerca de The Long Water. Asiento para mí mismo al encontrar el sitio ideal. Cerca del paseo y alejado de la multitud. Aidé pone los brazos en jarra. Saco de la bolsa un mantel azul y un par de táperes llenos de fresas y frambuesas. También una botella de limonada casera, unos bombones y un ramo de flores destrozado (tendría que haber pensado mejor el transporte). Cuando lo tengo todo listo, agarro su mano y le hago una seña con la cabeza para que se siente.

—No tenías...

—La cuestión era que quería.

Sonríe levemente mientras quita el tapón de la botella y prueba la limonada. Le ha gustado. Suelto un suspiro de alivio. Puede que haya tenido que repetirla un par de veces por miedo a que estuviera demasiado ácida. Aprovecho para comerme alguna fresa. No nos estamos diciendo nada, pero las miradas hablan por sí solas. Quiero besarla, sentir aquello que tanto me gustaba sentir hace diez años. No sé si será lo mismo, pero la distancia que nos separa ya empieza a saber a mucho. Es un buen momento. Me relamo los labios y trato de acercarme lo más posible a ella. Dejo que nuestros hombros se rocen. Soy consciente de que estoy teniendo gestos de adolescente enamorado, pero es que a su lado me siento así.

—Tengo algo que decirte.

Alza las cejas, sorprendida. Deja a un lado el táper para prestarme atención. Hace una seña con la cabeza para que suelte lo que me ocurre. ¿Cómo le digo que me estoy volviendo loco al pensar que se nos acaba el tiempo?

—Prométeme no asustarte.

—Me estás asustando. —Chasqueo la lengua, divertido—. Es broma, Kei. Cuéntame.

Inspiro hondo y echo la cabeza atrás. Ahora o nunca. ¿No es mejor arriesgar que arrepentirte de no haberlo intentado? Tengo

treinta y dos años. Ya he vivido la mitad de mi vida sin ella, no quiero seguir así. Suelto el aire que estaba conteniendo y, como si tuviera la llave de mi corazón, lo abro ante ella.

—Aidé, no hay día que no haya pensado en ti. En cómo me miras, en cómo me escuchas, en esa risa tan reluciente, en esa sonrisa que es igual de bonita que una mariposa. Pensé que no volvería a sentir lo que un día sentí, pero ha sido todo lo contrario. Nuestra historia nunca se acabó, ¿me entiendes? Hasta los guionistas de nuestras vidas se han dado cuenta de que no merecíamos ese final. No quiero que llegue el día de mi muerte y pensar: «En otra vida habríamos estado juntos». Ya no soy ese adolescente cobarde que le temía a todo, incluso a vivir. Si tengo que quemarme la mano por ti, lo haré. Si tengo que no dormir para que tú descanses, lo haré. Sonará a locura, pero no puedo imaginarme una vida sin ti. Volviste para quedarte, no para irte. Entiéndeme, quiero volar contigo. Quiero estar a tu lado. No sé, quiero que seamos tú y yo. Cada día me levanto y pienso: «Qué cansancio soñar con algo que podrías tener si lo luchas». ¿No crees que es hora de dejar de soñar, Aidé? ¿De dejar de buscar un sueño de papel cuando podemos convertirnos en una realidad?

Sus ojos se humedecen. Mi labio tiembla. El corazón me va más rápido de lo que imaginaba. Acabo de soltarle todos los colores dentro del miedo. Acabo de confesar lo que siento por ella y, a pesar de que siento que se me van a caer los dedos, creo que se ha liberado un enorme peso en mi interior.

—Quería…

—Ya has dicho todo lo que necesitaba oír.

Y me besa.

Y vuelvo a sentir todo lo que sentí aquella primera vez, hace quince años.

A

Nueve meses. A estas alturas una mariposa monarca de invierno ya estaría volando en el cielo y no entre nosotros. Sabíamos que iba a morir, pero no teníamos ni idea de que nos íbamos a dar otra oportunidad antes de que se fuera. Ha cambiado todo tanto…

Por fuera todo sigue igual. Aidé continúa estudiando en la universidad por las mañanas y se pasa las tardes disfrutando de su música. Yo trabajo de ocho a cinco, buscando nuevos proyectos por los que luchar. De hecho, hace nada empezaron las obras de reforma de Grand Central Terminal.

Por dentro, sin embargo, han vuelto a nacer miles de rosas que habían muerto entre nosotros. Me he acostumbrado a una rutina que podré disfrutar durante mucho tiempo. Alarma a las seis de la mañana, ducha, desayuno, oficina durante nueve horas y luego vuelta a casa. La mejor parte del día es cuando abro la puerta (agotado de trabajar sin parar) y me la encuentro a ella componiendo con el violín en el patio trasero. Cuando suelto la mochila en una esquina del pasillo, me acerco por detrás y la abrazo con todas mis fuerzas hasta que se gira para darme un suave beso en los labios.

Día tras día. La misma rutina. Estoy encantado de vivirla.

—Ven. —Alarga el brazo para coger un taburete y lo palmea—. Siéntate. Quiero enseñarte lo último en lo que he estado trabajando.

—Empieza, empieza —digo ilusionado—. Seguro que es una maravilla.

A pesar de que estoy más cansado de lo normal, sonrío. Ella me hace los momentos difíciles más fáciles. Me cruzo de brazos y espero a que se coloque el violín. Pocos segundos después comienza a frotar el arco contra las cuerdas. Qué bien toca. Cada vez entiendo mejor por qué los directores de cine quieren que componga la banda sonora de sus proyectos. Al terminar, arranco a aplaudir.

—¿Tanto te ha gustado?

—¿Que si me ha…? —bufo—. Cariño, haces arte.

—Tenía pensado presentar esta pieza para una nueva película de Hudgwin. Ya sabes lo mucho que me gusta cómo incorpora la música en las escenas.

—Pues hazlo —sonrío—. Vuelve a arrasar.

Asiente para sí misma repetidas veces. Deja a un lado el instrumento y se levanta del asiento para ir hacia la cocina y prepararse una taza de té caliente. Se ha vuelto adicta a las tradiciones de Inglaterra. Incluso trata de imitar el acento.

—¿A ti cómo te ha ido el trabajo hoy?

—Estamos contemplando la posibilidad de construir una estación de tren encima del mar. —Frunce el ceño—. Sí, tal como suena. Es una de las nuevas locuras de la gente de Dubái.

—Yo creo que me darían tres ataques epilépticos cada mañana en tu trabajo.

Me encojo de hombros mientras deposito las manos en sus mejillas para hacerle una caricia. Ella ladea un poco la cabeza para calentar el agua y yo aprovecho para besarla en el cuello. Suelta un gemido que me hace excitarme.

—Ahora no...

—¿Por? —Río pícaro—. Uno rapidito.

—¿No estabas cansado? —me vacila divertida.

—Uno siempre tiene ganas de follar.

Veo de reojo cómo apaga el fuego y empiezo a sonreír.

—Nunca lo hemos hecho en la cocina...

Abro los ojos como platos ante la propuesta. Empiezo a notar que aparece ese lado suyo tan pícaro y bajo las manos hacia su cintura. La acerco a mí y sonrío a dos centímetros de sus labios.

—Pues, a partir de ahora, cada vez que lo hagamos, lo recordarás para siempre.

A

Hace dos días tuvimos nuestra primera pelea intensa. Aún sigue retumbando en mi cabeza con violencia. Las palabras, los gestos, las malas formas. Todo empezó porque había llegado tarde del trabajo y estaba tan cansado que no le hice caso. No caí en la cuenta de que eso le podía molestar. Me lo comentó de buenas y me sentí tan ofendido que le respondí con el tono elevado. Al ver su cara de enfado, supe que había metido la pata hasta el fondo. Traté de hacerle comprender que no era mi intención herirla, que solo había tenido un mal día. Entonces comenzamos a lanzar cohetes de insultos. No hubo nada físico, sino flechas que se clavaron con violencia en el pecho. Estuvimos dos horas discutiendo, sacando los trapos sucios.

«¡Desapareciste sin decirme nada!»

Recuerdo contener las lágrimas, pues ella tenía todo el derecho del mundo a ponerse así. Sé lo que hice, me atormenta cada día. Aun así, escucharlo de su voz, ponerme en su piel, hizo que notase el crujir de un corazón roto. «La de noches que pasaría preguntándose si el problema era ella», pensé.

Para cuando ambos nos quedamos sin fuerzas para recriminarnos todo lo que no hicimos o lo que podríamos haber hecho, nos sentamos en el sofá y permanecimos callados con la vista fija hacia delante. Estábamos tan cerca y nos sentí tan lejos en aquel instante que deseé no volver a ponerme así con ella nunca más. La miré de reojo, ella guardaba algunas lágrimas, que iban cayendo cuando cerraba los ojos y soltaba el aire tembloroso. Me forcé a calmarme y posé la mano entre los dos. Cuando la vio, le hice un gesto con la cabeza para que no dejara que esto nos rompiera. Medio minuto después, sin mirarme, dejó caer su mano encima de la mía.

El mero hecho de que supiéramos querernos dentro de una tormenta de ira me hizo ver que lo nuestro era más que un flechazo. Que nos buscaríamos hasta cuando no quisiéramos encontrarnos. Nos queríamos mucho más de lo que imaginábamos.

—¿Nos damos un abrazo? —pregunté desde la otra punta del sofá —. Quiero que estemos bien.

—Solo un abrazo.

Sonreí como pude. Las palabras seguían comiéndome la cabeza. Había conseguido contener todos aquellos monstruos que disfrutaban al machacarme; sin embargo, siempre iba a quedar un rastro.

Me moví sin levantarme del todo y me abalancé sobre su cuerpo para aferrarme a ella y no soltarla. Puso una mueca, pero sus manos se agarraron a mi camiseta. No queríamos dejarnos. Yo la sujetaba para que no cayera en las profundidades del mar. Ella se agarraba a mi barca para que pudiéramos estar juntos a pesar del temporal.

—Lo siento —murmuré.

—Yo también lo siento.

Le di un beso en la frente, luego me levanté para ir a la cocina y prepararle un té. Cuando volví, me la encontré viendo un programa de televisión. Era el típico concurso de preguntas. Seguimos sin cruzar palabra, solo estábamos juntos, abrazados, y riéndonos de vez en cuando de alguna tontería del concursante.

Si tuviera que elegir uno de mis momentos favoritos desde que llegó Aidé a Londres, escogería este.

—¿Te apetece hacer una locura?

Ella me mira de reojo. Nos dedicamos una sonrisa y eso me basta para levantarme del sofá.

Qué locura tan bonita la de ser dos enamorados haciendo cualquier cosa, estando juntos, a pesar de todo.

A

Hoy hará cosa de un año que Aidé llegó de Los Ángeles para quedarse conmigo. La teoría de que cuanto más mayor te haces más rápido pasan los días empieza a convertirse en realidad. Parece mentira que hace nada estuviese recogiéndola del aeropuerto con el nerviosismo de saber que la iba a ver después de tanto tiempo. Ahora, como si un agujero de gusano hubiera aparecido para comerse esos doce años que nos separaron, está viviendo en mi casa. De forma definitiva. Lo estuvimos hablando hace poco, creyó que Estados Unidos ya no tenía nada que ofrecerle y que aquí estaba construyendo un nuevo capítulo de su vida.

—Cierra los ojos.

Aidé se separa un momento del armario y frunce el ceño. Cuando se da cuenta de que escondo algo detrás de mi espalda, trata de asomarse para descubrir de qué se trata. No lo consigue, y eso me hace reír. Insisto en que no mire para que no estropee la sorpresa, cierra las puertas del armario con una mueca y se espera quieta a que me acerque. La conozco lo suficiente como para saber que me estará mirando por el rabillo del ojo. Suelto un bufido ante su impaciencia y me acerco para tenderle un ramo de flores que he hecho yo mismo. Hay claveles, margaritas, rosas, tulipanes, dalias y lirios. Tenía la intención de regalarle algo especial, algo creado por mí. Además, he añadido unas cuantas mariposas de papiroflexia alrededor.

—Ya puedes abrirlos.

Lo hace despacio, con cierto miedo. Al ver esa explosión de colores abre la boca de par en par. No dice nada, ni siquiera gesticula. Suelto una risilla nerviosa, luego extiende las manos y observa de cerca el ramo. Va flor por flor, con cuidado, fijándose en todos los detalles. Encuentra la tarjetita que le he escrito.

«Para la persona más increíble. Hoy se cumple un año desde que viniste. Ojalá cumpla muchos más a tu lado.»

—Quería hacerte un regalo especial. He ido a uno de esos lugares

en los que preparas tu propio ramo. ¿Te gusta?

—Esto… —Parece estar asimilando lo que tiene delante—. Es precioso.

—También tengo otra cosa.

Ha llegado el momento. Inspiro hondo, meto la mano en el bolsillo del pantalón, saco un sobre de color blanco con su nombre escrito en cursiva y me lo quedo mirando un segundo. Sé lo que hay escrito dentro. Palabras que salen del interior, que fueron garabateadas a las tres de la mañana, con la duda de si será demasiado pronto, con la incertidumbre de saber si le gustará o terminará rompiéndola en dos. Me muerdo el labio, sabiendo que ha llegado el momento. No lo hice cuando tenía veinte años, toca hacerlo ahora que la tengo a mi lado. Mis labios empiezan a curvarse hacia arriba sin forzarse.

—¿Una carta? —pregunta, jugueteando con la lengüeta.

—Más que eso. Ábrela.

Saca de dentro el trozo de papel escrito de arriba abajo. Sin ningún espacio libre. En mi cabeza repito lo que escribí.

«Desde pequeño pensé que un hogar era el lugar donde crecías. Qué error fue pensar así. Cuando empecé a sentir el crepitar del fuego en la chimenea cuando te agarraba de la mano, supe que eso significaba algo. Estaba en casa con el sentimiento de sentirme fuera, y era porque mi hogar no estaba formado por cuatro paredes, sino que deslumbraba bajo unos ojos preciosos de color marrón y azul. Hace unos meses volví a sentirme en un lugar cálido; casualmente fue cuando volviste a estar en mi vida. Se dice que, si no haces saber al hogar lo que sientes, lo puedes perder. Si disfrutas de una casa que está amueblada por sentimientos en silencio, tarde o temprano se romperá. Y no quiero que pase eso. Aidé, ya ni siquiera hay maneras de explicarte que mi corazón late por ti. Hemos vivido tanto que es imposible crear un hogar sin tu compañía. Me levanto por las mañanas y lo primero que miro es a ti. Me da igual si llueve, si hace sol o si hay un huracán fuera o dentro de mi cabeza, porque sé que tú serás capaz de hacerme brillar. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. Formar una familia, comprar una casa a las afueras de alguna ciudad. Quiero serlo todo. Y, si hiciera falta, buscaría la forma de regalarte todas las mariposas del mundo. Aidé, tú eres la chica. Eres la persona de mi vida. ¿Quieres ser mi novia?»

Dobla el trozo de papel, emocionada. Paso la mano por su mejilla, alzo su barbilla con el dedo y hago que nos miremos. Ambos temblamos. Yo por saber que es ella y ella por saber que quiero que lo sea. Suspira despacio y una sonrisa se asoma debajo de las lágrimas. Sin decirme nada más, estampa sus labios en los míos. Al apartarse, me susurra unas palabras inolvidables, que contaré a mis hijos y a mis nietos.

—Construyamos nuestra ciudad, Kei.

—Y volemos juntos —respondo.

—Hagamos nuestro este mundo.

—Y cuidémonos hasta que no haya más aire que respirar.

Asentimos y unimos nuestras frentes. Con lágrimas. Con sonrisas. Ahora empieza la historia con final feliz. Después de tanto sufrir, de tanto llorar, de tanto vivir en círculos, nos hemos vuelto a cruzar para no dejarnos escapar.

No sé qué será del camino B, pero qué maravilla ha sido el A.

Solo toca vivir, seguir.

Solo toca ser.

Ser los dos, para siempre.

Morpho

—¡Chicos! —Una mujer con unas gafas de un color excéntrico nos abre la puerta—. ¡Qué bien que ya estéis aquí!

—Cómo os echaba de menos...

Kei se lanza a los brazos de sus madres después de soltar la caja de vino y la bolsa de viaje que hemos traído. No me puedo creer que esté conociendo su casa, a su familia. Me fijo cómo en la puerta hay colgada una bandera italiana. Eso me hace sonreír. Es bonito que sus madres jamás hayan querido forzarlo a abandonar su pasado.

—Mamás, esta es Aidé.

—¡Ay! —exclama la otra mujer—. Cuánto tiempo. Por si acaso, yo soy Aina, y ella es Julia.

Trago saliva y me acerco para darles un beso en la mejilla. Ambas huelen a una mezcla de miel y lavanda recién cosechada. Detrás de ellas aparece un chico con el cabello teñido de rubio y un pendiente en forma de arito. Está cruzado de brazos y tiene una sonrisa que deslumbra.

—¡Hermanito! —Kei corre a saludarlo—. ¿Y este nuevo estilo? Madre mía, cada día estás más loco.

—Aunque seamos mayores, seguiré odiándote todos los días de mi vida.

Se chocan los puños y el hermano se le acerca al oído para preguntarle algo mientras me mira de reojo. Kei asiente y suelta una carcajada. Aprovecho para coger la bolsa, pero Aina se me adelanta. Insiste en que entre y me ponga cómoda. Le doy las gracias.

—Así que tú eres la famosa Aidé... —Lorenzo entrecierra los ojos, analizándome—. Yo soy Lorenzo. —Se acerca a darme un corto abrazo. No me da tiempo a reaccionar—. Mi hermano lleva babeando por ti desde siempre. En todas las llamadas termina hablando de ti. Es increíble.

—Tío. —Kei alza la voz, un poco avergonzado. Eso me hace reír.

—¡Ay, de verdad! —Lorenzo pone los ojos en blanco—. Ven

conmigo, Aidé. Te haré la mejor visita guiada del piso.

Al entrar en la habitación de Kei, un abrazo cálido rodea mi corazón. Es tal como me la imaginaba. Las paredes de color blanco, pero repletas de pósteres de grupos musicales, en especial de Linkin Park. La colcha de la cama tiene un estampado de una motocicleta. El armario está repleto de pegatinas de *motocross*. Las estanterías llenas de construcciones de Lego y figuras de papiroflexia. El escritorio con un monitor pegado a la pared y unos cuantos videojuegos en la esquina, junto al mando de la videoconsola que estaba de moda hace quince años. Toda una habitación de adolescente. Lo que más me ha llamado la atención es el piano. No tenía ni idea de que tocase. Supongo que nunca se conoce al cien por cien a alguien.

Entrar en este lugar ha sido como viajar al pasado. Recordar todo lo que una vez existió. Adentrarse en un momento en el que la vida era mucho más sencilla. Ojalá pudiéramos quedarnos siempre como adolescentes, cuando nuestro gran problema era llegar tarde a casa. No somos conscientes de lo bonito que es hasta que lo dejamos atrás.

—Veo que te ha gustado mi guarida —oigo con un tono burlón detrás de mí.

—Si me pidieran que diseñara una habitación acorde a tu personalidad, sería exactamente esta.

—Qué puedo decir… —Me rodea con los brazos por la cintura y deposita un beso en mi cuello—. Mis aficiones eran muy obvias.

—Es bonito que sigas conservándolas.

Suspira y echa un vistazo alrededor.

—La de pajas que me he hecho aquí…

—¡Kei! —Suelto una carcajada.

—¿Qué pasa? También fui un adolescente hormonal.

Chasqueo la lengua entre risas. Justo nos avisan desde el comedor de que la cena ya está lista y nos dirigimos hacia allí.

Estoy de lo más cómoda entre ellos. Me han acogido como si fuera una más de la familia, han escuchado todos mis planes y hasta me han aconsejado en algún aspecto. La pena es que no hayamos podido estar todos: faltaba Nicolás, el marido de Lorenzo. Se ve que tenía una promoción para una fragancia de la que no ha podido escaparse. La comida estaba tan rica que he pedido la receta, que me han explicado que es un secreto de familia. He decidido no insistir —es algo que no me pertenece a mí— y me he guardado el sabor de la

lasaña casera para no olvidarlo nunca.

Cuando todos se van a sus dormitorios, es la oportunidad perfecta para pasar un rato a solas con Kei. Con estar en el sofá me habría bastado, aun así, ha insistido en subir a la terraza. Menos mal que ha sido cabezota, las vistas que hay desde aquí arriba son maravillosas. Estoy apoyada en la barandilla metálica observando cómo se extiende ante a mí la ciudad que tanto echaba de menos. Con esa luz anaranjada que nace de las farolas, el ambiente dormilón mezclado con algún coche, los tonos cálidos fusionándose con el verde apagado de los árboles. Barcelona tiene la magia de atraparte siempre que te paras a observarla.

—He hecho bien en arrastrarte aquí.

Ladeo un poco la cabeza hacia mi izquierda. Kei tiene la mirada clavada al frente y los brazos apoyados en la barandilla. La suave brisa mueve algunos mechones de su cabello. Qué bien le queda ese nuevo estilo, un pelín largo, y esa barba abundante que lo hace tan atractivo. Sin embargo, el destello de esa cara sonriente más joven sigue apareciendo. Creo que no soy capaz de aceptar el paso del tiempo. Todavía sigo viendo a aquel chico perdido. Ahora, por suerte, veo a alguien seguro de sí mismo y de lo que ha construido en su vida.

Sonríe y me mira de reojo.

—Ay, Aidé...

—¿Qué pasa?

—Que siempre has hablado de lo bonita que es Barcelona, pero nadie me avisó de lo bonita que podías ser tú.

Chasqueo la lengua, quitándole importancia a lo que ha dicho. Termina acercándose a mí y apoya su cabeza en mi hombro.

—Todo ha cambiado tanto... —musita melancólico.

—Ya nos lo avisaban... —río entristecida—. «Quieres hacerte mayor, pero luego te arrepentirás de haberlo deseado.» Eso decía mi padre cada vez que le hablaba de que no podía esperar a cumplir los dieciocho.

Deposita un beso en mi hombro. De lejos se oye el rumor de una ciudad turística. Qué bonito es encontrar el silencio en un mundo lleno de ruido.

—Mañana cenaremos con tus padres —recuerda feliz.

—Quién diría que ibas a ser alguien tan importante. Que un chico tan egocéntrico, desastre y pesado...

—Espero que esto termine en algo bonito.

—... terminaría conquistándome.

Amaga una sonrisa y me hace una caricia en el hombro. Parece estar dibujando una mariposa. También una tortuga. Y... ¿una estrella? Se detiene para mirarme a los ojos y termina dándome un beso en la frente. Luego dice:

—Eso es porque yo confié en que lo conseguiríamos.

Monarca

Estoy de vuelta en mi casa de Barcelona. Con treinta y cinco años y una vida increíble. Tengo todo lo que podría desear: un trabajo estable que me apasiona, a la chica de mis sueños, una mente sin voces que me intenten sabotear y un cuerpo saludable. Por eso, viendo la tarta de cumpleaños con las velas encendidas y escuchando los chillidos para que sople, solo pido el deseo de que esto dure para siempre.

—¡Un año menos para morir! —grita mi hermano.

Mi madre le da un codazo mientras se recoloca las gafas de color verde fosforito y yo le sonrío. Esa es su forma de decirme «Te quiero». Ojalá hubiera sabido desde el principio que hay mil formas de decirlo. Y es que cada ser humano tiene su propia manera de demostrarte afecto. Algunos entre bromas, otros con caricias. La mayoría de las veces no hace falta pronunciar las dos palabras para saberlo.

—Felicidades, cariño.

Mi novia me da un abrazo y yo le susurro «Gracias», aunque en realidad pienso «Gracias por haber vuelto, por estar aquí cada día, por no cansarte, por quererme, por demostrarme lo que valgo, por darme tu tiempo, por tus detalles, por tus caricias, por tu forma de mirarme..., por ser tú». Debería decírselo, pero prefiero transmitírselo a través de un abrazo, que resulta ser un mensaje mucho más arrollador. Sonrío para mis adentros mientras noto el tacto de la caja que llevo guardada en el bolsillo. Puede que no sea la mejor idea hacerlo el día de mi cumpleaños, pero trago saliva y miro el reloj que hay colgado en la pared del fondo. Quedan unas seis horas.

—Y ahora... —Mi madre se acerca con un paquete—. ¡Regalos!

—Dije que no hacía falta, mamá.

—Chis. —Niega con la cabeza—. Déjate de tonterías. Eres mi hijo y te pienso regalar lo que me dé la gana.

Pongo los ojos en blanco, ella insiste en que lo coja. Empiezo a desenvolver hasta que me encuentro con una pequeña caja de plástico de color negro. Frunzo el ceño, trato de buscar en su mirada lo que

podría ser, pero solo veo la impaciencia de una madre por querer que descubra lo que hay dentro. Paso los dedos por la tapa de la caja y la levanto poco a poco. Mi boca se abre de par en par cuando me doy cuenta de lo que es.

—Esto... ¿es real? —Se me humedecen los ojos.

—Ya te digo que sí, hermanito. —Lorenzo me guiña un ojo, abrazado a Nicolás. Me ha hecho ilusión que haya podido venir la persona que tan feliz hace a mi hermano.

Saco el objeto de dentro de la caja y sonrío ante lo que tengo entre las manos.

—¿Qué es? —pregunta Aidé curiosa.

Es historia entre mis dedos. Recuerdos que florecen de nuevo. Objetos que parecían haberse olvidado. Cuando me fui de mi antigua casa, creí que se quedaría en la estantería hasta que el polvo lo enterrara. Repaso con la yema de los dedos los detalles de la pequeña maqueta de madera que hice con mi padre meses antes de que muriera. Inconscientemente, me empiezo a morder el labio. Poco después noto su mano en mi hombro. Me conoce tanto que sabe que solo me muerdo el labio cuando trato de reprimir las lágrimas. Cojo aire con fuerza y lo suelto.

E volerò. Sarò il miglior pilota della storia.

Lo sarai, lo so.

Es el prototipo de mi motocicleta soñada. Con el número esculpido en diagonal entre las ruedas y en la cúpula. Pintada de negro, con pegatinas de marcas como si fueran mis patrocinadores. Se podría pensar que me duele darme cuenta de que nunca podré cumplir este sueño, pero no es así. Si tengo el corazón encogido es porque mi padre se marchó más pronto de lo que debería. Porque se fue sin avisarme ni despedirse. Y yo me merecía tener más recuerdos a su lado. Si me duele es porque este fue el último proyecto que hicimos juntos. Es el único recuerdo que me queda de él y no me acordé de cogerlo cuando me fui de Italia.

—Qué bonito, ¿eh? —ríe Lorenzo, tratando de contener las lágrimas.

—Es el mejor regalo. ¿Cómo lo conseguiste?

—Hace poco estuve en Génova y pasé por Portofino. No hay nadie en la casa, Kei. No la vendieron. Se ve que la dejaron como un recuerdo de la familia que la habitó durante tantos siglos.

—¿No vive nadie?

—Solo nuestros recuerdos.

Miro de reojo a Aidé, está alzando las cejas, igual de sorprendida. Por mi mente pasa una idea. Una locura que... quizá no lo sea tanto. La imaginación da paso a una escena familiar en la que nos veo en Italia.

—¡Yo también tengo un regalo!

Mi otra madre me entrega una bolsita cerrada.

—¡¿Más regalos?!

El resto de la tarde lo pasamos como tenía pensado: viendo una película en el sofá con palomitas de colores. Es una tradición que surgió cuando Lorenzo tenía trece años. Cogió un virus el día de su cumpleaños y para poder disfrutar lo máximo posible, decidimos poner una película. Como cumple el 26 de diciembre, escogimos *Solo en casa*. Desde entonces decidimos que, en cada cumpleaños, veríamos una película juntos. La única diferencia es que ahora somos dos integrantes más.

Al hacerse de noche, nos despedimos para tomar la línea verde. Aidé no tiene ni idea de lo que le tengo preparado, cosa que hace que me ponga más nervioso aún. Saco dos tarjetas de color verde para poder pasar por los tornos. Pisar el andén cogido de la mano de Aidé me ha traído una oleada de recuerdos. De todas aquellas veces que nos encontramos en el metro y quise agarrarla de la mano. De todas esas veces que esperábamos a que llegara el tren y quería besarla...

Entonces me pregunto si solamente los sueños pueden ser de papel. ¿Y si los recuerdos también? ¿Los besos? ¿Los abrazos? ¿Y si todo es una analogía entre lo que fue y lo que nos gustaría que hubiera sido? Hay tantos sueños sin cumplir, tantos besos que nunca se han dado, abrazos perdidos, miradas camufladas, sentimientos callados, hogares abandonados... Todos tenemos un mundo de papel en el que nos imaginamos lo que ya no existe. Y cuando nos morimos, este se quema en el olvido porque solo nosotros tenemos la llave de esos lugares.

—¿Qué piensas?

Entramos en el vagón, toco la pequeña caja que llevo en el bolsillo y sonrío.

—Nada importante.

Una hora después, llegamos a plaça Espanya. Pasamos las Torres

Venecianas, subimos por las escaleras de color blanco con barandillas de mármol, dejamos atrás el Museo de Arte Nacional de Cataluña y nos dirigimos a aquel lugar al que fuimos hace quince años. Donde la llevé el día que me enteré de que no había entrado en la carrera. Este era el lugar donde tenía pensado pedirle salir.

Haré lo mismo, pero de por vida.

Aidé parece reconocer el lugar y va hacia la esquina que le enseñé la otra vez. La puesta de sol que vivimos en su momento ahora es una noche invernal con las hojas de los árboles cayendo.

Aprovechando que ella tiene la vista fija en la ciudad, me acerco a un chico que está tocando la guitarra, le doy cinco euros y le pido que me toque la canción que le digo. Él acepta encantado. Me coloco en el centro y sonrío hacia donde está ella. Mi corazón sabe que ha llegado el momento. Nunca he tenido nada tan claro como ahora. Empiezo a arrodillarme, algunos turistas se apartan; algunas personas sacan los móviles para grabar. Le hago una seña al guitarrista para que empiece. De fondo suena *More than words* de Extreme.

Como sabía que iba a pasar, Aidé se da la vuelta en busca de quién está tocando una de sus canciones favoritas. Lo que no se esperaba era encontrarse con su novio de rodillas, rodeado por una especie de círculo de móviles.

—¿Kei...?

Meto suavemente la mano en el bolsillo y saco la cajita de color negro. Aidé se acerca despacio, negando con la cabeza. Suelto una risilla tímida y le enseño el anillo.

—Aidé..., ¿quieres casarte conmigo?

Una oleada de chillidos de sorpresa y felicitación suena a nuestro alrededor. Trago saliva. Estos segundos se están haciendo más eternos de lo que creía. Es como si el tiempo estuviera ralentizado. Inclino un poco la cabeza. Ella tiene las manos sobre la boca y está llorando. Asiente repetidas veces y me levanto para abrazarla y darle un beso. La gente aplaude. Yo solo sé que ya he encontrado aquella estrella que tanta gente busca a lo largo de toda su vida.

More than words to show you feel that your love for me is real...

Me separo de sus labios y ella me tiende la mano para que pueda colocarle el anillo. Supe que tenía que ser especial, no del clásico color plata. Siempre he visto a Aidé como una mariposa morpho, que se caracteriza por sus alas de color azul profundo. Yo me identifico con

una mariposa monarca, con esas alas anaranjadas y esa tonalidad apagada. El anillo es de plata, pero está recubierto de pequeños diamantes morpho y monarca. Porque de ahora en adelante volaremos juntos. Porque no pienso separarme de ella. Nunca.

—Te quiero.

Retiro el mechón que tapa ese ojo tan bonito y nos recuerdo hace quince años. Jugando a querer, jugando a estar para siempre, sin tener ni idea del viaje tan largo que íbamos a hacer.

—Y yo te amo.

Qué bonito saber que existen los finales felices después de tantos caminos agrietados. Qué bonito saber que ella es mi final feliz.

Morpho

Dejo una caja de cartón en el pasillo para recuperar un poco el aliento. Las letras negras aparecen en mi campo de visión y sonrío. Es irreal que esté a punto de mudarme a Italia con Kei, a la casa donde creció. Me agacho de nuevo para mirar lo que hay dentro de la caja de «Los recuerdos». Lo primero que me encuentro es una fotografía de nuestra boda. Hoy ya nadie las imprime, pero no es lo mismo verlas en una pantalla que entre tus dedos. La giro hasta ver la fecha. Hace un año.

Nos dimos el «para siempre» en la playa de la Barceloneta cuando el cielo se teñía de rosa. Después tuvimos que correr hacia el chiringuito para refugiarnos de una tormenta esporádica. Aún recuerdo el baile a las tres de la madrugada mientras nos mojábamos los pies. Y nuestra luna de miel en Argentina. Hace un año que entendí que la vida también tenía sus momentos bonitos, a pesar de todos los malos.

Saco otra fotografía: un grupo sonriendo delante del mar. A la derecha está Amaia abrazada a Pau, a la izquierda, Arnau; en el suelo están Nicolás y Lorenzo junto a Fernando (su hijo adoptado de siete años), y en el medio Kei y yo. Paso los dedos por el recuerdo, como si pudiera revivir este momento. Es increíble cómo ha cambiado todo. Cómo cada uno está creando su historia después de haber formado parte de la nuestra en algún momento. Termino guardándola donde estaba, estiro la mano para alcanzar la cinta aislante y cierro la tapa.

Al levantarme de nuevo y encontrarme una casa sin muebles, se me empiezan a humedecer los ojos. Cuesta despedirse. Londres ha terminado siendo mi hogar, en el que he vivido mis mejores años, en el que he tocado miles de sinfonías con el violín.

—¿Falta algo más?

Kei aparece por el umbral de la puerta principal de la casa con una gorra y unas bolsas en la mano. Detrás se aprecia el camión de mudanza con las puertas abiertas de par en par.

—Solo estas tres cajas.

Asiente para sí mismo y suspira, luego entra y coge dos cajas de cartón. En cuanto sale hacia el camión para guardarlas, la casa empieza a teñirse de un color que nunca había visto. Es como si la luz estuviera apagándose, como si las paredes estuvieran perdiendo fuerza y fueran a derrumbarse. Como si supieran que estamos abandonando un rincón en el que hemos compartido vivencias. Me agacho para coger la caja de antes y me la llevo al pecho mientras reviso por última vez. Esto es todo. Esto es un adiós.

Las veces que corrimos por el pasillo después de ver una cucaracha, cuando nos quedábamos dormidos en el sofá, cuando intentamos hacer yoga en el salón, cuando nos daba por cambiar de sitio los muebles, el día que se cayó un cuadro y me dio en la cabeza, cuando la pelota de fútbol del vecino rompió el cristal de la ventana, cuando bailábamos abrazados, las noches en vela trabajando… Una infinidad de momentos que perdurarán en la memoria, pero que nadie sabrá que han sido creados aquí. Tan solo nosotros.

—¡Cielo! —chilla Kei desde fuera—. ¡No llegaremos a tiempo al avión!

—¡Ya voy!

Cierro la puerta lo más despacio posible. Sé que la vida funciona así: nos encariñamos de lugares que creemos que durarán para siempre. Luego llega un cambio, uno que no sabemos cómo acabará. Sin embargo, presiento que esta es la mejor decisión. Recoloco la caja en mi pecho, sabiendo que la presión que siento es por el dolor del adiós. Al cerrar la puerta del camión, una parte de mi vida termina. Antes de subir, me regalo una última mirada al sitio que me ha devuelto la confianza en mí.

—Es hora de alzar el último vuelo, mariposa.

[VII]
cuando las familias sean de papel

I'll go wherever you will go. Way up high or down low.

(hola…)

Siento que me estoy muriendo. No, más bien creo que me están asesinando lentamente. Como si estuviesen presionándome contra una pared con intención de aplastarme. Necesito que alguien me recuerde la razón para tener hijos, porque ahora mismo lo veo todo negro. Dios mío, cómo duele. Alguien me agarra de la mano con fuerza, ya ni siquiera me interesa saber quién es. Por favor, que salga ya. No puedo más. Insisten en que empuje un poquitín, que ya estamos en la recta final, pero yo siento que estoy a punto de desvanecerme. Tengo el cabello pegado a la piel por el sudor, noto agujas en la frente y estoy harta de estar tumbada. Saco fuerzas para dar otro empujón y grito ante el esfuerzo que me supone. Al ver que todavía no sale, me entran ganas de rendirme. Sollozo. Esto es inaguantable. La enfermera me da ánimos, yo niego con la cabeza.

—No puedo más —suspiro agotada.

—¡Vamos, cielo!

Cierro los ojos un momento, luego los abro y me encuentro con él, animándome mientras me acaricia la mejilla. Tomo su mano para sentirlo más cerca. Menos mal que está aquí, no sé cómo habría sobrellevado estar tantas horas en un hospital sin compañía. Al principio creía que se perdería este momento, dado que se encontraba en Tokio de viaje de trabajo. Para mi sorpresa, cogió un vuelo de última hora y se presentó en la puerta de mi habitación.

Cojo todo el aire que puedo y lo exhalo a la vez que clavo mis ojos en los suyos. Esa paz me hace querer seguir. Esa mirada que tanto me transmite. Ese chico que, a pesar de todo, ha demostrado que el amor puede ser bonito. Bufo, miro a la enfermera y le hago una seña para que entienda que voy a volver a intentarlo. Aprieto los dientes, estrujo lo máximo posible la mano de mi marido y me inclino para exprimir toda la fuerza restante.

—¡Ya veo la cabeza!

Y aprieto. Justo cuando tengo la sensación de que jamás lo

lograré, una sensación de liberación me invade y caigo rendida contra la almohada. Segundos después oigo el llanto que me hace aterrizar de nuevo en la realidad. Una de las comadronas se acerca con un bulto entre los brazos y me lo tiende con cariño. Sin saber muy bien qué hacer, cojo al bebé. Paso el dedo índice por sus pequeñas manos y sonrío. Miro de lado a Kei, está llorando de la emoción. Me centro en lo que tengo sobre mi pecho. No sabría definir lo que siento. Es como si después de estar corriendo aterrada por el bosque me encontrase de nuevo con mi hogar. Con mi casa. Como si después de tanta tormenta, todo se transformara en un día cálido y tranquilo.

Kei se asoma para ver de cerca a la criatura y me rodea con un brazo. Nos basta una mirada para entender lo que acaba de pasar. Somos padres.

—Hola, pequeña.

—¿Cómo se va a llamar? —pregunta con ilusión una de las enfermeras.

Sonrío y recuerdo lo que vi en Kei. Esa aura tan apagada que escondía el corazón más bello posible. Esa aura que ahora mismo se ha convertido en un precioso color rosado. Él me mira a la espera de que diga un nombre y yo sonrío.

—Bienvenida al mundo, Aura.

(lo que es tener una hija)

2 meses de vida

Me estoy volviendo loco. ¿Cómo pueden llorar tanto? ¿Cómo pueden dormir tan poco? ¿Saben lo que es tener un horario normal? Llevo una semana sin pegar ojo. Lo peor es que, como no habla, no tengo ni idea de lo que quiere, y todavía no he adquirido el poder de traducir el silencio. Suena de nuevo el llanto y me envuelvo el cojín alrededor de las orejas tratando de dormir. Nada, si alguien no va a por ella, no parará. Me incorporo y miro por encima del hombro; Aidé está agotada.

—Ya voy yo, quédate aquí.

Me lo agradece con una sonrisa y le doy un beso en la frente. Luego me acerco a la cuna y agarro a Aura para tratar de calmarla. Al ver que no deja de llorar, decido salir al balcón. Cierro la puerta para que Aidé pueda descansar y me siento en la silla plegable que hay al lado de la mesa cuadrada de madera. Trato de mecerla, pero sigue sin hacer efecto. Cierro los ojos un momento. En las películas romantizan demasiado lo que es tener un hijo. Es bonito, sí, pero nadie habla de estos momentos. Tengo la sensación de que he olvidado hasta mi nombre.

—No llores más, por favor.

Nada. Sigue como si le estuvieran perforando el corazón. Suspiro, luego trato de tararear una canción. Eso parece aliviarla un poco, así que sigo. Me concentro en la *piazzetta* la en la que crecí y disfruté durante mi infancia. Todavía sigo sin asimilar que estemos en Portofino. Que hayamos hecho la locura de mudarnos a Italia. No me arrepiento. Pienso recuperar este lugar perdido cuando se rompió mi familia creando la mía propia. En cuanto dejo de observar el pueblo, soy consciente de que hay demasiado silencio. Compruebo si está dormida. Sonrío de alivio al ver que sí.

—Vaya terremoto estás hecha…

11 meses de vida

Abro los cajones como un desesperado. Siempre he guardado aquí la videocámara y justo en este instante ha decidido desaparecer. No entiendo nada. Suelto un gruñido de frustración y sigo desmontando medio armario. Echo la cabeza hacia atrás, dando las gracias al mundo cuando la veo abajo del todo. Me agacho, la cojo, le doy al botón de encendido, aprieto los ojos al sentir esa molestia de la espalda y vuelvo corriendo a la calle.

Ahí está mi bebé empezando a caminar. De pie, como si tuviera ganas de conquistar todos los planetas. Aidé la felicita entre lágrimas. El corazón me va a mil, menos mal que no me he perdido este momento. Veo a través de la pequeña pantalla sus primeros pasos. Mi niña está creciendo demasiado deprisa…

—¡Oléééé! —aplaude Aidé cuando cae entre sus brazos.

El corazón me da un vuelco al oír esa risa tan bonita y aguda. Dejo la cámara y corro a abrazarla. Luego la alzo lo más alto posible y la miro desde abajo. Ella ríe, sonríe. Ella es feliz. Ella es preciosa. Ella es el nuevo amor de mi vida. Ella es parte de mi familia. La atraigo a mi cara y froto mi nariz con la suya. Ella brilla y haré lo imposible para que nunca deje de hacerlo.

1 año de vida

—¡¿Lo dices en serio?! —pregunto ilusionado—. ¿Lo ha dicho?

Aidé asiente repetidas veces a través de la pantalla del ordenador. Subo el volumen para escucharlo lo mejor posible y espero pacientemente.

—Di ma-má.

Coge de las manos a Aura y ella la mira embobada.

—Ma… má.

—¡Sííí!

Empieza a besuquearla por toda la cara y recibe una tierna risa a cambio.

Cómo me duele no poder estar ahí. Sé que todavía quedan muchos instantes que disfrutar, pero es duro perderse los primeros. Estoy de viaje de trabajo en Uruguay. Estoy gestionando un

megaproyecto para construir una estación de tren que una todos los países latinoamericanos. Intento pasar el máximo tiempo posible en casa, pero me es difícil.

—¿Cuándo vuelves, cielo?

—En dos días.

—Te echamos mucho de menos. —Me dedica un beso, luego levanta a Aura del suelo y la acerca a la cámara—. ¿Verdad que sí?

Como no responde, mi mujer se pone detrás de ella, mueve un poco sus brazos y finge la voz de la niña: «Shííí». Suelto una carajada y niego con la cabeza. Aura se mete el dedo en la boca y ríe al ver cómo su madre trata de quitárselo. Esos mofletes tan inocentes, esos ojos azules tan bonitos que tiene. Ese cabello liso de color marrón, esa naricilla redondita. Esas pestañas tan largas y los primeros dientes de leche que muestra siempre que sonríe. Qué feliz me hace. Qué feliz me hacen las dos.

—Me tengo que ir —digo, casi sin pronunciar las palabras.

Si fuera por mí, me quedaría las veinticuatro horas de cada día observando cada detalle.

—De acuerdo, cariño. Mañana te llamo.

—Vale, cielo. —Le lanzo un beso—. Te quiero.

—Y yo más.

1,7 años de vida

Bajo del coche lo más rápido posible. Estoy preocupado. Tiene mucha fiebre, roza los cuarenta grados. Abro, nervioso, la puerta trasera, desabrocho a Aura y la cojo en brazos. Aidé está en el colegio, trabajando. Estoy solo. Y aterrado. Sonará a locura, pero creo que nunca he tenido tanto miedo. Saco las llaves del bolsillo y trato de cerrar las puertas. Lo consigo al tercer intento. Estoy tan inquieto que no sé ni cómo soy capaz de mantener la compostura. No para de llorar. No deja de chillar.

—Lo sé, lo sé. Aguanta un poco, peque.

Le pongo la mano en la frente para comprobar la temperatura. Sigue ardiendo. Inspiro con fuerza y me apresuro hacia la entrada de urgencias del hospital.

—Buenos días, ¿qué…?

—No sé qué le pasa. Tiene fiebre. Muchísima. No para de llorar y creo que le duele el estómago. ¿Y si se muere? Ha empezado esta mañana y… no entiendo nada. Juraría que…

—Señor, lo primero de todo, tranquilícese. Su hija se va a poner bien, ¿de acuerdo?

Trago saliva y asiento mientras le doy un beso en la mejilla a Aura. Cuando la mujer ve que estoy más relajado, me empieza a hacer preguntas. Luego me dice que en un rato nos llamarán, que vayamos a la sala de espera. Por suerte, a los cinco minutos entramos por la puerta número seis.

—Ajá —carraspea el doctor—. Tiene todas las papeletas de ser un resfriado.

—¿No es nada grave? No se va a…

—No —sonríe—. No se va a morir.

Suelto todo el aire que estaba conteniendo.

—Déjeme adivinarlo, ¿es primerizo?

—¿Tanto se me nota?

—Todos los padres hemos pasado por esto. No se preocupe, con la medicación que le recetaré se curará.

Jugueteo con la palma de la mano de mi niña, aliviado de que solo haya sido una paranoia mía.

—Que se haya preocupado de esa forma solo es señal de que su hija tiene mucha suerte de tenerlo como padre.

Se levanta, guarda las gafas en el bolsillo de la bata y nos tiende el papel con los medicamentos.

—La quiero mucho.

—Ella lo nota.

2,4 años de vida

Era mucho mejor cuando no sabía andar. Ni hablar. Ahora parece un terremoto andante. No para quieta. Corre como si su energía fuera infinita. Se agarra del mueble del comedor, coge una figura de adorno y me la tiende para enseñármela.

—¡Halaaa! —Abro los ojos como platos—. ¿Y esto?

Ríe al ver que ha descubierto algo que yo no conocía. Qué bonita es la inocencia de los niños. Insiste en que la coja, poco después corre

hacia donde está su moto de juguete y se sube. Cada vez que la veo con esas ganas, con esa mirada, con esos ojos que tanto se parecen a los míos, me veo a mí mismo. A aquel niño con ilusión de vivir. Con ganas de comerse el mundo. Me acerco despacio a Aura y cuando ella me ve, acelera pasillo abajo. Y ríe. Las risas retumban por toda la casa.

—¡Atención! —chillo, con las manos imitando un megáfono—. ¡Aquí tenemos a la ganadora de la carrera!

La agarro por los brazos y ella me agarra de las mejillas con fuerza. Empezamos a poner caras. Le hago cosquillas.

—Te quiero, reina.

—¡Papi!

—Exacto, papi te quiere. Muchísimo. Eso no lo dudes nunca.

La bajo de nuevo y corre hacia su habitación, posiblemente a jugar con los cochecitos que le regalé hace unos días. Yo me quedo en el pasillo, quieto. Asimilando en qué punto de mi vida estoy. Seguramente no sea el mejor, pero sí en el que mi corazón está más lleno de amor. Caigo en la cuenta de que Aidé llega en menos de una hora del trabajo y me encamino hacia la cocina para preparar la comida. De vez en cuando echo de menos mi antiguo empleo. Hace poco decidí sacrificar mi estilo de vida para pasar más tiempo con mi familia. Ahora trabajo de arquitecto en Génova. Está bien, pero no es lo mismo. Aun así, cuando miro a la niña de mis ojos me doy cuenta de que ha valido la pena.

He entendido que ser padre va más allá de cumplir tus sueños, pues ahora debes dejar que una versión pequeña de ti cumpla los suyos.

3,1 años de vida

Estamos reunidos con la profesora de Aura. Por más que trato de asimilarlo, no caigo en la cuenta de cómo mi hija ha sido capaz de clavarle un lápiz en la mano a un compañero. ¿He hecho algo mal? ¿Debería haber sido más estricto? ¿Le he dado demasiada libertad? ¿Es mi culpa? Aidé me coge de la mano por debajo del escritorio. Seguramente haya visto cómo me muerdo el labio.

—Insisto en que esto es algo que pasa muy a menudo. No saben controlarse. Son niños. Solo me gustaría que hablaseis con Aura para

hacerle entender que le ha hecho daño a su compañero.

—Lo haremos —dice con firmeza mi mujer—. Muchas gracias, Mariella.

—Tened un buen día.

Al salir, me encuentro con mi hija sentada en una silla de plástico, con la cabeza agachada. Creo que está llorando. Miro de reojo a Aidé, ella me hace un gesto para que me encargue yo de la situación. Le doy un beso y ella se va hacia el coche. Me pongo en cuclillas, poso las manos sobre sus piernas.

—Lo... lo... lo siento —solloza.

—¿Entiendes que le has hecho daño? —pregunto con cariño.

Ella asiente.

—Tu compañero está bien. ¿Y tú?

Se encoge de hombros.

—Ven, dame un abrazo, reina.

Se lanza a mis brazos como si fuera su salvavidas. Cierro los ojos para sentir cómo sus manos se aferran a mi espalda. Siempre supe que cuando tuviera un hijo quería que tuviese la suficiente confianza para abrirse, para venir a mí sin miedo.

4,5 años de vida

—¿Notas las patadas?

—¡Sííí! —chilla ilusionada—. ¿Eso es que está despierto?

Aidé asiente mientras se acaricia con cariño el vientre. Fue inesperado. No teníamos ninguna intención de tener un segundo hijo. Hablamos muy en serio sobre qué deberíamos hacer. Ella decía que iba a ser muy complicado, dada nuestra situación laboral. Quería volver a componer bandas sonoras y que yo volviese a mi antiguo trabajo. Aun así, yo consideraba que podríamos con esto. Que podríamos con todo. Además, le dije: «Yo ya he vivido mi vida, ahora quiero otro hijo».

—Tengo una idea... —carraspeo—. ¿Qué te parecería decidir tú el nombre?

—¿Yo?

—¿Ella? —pregunta, asustada, Aidé. Seguro que se ha imaginado que le pondría «Patata».

Suelto una carcajada y me agacho a la altura de mi niña para pasar un mechón de su cabello detrás de su oreja. Es tan guapa... Tiene la misma mirada que la mujer de mi vida.

—Así es, Aura —confirmo—. ¿Tienes algún nombre en mente?

—¡Lucas!

Miro de reojo a Aidé. Ella sonríe. Yo también.

—Lucas.

(lo que es dejarlos ir)

Nadie te enseña cómo dejar volar a tus hijos. No hay una forma concreta de hacerlo. Tampoco una fecha. Simplemente lo haces, aunque no te apetezca, cuando sabes que están construyendo su camino y que tienes que dejarlos ir a su ritmo, a pesar de saber que se van a caer. Y aunque sientas que están muy lejos de ti, nunca se lo debes recordar.

Ahora mismo estoy aprendiendo a dejarlos volar. También comprendiendo lo que sintieron mis madres cuando me fui.

Entro en la habitación de Aura y me encuentro con un lugar lleno de recuerdos: marcos de la puerta rayados, paredes llenas de manchas de rozaduras o de golpes, el armario decorado con pósteres, una estantería llena de cajas y algunas flores de plástico, la guitarra en la esquina. Está llena de cosas, pero lo que le daba vida a este lugar ya no está.

Me agacho para abrir el cajón de debajo de la cama. Como bien suponía, me encuentro con los cochecitos con los que jugó de pequeña.

—¿En qué momento han crecido tanto?

Niego con la cabeza y devuelvo la caja a su sitio. Busco la explicación alrededor; sin embargo, no encuentro la respuesta. Aidé da unos pasos y me toma de las manos mientras observa la habitación.

—Están volando, cariño —dice, tratando de curar la herida—. No te olvidan, solo hacen su camino.

—Pero... ¿por qué no se quedan? Aquí siempre tendrán su hogar.

—Tú más que nadie sabes que los hogares van cambiando. —Me pasa la mano por la mejilla—. Déjalos crecer, ya vendrán cuando estén cansados de hacerlo.

—Todavía sigo atado a aquel momento en el que ambos eran niños, cuando tenían tanto miedo del supuesto monstruo que había en sus habitaciones que venían corriendo a nuestra cama.

Aidé ríe ante el recuerdo, nostálgica. A través de su mirada puedo

ver todo lo que yo no soy capaz de decir. Todas esas lágrimas escondidas por el hecho de que ya solo nos tenemos el uno al otro. De que la familia de cuatro volverá a ser de dos.

—Pero ¿y lo lejos que están llegando? —trata de animarme.

Aura acaba de terminar el grado de Enfermería y Lucas se ha ido de intercambio a Canadá para aprender inglés. Aura vive en un piso de estudiantes con sus dos mejores amigas y Lucas está en casa de una familia de acogida. Sé que a él aún le quedan unos años con nosotros, pero ya siento su ausencia. La primera ha volado, el segundo lo hará enseguida. Y da miedo soltarlos en un mundo tan cruel como este. Desaferrarse de su mano después de haberlos acompañado en sus inicios. Es como perder una parte de ti, como si te arrebataran un pedazo de tu corazón. Como si después de estar años aprendiendo a nadar a su lado, se te olvidara hacerlo tú solo.

—Kei, sé que asusta, pero sabrán enfrentarse al mundo.

—¿Y si no? ¿Y si...?

—Entonces aquí estaremos tú y yo para levantarlos. Siempre seremos papá y mamá.

Este capítulo se está cerrando. Duele saber que todo se está convirtiendo en un recuerdo. Los cambios de pañales, los chupetes, las papillas, las noches en vela, la guardería, verlos jugar en su habitación, medir su estatura con un lápiz en la pared, montar en su primera atracción, ayudarlos con las sumas, enseñar a Lucas a afeitarse...

Ahora son tan mayores que ya no puedo enseñarles nada más. Les toca aprender por su cuenta, de sus errores.

—Tienes razón, cariño —murmuro.

—¿En qué?

—En que lo hicimos lo mejor que pudimos.

Cierro la puerta de Aura y acepto que ya se ha ido. Que le toca volar. Que después de haber cuidado cada detalle de su vida, tiene que empezar a cuidarse ella.

(... adiós)

Al llegar a casa, he percibido todos los colores del mundo al revés. Una sensación de revuelo. Rápidamente he llamado a Kei. No contesta. Dejo la bolsa en una esquina del sofá y me asomo a las escaleras. Vuelvo a chillar su nombre. No hay respuesta. El corazón me empieza a latir rápido. Subo al primer piso. Un ruido extraño proviene de la terraza. Sin pensármelo dos veces abro la puerta que da al exterior temiéndome lo peor y... me lo encuentro apoyado en la barandilla como si nada. Hay una maceta rota en el suelo. Suspiro de alivio y me acerco. Lo que no me esperaba era verlo con los ojos enrojecidos de llorar.

—¿Cariño? ¿Qué haces aquí?

—Estoy asustado.

—¿De qué?

—Del tiempo.

—¿Qué pasa con el tiempo?

Hay algo en su mirada que me advierte de que lo que quiere decir puede romper el mundo en dos. Algo que no puede aguantar más. Lo sé por cómo sus ojos reflejan ese horror. Por cómo sus manos se entrelazan para controlar el impulso de abrirse.

—Dilo. Suéltalo.

Niega, tras una fina capa de lágrimas.

—No quiero atarnos a un final. No quiero.

—¿Qué final? ¿De qué estás hablando?

Cierra los ojos y deja un informe encima de la barandilla. Estamos muy cerca, pero lo siento más lejos que nunca. Mis ojos empiezan a humedecerse. No de tristeza, sino de preocupación.

—¿Qué es esto? ¿Qué quieres decirme?

Coge aire con fuerza y me mira de lado.

—Hace unos meses encontré una caja llena de documentos. Entre ellos estaba guardado el historial clínico de mi familia. También el certificado de defunción de mi padre, con el registro de urgencias. —

Aprieta el puño y bufa—. En las pruebas que le hicieron, sale una anomalía en la actividad cerebral. Debajo ponía «Alzheimer precoz».

—Eso no significa que tú también lo tengas, Kei.

El silencio lo dice todo y hace que abra los ojos como platos y que el miedo se asiente en mi cuerpo. La mirada que me lanza por encima del hombro me da a entender que él sabe más de lo que le gustaría saber. Una parte de mí es consciente de lo que significa esto, pero la otra no quiere aceptarlo. Asiente levemente y una lágrima roza su mejilla.

—Me han hecho las pruebas, Aidé.

Se me empieza a formar un nudo en la garganta. Niego con la cabeza repetidas veces para que la realidad deje de existir y nazca la fantasía. Para que este no sea nuestro final. Gira su cuerpo por completo. El tiempo está más presente que nunca.

—Cariño…

—No, no lo digas.

—Mariposa…

—Por favor —suplico.

—Es un hecho. Te voy a olvidar.

[VIII]
cuando los sueños sean de papel

No estic sol, no ho estic. Tu estàs amb mi. I els teus ulls són brillants. I un somriure extravagant. I sempre estarà al meu cor.

ell.

—Tenemos que hacer una última parada antes de que te puedas ir.

Aprieto con más fuerza sus dedos y vamos hacia la esquina en la que nos conocimos, donde ahora hay un nuevo puesto de libros. Esta vez no eres tú el que está detrás de la mesa repleta de historias. Esta vez, un chico con una camiseta negra y manchas en la piel no será el que me regale el libro. Espero a que la señora de cabello grisáceo y una sonrisa deslumbrante que está a cargo termine de vender un ejemplar. Busco con la mirada aquel título. Aquel lugar donde empezó nuestra vida. Nuestras miradas. Nuestros besos. Nuestros abrazos. Cuando lo encuentro, lo cojo sin soltar a Kei y cierro los ojos con fuerza ante el recuerdo.

—¿Solo esto, señora?

Asiento mientras tiendo un billete de cinco. La mujer empieza a sacar una bolsa de cartón y miro de reojo a Kei. Los ojos me empiezan a brillar.

—¿Podría darme el cambio mal?

—¿Por qué?

Sonrío. No lo entendería. Ella no es capaz de ver lo que esconde una moneda.

—Son las pequeñas cosas las que crean grandes historias.

Duda unos segundos. Insisto y termina cediendo, encogiéndose de hombros. Le doy las gracias y nos vamos hacia la boca del metro. Me cuesta mucho bajar las escaleras. Ya no tengo la fuerza de antaño, pero sí la sonrisa que antes no lograba encontrar. Porque, aunque ya haya cumplido sesenta y dos años, puedo decir que he vivido. Que no he tenido miedo a caerme, a hacerme daño, a intentarlo. He construido mi propio camino.

Nos sentamos en el banco a la espera de que venga el metro y recorro con la mirada todos los recuerdos que me evoca este lugar. Hay niños, familias, parejas. Hay vida aquí abajo. Aquí está todo lo que hemos podido llegar a ser. Miro a mi lado y sonrío al ver que

sigue conmigo. Está muy callado, pero sé que me quiere. Y que me querrá siempre.

Sé que estará.

—Mira hasta dónde hemos llegado —sonrío—. Mira dónde estamos.

No responde. Ha perdido demasiado como para alzar la voz. Ha perdido la vitalidad.

—Qué bonito ha sido, ¿verdad? Ojalá pudiéramos repetir todo.

Aprieto con más fuerza sus dedos y me los llevo al pecho. Alzo la cabeza hacia la pantalla que indica cuánto queda para que la luz del túnel se tiña de blanco. Sonrío al ver que todavía tenemos unos segundos. Suspiro. Feliz.

—Creo que eres consciente de que una rosa no dura para siempre. Con el tiempo va deteriorándose, apagándose y perdiendo sus pétalos. Luego el tallo muere. Lo sabes, ¿no? —le pregunto. Él asiente —. Eso es lo que deberíamos entender todos: la vida termina. La cuestión es saber apreciarla, arriesgarse, disfrutar cada minuto ante la posibilidad de que sea el último. Por eso soy feliz, cariño, porque hemos aprovechado cada uno de los pétalos.

Noto cómo sus dedos empiezan a desaparecer y los ojos se me humedecen. El túnel empieza a perder el tono oscuro. Todos aquellos que pasan por el andén y observan el camino de las lágrimas que recorren mi rostro bajan la vista y se entristecen aún más al ver una rosa marchita entre mis manos.

Ellos ven una rosa marchita; yo, al amor de mi vida.

XIV

Mi historia de amor termina aquí,
pero en mis sueños,
cuando cierre los ojos,
continuará.

Agradecimientos

Ni siquiera sé cómo hacer esto (tengo poca experiencia, supongo). Esta historia nació en febrero de 2023, a raíz de un romance que siempre había deseado. Cuando Kei y Aidé empezaron a crearse en mi mente, supe que iban a marcar un antes y un después. Desde entonces fue un no parar. La historia se escribía sin fuerza y con mucha ilusión. Siempre tuve una idea clara sobre cuál era el tema principal: el amor. Cualquier tipo de amor. Por eso en esta novela hablo del amor entre dos personas, el amor a uno mismo y el amor a la familia o a los amigos. Este libro es especial porque sucede en Barcelona. Cada uno de los lugares que salen los he pisado. Es el hogar donde he crecido y siempre me ha maravillado. Quiero que sepáis que también hay pedacitos de mí camuflados. Aidé tiene mi afición por el metro y Kei, la del Lego.

El libro no habría llegado a existir de no ser por la confianza de Dani, que me impulsó a que sacara esta novela; le agradezco que haya apostado por mí. Quiero agradecer también a todas aquellas personas que han escuchado cada idea nueva que se me venía a la cabeza —ellas saben quiénes son—, y a mi familia, por haberme impulsado a seguir. También a todo el equipo de la editorial, que siempre ha tratado de escuchar mis peticiones. Pero, sobre todo, a mí mismo, porque yo sé el esfuerzo que ha supuesto poner este pequeño fragmento después de tantas páginas. Las lágrimas, las risas y las frustraciones que ha habido para que todo saliera al detalle. Y estoy muy orgulloso de lo que he creado.

Finalmente, quiero darte las gracias a ti, que has decidido entregar tu tiempo a dos personas completamente distintas, pero muy parecidas a la vez. Sin tu confianza, su historia permanecería en silencio.

Tú eres la razón por la que yo puedo seguir regalando mundos. De ahí que, aunque puede que todavía no te conozca, te lo agradezco

de corazón.

Me gustaría terminar confesando que tengo tatuada una mariposa. Y recordarte que los sueños de papel no deberían existir si tenemos la oportunidad de cumplirlos.

Te quiero.

Cuando seamos sueños de papel
Pol Ibáñez

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
CROSSBOOKS 2024
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2024

ISBN: 978-84-08-28581-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



LA VIDA COMIENZA CUANDO EMPRENDES EL VUELO



ANNE-GAËLLE HUON

Las damas

Huon, Anne-Gaëlle
9788408286585
288 Páginas

Inició un viaje para sobrevivir y conoció el significado de la felicidad.

«Sólo hay tres reglas aquí. La primera: no enamorarse nunca. La segunda: no robarle el hombre a otra. La tercera: beber sólo champán de la mejor calidad. De esas tres reglas, al final sólo se respetó una.»

Rosa cruzó la frontera del País Vasco a Francia para ganar el dinero que necesitaba, trabajando en las fábricas de alpargatas. Sus sueños son grandes pero la cruda realidad impide que los cumpla... Hasta que las Damas aparecen en su camino: unas **mujeres fascinantes**, **cosmopolitas** y **cultas**, que viven una **vida libre e independiente** rodeadas de **libros**, **ropa sofisticada** y **copas de champán**. Rosa se siente fascinada por estas mujeres liberadas... ¿Quiénes son realmente? ¿Qué secretos ocultan? A su lado, Rosa aprenderá a **no renunciar a sus sueños**, y a desarrollar su **talento** para brillar como jamás lo hubiera imaginado.

Cómpralo y empieza a leer


NEREA LLANES
¿Qué harías si pudieras hacer cualquier cosa?
CROSS BOOKS

¿Qué harías si pudieras hacer cualquier cosa?

Llanes, Nerea

9788408286790
304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

UN FROM FRIENDS TO LOVERS ADICTIVO

Noa y Wes son amigos desde los seis años.

Y se ha dado cuenta de que está enamorada de él.

Lo que no sabe es que Wes siente lo mismo por ella.

Y que, al parecer, no es el único…

Mientras buscan el valor para confesar lo que sienten intentando que todo siga igual, se desvelarán algunos secretos que sacudirán su mundo y el de sus amigos.

Una historia de crecimiento, llena de sentimientos y, sobre todo, del valor necesario para que el cambio sea el comienzo de todo.

Cómpralo y empieza a leer

ÉL TIENE UN CORAZÓN DE HIELO...
PERO POR ELLA, QUEMARÍA EL MUNDO.

twisted LOVE

TWISTED
LIBRO UNO

ANA HUANG



Twisted 1. Twisted love

Huang, Ana
9788408263142
384 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Él tiene el corazón de hielo. Pero por ella, quemaría el mundo.

Aunque Ava Chen y Alex Volkov se conocen desde hace años, él siempre se ha mostrado distante y frío. Pero ahora que el hermano de Ava se ha ido y lo ha dejado encargado de la protección de ella, Alex parece algo menos indiferente.… Y su relación, poco a poco, se va haciendo más estrecha, hasta que llegan a confiarse sus secretos y traumas más profundos… A ella, su madre intentó ahogarla en un arrebato de locura; mientras que Alex presenció el brutal asesinato de toda su familia.

Tras compartir sus más íntimos pensamientos, su relación dará un giro. No pueden negar que existe una fuerte atracción entre ellos, pero ninguno de los dos se atreve a dar un paso adelante. Finalmente, Ava admite la pasión que está surgiendo, y, aunque Alex intenta resistirse tanto como puede, las chispas acaban saltando... y prenden un fuego ardiente. Sin embargo, cuando todo empezaba a funcionar entre ellos, unas sorprendentes revelaciones sobre la verdad de su pasado dinamitarán su relación y pondrán en riesgo sus propias vidas.

«Una de mis mejores lecturas del año. La química entre los protagonistas es brutal, muy adictiva y explícita. ¡Tenéis que conocer a Alex Volkov y su corazón de hielo!» **kay_entreletras**

«Una historia que nos llena de aprendizaje y nos muestra la oscuridad y la luz de la vida. Para mí un 10/10.» **jud_books**


YORU SUMINO
Quiero comerme tu páncreas
CROSS BOOKS

Quiero comerme tu páncreas (edición española)

Sumino, Yoru

9788408286714
264 Páginas

Una historia sobre la amistad, el amor, la pérdida y el duelo.

En una sala de espera del hospital, Haruki encuentra un libro titulado *Convivir con la muerte* y, tras leer algunas páginas, se da cuenta de que es un diario personal. Y así es como se entera de que su compañera de clase Sakura tiene una enfermedad terminal en el páncreas.
Y aunque Haruki y Sakura son polos opuestos y de caracteres en apariencia incompatibles, este secreto los unirá.

Ella, a pesar del gran círculo social que tiene, siente que su compañero más introvertido es la única persona con la que puede hablar abiertamente de su enfermedad sin que la trate de forma distinta. Con él, se siente «normal». Poco a poco, su relación se irá intensificando, hasta darse cuenta de que jamás se habían sentido tan vivos como compartiendo esos últimos meses juntos.

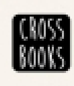
Cómpralo y empieza a leer

ELLA ES INALCANZABLE… EXCEPTO PARA ÉL

Twisted GAMES

TWISTED
LIBRO DOS

ANA HUANG



Twisted 2. Twisted Games

Huang, Ana
9788408270089
480 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Ella es inalcanzable… excepto para él. Descubre la saga más explosiva del momento.

Arrogante y engreído, Rhys Larsen es un guardaespaldas de lujo que tiene dos normas:

1) Proteger a sus clientes a toda costa.

2) No vincularse emocionalmente. Jamás.

Y nunca tuvo la menor tentación de romper estas reglas… hasta que llegó ella.

Ella es Bridget von Ascheberg: una princesa con un temperamento incontenible y un fuego escondido capaz de reducir a ceniza cualquier regla de Rhys.

Esta es la historia de un amor inesperado e imposible… y lleno de fantasías prohibidas.

Cómpralo y empieza a leer